

1-3-10

F1316

G6

V.1

17 2

1313



1020085056

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

AD
SRYE

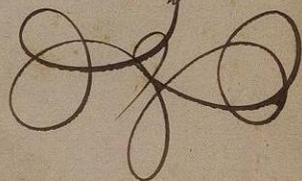
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
LONDON

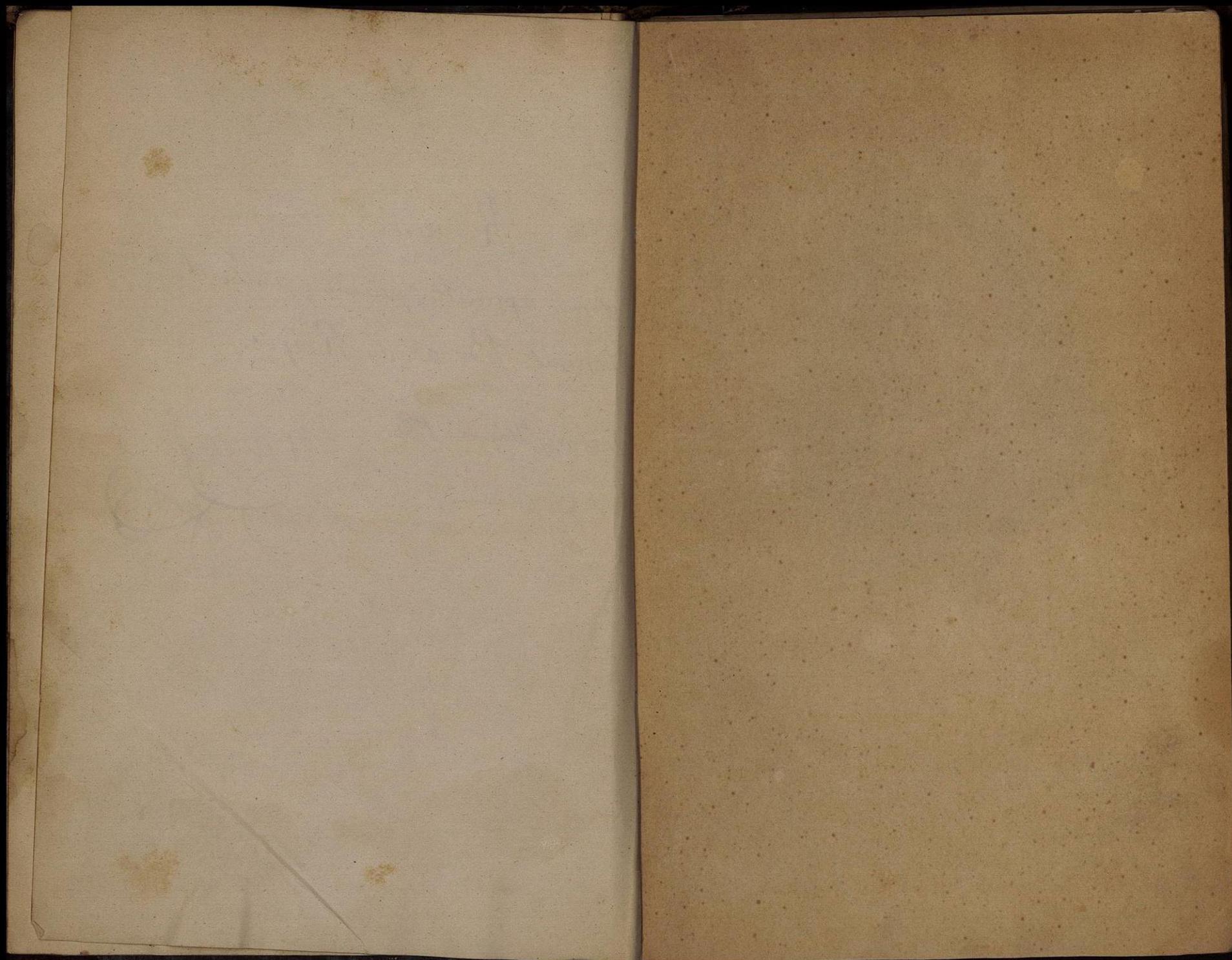
Recuerdo

A mi apreciable paisano y amigo el señor
General Bernardo Reyes.

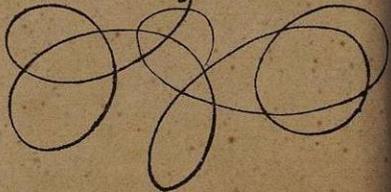
Monterrey Mayo 12 de 1886.

El autor.







J. Eleuterio Gonzalez


1913
4253

OBRAS COMPLETAS

DEL DOCTOR

JOSE ELEUTERIO GONZALEZ.

—
TOMO PRIMERO.



J. Eleuterio González

1313
6
9253

OBRAS COMPLETAS
DEL DOCTOR
JOSE ELEUTERIO GONZALEZ.
—••—
TOMO PRIMERO.

48-13

I-3-10

F1316

66

V.1

PROLOGO (*)

DE "LA INDIA."

Desde que empezó á publicarse nuestro periódico, todo nuestro afán, nuestra mira principal, consistió en darle un carácter serio y grave, con el fin de tratar en sus columnas, siempre que se ofreciera, las grandes cuestiones que constantemente se agitan en las altas regiones de la política, en los debates de la prensa, ó en medio del movimiento progresivo que se ha apoderado del cerebro de la presente generacion.

Hasta donde nuestras fuerzas han alcanzado, hemos llenado el programa que volunta-

(*) Este prólogo fué escrito cuando el periódico "La India" trató de coleccionar los discursos del Dr. Gonzalez; ahora se repite por considerarse necesarias las explicaciones que él contiene.

El actual Gobernador del Estado, por cuya expresa órden se hace la presente edicion, ha querido, en bien de las ciencias del Estado, que no queden perdidas las obras del eminente Dr. Gonzalez, de algunas de las cuales, se han agotado ya los ejemplares.

Con esto, nuestro actual primer Magistrado presta un servicio importantísimo y de inapreciable valía á su Estado, que estimará este acto, como otros muchos que le ha inspirado su innegable patriotismo, en lo que justamente vale.

La gente sensata y en general el pueblo todo, que es amante de la ilustracion, comprenderán que al obrar así el ilustrado gobernante que actualmente rige nuestros destinos públicos, presta un grandísimo servicio á la causa de la ilustracion.—H. M.

riamente nos impusimos, como podrán atestiguarlo nuestros humildes escritos; pero esto por lo que toca al cuerpo del periódico. En el folletin consideramos haber hecho, en obsequio de nuestros lectores, algo mas que lo que nosotros creíamos poder hacer, y tambien de lo que el público podia esperar de nuestras humildes facultades. Al permitirnos este rasgo de vanidad para encomiar la parte de nuestro periódico á que nos referimos, es porque al alcance de todos está la importancia de las obras que en ella hemos publicado. En efecto, "Las lecciones orales sobre historia de Nuevo-Leon," "La Higiene pública, aplicada á los cementerios" y "La Historia eclesiástica del Obispado de Lináres," obras todas debidas á la incansable y docta pluma del Doctor Gonzalez, son un testimonio elocuentísimo de nuestro afan por dar á nuestros lectores producciones de innegable mérito.

Una prueba de esto es la inmensa acogida que han obtenido dichas obras, consideradas todas como verdaderos monumentos de sabiduría y de estudio. En los elogios que con justicia todos los periódicos les han tributado y que deben ser otros tantos títulos de orgullo para el modesto é insigne sábio á quien se han dirigido, nos fundamos tambien para decir, que al preferir las obras científicas del ilustre y benemérito Doctor Gonzalez, para engalanar con ellas nuestro folletin, hemos caminado con

acierto, ya que las demas publicaciones periódicas de esta ciudad, y, en general, las de todo el país, se consagran á generalizar libros de mero entretenimiento.

Comprendemos que no á todos los lectores les agradarán las áridas, pero útiles obras que hemos publicado y que nos proponemos seguir publicando; mas preferimos carecer de esta clase de suscritores, á dejar de generalizar dichas producciones, pues creemos que de ese modo prestamos un servicio á las ciencias y al Estado, y contribuimos al desarrollo de las letras aquí y en toda la República.

Por esto es que concluida ya la "Historia eclesiástica del Obispado de Lináres" que fué la última que ha visto la luz pública en este folletin, vamos ahora á empezar "Una Coleccion de discursos, sobre la instruccion pública," escritos por el mismo autor de las obras que anteriormente hemos dado á la prensa.

Cada uno de estos discursos que han sido pronunciados por el Doctor Gonzalez en las diversas festividades públicas con que el Estado ha celebrado los adelantos de su juventud, en los institutos de educacion secundaria y profesional que él sostiene, puede considerarse como un capítulo separado de una obra cuyo pensamiento principal fué encarecer la importancia de las ciencias sociales, demostrar la influencia que ellas ejercen en el progreso de la humanidad y las obligaciones que tienen

que cumplir aquellos que se dediquen á su estudio y cultivo. No se crea, pues, que en cada uno se desarrolló una idea aislada ó un tema distinto, porque en todos se tuvo presente un plan general á que el autor supo dar cima con esa elegancia y esa sencillez de estilo que caracteriza á todos sus escritos y que hace tan agradable y tan instructiva su lectura.

Hé aquí por qué vamos á formar de ellos un libro que será para los hombres instruidos una especie de repertorio en que encontrarán una coleccion compendiada de conocimientos históricos y filosóficos de la mayor utilidad; los jóvenes estudiosos, lecciones de la mas pura y elevada moral, y la generalidad un volumen que jamás se cansará de leer ni de estudiar, porque de él sacará siempre el mayor provecho.

La escasez de los ejemplares de esos discursos que apenas andan ahora en manos de unos cuantos, ha sido tambien otra de las razones que hemos tenido presentes para coleccionarlos, pues no queremos que lleguen nunca á agotarse producciones tan importantes y tan apreciadas.

Aprovechamos de nuevo esta oportunidad para enviar, como otras veces, al ilustre maestro, al sábio que tantos sacrificios ha hecho por el adelanto de las ciencias en el Estado, al desinteresado amigo de la juventud, á quien tantos consejos y distinciones hemos tenido

el honor de deber, un testimonio público de nuestra gratitud, por haberse dignado poner á nuestra disposicion las obras que ha producido su preclaro talento, para que con ellas se engalanára el folletin de nuestro periódico.

Concluimos aquí estas mal trazadas líneas, con qué, á guisa de prólogo, precedemos la nueva obra que ofrecemos á nuestros lectores, esperando que estos sigan como hasta aquí favoreciendo nuestros humildes trabajos; pero permítanenos ántes manifestar, que el móvil que nos ha guiado á colocar estas cuatro palabras en la portada del libro á que ahora damos principio, no ha sido hacer engrandecer nuestro humilde y oscuro nombre junto al de su esclarecido y popular autor, sino el de dar una ligera idea de la obra expresada, y esto por atender á las súplicas del mismo señor Gonzalez, súplicas que para nosotros son verdaderos mandatos.

H. MALDONADO.

DISCURSO

Pronunciado por el C. Dr. José Eleuterio Gonzalez, en la solemne distribucion de premios, hecha entre los alumnos del Colegio Civil de Monterey, en la noche del 31 de Agosto de 1861.

“Tene disciplinam. ne dimittas eam: custodi illam, quia ipsa est vita tua.”

Ten asida la instruccion, no la dejes: guárdala, porque ella es tu vida.

PROV. C. IV, V, 13.

La naturaleza, ó mas bien la Divina Sabiduría, ha dotado á los séres vivientes de todo cuanto han menester para su conservacion y bienestar, y todos los dias acude con mano próbida á cubrir sus necesidades. Dió cortezas duras á los árboles, plumas ligeras á las aves, y abrigadoras y bellas pieles á los cuadrúpedos, para que pudieran defenderse de la intemperie: dió fuerzas, valor y armas terribles á los animales carniceros, para que adquiriesen su necesario alimento: dió finísimo oído á las especies tímidas que tienen toda su salvacion en la fuga; vista perspicaz al águila que desde las nubes otea su presa; su-

ma destreza al mono trepador; espléndida magnificencia al pavo real que ostenta su variada y brillante vestidura; astucia y agilidad á la raposa; nadaderas y escamas á los peces para que habitaran en las aguas; ligereza al corzo; ramosas astas al ciervo, colossal estatura al pesado elefante, emponzoñadas armas á la serpiente, industria al castor; y hasta la hormiga, pueblo débil, fué dotada de durísimas tenazas para horadar la tierra, y de instinto claro y preciso para que almacene sus necesarias provisiones. A todos los animales dió cuanto podia serles necesario, útil y aun agradable: armas, cobertura, belleza, y sobre todo, instintos que pudieran serles una guía segurísima en todas sus operaciones; de modo que apenas ven la luz y ya puede decirse que saben todo lo que han de saber. Cuando las abejas nacen, ya traen consigo la instruccion precisa para buscar los materiales y construir su panal; y lo primero que hacen al salir de la colmena madre, es fabricar su habitacion tan perfecta como si ya hubieran ejecutádolo cien veces. La vigilante Providencia de todos tiene cuidado, á nadie olvida, y parece que se complace en preparar habitacion y subsistencia para todos los vivientes en la superficie de la tierra y en el profundo seno de las aguas. El hombre solamente parece haber sido exceptuado de esta ley universal de beneficencia y liberalidad, pues cuando viene al

mundo nada trae: desnudez, desvalimiento, ignorancia absoluta; hé aquí su herencia, hé aquí lo único que posee, todo lo necesita, nada tiene, y no hace mas que llorar amargamente como si fuera capaz de comprender la enormidad de su miseria. Su instinto es tan escaso y tan oscuro, que sólo de nada le serviría; su cuerpo es tan débil é imperfecto todavía, que si no viniera en su auxilio el amor materno ó la caridad de sus semejantes, pereceria irremisiblemente en las primeras horas de su miserable vida. Si á esto se añade lo prolongado de su infancia, lo multiplicado de sus necesidades, lo débil de su constitucion y la multitud de causas de destruccion que lo rodean y lo amenazan, podria decirse que la naturaleza le ha querido hacer el animal mas salvaje, mas infeliz y mas percedero de todos; pero no es así. Dióle una cosa que con usura le indemnizara de tantas faltas; dióle una cosa que no solamente supliera por la proteccion, instintos y prerogativas que acordó á los otros seres, sino que aventajara, y con mucho, las facultades de todos, en términos de colocarlo en primera línea y hacerlo rey supremo, señor y dueño de todo el mundo con todas las criaturas que lo pueblan. Esta cosa tan grande, tan estupenda y tan maravillosa, es la inteligencia. Pero no quiso la Sabiduría Eterna dar este preciosísimo destello de su misma esencia sin condiciones:

al conceder esta gracia sujetó al hombre á dura y penosa ley, mandándole que á fuerza de trabajo cultivara, desenvolviera y perfeccionara esta misma inteligencia, so pena de que si así no lo hacia, quedaria este inapreciable don oculto é inútil, y él, por su ignorancia, reducido á la categoría de las béstias insensatas. Contemplad, si no, al hombre salvaje, endurecido por la intemperie, acosado por el hambre, y lo que es peor, embrutecido por la ignorancia; y vereis que en él solo hay supersticiones horribles, instintos feroces, degradacion y miseria: que adora muñequillos ó despreciables sabandijas: que solo se complace en la destruccion y la matanza como los animales carniceros; y que yace encenegado en sus torpes y vergonzosos apetitos al par de los animales inmundos. ~~Comparad~~ ahora á este hombre, si es que tal nombre merece, con otro á quien una feliz educacion hizo desenvolver toda su inteligencia con un Newton por ejemplo. ¡Cuánta diferencia entre uno y otro! Solo puede compararse la grandeza de éste con la abyeccion de aquel; el uno solo comprende la grosera y torpe materia, miéntras que el otro se encumbra, contempla, y aun pretende comprender la Divinidad.

Si nos fué dada, pues, la inteligencia con la precisa condicion de cultivarla; y si, á no dudarlo, sabemos que si la dejamos inculta nos será, no solamente inútil, sino á veces

perjudicial, preciso es convenir en que la educacion es una cosa, no solo útil y buena, sino precisa y necesaria. El Supremo Hacedor cuando por pura gracia nos dió la vida, nos la dió unida al precepto de instruirnos; y puede decirse que el hombre privado de toda instruccion y sumido en su ignorancia original, no es hombre, sino una criatura casi muerta é inferior, sin duda alguna, á los brutos animales. Por esto ha dicho, y con sobrada razon, el mas sábio de los hombres, que la instruccion es la vida. Por otra parte: el hombre incapaz de vivir solo, sociable no solamente por instinto, sino por necesidad y conveniencia, se vé precisado á reunirse con otros de su especie y formar asociaciones que aumentan sus goces y multiplican sus necesidades; y como cuanto necesita tiene que esperar de su inteligencia y de su instruccion, abrigos para guarecerse de la intemperie, alimentos para sostener su vida, armas para su defensa y reglas para la vida comun; si no procura instruirse, si esta fuente que ha de abastecerlo de todo se ciega, sin duda que no podrá permanecer. ¿Qué seria de la sociedad si todos sus miembros fuesen del todo ignorantes? Seria un rebaño de béstias sin pastor, incapaz de subsistir unido un solo día; y cada uno, caminando á la ventura, correria desatinado á la perdicion. Luego la instruccion es no solamente la vida del individuo

sino tambien la de la sociedad: es el lazo que une los pueblos y la única guía que puede conducir las naciones á la felicidad y á la grandeza.

De esto naturalmente se infiere que en la sociedad la primera necesidad es la educacion, y que si esta se descuida, nada bueno puede esperarse. Miétras más sábios cuente una nacion, y miétras más difundidos estén en ella los conocimientos útiles, más feliz será, mayor engrandecimiento adquirirá, y estará mejor gobernada; y por el contrario, miétras más ignorancia tenga y ménos sean los hombres de luces en ella, más infeliz, más abatida y peor gobernada será. Por esto los tiranos procuran con todo su poderío embrutecer á las naciones para poder sojuzgarlas y oprimirlas. Ved, si no, en el VIII siglo al terrible Leon Isauro, Patriarca de los Iconoclastas, entregar en Constantinopla á la voracidad de las llamas, los sábios y los libros, porque decia que en ellos habian aprendido á desobedecer. ¡Barbarie atroz que ni el mismo fanático y tirano emperador que la ordenó, pudo comprender su magnitud, ni el irreparable perjuicio que hizo á las ciencias!

Pero si á veces vemos honrado el saber con la persecucion de los tiranos, tambien ha sido no pocas ocasiones favorecido con el aprecio y proteccion de los buenos. Ejemplo glorioso de esto es el insigne y eminente D. Alfon-

so, tan justamente llamado el sábio, que no escaseaba sus tesoros, y empleaba la mejor de sus naves en hacer venir á su corte un Astrónomo alejandrino, famoso por sus altos conocimientos. Tal es la brillantez y esplendor de la ciencia, que atrae á sí y llena de luz y de consuelo á las almas grandes, é irrita y enfurece á los tiranos, cuya alma negra es incapaz de comprenderla y apreciarla, y que en ella solo ven la formidable potencia que ha de aniquilarlos.

De la ciencia, pues, debemos esperar todos los bienes y el remedio de todos los males: ella, elevando nuestro espíritu, nos acerca á la Divinidad, nos promete una vida futura y nos dá los medios de alcanzarla: ella nos enseña á distinguir el bien del mal, y á discernir lo justo de lo injusto: ella nos guía é ilumina para buscar la verdad: ella hace que, trasladando las palabras con pequeños caracteres sobre una superficie, podamos tratar con los ausentes y los muertos, y nos enseña á multiplicar las copias con tanta facilidad y en tan prodigioso número, que sobrepuja á toda ponderacion: ella nos procura la salud, el más precioso de los bienes terrenos: ella ensancha nuestro poderío, poniendo en nuestras manos instrumentos preciosos, que nos hacen dominar, no solamente la tierra que pisamos, sino tambien los rutilantes astros de los cielos: ella es la que remonta al atrevido aeronauta sobre

los ligeros vientos: ella hace descender al intrépido buzo á los profundos abismos del mar: ella trasporta los pensamientos por finísimos hilos de metal con la velocidad del rayo al otro lado de los insondables mares, y los hace circular en los pueblos con la celeridad de la luz: ella acorta las distancias, valiéndose del vapor, y con una fuerza inconcebible, arrastra los frutos de la tierra, los productos de la industria y al hombre mismo hasta los últimos términos del mundo: ella, en fin, produce tantos beneficios, tantas y tan grandes maravillas, tan puros y tan variados goces, que el hombre, sin temor de equivocarse, puede muy bien exclamar con Salomon: "*Viniéronme todos los bienes juntamente con ella.*" (1)

A pesar de todas estas grandezas, y de la absoluta necesidad que, según hemos visto, tenemos de instruirnos, no han faltado algunos filósofos que desacordadamente hayan inculcado á la ciencia de perjudicial á la salud. Entre estos, Juan Jacobo Rousseau ha dicho, que padecemos tantos achaques porque pensamos, asercion tan falsa como fácil de refutar. ¿Con qué sufrimos porque pensamos? ¿Y los ganados que pacen en los campos sin pensar, están por eso libres de las enfermedades? Ciertamente que no, y todos los días los vemos perecer por los males, que son el re-

(1) La Sabiduría, cap. 7 v. 11.

sultado necesario del influjo del clima y de sus hábitos. ¿Y los animales silvestres y los peces del mar, acaso porque no piensan, están fuera del alcance de las dolencias destructoras? ¿No vemos con bastante frecuencia epizotias horribles que despueblan los mares y la tierra? ¿Y aun las plantas mismas, á pesar de que en ellas no hay ni aun siquiera una pequeña sombra de cosa que parezca pensamiento, no están sujetas á enfermedades numerosas que las destruyen? ¿Qué prueba todo esto? Que la naturaleza, al establecer la ley del sufrimiento, quiso nivelar á todos los seres vivientes, y que ninguno esté exento de ella, sea cual fuere su categoría.

Ademas, hay que considerar en este punto que el ejercicio del pensamiento es del todo necesario, considerado higiénicamente para la perfeccion física de la especie humana, porque consistiendo la salud y la perfeccion del cuerpo en el justo equilibrio de todos los sistemas de la economía viviente, si dejamos de pensar, no se desarrollará debidamente el cerebro y los nervios sensitivos, y á expensas de ellos se desenvolverán los músculos y los nervios motores, y ¿qué sucede entónces? El desequilibrio, y por consiguiente, la enfermedad ó la imperfeccion. Por otra parte, vemos que las tribus bárbaras son poco numerosas, que siglos enteros pasan sin aumentar su poblacion, y que desaparecen muchas de ellas;

cuando por el contrario en el estado civilizado vemos que los individuos se multiplican prodigiosamente y que una familia en el transcurso de un siglo se convierte en una tribu. Si el uso del pensamiento es preciso para la perfeccion del hombre, y si en el estado civilizado la vida se propaga y multiplica mejor que en el salvaje, bien podremos decir que tambien bajo el aspecto físico é higiénico la instruccion es la vida.

Si la ciencia es la luz del mundo, la salud del cuerpo, la vida del espíritu, el lazo social y la felicidad de las naciones, delito sería ciertamente no buscarla. ¿Y qué diremos del que la halló y no la guarda, es decir, de aquel á quien un estudio profundo enseñó á conocer el bien y obra el mal, de aquel que sabe bien lo que es justo y obra con injusticia? Por cierto que está en peor condicion que el ignorante, porque tanto más terrible y dañino será el enemigo, cuanto esté mejor armado, y cuanto más numerosos, extensos y seguros sean los medios de que se vale para hacer el mal. Por tanto, no basta saber, sino que es absolutamente preciso portarse como sábio, y que las acciones correspondan y no desmientan los conocimientos que se poseen. Por esto el sábio, henchido del espíritu de Dios, nos anuncia el divino precepto en estos términos: *“Ten asida la instruccion, no la dejes: guárdala, porque ella es tu vida.”*

La ciencia, como la luz y la vida, se difunde y propaga al través de los tiempos y de generacion en generacion. Sus progresos son lentos: siglos pasan de unos á otros descubrimientos útiles: siglos median entre esos génius privilegiados, grandes bienhechores de la humanidad, que desentrañan las verdades recónditas, y que las enseñan á los hombres para que las conviertan en su provecho; y siglos tambien transcurren entre un invento y las mejoras de que es susceptible. Lentos son, en verdad, los progresos de la ciencia, pero siempre son útiles, y por pequeños que parezcan, siempre son grandes, son el presente más rico que la Providencia hace á los hombres. Miéntras más avanzan los siglos, más conocimientos se reunen: más verdades se alcanzan y más se perfeccionan los inventos. El siglo presente tiene más ciencia que los anteriores, y nosotros alcuzamos un horizonte científico más extenso que nuestros padres. El impulso del tiempo es irresistible: su poder incontrastable todo lo desenvuelve, todo lo perfecciona, todo lo engrandece ántes de llevarlo á su fin. Ved la tierra desnuda é inculta que parece muerta, pero en llegando el tiempo oportuno, con sus revoluciones y tempestades hace germinar las semillas ocultas, y las plantas aparecen, crecen y fructifican.

A la vista tenemos una praebe irrefragable de la incontrastabilidad del poder del tiempo

en la existencia de este Colegio. Cuando ménos esperanza podía tenerse de un establecimiento científico, cuando parecia más remota su ereccion, llegó el tiempo, y en medio de una revolucion demasiado tempestuosa, lo hizo aparecer como por encanto. ¿Quién hubiera creído que en tiempos tan calamitosos, entre tantos desastres, en medio de la discordia civil más horrible, cuando todo anunciaba destruccion, cuando los vínculos sociales estaban casi rotos, hubiera hombres que pensáran en erigir un Colegio, y que se acordaran de esta obra, que parece más propia de los tiempos de paz? ¿Podría esperarse semejante cosa cuando la guerra ocupaba todos los ánimos, cuando la division habia cundido, no solo en nuestra desgraciada nacion, sino tambien en lo interior del Estado, cuando los ódios reconcentrados y oprimidos estallaban, y cuando parecia que la sociedad casi tocaba á su término? Ello es que vimos con el mayor asombro nacer este Colegio civil del seno mismo de las calamidades públicas, lo vimos salir á luz pobre y humilde, en verdad, pero circundado de halagüeñas esperanzas. Un Gobierno le dió el ser en el centro de un tumulto revolucionario, porque se acordó que la ciencia es la vida: y otro Gobierno, haciendo á un lado resentimientos y quejas, le ha dispensado su proteccion hasta donde sus penurias y apuradas circunstancias se lo han permitido, por-

que tambien sabe que la instruccion es la vida de los pueblos, y que la primera obligacion es la educacion de la juventud. Gracias muy rendidas tributemos, pues, al Supremo Dios, Criador y Regulador del Universo, porque nuestra sociedad no está tan corrompida, supuesto que aún hay hombres, que á pesar de tantas y tan calamitosas vicisitudes, piensan todavia en hacer el bien, que se avergüenzan de quedarse inferiores á lo que deben ser en su siglo, y que dóciles obedecen al impulso progresista del tiempo. Dos años apenas cuenta de vida este plantel, y ya promete corresponder á los grandes sacrificios que ha costado con los primeros frutos, que tengo fundadas esperanzas para creer que no serán muy tardíos. El tiempo que todo lo desarrolla y lo sazona, perfeccionará esta recien hecha y pequeña sementera, que él sabe bien, de pequeñísimos principios, hacer grandes y excelentes cosas: él hace de la flor de la viña, que es una de las más pequeñas y sencillas, el mejor y más estimado de los frutos.

El Estado puede y debe esperar con esperanza firme muchos y grandes bienes de esta institucion bienhechora: ella vivificará nuestro pueblo, propagará los conocimientos útiles, esparcirá la luz consoladora del saber, producirá útiles é instruidos hombres que le den lustre y esplendor, y que sean su más firme apoyo, y su segura guía en el dificulto-

sísimo arte de regir á los pueblos, y por fin, ella dará con abundancia los ubérrimos y apetecidos frutos, que son el resultado natural y necesario de la instruccion y de la sabiduría.

Entre tantos y tan eminentes bienes, no es sin duda el menor haberse abierto en este Colegio una nueva carrera á la juventud estudiosa, fundando en él cátedras de las ciencias médicas, cosa no solamente muy útil, sino muy necesaria en una sociedad bien arreglada: de ellas carecíamos enteramente y hoy las vemos existentes entre nosotros á pesar de las inmensas dificultades que se han ofrecido y que parecian de todo punto insuperables. ¡Cuántos y cuán estupendos beneficios pueden aguardarse de aclimatar en nuestro suelo el estudio de las ciencias naturales! La contemplacion de la naturaleza, el exámen de sus maravillas, la investigacion de sus secretos y el estudio de sus leyes son y han sido siempre la fuente inagotable del saber, la ocupacion más digna del hombre y el origen y la primera raíz de la más sana filosofía. El gran libro de la naturaleza, abierto siempre ante los ojos del que quiera escudriñarlos, no envejece, no caduca, siempre nuevo, siempre útil, jamás agotado, es el que dá la más sólida instruccion: cualquiera que sea la profesion que el hombre ejerza, tiene que consultarlo si no quiere equivocarse. ¡Feliz el que ha

llegado á saber registrar este inmenso tesoro, y á entenderlo.

No solamente reportarán los habitantes del Estado la utilidad de los estudios médicos propiamente dichos, sino tambien la que se deriva de las ciencias auxiliares de la medicina. ¡Qué ventajas no pueden esperar las artes de que se propaguen las utilísimas luces de la Química? ¡Cuántos útiles conocimientos no aprovechará la agricultura del estudio de la Botánica? Cuán brillante luz no puede recibir en ciertos casos el foro de las investigaciones de la medicina legal? Pero es por demas ponderar la magnitud de los bienes que acarrea el estudio de estas ciencias tan reconocido por todos; baste decir que su introduccion entre nosotros, es la mejora más positiva y más grande que ha podido hacerse en nuestros tiempos.

Y vosotros, oh jóvenes alumnos, porcion escogida del pueblo, acordaos que sois los fundadores de este Colegio, y que debeis ser en todo el fundamento de él: sed virtuosos para que lo sean tambien los que vengan despues de vosotros: si sois buenos, vuestros sucesores se avergonzarán de ser malos, y si sois malos, ellos imitarán vuestro ejemplo. Y pues vosotros sois el patron y la norma de los que os sigan en la carrera literaria, no deis el inaudito escándalo de que un establecimiento destinado á ser la luz y la vida de la sociedad,

se corrompa en su origen y se inutilice tal vez para siempre. Cualquiera que sea la profesion que adopteis, dedicaos á ella con todas vuestras fuerzas, estudiadla con teson; pensad en ella dia y noche, porque solo así se alcanza la instruccion; pero no basta ser instruidos y aplicados, sino que es igualmente necesario ser prudentes, ser justos, ser benéficos, en suma, ser virtuosos. La instruccion y el estudio de nada sirven si no van acompañados de la virtud, son en tal caso más perniciosos que útiles. La instruccion y la virtud son la sabiduría: sed, pues, sábios, y agradareis á Dios y á los hombres.

Escuchad de boca del sábio de los sábios las grandezas de la sabiduría y grabadlas en las tablas de vuestro corazon. (1) “Bienaventurado el hombre que halló la sabiduría y “que es rico en prudencia: mejor es su adquisicion que la grangería de la plata, y sus “frutos mejores que la del oro mejor y más “puro: más preciosa es que todas las riquezas; “y cuantas cosas son de desear no se pueden “comparar con ella. Largueza de dias en su “derecha, y en su izquierda riquezas y gloria. “Sus caminos, caminos hermosos y todas sus “sendas son de paz. Arbol de vida es para “aquellos que la alcanzaren, y bienaventurado el que la tuviere asida.” ¿Quién al escu-

[1] Los Prov. cap. III v. 13 al 18.

char tales alabanzas y de boca de tal panegirista, no se siente arrebatado del ardiente deseo de la sabiduría? Buscad, pues, la instruccion en el estudio, y la sabiduría en la practica de las virtudes, porque si la instruccion es la vida, la sabiduría es más que la vida, es la felicidad, es la bienaventuranza. La instruccion solo se halla en el trabajo continuo de la lectura y la meditacion, y las virtudes solo se adquieren con el trabajo de ejercitarlas sin cesar: trabajad, pues, constantemente en procuraros tan eminentes bienes, haceos un hábito, una constumbre de estudiar y de ser buenos y labrareis vuestra felicidad y la de vuestros conciudadanos. Ahora que sois jóvenes acostumbrad al trabajo, porque como dice el profeta de las gentes: (1) “*Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad.*”

Entre las muchas virtudes que debe tener el hombre en sociedad y sobre todo, el hombre de letras, las principales, las que forman la base y el fundamento de todas las demas, son sin duda la probidad y la beneficencia; así los vicios que les son contrapuestos, la depravacion y el egoismo, son en realidad la gangrena de la sociedad. Siendo la probidad la sana moral en ejercicio y en accion continua, siendo la que nos impone el cumplimiento de esta ley san-

[1] Lament. de Jerem. cap. 3. v. 27-

tísima: "Has el bien y lo que es justo: evita el mal y lo que es injusto," ¿qué podrá haber de bueno en este mundo, sin ella? ¿qué acción podrá llamarse justa si no lleva su sello? Sed probos y gozareis de inefable satisfacción y tranquilidad de espíritu que produce el bien obrar. Si por el contrario, por una desgracia lamentable abandonais la práctica de esta virtud vivificadora ¡cuánta vergüenza y confusión os esperan! ¡qué sobresalto continuo! ¡qué amargura de ánimo, qué terror y qué cúmulo de males! Tal será el fruto de semejante descarrío, que á toda maldad marcó la naturaleza con las horribles y tremendas notas de la vergüenza y del miedo. El empacho y el temor son manchas que afean y degradan el rostro del malvado, y que revelan el cáncer oculto y devorador que roe sus entrañas, y que destroza en su corazón el lazo que lo unia á la sociedad, el sentimiento de la justicia, único vínculo capaz de mantener en pié las naciones. Comparad por un momento la cara del justo con la del malvado, y vereis que diferencia tan notable: en la del uno, brilla la sencillez y la inocencia, la pureza de su alma dá á su fisonomía una expresión dulce y apacible, su mirada es franca y expresiva, y todo manifiesta en ella la tranquilidad de la buena conciencia; la del otro está oscurecida con las sombras de la doblez y la maldad, la negrura de su alma le dá un aspecto bronco

y desapacible, sus facciones contraídas y su mirar oblicuo, desconfiado y que no puede fijarse jamás, están poniendo de manifiesto las tempestuosas pasiones que lo agitan, y las turbulencias que son inseparables de la conciencia maligna. Considerad bien estas diversas fisonomías, y os persuadireis de la hermosura y santidad de la justicia, y de la espantosa fealdad de la depravación. Aborreced, pues, con todo vuestro corazón la maldad, y firmemente decidios por ser invariablemente justos.

Si es bellísima la probidad, no lo es ménos la beneficencia, virtud sublime, cuyo origen se halla, como el de las demas, en el seno mismo de la Divinidad. El Supremo Hacedor la infundió en el corazón del hombre para consuelo de la especie humana, é hizo de ella un mandamiento. El Hijo de Dios en su peregrinación por este mundo, nos dió el ejemplo más cumplido de ella y renovó el precepto mandándonos hacer bien aun á los mismos enemigos. Imprescindible obligación tenemos, pues, de ser benéficos, tanto como de ser justos, y esta obligación comun á todos los hombres, es mucho mayor en los que con el carácter público ejercen una profesión literaria, porque ellos son depositarios del sagrado tesoro de las ciencias y deben repartirlo con liberalidad. El hombre que sepulta consigo sus conocimientos, que oculta su saber para

que á nadie aproveche, es el peor de los egoístas, es el peor de los avaros, es un hombre perdido para la sociedad y detestable por todos cuantos aspectos se le considere; por el contrario, el hombre benéfico que por cuantos caminos puede, y principalmente con su saber, va haciendo bien por donde pasa, es el mejor de los ciudadanos, es el hombre eminentemente social, cumple bien con su deber, se concilia el amor y el respeto de todos sus hermanos, y sobre todo, siente la satisfacción interior, el inefable gozo y la deliciosa expansión del ánimo, que siguen siempre á una buena obra.

¡Desgraciado el hombre que, ahogando en su corazón el sentimiento dulce y exquisito de la compasión, desoye la voz de la naturaleza, que es la voz de Dios, no se apiada de su prójimo menesteroso, retira su mano, siempre encogida, para negar el socorro, y hasta su anudada lengua es incapaz de pronunciar palabras de luz y de consuelo con que pudiera aliviar la desgracia! Cuanto tiene de amable la beneficencia, tiene de aborrecible el egoísmo, ese vicio atroz, esa pasión antisocial, que aislando al hombre en sus propios intereses, lo encierra en el estrecho círculo de su individualidad, lo hace abandonar á todos los demás, y compromete de una manera terrible los más caros intereses de la sociedad. Huid, pues, de semejante pasión que

es la peste más desastrosa, el vicio infame que envilece y degrada al hombre, haciéndolo incapaz de todo sentimiento de humanidad y aprended desde vuestra juventud á ser liberales y benéficos: ejerced siempre esta eminente y consoladora virtud, y alcanzareis la recompensa más preciosa en este mundo, que es el agradecimiento y el amor de los infelices, y hasta al sepulcro os seguirán las bendiciones de todos los que hayan experimentado vuestra liberalidad.

He procurado poner á vuestra vista é inculcar en vuestro ánimo, aunque en pocas palabras, la sublimidad de la inteligencia, la obligación de la instrucción, la necesidad del estudio, la excelencia del saber, la grandeza de la sabiduría y la incomparable belleza de la virtud, con solo el fin de estimularos á ser constantes en el trabajo, instruidos y virtuosos. Ciencia, trabajo y virtud, esta es la enseña de vuestro Colegio, esto espera de vosotros la sociedad, esto es lo que os debeis á vosotros mismos; pero advertid que debeis ser instruidos sin afectación, que no debeis confiar demasiado en vosotros mismos, ni ser sabios en vuestra opinión; porque Hipócrates en su ley ha dicho, que hay dos cosas, saber y creer que se sabe, saber es la ciencia y creer que se sabe es la ignorancia. Trabajad, pues, con ahinco en buscar la verdad en la naturaleza con buena fé y sencillez de corazón, y

sed irreprochables en vuestra conducta, para que no burleis las esperanzas que en vosotros fundan vuestros maestros, vuestras familias y vuestra patria, y alcanzareis en premio los nunca manchados honores con que resplandecen la ciencia y el trabajo, cuando van acompañados de la virtud.—DICE.

HIMNO

CANTADO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION
DE PREMIOS, EL AÑO DE 1862.

CORO.

*¡Bellas Ninfas, venid y los triunfos
De la ciencia sublime ensalza,
Y con dulces y armónicas voces
Vuestro noble entusiasmo expresad!*

1.^o

Es la ciencia falgente destello,
Que el Criador de su faz desprendió,
Más hermoso, más claro y radiante
Que la luz que á los astros vistió:
Pues la luz, á su vez, fué vencida
Por la noche que al mundo cubrió;
Y á la ciencia inmortal y gloriosa
La ignorancia jamás ofuscó.

Bellas Ninfas, &c.

2ª

De la ciencia el poder es tan grande
Como el mundo no tiene otro igual;
Y si lucha con bárbaras huestes
En reñida batalla campal;

Las quebranta, las rompe y destroza,
O ya esquivada su empuje fatal,
Y con arte encadena y sujeta,
Si ella quiere, su furia brutal.

Bellas Ninfas, &

3ª

Es la ciencia el más rico tesoro
Que nos dió de la vida el autor;
Ni la fúlgida plata le iguala,
Ni las obras de insigne primor,
Ni las joyas preciosas del Asia,
Ni del oro el brillante esplendor,
Ni hay riqueza en el orbe que pueda
Compararse á su inmenso valor.

Bellas Ninfas, &

4ª

Es hermosa y amable la ciencia,
Y se ve con sus gracias brillar,
Más aún que la misma belleza,
De su grande fulgor á pesar:

Pues cada año que pasa desluzce
La belleza gentil sin cesar,
Y el continuo correr de los siglos
Nuevo brillo al saber viene á dar.

Bellas Ninfas, &

5ª

¡Alma ciencia! ¡á tu aspecto grandioso,
Que á la misma hermosura venció,
Y á la luz, y á la fuerza, y al oro,
Quien jamás sin rendirse quedó?

Tu poder, que á los pueblos incultos
En dichosos y sábios tornó,
Feliz haga á mi patria querida,
Pues tu númen también adoró.

Bellas Ninfas, &

DISCURSO

Pronunciado en la solemne distribucion de premios, que se hizo entre los alumnos del Colegio Civil de Monterey, la noche del 30 de Agosto de 1862.

“Virtus est vitium fugere: et sapientia prima Stultitia caruisse.”
HORAT. LIB. 1º EPIST. 1ª v. 41 y 42.

Mucho temeria, señores, hablar en esta vez ante un concurso tan ilustrado y respetable, si no me animaran el conocimiento que tengo de vuestro carácter bondadoso, el noble objeto de este solemnísimos acto y la bondad intrínseca de las cosas que tengo que decir. Os ruego, pues, que me presteis vuestra atención, con esa benignidad que os es tan genial y que tan de veras necesito.

La solemnidad presente es sin duda de las mayores; pues en ella celebramos la distribucion de premios de nuestro Colegio, solemnidad verdaderamente grandiosa, en la que, co-

mo habeis visto, la veneranda mano de un Magistrado popular y respetable, ejerciendo un acto sublime de justicia, ha dado el merecido y honorífico galardón á los jóvenes estudiosos y buenos, que más se han señalado en el presente año escolar por su moralidad, instruccion, aplicacion y urbanidad. Este acto, que llena el corazón de los sentimientos dulces de la más sincera alegría, me recuerda aquellos tiempos felices para las ciencias, en que los Tolomeos del Egipto, hace más de veintiun siglos, distribuian ricos premios y honrosos laureles, á la manera que en los Juegos Olímpicos, á los que más se distinguian por su saber en aquellos públicos certámenes, establecidos en la insigne escuela de Alejandría, que por tan grande número de siglos dió al mundo tantos y tan eminentes varones. Pero ¡qué diferencia se nota desde luego entre las solemnidades de aquellos remotos tiempos y la nuestra! Allá soberanos orgullosos, entronizados por la insolente fuerza de las armas, repartian á manos llenas el oro y las preciosidades arrancadas del centro del Asia; y entre nosotros vemos con la más cordial satisfaccion á un Magistrado modesto y digno, constituido en el poder por la unánime voluntad de sus conciudadanos, distribuir humildes dones, económicamente sacados del escaso tesoro que un pueblo pobre, pero magnánimo, ha puesto en sus manos para los más preci-

esos gastos de la pública administracion. Felicitémonos porque, si la sábia Providencia concedió á los hombres de aquellos tiempos el fausto, la ostentacion y la magnificencia, reservó para nosotros las dulces afecciones, los más puros goces y las más tiernas emociones del corazon:

Las cosas de que tengo que hablaros no pueden ser más grandes, más sublimes, ni más interesantes; pues que son nada ménos que la virtud y la ciencia, aquellos preciosísimos dones con que la inmensa liberalidad del Ser Eterno enriquece á los hombres buenos y laboriosos que se afanan por merecerlos.

¿Y á quién deberé dirigir mi débil voz en esta ocasion tan solemne? ¿A quién sino á ti, ¡oh! amable y tierna juventud? Sí, á vosotros, ¡oh jóvenes alumnos! dirijo mis palabras, á vosotros que sois la esperanza del Estado, á vosotros respecto de quienes los profesores de este Colegio tantas obligaciones tenemos que llenar, por haberos puesto en nuestras manos el verdadero, el único padre del pueblo, cuyas benéficas miradas están fijas en vosotros con la esperanza de mejorar las generaciones futuras.

La educacion es sin duda el principal, el único negocio de la juventud, porque de él deben esperar ella y la sociedad toda clase de bienes. ¿Y cuáles serán las inamovibles y sólidas bases de una buena educacion? Yo os

lo diré en pocas palabras: no son, ni pueden ser otras, sino la virtud y la ciencia. Acostumbrar á los jóvenes á huir del vicio, para que puedan practicar la virtud; y desterrar de ellos la ignorancia, enseñándoles los principios fundamentales de las ciencias, es lo único que puede y debe hacerse en un Colegio.

El hombre no educado es como un campo eriazo, en el que las buenas semillas perecen ó se desarrollan mal, por lo duro y seco del terreno, y por la maleza y los abrojos que lo cubren. Dificil es, por cierto, desmontarlo y darle las necesarias labores sin destruir, ó á lo ménos maltratar gravemente, las escasas y débiles plantas buenas que espontáneamente ha producido. ¡Cuánto más valía haber comenzado á beneficiarlo al principio, cuando solo contenia los gérmenes buenos y malos! Entónces habria sido muy fácil destruir éstos y desarrollar aquellos por medio de un bien dirigido cultivo, obteniendo así más abundantes frutos, de mejor calidad y más tempranos. Hé aquí la razon por qué conviene comenzar la educacion en tiempo oportuno, y por qué os interesa tanto huir del vicio ahora que aún no ha echado raíces en vosotros, pues este es el único medio de sofocar en su origen el mal gérmen. Y tened por cierto que el solo hecho de huir de la maldad es ya una virtud, y una virtud fecunda que será el origen de otras muchas. Huid, pues, con todas vues.

tras fuerzas de los vicios, para que podáis despues correr libremente por el camino de la virtud. No hagais cosa alguna de las que re- prueba la sana razon, huid como de un contagio pestilente de la pereza que embrutece, de la impiedad que degrada, del fanatismo que obceca, de la ingratitud que desnaturaliza, del egoismo que aisla, de la disolucion que destruye, de la ira que ciega, de la codicia que envilece, de la mentira que deshonra, de la intemperancia que aniquila; y de todo aquello que repugna á la santidad de la religion, á la pureza de la moral, á la integridad de la justicia y al bien de la sociedad. Apartaos no solamente de los vicios, sino tambien de los viciosos, porque la maldad contagia; y cuando viereis á esos infelices que, por haber dejado la senda de la virtud y desoído la voz de la sabiduría, cayeron en la inmunda sentina de los vicios, decidles con el Rey poeta: "Apartaos de mí todos los que obráis la iniquidad." Separaos, pues, cuidadosamente de los vicios y de los que los practican, porque en el combate contra las pasiones, la victoria más segura es la que se alcanza huyendo. Considerad cuan reprehensible temeridad seria querer combatir abiertamente con tan formidables enemigos como lo son las pasiones, que tantas veces han derribado aun á las almas fuertes y privilegiadas. De aquí es que la buena razon aconseja la fuga, como el medio

más seguro de salvacion. Y considerad tambien que jamás llegará á ser virtuoso el que primero no se aparta de la maldad; porque la virtud y el vicio son como la luz y las tinieblas, que se excluyen mutuamente y no pueden estar juntas jamás.

Insigne por extremo es la virtud, y el que la desprecia y no la busca es sin duda el peor de los hombres. Es tal su importancia y su excelencia, que debe considerarse mayor que la de todas las cosas juntas, inclusa aun la ciencia; porque como dice el sapientísimo hijo de Sirach: "Mejor es el hombre que es menguado de saber, y falto de cordura, tímido; que el que tiene grande juicio y traspasa la ley del Altísimo." Amad, pues, la virtud, buscadla, seguidla, teniendo por cosa segura que el único camino que os puede conducir al deseado término de poseerla, es huir del vicio; pues sin dar este primer paso jamás podreis adquirir la saludable costumbre de obrar siempre bien, que es en lo que principalmente consiste la virtud.

Si la virtud es una cosa absolutamente necesaria para la perfeccion del hombre, y para el bien de la sociedad, la ciencia es la cosa más útil, y aun puede considerarse tambien hasta cierto punto necesaria para los mismos fines; porque ella perfecciona el alma de tal modo, que haciéndola discernir el bien del mal hasta en sus ápices, las pone en las con-

diciones más ventajosas para el ejercicio de las virtudes. ¡Cuántos caen por ignorancia en lamentables yerros, y cuántos por ignorancia dejan de obrar el bien! y en uno y otro caso ¡cuántos males soportan el hombre y la sociedad, y cuántos bienes dejan de percibir! Y siendo tanta la utilidad de la ciencia, y teniendo nosotros tanta necesidad de ella ¿será justo resolvernos á vivir envueltos en las tinieblas de la ignorancia? ¡Ah! no, léjos de nosotros semejante manera de pensar, pues ella solo daría la idea más triste de nuestro lamentable abandono. ¿Y cuál será el camino que nos lleve á tan inestimable como deseado bien? El camino, el único camino que nos puede conducir á la ciencia, es trabajar de continuo en desterrar la ignorancia. Trabajad, pues, sin cesar desde la juventud en acrecer vuestros conocimientos, contemplando siempre la naturaleza, ese fecundo libro, marcado con el sello de la verdad eterna: estudiad, inquirid, aprended, seguid el consejo del sábio: “Si vieres un hombre sensato, madruga á él, y tus piés gásten las gradas de su puerta.” Así con el trabajo y la constancia llegareis á poseer un gran caudal de buenos conocimientos, con los que podreis muy bien labrar vuestra felicidad y la de vuestros conciudadanos. Pero si por una fatalidad lamentable no trabajáreis asiduamente, y en oportuno tiempo, para reunir estas preciosas riquezas, decidme:

“¿Cómo hallareis en la vejez, lo que no juntásteis en la juventud?”

Razon tuvo Afranio para decir, segun refiere Aulo Gelio, que la sabiduría es hija del uso y de la memoria. En efecto, el ejercicio bien dirigido de las facultades del alma da por necesario resultado el alcanzar algunos conocimientos; pero ¿qué sería de nosotros si la memoria, ayudada de un buen método, no los guardara cuidadosamente? De aquí se infiere con claridad que, para desterrar la ignorancia, no basta la abundante adquisicion de la riqueza intelectual, sino que es preciso tambien guardarla con el mayor esmero, y con tan ordenado método, que se tenga siempre á mano, por decirlo así, lo que se sabe, y pueda cada conocimiento servir á la hora que se haya menester. Por otra parte, muy bien sabido es que el uso constante de las facultades mentales aguza el ingenio y robustece el entendimiento, y bien sabido es tambien que el continuo estudio aumenta singularmente la memoria: el trabajo, pues, viene á ser el único medio, el medio seguro para desterrar la ignorancia.

Muy útil es sin duda la ciencia para el individuo, y es de todo punto necesaria para la sociedad; porque ella enseña al hombre á remediar sus multiplicadas necesidades, ella le revela el gran secreto de su poder, y ella fué quien produjo las sociedades. Por esto el

Orador Filósofo, el grande Ciceron, arrebatado de entusiasmo, apostrofando á la ciencia en una de sus Tusculanas, le dice: "Tú has dado á luz las ciudades, tú á los hombres deramados convocaste á una vida sociable, tú los juntaste primero por domicilios, despues por los matrimonios, despues por la comunicacion del idioma y de las letras, tú fuiste la inventora de las leyes, tú la maestra de la disciplina y las costumbres." En efecto, sin la ciencia la sociedad no podria permanecer; porque ella desarrolla el espíritu de sociabilidad, ella es la escuela de las buenas leyes, ella es la maestra de la política, ella da sábios y justos magistrados, ella produce útiles y obedientes ciudadanos, ella eleva las artes á la perfeccion, ella enseña á los hombres á reunir sus fuerzas, y de la mejor manera combinarlas, para valerse de ellas con la mayor ventaja; y ella, en fin, produce tantos, y tan grandes bienes, que yo no sabria enumerarlos, ni hacer de ellos una digna alabanza.

Pero con frecuencia sucede que la juventud encuentra un obstáculo, si no invencible, á lo ménos muy trabajoso de vencer, que le impide conseguir el inapreciable bien de la instruccion. Este obstáculo terrible es la pereza que, enervando las fuerzas del espíritu, entorpece el entendimiento, inutilizándolo para todo trabajo intelectual. ¿Y qué remedio podrá encontrarse para esta peste aniquilado-

ra, que para colmo de desgracias es contagiosa? Salomon lo propone diciendo: "Pasé por el campo de un hombre perezoso, y por la viña de un hombre necio: y ví que estaba todo lleno de ortigas, y las espinas habian cubierto la superficie, y la cerca de piedras estaba destruida. Lo que habiendo yo visto, púselo en mi corazon, y con este ejemplo aprendí doctrina." Aprovechad, pues, ¡oh jóvenes! este saludable aviso, y decidios á trabajar incesantemente en echar fuera de vosotros la ignorancia, como lo más pernicioso y detestable. Considerad á aquellos infelices que, sumidos en ella, pasan una vida rodeada de miserias, llena de privaciones, y cargados con el ignominioso peso del desprecio de sus semejantes por su reprehensible abandono y su voluntaria pereza; y os decidireis más bien á emplear todas vuestras fuerzas, cualquiera que sea el trabajo que os cueste, en evitar la desgracia de caer en semejante abyeccion. Mas el que así no lo haga, aquel á quien ni la grandeza y utilidad de la ciencia, ni el espectáculo repugnante y horroroso de la ignorancia y la miseria, han sido bastantes para infundirle un ardiente deseo de saber, debe contarse por perdido sin esperanza alguna.

¿Y quién será el miserable que voluntariamente se ponga en un estado tan lastimoso, teniendo un remedio tan seguro en la aplicacion al estudio y en la meditacion continua.

para evitarlo? Yo no creo, ¡oh jóvenes amados! que entre vosotros haya alguno que sea tan desventurado, que no anhele con toda su alma por la posesion del rico, del inestimable tesoro de la ciencia. Aplicaos, pues, decididamente hasta conseguirlo, y descansando un poco de las fatigosas tareas del año escolar que hoy termina, preparaos con nuevos bríos para trabajar con mayor empeño en el siguiente; oyendo con atencion y aprovechamiento las lecciones variadas y sublimes de la ciencia, y obedeciendo con docilidad y constancia los saludables preceptos de la virtud. Y si noblemente estimulados por el íntimo convencimiento de la imperiosa necesidad que teneis de ser virtuosos, si persuadidos de la incalculable utilidad que os acarreará el saber, y aterrorizados por el espantoso aspecto de la ignorancia y la miseria, llegareis á reunir la virtud y la instruccion, habreis entónces encontrado sin duda alguna el verdadero secreto de adquirir la sabiduría, no aquella sabiduría perecedera que dá el mundo, sino la verdadera, la única sabiduría; aquella que con tantas y tan repetidas instancias pedia Salomon; aquella que asiste al trono del Omnipotente Dios y que fué la electora de sus obras; aquella que es la productora de las riquezas, la inspiradora de las buenas acciones, la perenne fuente de goces inefables, y la fecunda madre de todos los bienes. Amadla con todo

vuestro corazon, buscadla sin descanso, seguidla de dia y de noche; no temais que se desdeñe de entregarse á vosotros, que ella es amadora de sus amadores, y gozosa se presenta á los que la buscan con decidido empeño. No os arredre lo muy largo del camino, pues que si la buscáis, al fin la encontrareis; y ella os dará grandes premios é inmarcesibles lauros, que sean la suspirada recompensa de vuestras tareas, la más dulce satisfaccion de vuestras familias, la más brillante gloria de este Colegio, y el espléndido lustre de nuestra querida patria. Feliz yo una y mil veces si con este mal formado discurso pudiera inspiraros el más encendido amor hácia esta divinidad bienhechora, pues con esto quedarian cumplidos mis más ardientes deseos.—DISE.

A LOS ALUMNOS
DEL COLEGIO CIVIL DE MONTEREY
LA SABIDURIA.

(Pensamientos, la mayor parte, tomados de la Escritura
Sagrada.)

ODA

*Leída por su autor la noche del 30 de Agosto
de 1862, en el Teatro del Progreso.*

Mas hermosa que el Sol resplandeciente,
Y que la luz que el universo inunda,
Es la sabiduría, y mas amable
Aún que la salud y la hermosura.

Es ella el resplandor inestinguible
Con que la Eterna luz al mundo alumbra,
Y el refulgente no manchado espejo
Donde se mira el Dios de las alturas.

Es de la claridad del Ser Supremo
Brillante emanacion que no se ofusca,
Y la imagen mas fiel de sus bondades,
Que nuevos bienes sin cesar anuncia.

Belleza esclarecida, inmarcesible,
Tanto amor nos profesa y tal ternura,
Que en estar con los hijos de los hombres
Tan solamente sus delicias funda.

En el sublime trono de su gloria,
Y en medio de la luz que la circunda,
Fácilmente la ven los que la aman,
Y la hallan tambien los que la buscan.

De allí descendiendo, á los mortales llama,
Por todas partes su clamor se escucha;
Ya resuena del mundo en los confines:
Ya en los abismos de la mar profunda:

Ya en la encumbrada cima de los montes;
Ya del sombroso bosque en la espesura:
Ya en el ancho camino, y las torcidas
Veredas que los amplios campos cruzan:

Ya en las puertas tambien de las ciudades;
Ya de las calles en la vasta anchura:
Ya en los palacios, pórticos y plazas
Que la ruidosa multitud ocupa.

Do quier la voz penetra sonora
Con que convoca la ignorante turba,
Para que á oír palabras de prudencia
Y altos misterios presurosa ocurra:

“Acercaos á mí; ¡oh indoctos! dice,
Y congregaos sin tardanza alguna
En la casa feliz de la enseñanza
Donde la ciencia y la doctrina abundan:”

“¿Qué os detiene? pues qué ¿nada os importa?
Las grandes cosas que mi boca anuncia?
¿Hasta cuándo sereis cial pequeñuelos
Que de los juegos de la infancia gustan?”

“Es gran prudencia, es consumado juicio
En mi perfecta y mágica hermosura
Fijar el vagaroso pensamiento,
Diversiones dejando inoportunas.”

“Yo, la Sabiduría, increada, eterna,
Soy la que al hombre á su deber ajusta;
Por mí reinan los príncipes supremos,
Por mí con rectitud las cosas juzgan.”

“Yo asisto á los juiciosos pensamientos:
Presido de los buenos en la junta,
Y les muestro recónditas verdades,
Cuando entre sí de buena fé consultan.”

“Soy del consejo inagotable fuente,
Tambien de la equidad y la cordura;
Conmigo están la gloria y las riquezas,
La sublime prudencia y la ley justa.”

“A los que me aman, amo tiernamente,
Yo me descubro á los que á mí madrugan,
Y al que me busca me hago encontradiza
En cualquier favorable coyuntura.”

“¡Ea! pues, sacudid, tardos varones,
Esa fatal pereza que os abruma,
Ardiente sed padecen vuestras almas
Y necesitan de mis aguas puras.”

“Llegad y en mi raudal indeficiente,
Que de todos los bienes siempre abunda,
El agua beberéis que dá la vida
Sin término, sin fin, sin tasa alguna.”

“Si la riqueza el corazón anhela,
¿Qué cosa habrá mas rica por ventura
Que yo en el mundo? Y si buskais acaso
Las apreciadas obras de la industria,”

“¿Quién habrá que conmigo se compare?
¿Qué artífice tendrá mayor finura
Que yo, que á todos y tan grandes mundos
‘Tracé con mano diestra fija ruta?’”

“Y al que virtudes eminentes ama,
Que de la vida el bienestar procuran,
Yo le daré prudencia previsora
Que el mal aún ántes de llegar conjura;”

“Y fortaleza le daré invencible
Con que triunfe en la guerra furibunda,
Que contra las pasiones rebeladas
Sostiene débil en continúa lucha;”

“Y le daré justicia inexorable
Que todo rectamente distribuya,
Y templanza tambien moderadora
Que sus acciones regle y su conducta;”

“Y si el mucho saber alguno quiere,
Reglas tendrá que el método aseguran
De saber con certeza lo pasado,
Escudriñando antiguas escrituras;”

“Le iniciaré en el arte misterioso
Que á conocer el porvenir ayuda,
Y á predecir al mundo los sucesos
Que han de venir en épocas futuras:”

“Espíritu sutil é ingenio claro
Le infundiré tambien con que descubra
Del discurso el enredo malicioso
Que en el sofisma sórdido se funda:”

“Fiel conductor con luminosa antorcha
Seré para él, si soluciones busca
De los mas intrincados argumentos,
Que la razon alguna vez ofuscan.”

“Sabrá la ley que rige los planetas,
Que en movimientos ordenados cruzan
El extendido espacio, y las mudanzas
Que tiene alternas la argentada luna:”

“Preverá las señales portentosas,
Que á la medrosa multitud conturban,
Y los advenimientos de los tiempos
Anunciará en sazones oportunas:”

“Yo del terráqueo primoroso globo
Le mostraré la artificiosa hechura,
Y de la activa en criar naturaleza
Las fuerzas escondidas y fecundas:”

“Le daré á conocer los minerales,
De cada planta la virtud oculta,
Los profundos arcanos de la vida,
De los séres vivientes la estructura;”

“Y aquel arte benéfico y divino,
Que del dolor cruél doma la furia,
Y á la infeliz humanidad doliente
Sus tristes males aliviar procura:”

“Todos los bienes que apetece el hombre
Conmigo vienen de la excelsa altura,
Y los doy al que escucha cuidadoso
Las instrucciones que mi voz promulga.”

“Dócil el cuello someted al yugo,
Y vuestra alma reciba la cultura
De la doctrina, con mayor anhelo
Que de oro y plata la preciada suma:”

“Pues los sábios conducen las naciones
A la felicidad en derechura,
Y temblarán los bórridos tiranos
Ante los pueblos que mi lengua instruya.”

“Que de mucho saber deseo ardiente
En el dócil espíritu se infunda,
Estudiando á la luz del claro dia
Y en las tinieblas de la noche oscura:”

“Atentos del maestro á los preceptos,
Siguiendo firmes la empezada ruta,
Nutra vuestra alma el succulento pasto
De la meditacion y la lectura.”

“¡Venturosos los jóvenes discretos
Que á seguir mis consejos se apresuran
Y con asidua aplicacion adquieren
Costumbres buenas é instruccion profunda!”

“A ellos darán las admiradas gentes
Gloria brillante que por siempre dura
Y aún de los ancianos venerables
Honra obtendrán en la presencia augusta.”

“Yo les repartiré sublime ciencia,
Y pensamientos de prudencia suma,
Y honoríficos premios y coronas
Que la vista arrebatan y deslumbran;”

“Y en eminente asiento colocados,
Cubiertos de gloriosa vestidura,
Serán del mundo luz consoladora
Que ahuyentando tinieblas se difunda;”

“Y de mi amor como el supremo esfuerzo,
Y para colmo en fin de su ventura,
Les mostraré la senda que conduce
A donde eternas dichas se disfrutan.”

DISCURSO

*Pronunciado por el C. Dr. José Eleuterio
Gonzalez, en la solemne distribucion de
premios, que se hizo entre los alumnos del
Colegio Civil de Monterey, la noche del 31
de Agosto de 1863.*

Multitudo autem sapientium
sánitas est orbis terrarum; et
rex sapiens stabilimentum pó-
puli est.

SAPIENT. C. VI V. 26.

En todos tiempos han procurado las naciones celebrar con entusiasmo las grandiosas conquistas de la ciencia, y recompensar dignamente las nobles al par que fatigosas tareas del ingenio; y esto no solamente en los siglos felices de ilustracion y de buen gusto, cuando el espíritu humano, libre de toda traba, ha podido entregarse á investigaciones científicas, sino aun en aquellos desgraciados tiempos en que la débil humanidad ha sido presa de la más cie-

ga ignorancia. Así es que, á pesar de lo rudo y tenebroso de la edad media, cuando el deseo de saber estaba casi aniquilado, llegó á ver con asombro la insigne ciudad de Tolosa reunirse todos los años, en medio de regocijos y fiestas, no pequeño número de trovadores venidos de Provenza á celebrar los Juegos Florales, disputándose en ellos con ahinco en públicos certámenes y en rímas armoniosas anhelados premios, y sobre todo, aquella violeta de oro, que era el más precioso y honorífico galardón destinado al más docto en la Gaya Ciencia, es decir, al mejor de los poetas. Y bien; si en una época tan triste, en que solo eran dignos de alabanza el temerario atrevimiento y la fuerza material, y en que los más negros errores oscureciendo el entendimiento, hacían mirar los libros con tan profunda aversión que muchas veces fueron condenados al fuego por creerlos plagados de encantos y sortilegios, no faltaron solemnidades pomposas instituidas con el nobilísimo objeto de estimular los ingenios, ¿sería razón que nosotros, hallándonos en tiempos en que las luces se propagan, y en que las fecundas producciones de la inteligencia ilustran las naciones, no hiciéramos lo posible para aclimatar en nuestro país los buenos conocimientos, productores infalibles de los mayores bienes? ¿Sería justo que nosotros, teniendo tan verdadera como urgente necesidad de promover

por todos los medios asequibles las mejoras morales, de nuestra sociedad, para remediar en algun modo los acerbos males que por una suma desgracia aquejan á nuestra querida patria, retirando voluntariamente los ojos de la generacion nueva, desquidáramos un medio como el de la emulacion tan eficaz para mejorarla? ¡Ah! No, señores, y con inefable gozo de mi alma veo en este lugar tan embellecido y en esta ocasion tan solemne reunirse lo más florido y selecto de nuestra sociedad: el Magistrado Supremo del Estado, que con su respetable presencia autoriza y engrandece la solemnidad de este acto, grandioso por sí mismo; las autoridades y los empleados, que vienen á aumentar el lustre de esta funcion verdaderamente popular; el bello sexo, que con el esplendor de sus gracias todo lo adorna y vivifica y un inmenso pueblo atraído, más que por la curiosidad, por el deseo de contribuir al engrandecimiento de esta fiesta, que es la fiesta de la juventud, animados todos por un solo pensamiento, pero pensamiento muy grande, muy justo y muy fecundo: muy grande, porque es la expresion sincera de los nobles sentimientos de un pueblo que se congrega para celebrar los tranquilos y esplendorosos triunfos literarios de sus más queridos hijos; muy justo, porque la idea que aquí domina es la de recompensar debidamente los asíduos trabajos y desvelos

de la juventud estudiosa; y muy fecundo, porque tambien se trata de excitar en los tiernos corazones de los jóvenes el amor al estudio y hacerles oír el panegírico de las ciencias para inclinarlos á que dirijan todos sus esfuerzos á perfeccionar su espíritu y á poseer la verdadera sabiduría, para que puedan con el tiempo ser la luz, la salud y el más firme apoyo de la patria.

Tal es, señores, el noble pensamiento que anima á este brillante concurso; y por cierto que es muy digno de un pueblo ilustrado, libre y amante del progreso, que conoce la imperiosa necesidad que tiene de adquirir los conocimientos útiles y de multiplicar los sábios, que son la vida de las naciones, pues ellos ilustran y dirigen las masas populares, y en las dificultades que presenta la marcha de los públicos negocios, son los únicos que pueden dar el saludable consejo. Por tanto, debemos convenir en que cuando un pueblo tiene la fortuna de ser regido por un Gobierno sabio que favorezca este movimiento progresista, promoviendo, plantando y dando cima á la educacion popular y científica, ha encontrado sin duda el remedio de sus males.

Sobrada justicia tuvo, pues, Salomon para decir, *que en la multitud de los sábios está la salud del universo, y que un príncipe sabio es el fundamento del pueblo.* Y por cierto que no cuesta trabajo comprender la verdad

de esta sentencia, porque nadie ignora el inmenso valor de la sabiduría, y la diaria experiencia nos comprueba que un solo sabio suele ser á veces la salud de una ciudad ó de una nacion entera. Mirad si nó al Agrigentino Empédocles cerrando una garganta de los montes por la que penetraba un viento pestilente y librar con esto para siempre á su patria de mortíferas epidemias; vedle tambien desecando los insalubres pantanos que circundaban á la antigua Selinonte é introduciendo en ella el agua pura de lejanos manantiales, convertir en saludable habitacion la que ántes era morada del dolor y de la muerte. Contemplad así mismo al Siracusano Arquímedes, que sin más armas que su profundo saber, burló tres años continuos, no solamente la prudencia y pericia militar de Marcelo, sino todo el poder de los grandes ejércitos de Roma. Dirigid, por fin, vuestra vista á Calínico, aquel famoso ingeniero de Heliópolis que lanzando lluvias y torrentes de fuego inextinguible desde los baluartes de la ciudad de Constantino y desde sus naves del Bósforo sobre los ejércitos y las escuadras de los agarencs, conservó la libertad del imperio de Bizancio. Y en vista de esto decidme: si un solo sabio puede hacer feliz á una nacion, ¿no será de todo punto cierto que en todos los sábios de todas las naciones estriba el bienestar de la humanidad entera?

Con igual facilidad se comprende que un gobernante amigo de la sabiduría puede llegar á ser el sólido y perdurable fundamento, no solo de su pueblo, sino de muchas naciones. Para convenceros de esto, no hay más que abrir la historia de todos los pueblos y de todas las edades. Encontrareis allí á Cadmo trayendo de Fenicia á la Beocia diez y seis pequeñas letras, y con enseñar el uso de ellas á los salvajes y rudos habitantes de aquella comarca, echar los fundamentos, no solo de la ilustracion griega, sino de la de muchas naciones. O si esta narracion os parece de poca monta por ser profana, hallareis á Moyses, á ese inmenso coloso de la historia, que emprendió la muy difícil tarea de ilustrar á un pueblo bárbaro, y lo que es peor, acostumbrado á la servidumbre: lo vereis trasladar ese pueblo á los desiertos, y allí educarlo, darle leyes, costumbres y libros, y ser con esto el único y firmísimo fundamento de la felicidad, no solo de su pueblo, sino de tantos otros como se han aprovechado de sus escritos por más de treinta siglos. O si estas historias no satisfacen vuestro espíritu por demasiado antiguas, fijad vuestras miradas en el inmortal Carlo-Magno, feliz restaurador del imperio de occidente, y lo vereis, á pesar de sus continuas guerras y de sus muy graves y complicados negocios, ocuparse de fundar una multitud asombrosa de escuelas en Francia,

en Alemania y en Italia, dictar sapientísimas leyes, reglamentar la enseñanza, restablecer el estudio de los clásicos griegos y latinos, compilar los antiguos poemas alemanes, escribir él mismo una gramática con el fin de pulir y ennoblecer la lengua francesa, y lo que es más, llevar triunfante la civilizadora cruz hasta los confines de su dilatado imperio, y plantarla en la remota y entónces bárbara Sajonia; y estoy cierto que reconocereis en este rey de reyes el estable fundamento de las modernas naciones de la culta Europa. Y si aun deseais sucesos que se aproximen más á nuestros tiempos, dirigid vuestros ojos á Leon X, aquel gran Pontífice que, reanando los sábios más eminentes y los artistas más esclarecidos de su tiempo, restauró las ciencias y las artes en Italia; ó á Luis XIV, aquel poderoso monarca, que abrió en Francia las antiguas escuelas de Carlo-Magno cerradas hacia un siglo, y supo emplear su inmenso poder en la proteccion de las ciencias y del verdadero mérito; y no podreis negarme que estos dos grandes genios dieron un poderoso impulso al espíritu humano, que, produciendo un vivo movimiento intelectual, hizo brotar como de abundosa fuente la ilustracion moderna, que ha difundido su benéfico influjo por toda la tierra, y elevado las ciencias y las artes al encumbrado punto en que las vemos, y que ellos son por tanto el

fundamento de la civilizacion actual. Ved aquí de qué manera un hombre, á pesar de la miseria, desgraciado patrimonio de la humanidad que lo hace uno de los séres más débiles y perecederos de la tierra, puede iluminado por la clara luz de la sabiduría, ser la piedra angular que dé toda su firmeza al social edificio.

Persuadido de esta fecunda verdad el Gobierno del Estado, no perdona medio alguno por difícil que parezca para promover la pública educacion, ya mejorando las escuelas antiguas, ya favoreciendo la ereccion de otras nuevas, ya trayendo de los pueblos niños pobres para educarlos por cuenta del erario público; y ya, en fin, estableciendo, dando vida y perfeccionando cada vez más este Colegio Civil, hasta ponerlo cual hoy se halla en estado de satisfacer en algun modo las necesidades actuales de nuestra sociedad. Beneficios son estos de tal cuantía, que no pueden ni aproximativamente valuar, ni debidamente agradecerse. ¿Y tanto bien de dónde procede? De un ilustrado gobernante, que, apoyado en el profundo conocimiento de su deber, y sirviéndole de guía la rectitud de sus intenciones, no vacila un momento en emplear todas sus fuerzas en esta obra máxima, que él considera como la base del bienestar de su pueblo. ¡Que el Dios de la sabiduría bendiga la obra de sus manos! Nosotros con la más

tierna efusion de nuestros corazones agradeceremos, ya que no como debemos, á lo ménos cuanto nos fuere posible, este inapreciable beneficio, que ha venido á remediar uno de los mayores males que nos aquejaban, pues como dice Middleton: "*Nada hay tan perjudicial para una nacion como la necesidad de ir á buscar fuera la primera instruccion.*" Y vosotros ¡oh jóvenes! que inmediatamente disfrutais del mayor de los bienes, y que lo debeis al paternal cuidado de un Gobierno benéfico que, al ofreceros este instituto de educacion científica, os dice con el Sábio: "*Recibid la instruccion por mis palabras y os aprovechará.*" Agradecedlo tambien con toda el alma; pero no os limiteis al simple agradecimiento, sino que es preciso que apliqueis todas vuestras fuerzas para adquirir una sólida instruccion, y convertidla en utilidad de nuestra tan querida como desgraciada patria.

Trabajad, pues, con ahinco y aprovechad cuanto podais, ya que teneis un establecimiento literario en que se desarrollen vuestros naturales talentos. En él podreis escoger la carrera que mejor cuadre con vuestras disposiciones y con vuestro gusto.

Aquí teneis quien metódicamente os enseñe la lengua patria. ¿Y quién habrá que pueda poner en duda la utilidad de este estudio? Es tal su importancia, que sin él de nada ser-

virian los mayores conocimientos; pues no pudiendo debidamente expresarlos, quedarían como escondidos y sin producir jamás utilidad alguna, descenderían con nosotros al sepulcro. Además, el idioma nacional es el termómetro de la cultura de un pueblo y de la educación de una persona. ¿Quién al oír como se habla en una población, ó cómo se expresa un hombre, no forma luego juicio de su estado de progreso ó de atraso en la carrera de la civilización?

Encontrareis también el utilísimo estudio de la lengua de Cicerón y de Horacio, idioma rico y sábio, llave necesaria en otro tiempo de todas las ciencias, y hoy todavía de una utilidad inmensa; porque sin él jamás podrían conocerse á fondo muchas de las lenguas modernas, entre ellas la nuestra, ni podría perfeccionarse el buen gusto, cosa que solo puede alcanzarse con el estudio de los clásicos antiguos; ni ménos desentrañarse la gran multitud de útiles conocimientos consignados en tan prodigioso número de volúmenes como los que se han escrito en el larguísimo período de más de veinticinco siglos que han transcurrido desde la fundación de Roma hasta nosotros. De los idiomas vivos teneis cátedras donde aprender el inglés y el francés que son hoy, como el latino lo fué en otros tiempos, el vehículo del pensamiento y el canal de las ciencias. Ellos nos ponen en contacto con

pueblos poderosos y sábios, ensanchan el campo de las ideas, facilitan prodigiosamente el comercio; y por nuestra posición topográfica y nuestras relaciones con pueblos que los hablan, son hoy para nosotros de una necesidad absoluta.

Así mismo hallareis donde poder dedicaros al amenísimo estudio de la literatura, que es un intermedio entre los goces de los sentidos y los del entendimiento; que alivia el espíritu de la fatiga que acarrea la investigación de las verdades abstractas; que, deleitando el ánimo, acicala el buen gusto, perfecciona el ingenio, suaviza las costumbres, embalsama las horas de la vida y riega de flores el camino de las ciencias; que es la maestra del bien hablar, que enseña á persuadir, que dá las armas para convencer, y que es, por fin, la piedra de toque para conocer las disposiciones morales de los individuos; pues como dice Hugo Blair: *“La falta de gusto en la elocuencia, poesía y bellas artes, es un síntoma desconsolador en un jóven, y dá sospechas de que es inclinado á los gustos más ruines, y nacido para correr en pos de los apetitos más groseros y soeces de la vida.”*

Teneis aquí también para cultivar vuestra alma el necesario y luminoso estudio de la Filosofía, que no es otra cosa sino la expresión sincera del deseo de saber bajo su más pura forma: es la ciencia de los primeros

principios y de las primeras causas: es el centro y es la luz de todas las ciencias: es la que las fecundiza, las que las vivifica, la que las domina y las ilustra, sin que á ella ninguna la ilumine, la subyugue, le dé vida y la fecunde. Ella os enseñará á contemplar con una sola ojeada toda la creacion; y desentendiéndose de los detalles y los por menores, y fijándose únicamente en las generalidades, os manifestará lo que hay en las obras del Criador de más sublime; de más grande y portentoso. Ella os dará á conocer al hombre como la corona de la creacion visible, como el sér más perfecto que hay sobre la tierra, y como el único que posee un rayo de la Divina Luz, que lo constituye un nuevo ser inmaterial é imperecedero, aunque unido á la torpe materia de este globo. Ella os manifestará cuál es la generacion de las ideas, y os enseñará el arte de pensar, señalándoos las reglas más seguras para la perfeccion del raciocinio. Del conocimiento de la tierra y del hombre os hará pasar al mundo de los espíritus y os elevará hasta la sublime contemplacion de la Divinidad; y descendiendo despues iluminada con el alto conocimiento de los divinos atributos, os enseñará á investigar cual es la voluntad del Criador y Dominador del universo, manifestada por sus obras, deduciendo por fin de estos profundos estudios cuáles son los deberes del hombre sobre la

tierra, y os enseñará á valeros de la razon para cumplirlos.

¿Y qué cosa podrá darse tan útil como el interesantísimo estudio de las Matemáticas? Pues aquí tambien se os facilitarán los medios de emprenderlo. Ellas son un conjunto de realidades demostradas, unas por el solo uso de la razon, y otras por el inmenso poder del cálculo. Son el principio de todo estudio científico, pues ni la Física, ni la Química, ni otras muchas ciencias, ni las artes pueden dar un solo paso sin su auxilio. Aplicadas á la mecánica multiplican por millares de veces la fuerza del hombre y extienden su poderío hasta un punto que parece increíble. Aplicadas á la extension, tanto facilitan el modo de apreciarla, que sin movernos de un lugar podemos medir palmo á palmo la magnitud al parecer inconmensurable del sistema solar; y aplicadas al estudio de los astros, dan el conocimiento anticipado de los fenómenos más estupendos, marcan las sazones más oportunas para que el hombre de los campos confie á la tierra las preciosas semillas, que forman la base de nuestra subsistencia; y señalan á los sacerdotes los dias de las solemnidades religiosas.

Teneis tambien el vasto y satisfactorio estudio de la Física, cuyos límites son los de la creacion material; y que, dándoos á conocer las propiedades de los cuerpos y las leyes que

los determinan á obrar á sensibles distancias, pondrá bajo vuestros sentidos la naturaleza entera para que admireis la infinita sabiduría del Criador, derramada abundantemente en cada una de sus obras, y para que aprovecheis los inmensos tesoros que su mano pródiga colocó en este dilatado mundo para beneficio de los hombres. Con su auxilio el atrevido aeronauta hiende los aires y se remonta á las altas regiones de las nubes y de los hielos eternos; con su auxilio el intrépido navegante surca las aguas sin temor de extravíarse en la inmensidad de los mares; con su auxilio ha podido el hombre arrebatarse el rayo de las nubes y obligarlo á que le sirva para facilitar sus relaciones; y con su auxilio el pacífico viajero recorre en muy pocas horas vastísimas regiones en las alas del vapor.

No falta en este Colegio quien os inculque, sin superstición ni fanatismo, los sagrados dogmas de la religion santa: quien os manifieste las fuentes de la revelacion divina, que es la que hace conocer á Dios por el camino más corto, y nos descubre el secreto de la creacion, que vislumbra apenas la filosofia; y quien os enseñe á concordar la fé con la razon, de tal manera, que sin ajarla ni destruirla, ella misma venga á hacer patentes las verdades reveladas. La religion es la primera de las necesidades de un pueblo, porque habiendo ella sabido hacer de la caridad un pre-

cepto y una obligacion de la templanza, mantiene á los hombres enlazados con los estrechos vínculos de la justicia y de la recíproca utilidad. Es ella tambien de todo punto necesaria para la felicidad del individuo; pues ciñendo al hombre á sus deberes con los purísimos preceptos de la moral evangélica, le da eficaces medios para que viva en paz con su conciencia, con los hombres sus hermanos y con su Criador; le alienta en sus penalidades con la esperanza de la vida futura, le endulza los últimos instantes de su perecedera existencia y le guía á las regiones de la luz y de los goces sin término.

Ni careceis tampoco de quien os explique la Geografía, el arte de computar los tiempos y la Historia: conocimientos preciosos que fortalecen y adornan el espíritu de una manera tan sólida como brillante; pues la Geografía nos conduce nada ménos que á conocer este vasto globo, espléndida morada, que la potente y bienhechora mano del Eterno Hacedor sacó del oscuro seno de la nada, destinándola para habitacion de los mortales; la Cronología, enumerando los dias, los años y los siglos y poniendo de manifiesto la secuela de los tiempos, nos dá la llave para entrar en el caos de las edades, y la luz para distinguir las y concordarlas; y ambas ciencias son un preliminar indispensable para el utilísimo y deleitoso estudio de la historia: de la historia,

de ese testigo fiel de lo pasado, de ese consejero imparcial y sábio de los gobernantes, de ese juez inexorable de los hombres públicos, que, despojándolos de los prestigios de que estuvieron rodeados, y juzgándolos por solas sus acciones, los presenta cuales fueron para que vivan en la memoria de los hombres coronados de gloria por sus virtudes, ó cubiertos de ignominia por sus iniquidades; de esa guía segura, que sacando al hombre de los estrechos límites de su efímera existencia, lo trasportan, atravesando siglos á los más remotos tiempos, haciéndolo contemporáneo de los hombres más célebres y ciudadano de todas las naciones; de esa maestra, en fin, que, haciéndonos aprovechar la experiencia de los que nos precedieron, nos enseña á dirigir de la mejor manera nuestras acciones, pues ella es la que, como ha dicho muy bien César Cantú: *“Debe hacer redundar en provecho de los hijos la cosecha de dolores padecidos por los padres.”*

No se han limitado los cuidados que este instituto bienhechor tiene por vosotros á proporcionaros estos brillantes y variados ramos de instruccion; sino que, atento á remediar el fastidio que los estudios sérios ocasionan, y para que encontreis la doctrina al lado de la salud y del recreo, os ha establecido aquí una academia de música, otra de dibujo y un pabellón de gimnástica; ¿y quién podrá desco-

nocer la excelencia de estas artes? La música fué la que, suavizando la aspereza de las primitivas costumbres, comenzó á civilizar las sociedades nacies: la música fué la que, reuniendo los obreros con los mágicos sonidos de la lira de Anfion, hizo levantar como por encanto las murallas de Tebas: la música fué de la que el Dios de las venganzas quiso valerse para derribar con el milagroso estruendo de las trompetas de Josué los muros de Jericó; y la música es hoy la que, ya sola, ya unida á su hermana la poesía, forma las delicias de todos los pueblos, y con razon, pues ella es el lenguaje de las pasiones, que, hiriendo los sentidos, nos avasalla ántes de insinuarse en nuestras almas, despierta los sentimientos nobles de amor y de piedad, exalta el valor de los guerreros y lo lleva hasta el furor en los combates, enardece el deseo de la gloria y no hay pasión que no mueva en las almas sensibles. El dibujo, arte maravilloso de imitacion y auxiliar necesarísimo de las demas artes, enseña como jugando á representar con la mayor fidelidad las obras más exquisitas, y las más grandiosas de la naturaleza. Así es como unas pocas líneas trazadas en un reducido espacio por una diestra mano, dirigida por una imaginacion ardiente, engañan nuestra vista y nos hacen vagar por amenos prados, por espesos bosques, por espaciosos campos, ó por la embra-

vecida superficie de los anchurosos mares. En la Gimnástica encontrareis entretenido y saludable ejercicio que desarrolle vuestras fuerzas físicas, que perfeccione vuestro cuerpo, que contrapesese los males que la demasiada aplicacion al estudio pudiera ocasionaros, y que os sirva de entretenimiento inocente, impidiendo á vuestra imaginacion dirigirse á mala parte, para que así llegéis á poseer, como dice Juvenal, "*una alma sana en un cuerpo sano.*"

Hé aquí lo que podeis aprender para ser buenos y útiles ciudadanos; más si aspirais á la brillante gloria de las profesiones literarias, encontrareis tambien donde poder dedicaros á las profundas y utilísimas ciencias médicas, ó á las altas é importantes que forman el dominio de la Jurisprudencia.

Aquel de entre vosotros que, dotado de un corazon sensible, sepa compadecer las miserias de sus semejantes, que tenga un entendimiento claro, inclinacion al bien, grande amor al estudio y un espíritu fuerte que lo haga á propósito para desempeñar un gravísimo y difícil ministerio, dedíquese al muy útil aunque penoso y dilatado estudio de la medicina. Desde que se inicie en esta ciencia, verá que la naturaleza comienza á abrirle sus inagotables tesoros para que de mil maneras los utilice en bien de la humanidad. La Química le dará por completo el conocimiento de la

naturaleza, que la física solamente le habia dejado ver como por encima y de una manera general: le hará penetrar en lo interior de los cuerpos, y allí le revelará las operaciones más secretas verificadas en fuerza de las leyes que presiden á la reunion y combinacion de los átomos. La Botánica pondrá á su disposicion los preciosísimos dones que nuestro amoroso Dios con mano liberal nos prodiga diariamente en el importante y ameno reino vegetal. La Farmacia le enseñará á utilizar todos los cuerpos de la naturaleza en bien de la humanidad doliente. Y los demas estudios médicos, asociados á una práctica razonada y asidua, lo harán llegar por fin á la cumbre del arte que tiene por objeto socorrer al hombre que padece. ¡Arte sublime que deriva sus deberes de las leyes más santas de la religion y de la filantropía, que tiene en su mano nada ménos que el inmenso poder de la naturaleza benéfica, y cuyo objeto único y exclusivo es derramar á manos llenas el bien por todas partes! No es de admirar que una ciencia tan eminentemente consoladora, y que más bien parece hija de la caridad que de los dolores y de las humanas miserias, haya excitado desde la más remota antigüedad la admiracion y el agradecimiento de los hombres. Así es, que, ya en los tiempos heróicos Lino y Orfeo no escasearon las mágicas armonías de la lira y los sonoros acentos de su voz en-

cantadora, celebrando el arte divino que apacigua los dolores, restituye con la salud la felicidad y los placeres, y prolonga la vida. Mas no se limitan á éstos los bienes que procura; no solamente trata de conservar al hombre físico, sino que tambien contribuye eficazmente á la mejora del hombre moral. ¿Qué apoyo no presta el estudio de la naturaleza y organizacion del hombre á la ciencia de la legislacion? ¿Cuánta luz no derrama la contemplacion del universo y de las leyes que lo rigen, y el estudio especial del hombre, sobre la moral? Los Esenios, aquellos filósofos tan severos que profesaban una moral tan pura y estaban ligados á sus jefes con una obediencia tan estricta que, segun refiere Josefo, solamente eran libres para compadecer al afligido y para ayudar al necesitado, cultivaban con esmero la medicina con el fin de perfeccionar las almas, conservando sanos y robustos los cuerpos. Por otra parte, bien se comprende que el no interrumpido estudio de las leyes naturales perfecciona el juicio y desenvuelve la razon; que la cultura científica, tan indispensable al médico, robustece y ensancha el entendimiento: que los riesgos y penalidades inherentes al arte de curar, el continuo trato con el dolor y la muerte, y la costumbre de ver á todos los hombres iguales bajo la ley del sufrimiento, desterrando las ilusiones, elevan el espíritu al conocimiento

de las más sublimes verdades; y que los humanitarios sentimientos de simpatía y conmiseracion que presiden á la práctica de una ciencia que es toda de amor y caridad, ennoblecen el alma y la disponen á las más bellas acciones. En vista de estas cosas, nada tiene de extraño que un estudio tan serio y filosófico haya dado al mundo en todos tiempos hombres tan eminentes en saber y en virtudes, cuando aun en medio de la oscuridad del paganismo pudo en los tiempos antiguos producir un Hipócrates de Cos y un D. ocles de Caristo, tan sábios, justos y benéficos, que, sin pretender honores ni recompensas, ejercian su arte, no con otro fin, sino el de hacer bien á los hombres.

Y el que haya recibido de la naturaleza un sentimiento instintivo de lo justo y de lo injusto, un juicio recto, un deseo insaciable de saber, una inteligencia clara y perspicaz, y un invariable amor á la justicia, abraza desde luego el vasto y profundo estudio de la Jurisprudencia, sin que lo arredre lo extenso del camino que tiene que recorrer, pues esta ciencia tan necesaria á la sociedad, tiene por preciosos é indispensables auxiliares á todos los conocimientos humanos. ¡Ciencia preciosa y eminente que desentraña de lo más recóndito la justicia y la iniquidad, y que señala claramente los derechos y deberes del hombre y

de las naciones! Ella robustece el brazo de sus adeptos, armándolos, ya con la égida de la razón, ó ya con la cuchilla de la ley, para que defiendan con eficacia la inocencia injustamente oprimida, ó castiguen con energía el crimen donde quiera que se encuentre: ella enseña y reduce á principios ciertos el arte difícil y peligroso de gobernar; y ella, considerando los pueblos, sus necesidades, sus condiciones y sus intereses, inicia en el arte todavía más difícil y espinoso de dictar leyes á los Estados, bajo los preceptos de la sabiduría y las invariables reglas de la justicia. El estudio de esta elevada ciencia, productora de tan indecibles beneficios, robustece la razón y da firmeza al carácter de tal manera, que en los pasados tiempos llegó á producir un hombre tan inflexible como Emilio Papiniano, que prefirió la muerte ántes que aprobar el fratricidio cometido por Caracalla; al mismo tiempo suaviza las costumbres y enardece la filantropía en tales términos, que pudo dar un consejero tan benigno como Ulpio Marcelo, que supo infundir en el ánimo de Antonino Pio esta máxima bellísima: "*Es mejor defender á un ciudadano que matar mil enemigos.*" Y por último, ella ilustra el entendimiento, rectifica el juicio y perfecciona el espíritu de tal modo, que dió al mundo sábios tan grandes como Domicio Ulpiano y Julio Paulo, que en tiempo del emperador

Alejandro Severo ilustraron al mundo con tan bellos y sapientísimos escritos, que con justa razón han sido llamados las fuentes del derecho romano; y no se pida más, aun en las tinieblas de los siglos medios produjo hombres tan insignes por su saber y tan piadosos como un Bútilo de Sassoferrato, un Pedro Baldo de Ubaldis, y sobre todo, un D. Alfonso el sábio, esplendente lumbrera de la Jurisprudencia española.

Tales son las riquezas científicas que os ofrece, oh jóvenes alumnos! este Colegio Civil, para que podáis cultivar vuestros talentos. Mas aunque véais aquí las ciencias separadas en ramos diferentes, no imagineis que son del todo distintas y que no tienen entre sí recíprocas conexiones; por el contrario, consideradlas como procedentes de un tronco único, y tendiendo todas hácia un mismo fin, pues todas nacen de la humana inteligencia y todas al bien del hombre se dirigen. Si la debilidad de nuestro espíritu y las necesidades sociales las han separado, el genio debe reunir las y filosóficamente todas juntas abrazarlas, pues como dijo Ciceron en defensa de Arquias: "*Todos los conocimientos humanos tienen cierto vínculo comun y como una especie de parentesco que los comprende á todos.*"

El Supremo Jefe del Estado, á quien anima un vivísimo deseo de mejorar la suerte

da los pueblos y que tanto se desvela por adelantar cuanto pueda la pública educación, no solamente os abrió el santuario de las ciencias, no solamente ha empleado su autoridad en perfeccionar y sostener este literario instituto con el único y laudable fin de proporcionaros abundantes y seguros medios de instrucción, sino que no contento con llevar á cabo esta grande obra, aun se digna de venir á estimular en vosotros el amor de la sabiduría, repartiendo con benigna y justa mano los honrosos y merecidos premios, á los que por su irreprehensible conducta, por su laboriosidad constante, por sus adelantos científicos ó por la fineza de sus modales, se han distinguido más en el año escolar que hoy termina. ¡Ea, pues, oh jóvenes! á vosotros toca aprovechar estos grandiosos elementos, de vosotros depende únicamente procuraros las luces de la ciencia y los beneficios de la buena educación. Si perdeis el tiempo y dejais pasar la favorable ocasión que se os presenta, vuestra será la culpa y vuestra será tambien la ignominia. Aplicaos con incesante afán al estudio; que el mundo no os distraiga con sus engañosos y enervadores placeres, pues como dice Job: *“La sabiduría no se encuentra en la tierra de los que moran en delicias.”* Sed virtuosos, instruidos y benéficos, y empeñaos en adquirir tal probidad y tal sabiduría, que podais en algún tiempo llegar á ser

la salud del universo, ya que teneis la fortuna de vivir á la sombra de un gobernante sábio, que se empeña en ser á toda costa el fundamento del pueblo.—DICE.

INFORME

Rendido por el C. Dr. José Eleuterio González, Director del Colegio Civil, en la solemne distribución de premios del año de 1867.

Imprescindible necesidad de saber tiene el hombre para vivir feliz sobre la tierra: porque los límites de su ciencia son los límites de su poderío. Por esto en todas las naciones ha sido necesario cuidar de que se busquen con esmero las nociones más precisas de las ciencias, y de que se reglamente con cuidado su enseñanza. Nuestra sociedad en medio de su pobreza y desvalimiento, no descuidó jamás este sagrado deber: desde que pudo gobernarse sola, por beneficio de su erección en Estado libre y soberano; sus mandatarios procuraron mejorar los ramos de educación que hallaron establecidos, é instituyeron una cátedra de jurisprudencia en el antiguo seminario. De esta humilde, pero utilísima institución,

salió la mayor parte de los hombres ilustrados que tenemos; y salieron también algunos que han ocupado elevados puestos en la administración pública, y han sido el lustre y el apoyo del Estado. En nuestros días, á pesar de tan continuas revueltas, y en medio del estruendo de las armas, no faltaron almas nobles, que en el momento que llegaron al poder, pusieron todo su esmero en fundar este Colegio Civil, porque sabian, á no dudarlo, que la educación pública es la base del bienestar de los pueblos; y que una sociedad, donde no se cuida de ella, debe reputarse perdida. Tampoco han faltado despues gobernantes buenos, que, alargando una mano protectora, hayan sostenido este pobre establecimiento, que de otra manera no habria podido conservar su vida en medio del más terrible aluvion de inesperados sucesos. Durante su trabajosa existencia, ni ha tenido más consuelo que manifestar al Gobierno sus necesidades, ni más satisfaccion que darle cuenta de los adelantos de sus alumnos y del estado de sus trabajos, recomendando á su alta consideracion los jóvenes más distinguidos por sus buenas costumbres, por su laboriosidad, por su instruccion ó por la finura de sus modales. Cuatro años ha que este Colegio no cumplia, por las vicisitudes de los tiempos, con este satisfactorio deber; y ahora más que nunca conviene cumplirlo, á fin de que sean conocidos

y debidamente apreciados los recomendables jóvenes, á cuya invicta constancia se debe, en su mayor parte, la permanencia de este tan necesario instituto.

Ocupada esta ciudad por las tropas intervencionistas, el Colegio Civil fué despojado del local que ocupaba, con tal violencia, que ni aun se permitió sacar de él los muebles que contenia. Establecido el régimen del llamado Imperio, la centralizacion de las rentas dejó al Colegio absolutamente sin fondos, y para colmo de miserias, una ley imperial prohibió enseñar facultades mayores en los Departamentos, señalando solamente tres ó cuatro puntos donde pudieran cursarse. Estas calamidades juntas á la de la guerra, que mantenía á esta ciudad en una constante alarma, hicieron que la mayoría de los alumnos desalentados y medrosos, creyendo toda esperanza perdida, abandonaran el estudio y se retiraran á sus hogares. Pero una treintena de jóvenes dotados de un espíritu fuerte, de una viva fé y un ardiente deseo de saber, permanecieron firmes y resueltos á no abandonar sus literarios trabajos, mientras no le fuera de todo punto imposible continuarlos. Con esto y con algunos profesores, desinteresados amantes de la juventud, qua siguieron dando en sus casas las necesarias lecciones, pudo subsistir, aunque diseminado y oculto, en medio de tan universal trastorno, este Colegio Civil,

para eterno timbre de gloria de la juventud de Nuevo Leon.

Sin duda alguna me seria inútil ponderar cuantas dificultades hubo que vencer, y cuantas penas hubo que sufrir para darle el lleno á tan difícil empresa. Básteme, pues, recordar, que no hay dificultad que resista á los embates de una voluntad firme y de un trabajo continuo.

Si es digna de la más especial recomendacion la conducta de los profesores que, sin más interes que el bien de la juventud y á pesar de la prohibicion imperial, no cesaron en la obra de la enseñanza. ¿cuánto más no debe serlo la constancia de los discípulos, que á pesar de la natural inestabilidad de su tierna juventud, y reducidos á la miseria de mendigar la instruccion, de hacer sus horas de estudio en parages despoblados ó en el solitario rincon de alguna casa hospitalaria, siguieron sus cursos con tanta regularidad y aprovechamiento, como si hubieran estado constituidos en la más rigurosa clausura y bajo la severa proteccion de vigilantes celadores?

Así pasaron tan calamitosos tiempos, haciéndose los anuales exámenes por comisiones reunidas en la casa de alguno de los miembros que las componian, y recogiendo las calificaciones en forma de cartas: hasta que, por fin, brilló de nuevo la resplandeciente aurora de la libertad y el anhelado renacimien-

to de las instituciones republicanas. Despues de la gloriosa jornada de Santa Gertrudis, nuestro impertérrito, al par que moderado compatriota, el General Escobedo, ocupó esta capital; y al tercer dia de estar en ella dictó las órdenes más terminantes para el restablecimiento del Colegio, facilitando los necesarios auxilios, á pesar de las apuradas y notorias circunstancias del erario. ¡Qué diferencia de procedimientos! ¡Qué contraste! Un alienígena que nada en la abundancia rodeado del esplendor del trono, ocupa los fondos de instruccion pública, y manda que en los Departamentos no se enseñen facultades mayores, á título de iniciarnos en la ciencia del buen gobierno: y un patricio, un soldado de la libertad cuando apenas tiene con que sustentar escasamente á sus fieles compañeros de armas, y sin desechar todavía el cansancio ni sacudirse el polvo de los combates, solo piensa en restablecer á todo trance la educacion pública, con la plenitud de libertad que exige nuestro dogma político de *la enseñanza libre*. Restablecido ya el Colegio, y sostenido por su natural apoyo, que es el Gobierno, pudo en el año escolar, que hoy termina, no solamente seguir sus cursos literarios con toda regularidad, sino tambien atender en algo á la mejora de la enseñanza. Así es que se han establecido en este año las cátedras de historia y de oratoria forense, con las que ya que

dan completas todas las que determina la ley de ereccion de este instituto. Se ha procurado tambien cuidar de la parte moral de la educacion de los alumnos, y, gracias á los desvelos y rectitud del C. Prefecto de estudios y de los celadores, que han puesto su conato en evitar los desórdenes más bien que en castigarlos, se ha conseguido la interesante ventaja de que en el presente año han sido tan raros les desmanes y los castigos, como fueron frecuentes en otros tiempos.

Concluidas las lecturas, se han hecho los exámenes con el orden y exactitud que previene la ley, y segun las costumbres que se establecieron en este colegio desde su principio. La junta directiva que en todo el año ha desempeñado, respecto de los alumnos, el oficio de un padre, procurando que adquirieran buenas costumbres y la necesaria instruccion; ahora convertida en juez severo, vistas las calificaciones formuladas por los sinodales y oídos los informes de los catedráticos y empleados del colegio, ha castigado á los morosos y á los poco aprovechados haciéndoles repetir los estudios, castigo verdaderamente paternal, que pone al culpable en condiciones de enmendar su falta y de adquirir mayor caudal de conocimientos; tambien ha procurado adjudicar los premios á los mas dignos, y de una manera justa, á pesar de los grandes obstáculos que para esto presentan la aban-

dancia de jóvenes de un relevante mérito, la dificultad de conocer y graduar las pequeñas diferencias que los distinguen, y el escaso número de recompensas que ha sido costumbre distribuir.

La porcion mas selecta de los alumnos del colegio es la que presento en esta vez al pueblo y al gobierno, como una muestra de los adelantos del establecimiento, y como una prueba de que no han sido estériles los generosos sacrificios del gobierno y los afanosos cuidados de los maestros.

No concluiré mi desaliado informe sin levantar mi voz para recomendar por segunda vez la constancia y laboriosidad de los alumnos y el desinterés y empeño de mis buenos profesores; y para pedir rendidamente al gobierno, en nombre de la civilizacion y del bien del Estado, que continúe y haga mas eficaz su proteccion á este colegio, cuyos frutos estamos ya gozando en muchos ilustrados jóvenes, que se han formado en él, y ejercen hoy honrosas y útiles profesiones, no solamente entre nosotros, sino aun en los vecinos Estados de Tamaulipas y Oahuila.

Y á vosotros, ó jóvenes alumnos, qué podré deciros, que de mi boca no hayais oído ya por muy repetidas veces. Si esperais que os diga cosas nuevas, burlada quedará vuestra esperanza. Cansados estareis, por cierto, de estar oyendo siempre las advertencias, pe-

ro no importa, ni yo puedo hallar cosas nuevas que deciros, ni á vosotros conviene escuchar otras. Acordaos que el primer mandamiento que el Altísimo impuso al hombre fué el de trabajar toda su vida, y que habiendo vosotros escogido la carrera literaria, en ella debeis trabajar incesantemente. Además, el Estado á costa de inmensos sacrificios y venciendo increíbles dificultades, os proporciona los medios de enseñanza, con la mira de formar de vosotros útiles ciudadanos; no burleis sus esperanzas, correspondiendo mal á tan eminentes favores. Entregaos, pues, con decidido afan al estudio; pero antes de hacerlo examinad atentamente vuestras naturales inclinaciones, procurando conocer para qué tenéis natural disposicion, porque como ha dicho Hipócrates: (1) "*Todo es inútil cuando se quiere forzar á la naturaleza.*" Conocida esta disposicion, aplicaos á estudiar, sin tregua, la profesion que hubiereis elegido, pues si la naturaleza da la capacidad para aprender, el arte facilita con las reglas el poder obrar; y el trabajo continuo perfecciona los conocimientos y hace al hombre potente en el ejercicio de su obra. No vacileis un momento, poned todos vuestros conatos en cultivar vuestra razon y adquirir el impercedero bien de la sabiduría, único capaz de hacer

[1] En la ley.

la felicidad del hombre en cualquier estado y condicion que se encuentre, pues como decia Ciceron, en la célebre defensa de su maestro Aulo Licinio Arquias: (1) "*Los estudios de las letras son alimentos en la juventud, deleitan en la vejez, dan lustre á la prosperidad, sirven de refugio y de consuelo en la adversidad, recrean en lo interior de la casa, no embarazan fuera de ella, viajan, velan y viven con nosotros en el campo.*" A estas magnificas alabanzas de la ciencia, que profirió el mayor maestro de la oratoria, yo me atreveré á añadir, que ella es el mas poderoso medio de ser útil á la familia, á la patria y la humanidad entera. ¿Quién, pues, habrá tan falto de sentido, que á la vista de tan brillantes y grandiosos resultados no se entregue con ahinco á los mayores trabajos por alcanzar tan inestimable tesoro?

Entregaos, vuelvo á deciros, con infatigable solicitud, al estudio: corresponded con vuestras virtudes al magnánimo Estado que no perdona medio para haceros felices: contemplad incesante y con atencion profunda el eterno libro de la naturaleza: escudriñad los escritos de los que nos precedieron en la penosa tarea de las investigaciones: cultivad con esmero los dones espirituales, que hubiereis recibido de la infinita liberalidad del Criador:

[1] Núm. 7.

pedid á Dios con sencillez de corazon la sabiduría: amad con todas vuestras fuerzas la verdad, decid siempre la verdad, afanaos en buscar sin descanso la verdad, fiados en la indefectible promesa del divino salvador que os dice: (1) *conocereis la verdad, y la verdad os hará libres;*" sed, por fin, sabios, justos y benéficos, y alcanzareis los premios reservados á los buenos.

Y vosotros, ó jóvenes afortunados, que en este dia merecis que os corone la justicia, acercaos al padre de la juventud, al representante del pueblo, no con el temor y encogimiento de un siervo, sino con el respeto y agradecimiento de un hijo, y recibid el premio que habeis sabido grangearos, y que bien podriais pedir con las palabras de Horacio: (2)

*"O la virtud no es mas que una quimera,
"O al que hace esfuerzos nobles de justicia
"Son debidos honor y recompensas."*

Que estos esplendorosos triunfos y estos bien merecidos lauros sean para vosotros y para vuestros concolegas, el poderoso estímulo que despierte la noble ambicion de la virtud y del saber.

[1] Joan. C. VIII, V. 32.

[2] Aut virtus nomen inane est,
Aut decus et pretium recte petit experiens vir.
Horac. Epist. XVII, V. 41. 24.

INFORME

Rendido por el C. Dr. Gonzalez director del Colegio civil de Monterey en la distribucion de premios del año de 1868.

En esta solemnidad espléndida, tan sabiamente dispuesta para coronar los escolares esfuerzos é infundir en el alma de la tierna juventud el nobilísimo sentimiento de la emulacion, un deber imperioso me impone la obligacion, tan honrosa como satisfactoria, de informar al público y al gobierno sobre el estado que guarda el colegio civil, dándoles cuenta con los resultados de las tareas literarias de este período escolar; y presentándoles los alumnos que, á juicio de la junta directiva de estudios, han merecido premios ú honoríficas menciones.

Nueve años cuenta de existencia este colegio. Y en estos nueve años de continuas politicas tormentas, cuantas vicisitudes ha tenido que sufrir! Pero la Providencia, que

vela sobre las instituciones útiles y benéficas, no solamente le ha conservado la existencia, sino que le ha dado fuerzas para adelantar un algo en el difícil camino del progreso. Adelanto que forma, por cierto, un hermoso contraste con las apuradas circunstancias de nuestros calamitosos tiempos.

Nacido este instituto en medio de un tumulto revolucionario, creado por un gobierno efímero, que parece no haber tenido otra mision que fundarlo, se erigió en 1859 con dos veintenas de alumnos distribuidos en las muy escasas cátedras que por entonces pudieron establecerse. Pequeño fué en verdad, en su principio, mas no debe despreciarse por esto, pues como dice la Escritura Santa: "*Pequeña entre las aves es la abeja y su fruto tiene el principio de la dulzura.*" (1) El impulso benéfico del tiempo lo mejoró. Al siguiente año tuvo ya doble número de alumnos y algunas otras clases, entre ellas las de los idiomas vivos que mas nos interesa conocer. Algun tiempo despues se le añadieron una academia de literatura y otra de música.

El colegio mejoraba de dia en dia y los años de 1861 á 1863 serán siempre memorables en los anales de este instituto. Ellos forman su primera época brillante; en ellos se acabó de organizar y tomó la forma que

[1] Eclesiástico C. XI, v. 8.

hoy conserva; y en ellos comenzó á levantarse el grandioso edificio que algun dia llegará á ser uno de los mas bellos adornos de esta ciudad. Pero ¡ay! que tras de esta época de ventura y desarrollo vino otra de calamidades y desastres. La funesta guerra de intervencion se propagó en nuestra tierra desquiciando del todo la administracion pública. El colegio participó de la ruina comun; y hubiera perecido si la invencible constancia de sus profesores no lo hubiera mantenido en pié, á pesar de tan azarosas circunstancias. Restablecido el órden, el gobierno legítimo se ocupó de reconstruir el desmoronado edificio social. El colegio participó del comun beneficio de la reconstruccion, y al levantarse de nuevo lo hizo con dos cátedras mas, la de historia y la de oratoria forense.

Al principio del presente año escolar, segun está ordenado en el decreto de 14 de Agosto de 1867, se hizo la debida separacion entre la educacion secundaria y la profesional, ampliándose la primera con un curso especial de Prosodia y de Retórica. Finalmente, el soberano Congreso del Estado mandó, al aprobar la planta de empleados del colegio, que se establezca una cátedra de Matemáticas Mixtas y otra de Teneduría de libros, cuyo mandato se cumplirá fielmente al abrirse las lecturas en el venidero mes de Octubre.

Casi doscientos alumnos han frecuentado

en este año las aulas del colegio civil, y de ellos treinta y cuatro han sustentado públicos certámenes sobre las materias que han cursado, alcanzando todos ellos honrosas calificaciones; y los demas, en exámenes ordinarios, han obtenido la necesaria aprobacion para continuar su carrera, sin que haya habido uno solo que no pasase por la dura prueba del exámen.

Para obtener estos resultados ha sido necesario vencer indecibles dificultades, nacidas de la estrechez é incomodidad del local, de la estremada penuria de los fondos y de la escasez de los aparatos é instrumentos mas precisos; pero la industria y la constancia de los profesores todo lo han allanado, por lo que me apresuro, en esta vez, á recomendar sus eminentes servicios á la alta consideracion del gobierno y del público.

Y vosotros, ó jóvenes laureandos, llegad ya y recibid el premio que habeis sabido conquistar. No temais, acercaos con el corazon henchido de confianza y de agradecimiento, que el Supremo y Egregio Magistrado, que hoy se digna descender hasta vuestra pequeñez para ceñiros la frente con lanros de inapreciable valor, es aquel mismo impertérrito guerrero, que no ha mucho esgrimia su formidable espada y derramaba su sangre en los campos de Querétaro por aseguraros una Patria y por daros libertad.

ALOCUCION

Dirigida á los alumnos del Colegio civil de Monterey en la distribucion de premios del mismo año de 1868.

MIS AMADOS ALUMNOS DEL COLEGIO CIVIL DE MONTEREY:

Incompleta quedara para mí la solemnidad de este acto tan grandioso, si dejando pasar la favorable ocasion que la fortuna me ofrece, no os dirigiera la palabra para deciros, al menos, lo que por tan multiplicadas veces, en tan distintos lugares, y en tan diversas circunstancias os he dicho. Que el hombre no nació para vivir encenegado en la ignorancia; que la ciencia y la virtud son las únicas cosas que pueden hacer al hombre feliz sobre la tierra; y que estos grandes bienes no se alcanzan sino á fuerza de trabajo y de constancia.

El hombre puede en tanto que sabe, la di-

cho Bacon de Verulamio; y si lo dudais, tendad vuestras miradas sobre la ancha faz de la tierra, considerad la especie humana con sus tendencias, sus hábitos y sus obras, y quedareis plenamente convencidos de que la ignorancia no es el patrimonio de la humanidad; sino que, por el contrario, la ciencia es para ella de una necesidad verdadera, de la que no puede prescindir sin labrarse su desgracia y total ruina. En efecto, por todas partes se ve al hombre valerse de los recursos de su inteligencia en la continua lucha que, para mantener su vida, sostiene con los seres que le rodean. Desde el salvaje desmazelado y receloso que, á duras penas, hostigado por el hambre, salir suele de su ordinaria pereza y entesando el arco persigue los animales monteses que han de proveerle del necesario alimento, hasta el activo é intrépido marino que atraviesa los dilatados mares para traer sus provisiones de los países mas remotos. Desde el estúpido labriego que mal sabe trazar un surco, hasta el industrioso colono que se enriquece sacando los verdaderos tesoros que la tierra oculta en su seno; desde el rutinero menestral que gana su vida á fuerza de mecánico trabajo, hasta el ingenioso artífice que nos admira con el primer de sus obras: desde el rudo pastor que como por diversion observa la hermosura de los cielos, y los astros le dan, como por acaso, ciertas re-

glas de que se vale para el mejor gobierno de su grey, hasta el sabio astrónomo que, armado de los mas esquisitos instrumentos, sigue á los planetas por las profundidades del espacio, calcula sus movimientos y anuncia con precision al mundo los futuros fenómenos celestes, para que todos tengan regla fija á que ajustar sus operaciones: todos, sí, todos buscan la ciencia porque todos la necesitan, porque todos con ella esperan evitar los males que por todas partes los amenazan, y alcanzar los bienes á que sin cesar aspiran. He aquí, pues, al hombre anhelando la ciencia, no por una vana curiosidad, sino por un positivo interes; y helo aquí tambien fluctuando entre los poderosos móviles de las acciones humanas, el temor y la esperanza. Esta le anima presentándole el objeto de sus deseos; y aquel le arredra representándole los escollos en que puede fracasar, cuando, por otra parte, el aguijon de la necesidad le estimula á que obre sin tardanza. ¡Ay de aquel que no tenga en tan apuradas circunstancias el prudente consejo del saber!

Si al hombre, pues, viene á ser de indispensable necesidad la ciencia, ¿en dónde la hallará? ¿y quién podrá guiarle para encontrarla? La ciencia solo existe en la naturaleza, y la única guía para buscarla es la sana razon. En la naturaleza, sí, en ese inmenso libro escrito por la invisible mano del Eterno,

y que sobre la tierra solo al hombre ha sido dado poder para abrirlo. Allí está y allí debemos buscarla. El estudio de este divino libro fertiliza el pensamiento, lo ennoblece, lo eleva y lo dispone á desentrañar las mas sublimes verdades. Así es que de dia y de noche debemos consultarlo. Es penosa, por cierto, la faena, pero es tal la utilidad y satisfaccion que produce, que no sin razon decia el filósofo Anáxagoras: *En la contemplacion del Universo se halla el soberano bien y la paz del alma.*

En verdad, el estudio de la creacion encierra en sí todos los elementos del saber necesarios para la felicidad del hombre. ¿No es, y ha sido siempre, este utilísimo estudio, la única é inagotable fuente de fecundas consideraciones, para el pensador Filósofo, el vastísimo campo de curiosas investigaciones para el laborioso Físico, la mas estricta regla para el escrupuloso Moralista, la mas segura guía para el Legislador atento y reflexivo; y el arsenal abundoso en poderosas armas para el Teólogo controversista?

Conocido ya el lugar en donde la ciencia mora, ¿dirémos qué con solo encontrarla halló su felicidad el hombre? Tiene ya el conocimiento de la naturaleza particular de las cosas, tiene ya conocidas las portentosas leyes que gobiernan la creacion, ¿qué le falta, pues, para alcanzar el bien por que suspira, y que

le ha costado tan dolorosos afanes? Ah, le falta una cosa que vale algo mas que la ciencia, una cosa que le dé el discernimiento necesario para hacer redundar en provecho suyo los adquiridos conocimientos. De otra manera serán no solamente perdidos estos elementos del bien; sino que, por una fatal contradiccion, puede convertirlos en elementos del mal. Esta cosa tan excelente, que da nada ménos que el poder para obrar bien, es la sabiduría, preciosísimo destello de la luz de los ojos del Increado, sin cuyo socorro todo saber es perdido. ¿De qué sirve al hombre, decidme, tener muchos y muy grandes conocimientos, si no alcanza á saber disponerlos y ordenarlos de manera que sean útiles? De lo mismo que sirve á un general inexperto mandar una falange numerosa, y que por no saber debidamente ordenarla, viene á convertirla en el mas eficaz instrumento de su ruina.

Y si la sabiduría es, pues, aun mas necesaria que la ciencia, ¿en dónde la hallaremos? Ella, por cierto, no está en la naturaleza. Preguntad si no con el justo Idumeo: “¿Y la sabiduría en dónde se halla? ¿Y cuál es el lugar de la inteligencia?” y se os contestará: “El abismo dice: No está en mí, y el mar habla: No está conmigo. . . . Escondida está á los ojos de los vivientes, aun á las aves del cielo está oculta.”

“La perdicion y la muerte dijeron: con nuestros oídos hemos oído su fama. Dios entiende su camino y él es el que sabe el lugar de ella. . . . Y dijo al hombre: He aquí que el temor del Señor ese es la sabiduría: y el apartarse de lo malo la inteligencia.” (1)

Reflexionad un poco sobre estas preciosísimas sentencias, y vereis que la sabiduría solo viene de Dios; y que está toda encerrada en esta sola y única regla: usa rectamente de todas las cosas y de nada abuses, porque Dios castiga. El temor de la pena es el único freno capaz de contener las pasiones rebeladas, y era preciso que este saludable temor acompañara al hombre en todas partes. Era preciso que el hombre jamas estuviera solo. Era preciso que el Dios vengador se hallara siempre ante sus ojos. Por esto le dió el sentimiento de la divinidad, le dió la razon para que eleve su espíritu á la sublime contemplacion de los divinos atributos, le dió el conocimiento de lo justo y lo injusto; y lo hizo capaz de esperanza y de temor, porque lo hizo capaz de premio y de castigo. Tales son los elementos de sabiduría que la divina Omnipotencia puso en el corazon del hombre. Aquel que los conserve y los cultive, con buena fé y corazon sencillo, será sabio; y aquel que por espíritu de soberbia los desprecie y

[1] Job. cap. 28.

los arroje de sí, perderá no solamente la sabiduría, sino aun la posibilidad de adquirirla, pues como dice el Evangelio: "*A aquel que tiene le será dado: y al que no tiene, aun aquello que piensa tener, le será quitado.*" (1)

Necesario viene á ser, pues, para la felicidad del hombre, buscar las luces de la ciencia en la naturaleza, y una vez halladas, usar de ellas sabiamente. Empresa es esta muy árdua, me direis; pero advertid que absolutamente no hay otro medio para alcanzar el bien. Verdad es que, para acortar este penoso camino, podemos aprovechar la experiencia de nuestros mayores, privilegio exclusivo de nuestra especie: pero para esto es preciso no recibir sin exámen las opiniones ajenas, sino ajustarlas á la infalible regla de la naturaleza y de la sana razon, y si se hallaren justas admitirlas, y si no, desecharlas inexorablemente. Así el célebre Renato Descartes, á fuerza de continuas y profundas meditaciones, procurando concordar las opiniones antiguas con las leyes naturales, descubrió los errores del Filósofo de Estagira, é invalidó para siempre aquella venerada máxima: "*El maestro lo ha dicho,*" que fué por dos mil años la razon última de la filosofía peripatética. Y así tambien el no menos célebre Andrés Vasalio, descubriendo los erro-

[1] S. Lucas cap. 8, v. 18.

res anatómicos del Médico de Pérgamo, echó por tierra la autoridad tiránica con que sus opiniones habian reinado en las escuelas durante el larguísimo período de doce siglos.

He aquí como la lectura y la meditacion continuas son la clave con que se descifran los profundos arcanos de la ciencia. Leed mucho, escuchad con atencion los preceptos de los maestros, fijad vuestras miradas en todo lo que os rodea, y medita continuamente sobre lo que leéis, lo que oís y lo que veis; y el saber colmará vuestros deseos: acostumbraos á obrar siempre con arreglo á la razon y llegareis á ser útiles. No os asuste, ni os arredre la indispensable condicion de la constancia, que el amor de la ciencia y la virtud, cuando es verdadero, da la fuerza necesaria para arrostrar todos los obstáculos y vencer todas las dificultades. Contemplad si no al filósofo Cleantes, cuya constancia heróica, hija de su ardiente deseo de saber, hizo exclamar á Valerio Máximo, en un raptó de entusiasmo: (1) "*¡O Cleantes! ¡oh raro ejemplo de la divina virtud de la aplicacion constante! Con asombro te miro aprendiendo con tanto trabajo y enseñando con tanta constancia. Te veo jóven socorriendo tu necesidad con lo que ganabas acarreando agua por la noche, y gastando todo el dia en aprender los*

[1] Valerio Máximo lib. 8, cap. 7.

preceptos de Crisipo; y tambien te miro adulto, enseñando con invencible constancia hasta que llegaste á la cansada edad de noventa y nueve años. Con doblado trabajo llenaste el largo espacio de un siglo, siendo para mí dudoso si, por ventura, fuiste mas digno de alabanza como discípulo ó como maestro."

Ea pues ó jóvenes, que habeis abrazado la carrera de las letras, decidios á imitar tan alto ejemplo, consagrando todo vuestro ser y toda vuestra vida al estudio, para conseguir el inestimable bien de la sabiduría. ¿Que os detiene? ¿Que os falta? Teneis un Gobierno paternal que no quita la vista de vosotros, y que entre sus altas atenciones cuenta como la primera facilitaros los medios de instruccion. Teneis profesores que se desvelan por instruirvos, estais en la edad mas adecuada para entregaros al trabajo y adquirir buenas costumbres. Si no lo haceis es evidente señal de que os falta el verdadero amor de la sabiduría. Si por una fatalidad lamentable hubiere alguno que no se sienta animado por ardiente deseo de saber y de obrar bien, este tal desista de la afanosa empresa de aprender, adopte un ejercicio que mejor cuadre con la grosería de su entendimiento y pase su vida sumido en la ignorancia, con la horrible secuela de vicios, de terrores y miserias, que siempre la acompañan. Y vosotros, los que abrazais la carrera literaria, con verdadero anhelo de saber,

decidios al estudio con todas vnestras fuerzas, decidios, os diré, por fin, á ser instruidos y buenos, y sereis amados de vuestros semejantes y aceptos á los ojos de aquel, que quiso crearos libres é inteligentes, y que os manda escudriñar su ley y sus obras y publicar sus maravillas.—DISE.

DISCURSO

Leído por el ciudadano Dr. José Eleuterio Gonzalez en la solemne distribucion de premios del Colegio civil de la ciudad de Monterey, verificada en la noche del 29 de Agosto de 1869.

Si contemplamos en mas sublime esfera los hados venideros de la especie humana, fuerza será reconocer los progresos innegables de su educacion hácia un estado de perfectibilidad indefinida. Las raíces de la especie humana están sin duda ocultas en las entrañas de la tierra, cual las de los copulentos árboles que le cubren la superficie; pero la antigüedad no fué mas que la juventud del mundo, y nosotros somos los verdaderos antiguos, felices herederos de los descubrimientos y tareas de nuestros mayores.

Virey, Hist. nat. gen. hum. t. 2 p. 190.

Eterna ley dictada por la infinita sabiduría del Muy Alto, es que el hombre, para no confundirse con el resto de la creacion, tenga por distintivo carácter la facultad de inventar y de perfeccionar sus invenciones. Si el

hombre, como dice S. Gregorio, tiene de común la existencia con las piedras, la vida con los árboles, el sentir con los animales y el pensar con los espíritus angélicos, ¿cuál es el rasgo que, correspondiéndole á él solo y de ninguna manera á otro, pueda servir como de marca para distinguirlo de los demas seres creados? Que responda por mí el ilustre Fabra que tan felizmente añadió á la fórmula del célebre Lineo las siguientes palabras: *Los hombres ereden, viven, sienten, raciocinan, inventan y perfeccionan sus inventos.* Tal es la innata tendencia de la humanidad hácia la perfeccion. Tal es la ley del progreso continuo del entendimiento humano.

El hombre, á fuerza de pensar y escudriñar los arcanos, al parecer incomprendibles de la naturaleza, algo encuentra; y á fuerza de pensar y escudriñar de nuevo, perfecciona lo que halló. Vuelve á pensar y mas alcanza, piensa otra vez y nuevas perfecciones añade. Esta ley primordial de la naturaleza humana, como todas las que emanan de la infinita sabiduría del Increado, ha de cumplirse á despecho de cuantos obstáculos le opongan los mismos hombres y las mas embarazosas y contrarias circunstancias, sin que puedan ser parte á impedir su cumplimiento, ni la brevedad de la vida, ni las contradicciones del despotismo y la ignorancia. Muera el hombre y sus pensamientos se conservan en la

memoria de los vivos. Desaparece una generacion y sus adelantos pasan á las generaciones siguientes. Perece un pueblo, y nuevos pueblos, que se levantan despues de él, explotan á porfía sus enterradas artes y sus olvidadas ciencias. En vano los Atilas y los Omars destruyen los monumentos de las artes. En vano los bárbaros del norte intentan aniquilar los conocimientos humanos. El entendimiento del hombre, lento como el curso de los siglos; pero firme como la incontrastable accion del tiempo, lucha sin tregua por espacio de mil años y triunfa al fin de la ignorancia, rompiendo el denso velo de las negras tinieblas de la edad media.

Pero sin remontarnos á tiempos tan antiguos, ni trasportarnos á lugares tan distantes, busquemos un ejemplo en nuestra misma historia y en nuestra propia tierra, que nos será mucho mas grato recordar los hechos de nuestros abuelos, aunque simples y rudos, que los de los hombres mas ilustres y afamados del antiguo mundo.

¿Qué era Monterey, decidme, hace trescientos años justos, cuando el hijo de Cárlos V dió al caballero Carabajal el mandato de erigir el Nuevo Reino de Leon? Un puñado de aventureros infelices, extraviados en busca de dudosas riquezas. Un pueblo pequenísimo, el miserable pueblo de Santa Lucía, sujeto á la jurisdiccion del Alcalde mayor de San Luis

Potosí, y último término, entonces, de la cristiandad por este rumbo. ¿Y qué era veintisiete años despues, cuando Montemayor le dió en forma el rumboso título de ciudad Metropolitana? Un agregado informe de miserables cabañas, mal construidas y peor cubiertas con las toscas cortezas del sabino, habitadas por treinta y cinco mil indígenas recién salidos de los bosques y treinta y cuatro familias de labradores europeos, poco menos ignorantes y rudos que los recién convertidos salvajes. Sin embargo, en este pueblo entenebrécido con tan crasa ignorancia, comenzaban á brillar los primeros destellos de la consoladora luz de la civilizacion. En medio de él estaba ya enarbolada la prodigiosa y santa enseña de la cruz, civilizadora por excelencia, y se escuchaba la biehechora voz de un infatigable Apóstol, que trabajaba dia y noche con incesante anhelo, enseñando las sublimes verdades del Evangelio, las máximas de la moral mas pura, los inmensos beneficios del estado social y los primeros rudimentos de las artes mas precisas á la vida del hombre. Este venerable Apóstol, este hombre tan digno de nuestra admiracion y gratitud, como lo fué de la veneracion y del amor de sus oyentes, era Fray Andres de Leon, el misionero intrépido y resuelto, que acompañado de sus dos fieles colaboradores Fr. Diego de Arcaya y Fr. Antonio Zalduendo, em-

prendió la meritoria cuanto difícil obra de civilizar y de moralizar un pueblo. Véase á estos insignes varones continuamente ocupados en enseñar y acariciar á los niños, en catequizar á los neófitos; en atraer con la predicación y los halagos á los infieles y en contener con su voz y con su influjo las demasías de los blancos. Después de algun tiempo de este improbo, pero fructuoso trabajo, se les unieron algunos otros misioneros; y fueron ya bastantes para formar un monasterio, que fué desde luego un centro de instruccion; donde muchos y buenos obreros dedicaban sus fuerzas y su vida á la dificultosa tarea de instruir á los ignorantes. ¡Feliz de Nuevo-Leon si los fines hubieran correspondido á tan preciosos principios!

Mas ¡ah! que los desmanes é irreformable conducta de los blancos; y la inconstancia y rebeldía de los indios, no tardaron en poner eficacísimas causas de retraso á la comenzada obra. Una guerra terrible estalló entre ambas razas, que, prolongándose por luengos años, embarazaba eficazmente las didácticas tareas de los afligidos misioneros. En este período lamentable, que duró mas de cien años, se veía aquí, lo mismo que en todas partes y en todos tiempos, al espíritu de progreso luchar abiertamente con incesante afán y avanzar con suma lentitud. Los niños en tan calamitoso tiempo, eran los únicos en

quienes se utilizaba la enseñanza. Por este medio, al menos, se conseguia que la generacion siguiente viniera á ser un poco mejor que la que le habia precedido.

A pesar de la guerra intestina y desastrosa, que parecia absorberlo todo, no se extinguia enteramente la benéfica luz de la ilustracion y algunas pequeñas centellas brillaban de cuando en cuando. La inimitable constancia de los misioneros y alguno que otro hombre justo, que solia haber entre los colonos de raza blanca, hacian que se multiplicaran los pueblos y con ellos las escuelas, superando dificultades que hubieran desalentado aun á los espíritus constantes.

Cuando los males llegaban á su colmo, cuando parecia que una inevitable ruina debia ser el término natural de tan desesperada situacion; he aquí, que la Providencia, que vela sobre el destino de los hombres y que jamás los abandona, se valió de la sabiduría, firmeza y rectitud del Gobernador Barbadillo y de la incontrastable perseverancia y buenas intenciones de Fr. Juan de Lozada y de Fr. Tomás del Páramo, para reorganizar la desconcertada máquina de tan desquiciada sociedad, dando un término feliz á la esclavitud de los indios, á las tiranías de los blancos y á la guerra devastadora, que afligió por tantos años á esta miserable tierra. Cinco mil familias pacificadas de entre los sublevados indios fueron

reducidas á la obediencia y puestas en nuevos pueblos ó agregadas á las antiguas misiones. Lo que en su origen fué el miserable pueblo de Santa Lucía, llegó á ser entónces una Provincia con una buena ciudad y muchos pueblos y caseríos, distribuidos en trece Alcaldías Mayores, todas con sus correspondientes oficinas servidas, en su mayor parte, por hijos del país, medianamente instruidos para poder desempeñar sus respectivos encargos.

No faltaron despues algunas causas especiales que favorablemente impulsaron la pública instruccion. ¡Cuan grato es para mí consagrar un recuerdo en esta vez á la alma generosa y sensible que fué la primera que en esta ciudad abrigó la fecunda idea de promover la educacion secundaria! ¡Y quién creis que concibió tan elevado pensamiento? ¡Sería, por ventura, alguno de aquellos fastuosos Gobernadores, que mandaban los poderosos vireyes de México? ¡O sería, tal vez, alguno de aquellos magníficos y ostentosos Obispos de la Nueva Galicia, que solian de vez en cuando visitar estas apartadas porciones de su extensísima Diócesis? ¡Ah no! nada de eso, por cierto, que estaba reservado tan alto honor á la alma sencilla y tierna de una muger. Doña Leonor Gómez de Castro que, como aquella ilustre matrona hija de Scipion y madre de los Gracos, estimaba la educacion de la juventud mas que las preciosísimas joyas de las

señoras de Campania, dió seis mil pesos para que se fundara una cátedra en que los jóvenes pudieran aprender el armonioso y elegante idioma de Ciceron y de Virgilio. Pero me direis: ¿qué importa una cátedra de latinidad? ¿Qué bienes podrian resultar de tan miserable institucion? ¡Ah! no habéis de esa manera, que como dice el Evangelio Santo: “Un grano de mostaza es el menor de todas las simientes; pero despues que crece, es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol.” (1) En esa pequeña cátedra, en esa miserable institucion y bajo el magisterio del humanista humilde, pero inteligente D. Juan Paulino Fernandez de Rumayor, comenzó su carrera literaria el mas ilustre de los hijos de Monterey, el Dr. D. Servando Teresa de Mier. Allí tambien comenzó á tomar los primeros rudimentos y el amor de las ciencias, el célebre Dr. D. José Bernardino Cantú. ¡A estos dos insignes varones cuanto debe Nuevo-Leon! El uno diputado en los dos primeros congresos nacionales, y el otro miembro de la diputacion Provincial de Monterey, trabajaron asiduamente, empleando sus claros talentos y su influjo, al establecerse la República, en asegurar la independendencia de Nuevo-Leon y en echar los fundamentos de su bienestar y engrandecimiento.

[1] Math. C. XIII, v. 31.

Tocados de una noble emulacion los misioneros, por el esclarecido ejemplo de Doña Leonor, instituyeron en su convento cátedras donde los jóvenes pudieran completar su educacion secundaria. Allí se vió á Fr. Cristóbal Bellido Fajardo enseñar públicamente, con universal aplauso, la retórica y la filosofía, y á nuestro buen Dr. Cantú frecuentar sus aulas para prepararse á prestar los eminentes servicios de que el Estado le es deudor.

El establecimiento de la Silla Episcopal en Monterey dió un poderoso impulso á la educacion. Nuevas escuelas se fundaban y se mejoraban las antiguas. Uno de los primeros Prelados, el Imo. Sr. D. Andres Ambrosio de Llanos y Valdés fundó un colegio seminario, al que agregó la antigua cátedra de latinidad. El primer profesor de filosofía de este seminario fué el ilustrado Dr. Cantú, que tuvo la gloria de contar entre sus discípulos al egregio Dr. D. Miguel Ramos Arizpe, eminentemente republicano, alma del segundo congreso de la nacion, autor y sostenedor del famoso proyecto de la constitucion de 1824. De este mismo colegio seminario, que fué por mas de medio siglo el único establecimiento literario que hubo en las cuatro provincias de Oriente, salieron muchos hombres insignes en saber, que fueron y han sido el lustre y el apoyo del Estado y algunos de los cuales me escuchan en esta vez. Hoy con dolor vemos

por tierra ese plantel de tan gloriosos recuerdos. ¡Oh ejemplo triste de la extraña vicisitud de las cosas humanas!

Erigido Nuevo-Leon en Estado independiente y soberano, su primer congreso constituyente atendió, con loable preferencia, al importante negocio de la educacion pública. Testigos intachables de esta verdad son sus sapientísimos decretos sobre escuelas, sobre el establecimiento de un colegio de Abogados, sobre el modo de formar y graduar estos profesores: y sobre la ereccion de una casa de beneficencia, correccion y enseñanza. Los demas congresos no han descuidado seguir tan noble ejemplo, y no ha habido uno que no se ocupe mas ó menos de tan interesante objeto. Si muchas de tan sabias disposiciones no se han cumplido, es culpa de los tiempos.

Y no solo las legislaturas han dirigido sus miras al engrandecimiento de la inteligencia del pueblo, sino que tambien ha habido otra clase de personas beneméritas que se han esforzado en promover utilísimas mejoras. D. Joaquin García, de feliz memoria, uno de nuestros mas ilustres Próceres, Magistrado supremo en 1823, procuró establecer en esta ciudad nada menos que una escuela de Medicina, con el fin de aclimatar las ciencias naturales, y llegó á ver enseñarse públicamente la delicada y curiosa ciencia de la organiza-

cion del hombre. El Presbítero D. Felipe de Jesus Zepeda, á pesar de sus gravísimas ocupaciones y su eminente posición social, dejó su muy pingüe curato de Lináres, y no se desdénó de venir á encargarse de la dirección de una escuela de primeras letras y escribir él mismo, con minuciosa escrupulosidad, los libros elementales mas precisos para conseguir, como lo consiguó, formar una escuela modelo, para que conforme á ella se arreglaran las demás, y pudiera darse en todas una instrucción tan sólida como bien dirigida. Gracias á los profundos conocimientos y á los asiduos trabajos de este buen ciudadano tenemos hoy abundancia de excelentes profesores y de libros textuales para las escuelas. Otros muchos ha habido que, con laudable celo, se han ocupado en extender y mejorar la educación, de los cuales no me ocuparé, porque aun viven los mas de ellos.

En nuestros dias hemos visto levantarse el colegio civil, cuyo elogio no me corresponde hacer y cuya historia os es bien conocida por los anuales informes que, en esta solemne ceremonia, acostumbra hacer su dirección, y solo repetiré lo que ya sabeis, que en el decenio que lleva de existir el mas borrascoso, sin disputa, para México, su vida no ha sido mas que un tejido inextricable de dificultades inmensas, y una incensante y desesperada lucha. Pero ¿cuándo el espíritu humano ha

dejado de luchar con los numerosos óbices que se oponen al progreso? ¿Cuándo ha podido ilustrarse el entendimiento sin vencer obstinadas resistencias? ¿Cuándo han podido alcanzarse los beneficios de la ciencia sin emplear un trabajo tan impropio como constante? Con razón ha dicho el mas sabio de los Reyes, hablando del estudio de las cosas que se hacen debajo del sol: "*Esta pésima ocupacion dió Dios á los hijos de los hombres, para que se ocuparan en ella.*" (1)

Graves dificultades han superado los pueblos todos de la tierra para progresar un poco; pero Nuevo-Leon ha tenido, acaso, que vencerlas mas numerosas y mayores. Bajo el gobierno colonial ni sintió el peso de la cadena, ni gozó la paz de la dominación. No pagaba tributos ni gabelas. Poco ó nada obedecía las órdenes de los vireyes y de la corte, porque las enervaba la distancia. Esto hizo decir al Padre Santamaría, (2) que Garabajaíl había dejado aquí la mala semilla de la inobediencia. En cambio el nuevoleonés era soldado toda su vida, equipado á su costa y en cotidiana guerra con los salvajes. Pueblo pobre y nunca en paz ¡qué malas condiciones para poder progresar en la instrucción! Hecha la independencia, subsistían las mis-

[1] Eccles. C. I, v. 13.

[2] Relacion histórica de la colonia del N. Santander t. I, pag. 203.

mas causas de atrazo, y ademas la necesidad de mantener un gobierno completo, siendo tan pequeños sus recursos, es decir, se añadió una dificultad mas. Despues las continuas revueltas políticas y la malhadada intervencion añadieron dificultades á dificultades: y hoy las multiplica la pública miseria; de manera que son como las cabezas de la hydra de Lerna que donde una se cortaba brotaban otras nuevas. Y sin embargo de todo esto, Nuevo-Leon ha progresado. Compárese un siglo con otro, un decénio con el que le antecedió y se verá el adelanto. Necesario es tener fé en el porvenir, porque: *quien no espera vencer ya está vencido.* (1)

En medio, pues, de dificultades tantas, oh jóvenes que habeis abrazado la penosa carrera de las letras, perseverad constantes en vuestro buen propósito de adquirir á cualquier costa la luz resplandeciente del saber, bien seguros de que en la eterna pugna de la luz con las tinieblas, éstas llevan siempre la peor parte. Es el entendimiento humano, lidiando con la ignorancia, como aquel poderoso Anteo, descomunal gigante de la Libia é hijo predilecto de la tierra, que cuando caía rendido bajo los formidables y redoblados golpes de la pesada maza del fortísimo Alcides, el contacto de su madre le comunicaba nueva

[1] Olmedo la victoria de Junin.

vida y se levantaba mas pujante y furibundo para emprender de nuevo la lucha con mayor obstinacion. Dedicad, pues, con todas vuestras potencias al estudio é investigacion de la verdad, con una fé ciega de que no hay poder humano que pueda contrastar al espíritu de progreso; que se adelanta arrollando cuantas dificultades se afanan en oponerle la ciega ignorancia y la insidiosa malicia.

Pero ya me parece que os levantaís diciéndome: "*Nosotros progresamos. Cada dia algo aprendemos. La leccion que hoy supimos la ignorábamos ayer.*" Bueno, muy bueno es eso; pero no basta, absolutamente no basta. Es de todo punto necesario añadir á los conocimientos, adquiridos por el estudio la probidad, la prudencia y la práctica constante de todas las virtudes. No debemos apreciar la ciencia por lo que ella es en sí, sino por los bienes que produce. Es como la riqueza material, que no se estima por su intrínseco valor, sino por el bienestar que por su medio se alcanza. De aquí se viene en conocimiento claro de que tanto importa tener las luces de la ciencia, como saber usar de ellas, según las reglas de la sana razon y de la mas estricta justicia, porque como decía Platon: (1) "*La ciencia que está lejos de la justicia, astucia mas bien que sabiduría debe llamarse.*" En efecto. ¿Qué es un hom-

[1] Huarte exám. de ing. C. 17, art. 4.

bre adornado de los mas altos conocimientos científicos y del mas profundo estudio del corazón humano, que en vez de usar bien de estos preciosos dones solo se ejercita en cometer iniquidades? Es, por cierto, un animal dañino que solo tiene instrumentos para el mal: y que mil veces merece ser destruido por el bien comun de los hombres. Es, pues, tan necesaria la ciencia como la probidad. En la union de estas dos cosas está el progreso, el verdadero y único progreso digno de ser ardentemente deseado. Si la ciencia falta, se yerra por ignorancia, y si falta la probidad, se yerra por malicia; y obligados estamos á evitar el yerro de cualquier parte que proceda.

Marchad, pues, con paso firme, oh jóvenes alumnos, por el bello sendero del progreso, sobre todo, vosotros que acabais de ser condecorados con los honrosos lauros, que por vuestros personales méritos habeis sabido merecer. A vosotros, que sois la porcion más selecta de los escogidos, á vosotros obliga mas que á nadie el cumplimiento de este sagrado deber. *“Dios y la naturaleza nada hacen en vano,”* dice un axioma antiguo, y si os dieron mas inteligencia, mas amor al estudio y mejor índole fué, sin duda, para que empleais estos inestimables dones en bien de la humanidad. De otro modo ni aun siquiera tendríais derecho á gozar de los bienes que la

sociedad proporciona. ¿No fué dotado de materiales fuerzas el campesino inculto, para que rompiendo la tierra os facilite la adquisicion del necesario sustento? ¿No fué concedida la habilidad y destreza al utilísimo artesano, para que os sirva y contente hasta vuestros menores caprichos? ¿No se le dió el acomodado ingenio al industrioso y activo mercader, para que os traiga de los mas remotos países las cosas que pueden seros mas necesarias ó agradables? ¿No han sido repartidos, en fin, tan diversos dones á tan diferentes individuos, para que cada uno concorra con ellos al bienestar comun? Pues siendo esto así, claro está que la intencion y voluntad bien manifiesta del Supremo Regulador de las sociedades no fué, ni es otra, sino que la humanidad entera sea una sola y única sociedad de auxilios mútuos. ¿Con qué derecho, pues, intentareis vosotros eximir os de cumplir con la obligacion que os cupo en suerte? Si recibisteis naturales disposiciones para las ciencias, ciertísimo es que con las ciencias debeis concurrir al bien procomunal.

Mas como el hombre no perfecciona sus facultades sino por el uso constante de ellas, que admirablemente le facilita la pronta y feliz ejecucion de sus obras, es preciso que desde ahora que estais en edad tierna, os dediqueis á la práctica de todas las virtudes, con todo el empeño de que fuereis capaces; de lo

contrario sereis hombres perdidos para vosotros y para la sociedad. ¿Hay alguno de vuestros conecolegas á quien cupo en suerte un escaso entendimiento? Ayudadle á comprender lo que no entiende, explicándole con paciencia y enseñándole lo que ignora. ¿Hay otro que, por su mal, está dominado de la perniciosa pereza? Ayudadle á sacudir tan oprobioso yugo, exhortándole con la voz y animándole con el buen ejemplo. ¿Hay un tercero que, por su desgracia, manifiesta peligrosas tendencias hácia el vicio? Ayudadle á salir del mal camino, poniéndole de manifiesto la hermosura de la virtud y aterrándole con el castigo y la ignominia que le esperan si no se aparta del mal. Haced todo esto con la moderacion, benevolencia y cordura que corresponde á jóvenes inteligentes, juiciosos, bien educados y mejor intencionados. Así llegareis á contraer el hábito de hacer el bien y de amar á vuestros semejantes. En este amor fecundo en buenas obras consiste el verdadero lazo social, que la religion santa transformó en la obligatoria ley de caridad. Educaos y creced imbuidos en esta santa ley, y llegados á la edad madura, sereis buenos padres, amando con ternura á vuestras familias; buenos ciudadanos, amando con entusiasmo á vuestra Patria; y buenos hombres y buenos filósofos, amando con todo vuestro corazón á la humanidad entera.—DIE.

DISCURSO

Pronunciado por el Dr. José Eleuterio Gonzalez, director del Colegio civil de Monterey en la distribucion de premios del mismo colegio, el día 28 de Agosto de 1870.

Concedida, pites, la especie humana á caminar siempre hácia la perfeccion, que todavia no ha alcanzado, y que probablemente no alcanzará nunca, y siendo sus individuos juguete de la fatal prerrogativa de poder abusar espantosamente de sus facultades, apenas ofrecen algunos ejemplares que poder imitar: solo en sí misma, esto es, en la especie entera, manifiesta la plenitud de sus rasgos, y de sus caracteres, de donde debemos tomar los fundamentos de nuestra perfeccion.

LANUZA. Discurso preliminar á la obra de Rusel intitulada Sistema físico y moral del hombre.

SEÑORES:

Extraño parecerá, por cierto, que en un campo tan vasto, como el que esta festividad solemnizó á la oratoria presenta, mi pobre espíritu no encuentre un pensamiento nuevo

que ofrecer á la ilustrada consideracion de tan escogido auditorio, y que vuelva otra vez á mi trillado asunto de la perfectibilidad humana. Mas si consideramos atenta y filosóficamente esta ley primordial de la naturaleza del hombre, no podremos menos que concluir por confesar que ella es de un vital interes para nosotros, que mucho nos importa estudiarla y conocerla, y sobre todo, aprovecharnos de ella. En efecto, esta ley es la base en que descansa la educacion de la juventud: si el hombre no fuera perfectible no seria educable. ¿Y habrá cosa mas útil que inculcar en la mente de los tiernos jóvenes esta verdad fundamental, en la que ven claramente cuales han sido las intenciones del Oreador? ¿Habrá cosa mas útil que enseñarles á conocer que en sí mismos tienen la posibilidad de perfeccionar su inteligencia, y la obligacion de cultivar con esmero el talento que por suerte hayan recibido de la Naturaleza? Tan poderosas razones me han hecho pensar que la ley de perfectibilidad, rasgo característico del hombre, debiera ser el tema obligado, exclusivo é invariable de los discursos con que se solemnizan los adelantos de la educacion y los pacíficos triunfos del estudio. Hablaré, pues, de esta portentosa ley, como de una cosa dada por la suprema voluntad del Omnipotente, para gloria suya y para bien de la humanidad; y no, como queria el

Marqués de Condorcet, (1) para sustituir con ella las ideas y los sentimientos religiosos: porque yo no puedo comprender como podria sustituirse la idea de Dios, es decir, de la cosa mas perfecta, con la idea de la razon humana, de suyo imperfecta y solamente con tendencias hácia la perfeccion; ni menos puedo comprender como seria posible arrancar del corazon del hombre el sentimiento religioso, que le es tan propio y peculiar, que bien podria considerarse como instintivo, en vista de que tan claramente se manifiesta, y y se ha manifestado siempre, en todos los pueblos de la tierra, sin que pruebe nada en contrario la existencia de los ateos, si ateos hay de buena fé. porque siendo ellos, como son tan poco numerosos, apenas hacen una pequeña excepcion, que solo sirve de robustecer y confirmar la regla.

Así, pues, debemos considerar al hombre condenado por una fuerza superior, á trabajar sin descanso en perfeccionar su entendimiento, á ir siempre delante en el camino del progreso, sin prever el término en su carrera; y sin poder jamás detenerse, como el Judío de la fábula que debe andar errante y sin saber á donde vá, hasta la consumacion de los siglos.

Para andar este penoso camino el hombre

[1] Véase el Diccionario de la conversacion art. Condorcet.

tiene, en el orden moral y religioso, la luz de la revelacion que le basta para normar su conducta; pero en el orden filosófico y natural solo cuenta con dos guías, no muy fieles en verdad; pero que absolutamente no le es dado poder valerse de otras: la primera es la razon, imperfecta por su naturaleza misma y que trabaja por perfeccionarse; la segunda es la voluntad, viciada desde de su origen, que frecuentemente se revela contra la razón, la cual trabaja tambien por sujetarla, cosa que alcanza rara vez. Con semejantes guías claro está que es mas fácil extraviarse que aceptar. ¿Y qué hacer, pues, para adelantar un algo en tan peligroso como tan inevitable camino? Lo que hay que hacer es ilustrar la razon con el conocimiento de las verdades descubiertas, acostumbrarla á juzgar con rectitud, aun de las cosas mas triviales; y entregarle la voluntad maniatada, para que la gobierne y la dirija sin permitirle hacer mas que lo bueno y lo justo. Con esto y con trabajar asiduamente en apropiarse lo que supieron los antiguos y lo que saben los modernos, no cabe duda, se podrá avanzar sin tropiezo y sin demora por esa difícil vía que la invisible mano trazó para que el hombre la siga.

Armado de este modo el jóven con una razon ilustrada, con una voluntad firme y bien dirigida, y con un valor á toda prueba para no temer un trabajo ímprobo y constante que

no ha de tener mas término que la muerte, puede ya lanzarse en el intrincado laberinto de los conocimientos, de las opiniones y de las disputas de los hombres, para tomar con filosófico discernimiento lo que le fuere posible.

Mas como los individuos perecen demasiado pronto y la especie subsiste, ella, heredando y reteniendo cuidadosamente las obras de los que perecieron, ha podido llegar á un grado de perfeccion tal, que un individuo no podrá alcanzar jamás; pero cada uno puede tomar libremente de este abundoso tesoro las verdades conocidas y cuanto necesite para formar la base de su perfeccion individual. Puede tomar tambien de este depósito comun, ejemplos buenos que imitar, ejemplos malos que aborrecer, errores de que huir, virtudes grandes que practicar, y muchas cosas utilísimas de que aprovecharse.

Si tratamos de hacer una justa aplicacion de estos principios á la educacion de la juventud, desde luego se nos presenta la idea de que seria preciso, para poner á un jóven en contacto con la humanidad entera, hacerle aprender todas las lenguas que usaron en otro tiempo y que usan actualmente todos los habitantes del mundo. En verdad que este seria el medio mas poderoso de instruccion; pero siendo enteramente imposible conseguirlo, por la limitacion de la capacidad humana

y por la imposibilidad de que el hombre pueda tratar con todos los pueblos de la tierra, ni leer todo cuanto se haya escrito en todas las lenguas, es preciso limitarnos á lo que es posible y hacedero. Para esto conviene, pues, estudiar con sumo cuidado la lengua patria, aprender las de los pueblos que actualmente van mas adelante en la carrera de la civilizacion, y poseer, lo mejor posible, las que usó la docta antigüedad. De estas últimas hay dos, que justísimamente se han llamado lenguas sabias. Lenguas que hablaron dos pueblos, que aunque han desaparecido, son y serán la admiracion del mundo, el Griego que fué el padre de la ilustracion y de las ciencias, y el Romano que fué el propagador de estos preciosísimos tesoros. En estas lenguas nos dejaron sus pensamientos los hombres mas sabios de los antiguos tiempos, á los que con razon llamamos Autores Clásicos Antiguos: de estas lenguas se derivan las que actualmente hablan la mayor parte de las Naciones que pueblan la moderna y culta Europa; de estas sapientísimas lenguas procede toda la tecnología de las ciencias y de las artes; y son por consiguiente, absolutamente necesarias para todo aquel que quiera progresar en la hermosa carrera de las letras.

Por una lamentable inconsecuencia, entre nosotros, cuando se debia procurar, como una positiva mejora, introducir en nuestros cole-

gios el estudio de la lengua Griega, se descuida enteramente, y aun se procura extinguir el de la Latina; como si fuera posible dar un paso sin estas guías en el camino de las ciencias y las artes. ¿Cómo se podrán saber las lenguas Italiana, Francesa y Española sin conocer las fuentes de donde salieron, á las cuales es preciso recurrir con demasiada frecuencia para buscar el origen de las voces? ¿Cómo podrá estudiarse á fondo la lengua Inglesa sin el auxilio de la Latina, que le dió cierto grado de pulidez y ciertas formas que aun conserva? ¿Cómo podrá formarse el buen gusto literario si se ignoran las lenguas de los modelos? ¿Cómo entrará en el camino de las ciencias el que ignore los elementos de la Tecnología, que es toda Greco-Latina? ¿Con qué podrá sustituirse el estudio de los Clásicos antiguos? ¿Dónde hallaremos Poetas iguales á Homero y á Virgilio? ¿Dónde hallaremos Oradores como Demóstenes y Ciceron? ¿Dónde hallaremos Filósofos como Platon y Aristóteles, Médicos como Hipócrates y Galeno, é Historiadores como Heródoto y Tucides ó como Tácito y Tito Libio? Estos y otros mil, que aquí no expreso, pasando por el crisol de los siglos han sido reconocidos y admirados por los hombres mas doctos de las mas cultas Naciones. ¡Ah! con razon Séneca los llama Maestros y Preceptores del género humano; y con razon dice Rolin, hablando de

Ellos: (1) “Prestándonos su discernimiento y sus ojos, nos encaminan con seguridad á la luz por veredas tan escogidas, que despues que pasaron por el riguroso exámen de tantos siglos y tantas Naciones, que han sobrevivido á la ruina de los Imperios, han merecido, por unánime consentimiento, ser, para todas las edades siguientes, los árbitros soberanos del buen gusto y los ejemplares mas perfectos de cuanto tiene mejor la literatura.”

En todos tiempos cuándo el mal gusto estraga, desnaturaliza y oscurece el arte de hablar, no pudiendo expresarse con claridad y exactitud los pensamientos, ^{acarrea} ~~acarrea~~ la decadencia de los conocimientos científicos. Para tan atroz contagio el único remedio ha sido siempre restablecer en las escuelas el estudio de los Clásicos Griegos y Latinos.

Las terribles y repetidas invasiones de los bárbaros y la ruina del Imperio Romano, pusieron á la Europa en un estado de ignorancia verdaderamente lamentable. ¿Y cuál fué el remedio? Carlo Magno, el ilustre restaurador del Imperio de Occidente, restauró también, por consejo del sabio Alcuino, el estudio de los Clásicos antiguos. El buen gusto reapareció, y las ciencias, levantándose un poco, pudieron mantenerse, refugiadas en los

[1] Modo de estudiar y enseñar En el discurso preliminar.

Monasterios y en algunas escuelas, hasta la época del renacimiento, en que se las vió salir de allí para tomar nuevo brillo. Y este feiz renacimiento ¿cómo se verificó? Yo os lo diré en pocas palabras.

La Europa toda aun yacia envuelta en las tinieblas de la mas crasa ignorancia á mediados del décimo quinto siglo. Entonces Constantinopla fué tomada por Mahomet segundo. Los sabios de aquella ciudad huyeron al Occidente, trayendo consigo los preciosos manuscritos de los clásicos Griegos que allí se conservaban: llegaron á la Europa occidental, donde apenas eran conocidos los clásicos Latinos; pero los sabios hallaron, por una felicísima coincidencia, recién descubierto el maravilloso arte de Gutemberg. Pronto las inmortales obras de Homero, de Platon, de Aristóteles, de Séneca, de Haracio, de Virgilio, de Quintiliano y otros mil, inundaron las escuelas, que en breve tiempo se vieron pobladas de estudiantes Helenistas y Latinos. Los infatigables Monges anotaban, comentaban, daban á luz y esplicaban estas obras revivificadoras. En España, uno de los mayores humanistas, el célebre Antonio Nebrija, con el favor de los Reyes católicos, restableció en los colegios y universidades el estudio de los clásicos, y sobre todo el conocimiento de la lengua latina en toda su pureza. En Francia, Francisco I, dice Drioux, “se rodeó

de filólogos ardientes, que principiaron á resucitar entre nosotros á los Griegos y Latinos y á rehabilitar en todas partes su memoria." En Italia Leon X hizo revivir en Roma los bellos tiempos de Augusto; Pedro Bembo, secretario de este gran Pontifice: "No hablaba dice el mismo Drionx, sino con las palabras y frases de Ciceron." He aquí ya bien adelantada la época de renacimiento de las letras. He aquí ya la Europa marchando á pasos de gigante por el buen camino. Y he aquí tambien el origen de su grandeza y de sus adelantos.

Trasplantada la civilizacion de la Europa á la jóven América, no cambió de carácter; porque vino basada sobre los mismos principios, si bien aquí su desarrollo fué mas lento, por las terribles dificultades que le oponian las distancias de los centros de instruccion, la tardanza de las comunicaciones y la clase de hombres que vinieron los primeros; que por precision, fueron ^{los} mas pobres y los ménos instruidos. Podremos añadir otro causa no menos poderosa de atraso, y esta fué que destruidas en su mayor parte las clases superiores de los indígenas, éstos quedaron reducidos á lo mas infeliz y abyecto del pueblo, con unos que otros nobles que como por acaso escaparon del exterminio. En medio á tanto mal quiso la Providencia poner entre nosotros un germen de felicidad, que pudiera consolarnos de

las pasadas desventuras. Los primeros Misioneros que vinieron á civilizar el destruido Imperio Mexicano, eran tan buenos y tan justos, como se habian menester, para contrarrestar las pésimas propensiones de la desenfrenada soldadesca y de la no menos mala turba de aventureros que inundó el sometido Anáhuac. Comenzaron estos Ministros fieles de Dios de la sabiduría, por instruir á todo genero de personas, enseñándoles cuanto ellos sabian, por todos aquellos medios que pudo sugerirles su ingenioso y caritativo celo.

Grande ingratitud seria callar en esta vez los venerables nombres de tan esclarecidos varones que, en realidad, son para México el tronco y primer origen de la civilizacion y los verdaderos padres de la enseñanza, de la literatura y de las ciencias. Ellos trasplantaron de la vieja España á la Nueva las saludables plantas de la religion y del saber, y para dedicarse por entero á su cultivo y aclimatacion, abandonaron para siempre sus antiguos hogares, adoptaron esta nueva Patria y en ella permanecieron hasta su muerte, ocupados constantemente en el benéfico cuanto duro ministerio de la enseñanza. ¿Cuánto no debe la Nacion mexicana al venerable laico fray Pedro de Gante fundador de la escuela de Texcoco y del colegio de San Juan de Letran, primeros plantales de enseñanza europea que se vieron en el continente ameri-

cano? Mas de medio siglo trabajó este incansable bienhechor de la humanidad, en estos establecimientos, y en otros muchos que fundó prefiriendo el improbable trabajo de la enseñanza al esplendor de la Mitra Arzobispal con que Carlos V quiso adornar su venerable frente. Tras de este insigne maestro, y como á los tres años de la conquista, vino otro eminentísimo varón, el venerable fray Martin de Valencia, primer prelado de la mexicana iglesia, acompañado de otros doce obreros evangélicos, no menos dignos de eterna remembranza: un Toribio de Benavente, llamado Motolinia por su extremada pobreza: un Antonio de Ciudad Rodrigo y un Francisco de Soto, que como el P. Gante prefirieron el ministerio de la enseñanza á los honores episcopales: un Luis de Fuensalida, primer sacerdote que predicó en lengua mexicana: un Francisco Jimenez, autor de la primera Gramática y del primer Diccionario de la misma lengua: un Martin de la Coruña, un Juan de Palos, un Juan Rivas, un García de Cisneros y un Juan Juarez, verdaderos apóstoles, tan incansables obreros, como sus dignos hermanos: finalmente, un Andres de Córdova y un Bernardino de Torres, ejemplarísimos laicos y no menos útiles ni menos dignos de memoria que los anteriores. Fraccionados en cuatro secciones, estos luminares de Anáhuac ocuparon las cuatro ciudades prin-

cipales: México, Texcoco, Tlaxcala y Huexotzinco, donde desde luego erigieron grandes escuelas, en las que, á imitación del P. Gante, enseñaban no solo los rudimentos de la religion, sino tambien á leer, escribir, y otras artes útiles ó agradables, como la carpintería, la sastrería, la pintura y la música. Reforzado este sagrado escuadron, con la venida de nuevos misioneros, pudo fundar, con la autoridad y auxilios de la Emperatriz D^a Isabel, del primer Arzobispo y del primer Virrey, el imperial colegio de Santa Cruz en Tlatelolco, para la educacion secundaria y profesional de los indios nobles. Y en este nuevo teatro se vieron aquellos humildes frailes transformados en profesores de primera orden: un Arnaldo de Bisac, Frances, el primero que en el Nuevo-Mundo enseñó la lengua latina: un Andres de Olmos y un Bernardino de Sahagun, Retóricos, Filósofos é insignes historiadores: un Juan Fucher gran Teólogo: un Francisco Bastamante y un Juan de Girona excelentísimos lingüistas. Estos y otros muchos insignes Maestros se ocupaban, en este primer seminario, de dar la enseñanza mas variada que entonces era posible. Rapidísimos fueron los progresos en los primeros tiempos, y mucho mas notables con la ereccion de la célebre Universidad que, á semejanza de la de Salamanca, se fundó en México treinta años despues de la conquista.

Muy pronto comenzaron á recogerse los mas abundosos frutos de tan bien ordenadas tareas. Muy pronto los felices Misioneros tuvieron la dulce satisfaccion de ver propagarse la luz del Evangelio y de la instruccion entre sus neófitos. Muy pronto una multitud de Indios, Mestizos y Blancos, se vieron salir de aquellos nuevos institutos literarios bien instruidos en las ciencias y hablando con perfeccion las tres lenguas Mexicana, Latina y Española. Esta verdad bien se comprueba con los inmortales escritos que tales hombres nos dejaron, y con lo que de ellos, sus contemporáneos, refieren. Ved, si nó, á D. Alfonso Axayacatzin, último archivero de Texcoco en tiempo de la gentilidad, y á los dos Pimentel Ixtlixochitl, D. Fernando y D. Antonio, príncipes de la casa real de Acolhuacan, escribir doctas é interesantes memorias sobre los mas antiguos sucesos de las Naciones de América. Ved tambien á los Tlaxcaltecas Tadeo de Niza y Diego Muñoz Camargo escribir con buen discernimiento la historia de su patria desde los tiempos mas remotos: ved asimismo á los Mexicanos D. Fernando Alvarado Tezozomoc, y D. Domingo Chimalpain y D. Cristóbal del Castillo escribiendo tambien doctísimas relaciones de los antiguos acontecimientos: ved, ademas, al Texcocano Juan Bautista Pomar referir la historia de su ciudad natal, á D. Pedro Ponce, noble indio,

cara Tzompahuacan, dejándonos escrito el ritual de los antiguos sacerdotes del gentilísimo Mexicano; y al no ménos noble indio D. Antonio Valeriano sustituir á Basac en la enseñanza del idioma de Ciceron y de Horacio. Estos y otros muchos ilustraron el primer siglo de México despues de la conquista. Sin los trabajos de esos buenos escritores nada sabriamos de las antigüedades del Nuevo Mundo. En los dos siguientes siglos ilustraron sus nombres: D. Bartolomé de Alba traduciendo al Mexicano las comedias de Lópe de Vega; D. Antonio Saavedra Guzman escribiendo durante su navegacion á España su famoso Poema histórico conocido por el Peregrino Indiano: el jamás bien ponderado cosmógrafo astrónomo, y anticuario, D. Carlos de Sigüenza y Góngora dando á luz su inmortal ciclografía Mexicana, en la que, por los eclipses y los cometas marcados en las antiguas pinturas geroglíficas de los Indios, rectificó y ajustó matemáticamente la cronología Mexicana; los dos Alba Ixtlixochitl, D. Fernando y D. Juan, conocido por el Ciceron Mexicano, descendientes tambien como los primeros de este nombre de los Reyes de Texcoco, ilustrando la historia de su país, con tan buena fé que D. Fernando hizo cotejar jurídicamente sus escritos con las antiguas pinturas de donde los sacó: la decima musa Sor Juana Ines de la Cruz, gloria de Mexico,

cantando elegantísimos versos en Español y en Latin, en Mexicano y Portugués; el príncipe de nuestros poetas dramáticos, D. Juan Ruiz de Alarcon llenando la Europa con sus bellísimas comedias: el asombroso Poligloto D. Luis Becerra Tanco, á quien un moderno escritor llama el Mezzofanti Mexicano, hablando con perfeccion diez lenguas: el cronista Betancourt, componiendo su teatro mexicano: el célebre Torquemada escribiendo su Monarquía Indiana: D. Antonio de Leon y Gama escribiendo memorias sobre los satélites de Júpiter, sobre el calendario de los indios y sobre el eclipse de sol del dia de S. Juan del año de 1778: D. Joaquin Velazquez Cárdenas y Leon determinando, con precision astronómica, la verdadera situacion de México en el globo, y descubriendo los enormes yerros que tenian los mapas del Nuevo-Mundo: D. Mariano Veytia desentrañando con inaudito trabajo la historia antigua de México, de entre todo lo escrito hasta su tiempo y de una copiosísima coleccion de pinturas antiguas; y, por fin, aquella multitud de Jesuitas Mexicanos expulsos que inundaron la Italia con un prodigioso número de notabilísimos escritos. Entre estos ilustres desterrados, los que mas resaltan son: el Padre Diego Abad, cuyos elegantísimos versos latinos, en sentir de los literatos Italianos, son dignos del siglo de Augusto: El Padre Fran-

cisco Javier Clavigero luz de la historia de México: el Padre Andres Cavo, autor de la historia de los tres siglos de México durante la dominacion española, y el P. Francisco Javier Alegre, que en sonoros versos latinos nos dejó una hermosa traduccion de la Iliada de Homero.

Estos insignes varones, y otros muchos que callo por no ser prolijo, ilustraron nuestra Patria en los tres anteriores siglos. Entre tanto el mal gusto introducido en las escuelas de la madre Patria por los delirios de Góngora, Padre de los culteranos, y la decadencia literaria que signieron forzosamente, cundieron, por fin, á México; el esplendor del colegio Imperial de Tlaltelolco decayó rápidamente: se creyó innecesario enseñar latin á los indios: se descuidó la enzeñanza: y México sufrió un verdadero retroceso. No extraño, pues que al llegar á nuestro siglo se me esc. see el material de una manera lamentable, y que esta fatalidad me haga decir, con nuestro compatriota y contemporaneo Arróniz: (1) “Da tristeza ver que en el siglo XIX, llamado el civilizado por excelencia, apenas se encuentren hombres de esta especie, cuando eran no raros en aquellos siglos oscuros y atrasados, que con injusticia algunos califican de bárbaros. En nuestros dias la instruccion es un

[1] Biografía de Becerra Tanco.

barniz de polvos de oro, brillante sí, pero ligero y que el menor soplo hace dispersar." Sin embargo, á pesar de lo verdadero de estas dolorosas reflexiones, mi memoria me ofrece en este momento para conuelo de tantas penas, dos colosales figuras de dos paisanos y contemporáneos nuestros: la primera es la del egregio Dr. D. Servando Teresa de Mier, brillante gloria de Nuevo-Leon, sabio de primer orden, profundísimo político, alma y luz de los dos primeros congresos de la Nación, filólogo comparable con Becerra Tanco, fué tan consumado hebraizante que, prófugo y desvalido huyendo de injustas persecuciones, ganó su vida en Bayona enseñando á leer en la lengua de Abraham y de Moyses á los Rabinos de la Sinagoga de aquella ciudad: Por desgracia nuestra la mayor parte de sus memorias aun permanecen inéditas: y la segunda de estas eminentes figuras, es la del celeberrimo Padre Nájera, distinguido Mexicano, versadísimo en lenguas, justamente apreciado por la sociedad Filosófica de Filadelfia fundada por el ilustre Franklin; y una de las mayores reñiones de sabios de los Estados-Unidos del Norte. A ella presentó, y fué recibido con aplauso, su interesante opúsculo intitulado: "*Emanuelis Crisóstomi Naxera de otomitorum lingua disertatio.*" En esta obrilla prueba, de un modo incontestable, que la lengua otomí es derivada ó congénere de la

China; y para probar su abundancia y su bondad virtió del griego al otomí una oda de Anacreon. Yo no dudo que actualmente habrá entre nosotros hombres sabios comparables con los referidos y que el tiempo nos los dará á conocer; pero lo cierto es que escasean cuando mas se necesitan. ¿Y qué remedio habrá para hacerlos abundar? ¿Qué remedio? El antiguo y conocido remedio, aquel que usaron con tan bellos resultados nuestros padres, aquel de cuya eficacia no puede dudarse; y que solo consiste en restablecer en toda su pureza el estudio de las lenguas sabias antiguas sin descuidar, en manera alguna, el de las modernas, porque solamente el que pueda entenderse con los hombres y con los libros, podrá explotar la rica mina de los conocimientos humanos. Las ciencias no son de hoy, no nacieron juntas con nosotros. Es preciso considerarlas bajo todos sus aspectos, conocer todas las vicisitudes que han sufrido, desentrañar los conocimientos desde su origen; en suma, apurar perfectamente la materia que se estudia, de lo contrario solo se adquieren nociones superficiales y escasas, que mas dañan que aprovechan, porque saber una cosa á medias es peor que ignorarla enteramente.

He aquí, ó jóvenes, la única manera buena de entrar en la bella carrera literaria. He aquí la puerta del santuario de las ciencias.

Haced cuanto podais para haceros dignos de entrar por ella, seguros de que no hay dificultad que la constancia no venza. El estudio, pero el estudio metódico y continuo, es decir, el verdadero estudio, es el único que puede, allanando las dificultades, llevaros á término tan feliz, al través de una carrera tan larga y de tan escabroso sendero.

Si vuestras fuerzas se abaten, si os falta el aliento para sobrellevar tan fatigosas tareas, tomad de la historia, tesoro común de inagotables bienes, un ejemplo grande y digno de ser imitado, un héroe que haya merecido la admiración de la tierra y ved como se formó. Vereis, con grandísimo recobro de esperanza, que únicamente el saber adquirido á costa de muy largos y muy penosos afanes, fué quien lo puso en tan sublime altura. Contemplad si no al capitán mas famoso de los tiempos modernos, á Napoleon el Grande, á Napoleon I. A los catorce años era ya la gloria de la escuela de Brienne por su dedicación al estudio y por sus grandes adelantos en cuanto se le enseñaba, sobre todo, en las matemáticas. A pesar de su tierna edad, que exigió una especial dispensación, fué mandado á la escuela militar de París á concluir sus estudios. En ese célebre plantel de grandes hombres mereció notas tan honoríficas como las habia obtenido en Brienne, su fama cundió por la gran ciudad y se le consideró digno, sin que

lo estorbaran sus pocos años de ser admitido en la tertulia literaria del Abate Rainal, honor grande y especial distinción que solo se concedia á los sabios consumados. Dedicado á la noble profesion de las armas, ¿qué autor que tratara del arte militar dejó de conocer? ¿Cuánto no se dedicó al estudio de la historia? ¿Qué circunstancia, por pequeña que fuera, de las campañas de Alejandro, de César ó de Aníbal dejó pasar desapercibida? ¿Cuánto no se dedicó al ameno estudio de la literatura? En sus inmortales escritos él admira debidamente al sublime cantor de la venganza de Aquiles, él comenta á César, él critica á Virgilio que haga reducir á cenizas en una sola noche, cosa imposible, la desventurada Troya; él en fin, acumuló en su memoria el portentoso caudal de ideas que ordenó y utilizó en el curso de su vida. Fué siempre apasionado de los autores Griegos y Latinos y, segun refiere Walter Scott: (1) "Plutarco era su autor favorito, y supo acomodar á él tan perfectamente sus opiniones y sus ideas habituales, que Paoli hizo un día la observación, que este jóven estaba cortado á la antigua, parecido á los héroes de Plutarco."

Alentaos, pues, ¡oh jóvenes! con tan alto ejemplo. Decidíos á proseguir con el mas ardiente anhelo la carrera literaria que habeis

[1] Vida de Napoleon Bonaparte, tom. 5º, cap. I.

abrazado. y considerad, para mas afianzaros en vuestra determinacion, los innumerables bienes que el estudio no interrumpido acarrea; él perfecciona el juicio, ilustra el entendimiento, enriquece la memoria, facilita el raciocinio y acicala el buen gusto; él abre la puerta para que entren al espíritu todos los conocimientos útiles, y da las mas seguras reglas para hacer de ellos el uso mas conveniente: él destierra la ociosidad, que es la fecunda madre de los vicios: él ocupa provechosamente las horas y hace que el hombre ni pierda su tiempo ni lo haga perder á otros: y él por fin, dando á conocer al hombre sus deberes, le señala la Probidad y la Filantropía como el único blanco á que debe dirigir todas sus miras, y como las únicas cosas que pueden hacerle útil y feliz.

Estudiad, pues, dia y noche para conquistar la posesion de tan eminentes virtudes. Acostumbraos desde ahora á ser hombres de bien, de buena fé, íntegros, justos y amantes de la humanidad. Estas virtudes vivificadoras son las que hacen al hombre superior á sí mismo. Ellas engendran al patriotismo, padre de las grandes acciones y á la equidad madre del bienestar de las sociedades: ellas dieron á Régulo el ánimo preciso para entregarse á la muerte antes que faltar á su palabra: ellas dieron á Odro el valor necesario para sacrificarse por el bien de su Patria.

Y ellas dieron á Fabricio aquella invencible fuerza con que supo resistir en medio de la mayor pobreza á la codicia y al soborno; despues de una derrota al desaliento de los suyos y á las amenazas del enemigo; y en tiempos bonancibles, á las terribles seducciones de la adulacion y la lisonja. Alentaos, pues, ¡oh! jóvenes, vuelvo á deciros, sed virtuosos para que hagais vuestra felicidad y la de vuestros conciudadanos.

Y vosotros, los que en esta vez habeis alcanzado los suspirados lauros del triunfo, vosotros, que sois la porcion escogida del Colegio civil, no os envanezca ni os destumbre el brillo de vuestros laureles. Sabed que la mano liberal que os concede este honroso distintivo, lo hace únicamente para estimularos á vosotros y á vuestros concólegas para que no aflajeis en las penosas tareas que vuestro destino os impone. Corresponded, pues, con vuestro buen comportamiento y vuestra aplicacion al favor que habeis recibido y á las grandes esperanzas que el Gobierno tiene cifradas en vosotros. Preferid siempre el estudio al pasatiempo, la ocupacion á la ociosidad, y lo bueno á lo brillante; y entonces sí merecereis el verdadero lauro que solo se concede á los buenos y útiles ciudadanos. Lauro que el tiempo no marchita ni la muerte destruye.—DICE.

DISCURSO

Pronunciado por el Dr. José Eleuterio Gonzalez en la solemne distribución de premios del Colegio civil de Monterey, verificada el día 27 de Agosto de 1871.

La perfectibilidad humana existe por la inteligencia; es una consecuencia precisa de la razón inteligente, don del Cielo, por el cual esa perfectibilidad es un poder activo que se eleva independiente en medio del universo, y trabaja incesantemente aspirando al dominio del mundo, reformando las naciones, haciendo las ruinas de un imperio sobre las de otro imperio, asentado sobre las últimas uno nuevo que á su vez es la base de otro mas lozano y conduciendo paso á paso á generaciones sobre generaciones hasta dominarlo todo.

Varela de Montes Ens. de Antropol. 1, p. 118.

No es el estado social á quien el hombre debe la perfectibilidad de su inteligencia: no la debe tampoco al admirable uso de la palabra razonada: ni menos la debe á la educación. Poderosos medios son estos, sin duda,

con los cuales se desarrolla la inteligencia; pero del todo inútiles si se emplean en donde la inteligencia no existe. Confesemos, pues, que la potencia intelectual no es obra de nosotros ni de las circunstancias que puedan rodearnos, sino un don del cielo, habido únicamente por la voluntad suprema y el omnímodo poder de Aquel que no conoce límites en su facultad creadora; y que al darnos este precioso don inmaterial, quiso dejar á nuestro cuidado y obligación su perfeccionamiento, es decir, que nos dió el entendimiento perfectible. Como nuncios de esta inteligencia, capaz de perfeccionarse, se presentan desde luego en el alma el deseo de saber y el deseo de que lo sabido no se pierda; sino que se comunique á otros hombres para que, añadiendo ellos á su vez nuevos conocimientos, avancen de mas en mas la humana inteligencia. De estos dos simples deseos, tan insignificantes al parecer, nacieron todas las ciencias, y por ellos adelantan y adelantarán en los venideros tiempos. Ellos han atormentado siempre á los hombres, haciéndoles discurrir los mas ingeniosos medios, para conseguir su fin, ¡Ah! ¡cuán admirable es la eterna sabiduría que de tan pequeños principios sabe derivar resultados tan estupendo!

Apenas se vió el hombre salido de las manos de su hacedor, cuando su natural curiosidad y las imperiosas necesidades de su natu-

raleza le impulsaron á examinar cuanto le rodeaba, para sacar de este exámen todo el provecho posible. Adoptó el curso de los astros para distinguir los tiempos: utilizó la fertilidad de la tierra para proveerse de alimentos: aprovechó las pieles de los animales para cubrirse y abrigarse: escogió las sombras más densas de los bosques y las más cómodas grutas de los montes para guarecerse de la intemperie: fijó su morada cerca de las aguas, siempre nuevas, de los rios ó de las fuentes que mitigaban su sed: eligió los más duros pedernales y las maderas más idóneas para proporcionarse armas, utensilios é instrumentos. Su experiencia, siempre creciente, le hizo distinguir cada vez mejor las cosas y escoger siempre lo más útil. Mas apenas también se halló poseedor de algunos conocimientos; cuando una nueva necesidad brotó del fondo de su alma: sintió y comprendió que le era necesario transmitir á sus pósteros el resultado de sus penosas investigaciones. La tradición oral se presentó como el medio más sencillo y natural de efectuar la deseada transmisión; pero lo inseguro é infiel de este primer medio, dejaba poco satisfecho al espíritu del hombre, por lo que apuró los recursos de su fecundo ingenio hasta encontrar el modo de materializar las ideas representándolas con figuras sobre objetos materiales.

Palabra y escritura, hé aquí los primeros

frutos de la inteligencia perfectible. Palabra y escritura, primeras invenciones del hombre, más grandiosas y mejores que cuantas se han hecho después. Palabra y escritura, portentosos medios de perfeccionamiento, sin los cuales las ciencias no existirían y la infancia del género humano se hubiera perpetuado indefinidamente. Por la palabra y la escritura nos comunicamos nuestros pensamientos: con la palabra y la escritura se halla enlazada y unida la humanidad entera; y sin la palabra y la escritura, nosotros no aprovecharíamos las ideas de nuestros mayores, ni podríamos transmitir las nuestras á los que vengan después de nosotros. ¿Quereis convincentes pruebas de estas verdades? Abrid la historia.

Moyses, el más verídico, antiguo y respetable de los historiadores, sencillamente nos refiere la historia de la creación y de los hombres antediluvianos, la catástrofe del diluvio, la salvación de Noé y de su familia, la fundación de Babilonia, la confusión de los idiomas y la separación de las diversas familias.

El caldeo Beroso citado por Du Clot, nos refiere, que Saturno se apareció en sueños á Xysustro, décimo rey de Babilonia, y le mandó que escribiera sobre piedras el principio, la historia y el fin de las cosas, y que estos escritos los enterrara en Sipáris, ciudad del sol, en el país de los Armenios para que no se perdieran en el espantoso diluvio con que iba

precisamente á castigar á la tierra delincuente. El diluvio sobrevino en efecto, Xystro, con su familia fué librado del horrendo cataclismo y trasportado mas tarde á la mancion de los Dioces. Sus descendientes repoblaron la tierra, sacaron los escritos de Sipáris, los trajeron á Babilonia; y así pudieron conservarse los conocimientos antidiluvianos.

Flavio Josefo tambien refiere, que sabiendo los hombres primitivos, por boca de sus profetas, que Dios pensaba castigar á la humana raza con el diluvio universal, quisieron que sus observaciones astronómicas y sus demas conocimientos se trasmitieran á las generaciones postdiluvianas, y para esto grabaron estas cosas, con geroglíficos en grandes columnas, unas de ladrillo y otras de piedra. El mismo historiador da testimonio de que en su tiempo aun se veía en la Siria uno de estos antiquísimos y venerables monumentos.

Así fué como por medios tan sencillos y admirables pudieron, al través de los siglos, y á pesar del universal cataclismo, conservarse los adquiridos conocimientos hasta venir á reunirse en Babilonia, poblada por las primeras generaciones postdiluvianas, para esparcirse despues por todo el mundo.

El pueblo babilonio, ese pueblo primitivo, padre de todos los pueblos y depositario de las tradiciones antiguas, difundió con la po-

blacion sobre la tierra todo lo que sabia: casi no hay un pueblo que, con algunas variaciones fáciles de explicar, no conserve las tradiciones babilónicas. La creacion de todas las cosas por una inteligencia superior y omnipotente, la caida del hombre de su primitiva inocencia, la perversion de la raza humana y su castigo con el universal diluvio, una familia librada de las aguas para repoblar la tierra, la confusion de las lenguas y la dispersion de las gentes. ¿Cómo sería posible que pueblos separados por millares de leguas, tan distintos entre sí, tan diferentes en idiomas, tan diversos en costumbres, tuvieran las mismas noticias si no procedieran todos de un mismo origen? Por cierto que ninguna violencia necesita el espíritu para creer en la unidad de la humana especie y en que nuestra primitiva patria está en la llanura de Sennaar.

Salidas de Babilonia las diversas familias fueron adquiriendo diferentes conocimientos, fueron discurrendo de distinta manera; y segun los lugares que habitaban, las necesidades que sufrían, los gustos á que se inclinaban y las influencias que recibían, cada una se hizo una civilizacion de un especial carácter. Muchos han seguido y estudiado la civilizacion europea, derivándola de la romana, la romana de la griega, la griega de la egipcia y ésta de la babilónica. Muchos otros han

seguido el curso de los progresos del entendimiento en el Asia, estudiándolos en la Persia, en la India y en la China; pero dejemos al viejo mundo con su bien seguida historia, con su antigua y bien conocida ilustracion; y vengamos á lo que mas nos importa, á las cosas de nuestra tierra. Procuremos penetrar, con las escasas luces de nuestra pobre historia, en las tinieblas que rodean el origen y los progresos de los antiguos habitantes del nuevo mundo.

Cuantos han escrito sobre el origen de las razas americanas convienen, en que las lenguas y las instituciones de los pueblos civilizados, que se hallaron en América, suponen un largísimo período de siglos para formarse, en que lo mas seguro es que los primeros americanos procedieron de la Asia oriental; y en que su separacion de las familias asiáticas debió ser en remotísimos tiempos, ántes del establecimiento de las creencias religiosas entre ellas. Ahora bien, si contra el escepticismo de los que solo creen lo que autores europeos refieren, y lo que filósofos europeos discurren, seguimos á nuestro ilustre compatriota Veytia, apoyado en los mapas geográficos de los Toltecas y Mexicanos y en los escritos de los autores indios, que vinieron ántes y despues de la conquista, verémos designado, con las mejores condiciones de credibilidad, el paso de los hombres del Asia oriental á la América en remotísimos tiempos, y que gastaron

un gran número de siglos en formar y pulir su idioma y sus instituciones.

Cuando se confundió el lenguaje de los hombres, siete familias se hallaron que hablaban el idioma Nahuatl, y reunidas caminaron á la ventura haciendo rumbo al Oriente. El obispo Nuñez de la Vega añade que el jefe que conducia estas familias se llamaba Teponahuastle. Siglos enteros peregrinaron estas gentes hasta que llegaron á la parte mas oriental de la Asia. En balsas de cañas y de palos atravesaron un brazo de mar, y abordaron al extremo mas occidental del Nuevo Mundo. Siguiéron su trabajosa peregrinacion y vinieron á parar en un punto de las regiones boreales de este continente, al que por el color rojizo de la tierra, llamaron Tlapallan. Aquí habitaron en unas grutas naturales, halladas al acaso, y en otras que ellos hicieron, aquí se multiplicaron en gran manera; y de aquí salieron numerosas cuadrillas, que poblaron de tribus nómades diferentes regiones. Este es el gran Imperio Chichimeca del Norte; ésta es la célebre Huehuetlapallan, es decir, Tlapallan la vieja, suspirada patria de todas las naciones que poblaron la América septentrional. ¿Qué grado tan alto de verosimilitud no da á esta relacion histórica la notable circunstancia de haberse hallado tan vivas entre estas gentes las tradiciones babilónicas?

Ni en sus dilatados y penosos viajes, ni en su larga permanencia en Huehuetlapallan dejaron nuestros mayores de adelantar algo en la carrera de la civilizacion: desde muy antiguo poseyeron el arte de escribir geroglíficos, que acaso aprendieron de algun pueblo asiático; el ilustre Humboldt dice que el calendario azteca es algo parecido al mogol, y señaló dos geroglíficos enteramente iguales en ambos. Mas de un siglo antes que Julio César pensara en la ordinacion juliana, el emperador chichimeca reunió en Huehuetlapallan una gran junta de sabios para que arreglara el cómputo de los tiempos, é hiciera un calendario adaptable á las necesidades de la nacion. De las prolijas y fecundas elucubraciones de estos sabios resultó un cómputo tan ajustado y un calendario tan útil y perfecto, que el sabio Humboldt no dudó asegurar, que es mucho mas exacto que el romano, que el griego y que el egipcio; y el caballero Boturini dice, que este calendario es de cuatro especies; natural para la agricultura, cronológico para la historia, ritual para las fiestas, y astronómico con respecto al curso de los astros. Muchos autores, aun de los modernos, niegan á los indios la inteligencia y conocimientos necesarios para obra tan perfecta: y dicen que la recibirian de algun pueblo sabio, desconocido para nosotros. ¡Oh Dios! ¡cuan bueno seria resucitar á Paulo III, para que en estos

tiempos renovara su breve, declarando segunda vez que los indios americanos son hombres!

No solo progresó entre ellos la cultura del entendimiento, sino que tambien adelantaron en las artes. Una tribu de chichimecas sobresalió mucho en habilidad y destreza para las obras de agricultura, de construccion, de tejidos, de plateria, de fundicion, de grabar en piedra y otras muchas. Estos fueron llamados Toltecas, esto es, artifices, los cuales reunidos edificaron á Tlachicatzin, primera ciudad formada de casas de piedra.

Entre tanto el principio de la era cristiana se aproximaba y numerosas tribus de chichimecas y toltecas, descendiendo á las regiones marítimas del golfo, navegaron costa á costa en balsas y canoas hasta que aportaron á Pánuco, y de allí dirigiéndose á las partes mas centrales del continente, caminaron rumbo al austro y vinieron á morar en las riberas de los grandes rios Atoyac y Zahuapan. Tal es el origen de los Olmecas, Xicalancas y Zapotecas, primeros pobladores del Anáhuac. Los Olmecas, edificaron á Cholula y su gran Teocalli. Monumento grandioso, admiracion de los viajeros, mas grande que la mayor de las antiguas pirámides de egipto. Gemelli-Careri quiere que estos Olmecas procedan de los Ulmequios de la Atlántida de Platon; pero se olvida de que los tales Olmecas hablaban el idioma Nahuatl.

Como á un siglo de fundada Cholula vino á hacerla célebre un personaje misterioso: su aspecto venerable, sus ojos azules, su barba rubia y crecida, su elevada estatura, y el profundo acatamiento, con que lo veían sus numerosos discípulos, le daban un aire sobrenatural. Venía de las regiones boreales, predicando por todas partes los beneficios de la vida civil, enseñando la agricultura, las artes y una religion nueva, que estaba fundada en el vencimiento de las pasiones, en ayunos y penitencias, en el ódio al vicio, en el amor á la virtud, en oraciones y en la adoracion de la Cruz. Tal fué Quetzalcohuatl gran sacerdote y divinidad principal de Cholula. El dominicano García lo hace irlandés, mas Veytia y el Dr. Mier quieren que fuera el apóstol Santo Tomas. Lo cierto es que era adorado como Dios del aire y que los reyes de México se consideraban como sus lugartenientes, circunstancia que, como todos saben, fué bien explotada por el astuto Cortes.

Convertida desde entonces Cholula en la ciudad santa de la América, los muchos romeros y devotos que la visitaban, la hicieron un foco de civilizacion y de comercio, el sacerdocio y el gobierno se organizaron de mejor manera, las artes se desarrollaron, y sus fiestas eran famosas por su esplendidez y lucimiento, celebrándose con representaciones

teatrales y con admirables juegos de agilidad y de fuerza.

Esto pasaba al Sur de la América Septentrional en los primeros siglos del cristianismo: en el Norte el imperio chichimeca estaba cada dia mas pujante; pero las regiones intermediarias estaban habitadas por tribus nómades y salvages.

Yo no sé que desconocidas causas obrando á un mismo tiempo en ambos continentes, determinaron así en el Viejo como en el Nuevo Mundo, un inmenso reflujó de las apiñadas naciones del Norte hácia las regiones australes. La Escandinavia, la Góthia, la Escitia y el Quersoneso Címbrico arrojaron sobre la Europa aquel desatado torrente de bárbaros, que derrocaron el imperio romano: el Norte de América lanzó á la Mesa central del Anáhuac las numerosas tribus de Toltecas, Chichimecas, Aco'huas y Nahuatlacas: y la Asia oriental descargó sobre la (~~América~~) *China* hordas inmensas de bárbaros, tal vez de origen tártaro. Esta última circunstancia hizo decir al insigne Baron de Humboldt: "Los Toltecas ó los Aztecas pueden ser "una porcion de aquellos Hiongnox "que, segun las historias chinas, emigraron con su gefe Punnon, y se perdieron al Norte de la Siberia." Pero el ilustre viagero olvidó como Gemelli que las naciones Tolteca y Azteca no hablaban mas que el idioma Nahuatl. Estos Hiong-

noux mas bien serán los otomites, pues nuestro compatriota Nájera ha probado hasta la evidencia, que la lengua de ellos y la China, son de un mismo género y que parecen derivarse de unas mismas raíces.

Los toltecas, originarios del imperio chichimeca, primeros emigrantes de que se ha conservado memoria, rebelados y vencidos, salieron de su patria á mediados del sexto siglo, acaudillados por siete gefes de su nacion, y por el filósofo Hueman. Caminaron con incierto destino rumbo al austro, y en su peregrinacion de ciento cuatro años, enseñaron á los nómades, que á su paso encontraban, la agricultura y los rudimentos de las artes; y reduciéndolos á la vida civil, levantaron ciudades y poblaron extensos países. Testigos son todavía en las riberas del seno Mexicano, Huejutla, en las del oceano pacífico, Jalisco y Zacatlan; y en el Anáhuac, Tulancingo y Tula. Escogida esta última ciudad para capital de un nuevo imperio, lo hicieron tan vasto que alcanzaba de mar á mar, tan culto y bien regido cual otro no se vió en lo antiguo en este Nuevo Mundo. Sus leyes eran justas, sus artes florecientes, sus costumbres suaves; rico, feliz y tranquilo, duró cuatro siglos sin guerras extrangeras ni civiles. Paz mas perfecta y benéfica, jamás se vió en el mundo, sino en este dichoso imperio. Augusto llenó la tierra con su fama por su paz de

40 años, alcanzada á fuerza de sangre; y se olvida la Tolteca que duró diez tantos sin que costara obtenerla ni guerras ni desastres. Extrañas vicisitudes acabaron con el Imperio Tolteca: sus diseminadas reliquias llevaron la ilustracion y las artes á las vecinas naciones.

Una nueva irrupcion de chichimecas vino á repoblar el país de Anáhuac en el duodécimo siglo. El príncipe Xolotl al frente de un numerosísimo ejército de guerreros, que algunos hacen subir á un millon, sojuzgó todo el país y erigió el Imperio chichimeca, que engrandecido despues con la llegada de las naciones Acolhuas, se llamó de Acolhuacan. Once soberanos rigieron este grande imperio, que tuvo la envidiable gloria de contar el 7º entre ellos al insigne Nezahualcoyotl, sabio legislador, filósofo profundo, consumado político, intrépido guerrero y eminentísimo poeta.

En los últimos años del reinado de Tlölzin, tercer rey de Acolhuacan, llegaron las siete naciones Nahutlacas, entre las cuales se cuenta la Mexicana. Tantas emigraciones destruyeron el primer imperio chichimeca y elevaron el segundo, de tal modo, que bien podemos decir que en América, en esta época, se vació el Norte sobre el Sur.

Los mexicanos de muy pequeños principios se multiplicaron y engrandecieron hasta elevarse sobre el mismo Imperio de Acolhuacan. La prudencia de Acamapitzin, las sá-

Bías leyes de Huitzilihuitl, la política de Itzcoatl, el valor del primer Mactezuma y las conquistas de Axayacatl y Ahuizotl hicieron de ellos la nación mas influente y dominante de la América Septentrional.

No pueden negarse los progresos intelectuales de los hombres antiguos del Nuevo Mundo; si algunos europeos los han tratado de bárbaros, es porque la civilización Azteca, que ellos encontraron, era muy distinta de la del Viejo Mundo, pugnaba con las creencias y opiniones de ellos y tenía muy diversas formas de la suya. Pocos les han hecho justicia, considerando filosóficamente las cosas; pero entre estos pocos hay uno cuya opinión vale mas que la de todos los que injustamente los juzgan. Hablo del viajero mas ilustre de los tiempos modernos, del amigo benévolo, no solo de los Americanos, sino de toda la humanidad, del eminente Baron de Humboldt, que dice, hablando á este propósito: “Los Toltecas se dejan ver en la Nueva España en el siglo 7º, los Aztecas en el 12º, y ya entonces levantan el mapa del país que habian recorrido, construyen ciudades, caminos, diques, canales, inmensas pirámides exactamente orientadas, y cuya base tiene hasta 438 metros de largo. Su sistema de feudalidad, su gerarquía civil y militar se encuentran ya tan complicadas, que es preciso suponer una larga serie de acontecimientos políticos, para que

Bubiese podido establecer el enlace particular de las autoridades, de la nobleza y del clero . . .
.....¿Cómo puede dudarse de que una parte de la nación Mexicana habia llegado á un cierto grado de cultura, si se reflexiona en el cuidado con que están compuestos los libros geroglíficos, y se trae á la memoria que un ciudadano de Tlaxcala en medio del ruido de las armas, se aprovechó de la facilidad que le daba nuestro alfabeto romano, para escribir en su lengua cinco volúmenes de historia de su patria, llorando amargamente su esclavitud?” Y en otra parte dice el mismo autor: “Encuentro singular analogía entre el templo de Júpiter Belo, las pirámides de Sakharán y los Teocalis mexicanos.”

No añadiré á tan ilustres testimonios mas que una palabra de nuestro insigne compatriota el Dr. D. Servando Teresa de Mier, que decia, para probar á qué altura habia llegado la civilización Azteca: “Yo no necesito sino los cortos monumentos que han escapado á la voracidad de los conquistadores: el calendario mexicano explicado por Gama, que no varia sino diez minutos en dos mil años, sus faciles y exactas meridianas descubiertas por él en Chapultepec, la fortaleza de Xochicalco edificada segun Alzate, segun todas las reglas de la arquitectura militar, y en que están corregidos diez grados de declinacion: el templo de Inca que es el mismo de Minerva en Preneste

corregidos los defectos. Estos dos monumentos los publicó también en Roma con explicaciones un arquitecto Americano ex-Jesuita.”

Si á esto añadimos la perfección á que habían llegado sus artes, ¿podrá negarse que en ellos había hecho grandes progresos la inteligencia? ¿Se había visto en Europa, por ventura, cosa más primorosa que los exquisitos mosaicos de pluma de los Mexicanos? ¿Se habían siquiera podido imaginar los europeos un jardín tan artísticamente cultivado y distribuido como el de Ixtapalapan? La única objeción bien seria que puede hacerse contra la civilización Azteca, es la de los horrendos sacrificios que ofrecían á sus divinidades. Culto sanguinario y cruelísimo que repugna á la naturaleza; pero esta aberración del entendimiento, introducida en los últimos tiempos entre los Aztecas y reprobada y prohibida por Nezahualcoyotl, ¿fue acaso exclusiva de ellos? ¿No la sufrieron también los pueblos más cultos de la Europa? ¿Será más abominable ofrecer á los Dioses los desvalidos prisioneros de guerra, que echarlos al circo á ser devorados vivos por hambrientas fieras, para diversión de un pueblo tan ilustrado como el romano? El Azteca, penetrado de religioso temor, presenciaba temblando el horrendo sacrificio, creyendo que era una oblación aceptada á la Divinidad: el romano, rebozando de gozo, y tan solo por pura diversión, veía con

ojos ávidos cómo las fieras devoraban á los hombres inermes, y cómo los gladiadores se despedazaban, combatiendo con agudas y afiladas cuchillas. Ahuizotl, para celebrar su coronación, sale á combatir con los enemigos de su patria, y trae un buen número de prisioneros, que sacrifica á sus Dioses. Cicerón en el año de su edilidad compra 500 leones africanos, y compra esclavos, y compra gladiadores, y recoge prisioneros, para celebrar aquellas fiestas sanguinarias, que eran las delicias del pueblo romano. ¿Quién será más punible Ahuizotl, á quien califican de bárbaro, ó Cicerón tenido por filósofo, por humanitario y por justo? Pero dejemos asunto tan repugnante, comparación tan odiosa, resolviendo el problema con las palabras del mismo Cicerón: “Caballeros, esta culpa no es mía, sino de los tiempos.”

Ahora bien, oh jóvenes que me escucháis, ved como nuestros antepasados en medio de las mayores miserias, habitantes de miserables grutas, sin más escritura que imperfectos geroglíficos y sin más instrumentos que los que recibieron de la naturaleza, pudieron perfeccionar su inteligencia hasta producir en su admirable calendario una obra de las más exquisitas y acabadas: vedlos también, sin el uso del hierro trabajar los metales, tallar las más duras piedras, labrar cuidadosamente la tierra y cavar profundas minas, todo á fuerza

de industria, de paciencia y de trabajo: vedlos, por fin, tanto en sus dilatadas peregrinaciones, como en sus largas estancias sobre los países que habitaron, recoger siempre los frutos de su experiencia, aprovecharlos para mejorar sus instituciones, sus ciencias y sus artes; y consignarlos en piedras, en pieles de ciervos, en mantas ó en cartones. Ellos, separados del resto del Mundo, sin mas guías que su pensamiento y su propia experiencia, pudieron progresar tanto en la carrera del saber; ¿y será posible que vosotros seais para ménos, teniendo de sobra los medios de instruccion? Nuestros mayores tuvieron que buscar por sí mismos los elementos para hacer el pan, tuvieron que amasarlo, que cocerlo y que partirlo, para aprovecharse de él; y á vosotros se os dá el pan ya partido: si algunos hay que no quieran aprovecharlo, es porque repugna á su gusto estragado por la pereza, el abandono, la holgazanería, el pasatiempo, la molicie y las diversiones. Dejad á estos infelices, que indudablemente recibirán el precio de sus obras, y vosotros, los que os dedicais al estudio, tened una viva fé en el progreso indefectible de la humana inteligencia. Sabed que una sola idea que se adquiere es una nueva riqueza para el alma, que cada verdad que se conoce es una luz que sirve para encontrar otras nuevas, que estas verdades conocidas no tienen otro objeto que mejorar la condicion del hombre

en comun y en particular; y que vosotros estudiantes, es decir, vosotros que haceis profesion de buscar la verdad, estais mas obligados que nadie á buscarla para bien de la humanidad. Cuando logreis aleanzar á saber algo que pueda ser útil, apresuraos á transmitirlo á los demas. Que el deseo de comunicar vuestras luces os haga decir con el justo Edumeo: “¿Quién me diera que mis palabras fueran escritas? ¿Quién me diera que se escribiesen en un libro con punzon de hierro, ó en plancha de plomo, ó que con cincel se grabasen en pedernal?”

Y vosotros, los que en esta vez habeis obtenido los envidiables honores de un premio literario, ¿sabeis para qué la mano próspera del Eterno, al repartir sus gratuitos dones, os dió á vosotros mas inteligencia, mas capacidad y mas aptitud para el estudio? ¿Queréis saberlo? Echad una ojeada sobre la ancha faz del mundo, ved cuantos mares, cuantos lagos, cuantos rios, cuantos arroyuelos y cuantas fuentes ostenta; ved tambien cuantas tierras altas y secas, cuantos desiertos arenosos y sedientos y cuantas áridas montañas claman á su modo por el agua que necesitan y que en sí no tienen, y contemplad lo que sucede: las aguas despiden vapores trasparentes, que, condensados en nubes, descargan copiosas lluvias, que fertilizan la superficie de la tierra. Ved, ademas, como la Providencia amontona

los frutos en unos lugares, dejando otros estériles é infructíferos, para que la exuberancia de los unos pueda socorrer las necesidades de los otros. ¡Oh jóvenes! considerad bien estas cosas y aprended sabiduría. El mismo que dictó la ley de la perfectibilidad de la inteligencia, dictó también la ley de compensación. Vuestra inteligencia no os pertenece, es don del Cielo, usadla según las intenciones del Creador. Si el egoísmo os encierra dentro de vosotros mismos, que la sociedad os arroje de sí como miembros inútiles y de pernicioso ejemplo; mas si sois liberales, empleando vuestros talentos en bien de vuestros semejantes, que os ame, que os bendiga y que venera vuestra memoria.—DICE.

DISCURSO

Leído por el Dr. José Eleuterio Gonzalez en la distribución de premios que se hizo en el Colegio civil de Monterey, el día 30 de Agosto de 1874.

Levantaos, almas nobles de los americanos, del profundo abatimiento en que habeis estado sepultadas, y desplegad todos los resortes de vuestra energía y de vuestro invicto valor, haciendo ver á todas las naciones las admirables cualidades que os adornan y la cultura de que sois susceptibles.

Palabras tomadas de la primera proclama del Teniente general Jimenez, fecha en Matchuala, en Diciembre de 1810.

Con muchos, muy grandes é inestimables dones adornó al hombre el Hacedor Supremo: le dió existencia, sacándolo perfecto y acabado del barro de la tierra, le dió sentidos los mas adaptables á su naturaleza, le dió los abundantes tesoros del mundo para subvenir á sus necesidades, le dió inteligencia perfectible para que se conociera á sí mismo, escudri-

ñara todo lo creado y se elevara hasta la sublime contemplacion de su mismo creador, le dió espíritu sociable, para que reuniéndose á sus semejantes, formara pueblos y naciones; y le dió la libertad; como el don mas apreciable, como la corona de la obra de su inagotable munificencia, para que con ella pudiera hacer meritorias sus obras. Esta libertad, pues, no es una cosa relativa de un hombre para con otro, sino absoluta y totalmente propia de cada individuo: es un derecho concedido por Dios como atributo esencial del hombre. Derecho precioso que no puede jamas enagenarse y del que se debe usar, como de todos los demas dones del Creador, con arreglo á las prescripciones de la razon y de la justicia, para no dañarse á sí mismo ni dañar á los demas: porque siendo todos los hombres igualmente libres é iguales en sus primitivos derechos, debemos respetar los fueros ajenos, si queremos que sean respetados los nuestros.

De la reunion de hombres libres debieron necesariamente resultar pueblos libres. Si muchas veces se ha introducido en ellos la esclavitud y la tiranía, estas cosas ni son propias de la naturaleza, ni son atributos de la humanidad; sino aberraciones del entendimiento, abusos de la fuerza bruta y atentados abominables contra la libertad natural del hombre, cometidos por seres depravados é inícuos, es decir, de aquellos que usan de su li-

bertad con perjuicio de los demás de su especie. Mengua es, ciertamente, para la humanidad que tales hombres existan; pero mayor mengua es todavia que haya quienes no solamente los sufran, los toleren y los acaten, sino que, uniéndose á ellos y haciéndose tan malvados como ellos, les ayuden á encadenar y dominar á sus semejantes, en los que solo debieran ver hermanos, hijos de un mismo padre y poseedores de iguales derechos y prerrogativas. Mas cuanto tiene de ignominioso para un pueblo el sufrir en la abyeccion un estado tan contrario á su naturaleza, tiene de glorioso y meritorio el recobrar su libertad perdida, valiéndose de su inteligencia y su valor, como de las armas naturales de la justicia y de la razon.

México, nuestra querida patria, se llegó á ver en este caso. Sojuzgados por los Españoles del siglo XVI, el Imperio Mexicano y los diferentes pueblos que habitaban el extenso territorio que ocupó la Nueva-España, trasplantada en estos países la raza Española y mezclada con la de las diversas naciones indígenas, llegó á producirse un pueblo nuevo: pueblo que, unido á los infelices restos de las gentes conquistadas, no era mas que una colonia, sujeta enteramente al Gobierno de Madrid, es decir, á un rey lejano y en tiempos que los medios de comunicacion eran tan lentos como escasos. Ese rey dictaba leyes

para pueblos que le eran del todo desconocidos; y aun esas leyes, relajadas por la distancia los resostes del poder, eran conocidas de muy pocos y mal obedecidas por interesados mandarines, que con frecuencia las reemplazaban con su voluntad omnímoda.

No era fácil que un pueblo, colocado en tan tristes condiciones, dejara de pensar en su emancipacion política, y que no aprovechara las coyunturas favorables para intentarlo, á pesar del gran poder y la nimia suspicacia de sus dominadores. Así fué que al nacer la colonia, nació con ella el espíritu de independencia. Los tres hijos del gran conquistador Cortés fueron los primeros que intentaron libertar á su patria del yugo de la España, y aunque solo consiguieron ir á morir al destierro, dejaron encendido el sagrado fuego del patriotismo, que no debía extinguirse. En posteriores tiempos y en opuestos lugares el Yucateco Jacinto Can-ek y el Nayarita Máscara de Oro, así como otros dignos patriotas, no dudaron arriesgar sus vidas, proclamando la independencia, y sellaron con su sangre su amor á la libertad. Si los esfuerzos de estos insignes varones no dieron un resultado feliz, á lo menos mantuvieron viva en los pechos mexicanos la llama de la esperanza y del patriotismo.

Ya puestas en mejor condicion las cosas públicas y en mejor sazon las circunstancias,

el venerable Anciano de Dolores, el generoso Hidalgo levantó el estandarte de la independencia, convencido de que á él no le esperaba mejor suerte que á Canek y Máscara de Oro: pero convencido tambien de que en esta vez triunfaría por fin la justicia y México recobraría su autonomía política. A la potente voz del ilustre caudillo, estremeciósse la nacion entera y en todas partes descubrióse el sagrado fuego, encendido por los hijos de Cortés, fuego que mal oculto habia cundido hasta los confines del territorio mexicano. Derramados en todas direcciones los independientes, por do quiera levantaban el espíritu público, é infundian en todos los corazones el ardor que los animaba.

Tocó la suerte de venir á levantar estas provincias del Norte al egregio Teniente General Don José Mariano Jimenez, jóven tan celebrado por su esclarecido talento é instruccion, como por su impertérito valor, su acendrado amor á la patria y sus firmes ideas de orden, de lenidad y de justicia. De este gé nio benéfico los nuevoleonese, segun la expresion tan sencilla como verídica de nuestro primer congreso constituyente, "*recibieron las primeras lecciones de libertad y patriotismo.*" (1)

Y en verdad, antes de pisar el territorio

[1] Decreto número 40 de 28 de Mayo de 1825.

neolegionense, desde Matehuala, por el humilde conducto del valiente Capitan Don Juan Ignacio Ramon, mandó á nuestros mayores sus primeras palabras, diciéndoles: "Levantaos, almas nobles de los americanos, del profundo abatimiento en que habeis estado sepultadas, y desplegad todos los resortes de vuestra energía y de vuestro invicto valor, haciendo ver á todas las naciones las admirables cualidades que os adornan y la cultura de que sois susceptibles." ¿Y qué hicieron nuestros padres al escuchar la sonora voz del héroe, que con tan sublimes palabras los llamaba á la conquista de sus libertades? ¿Y qué hicieron? Obedecer sin dilacion alguna, empuñar las armas, desplegar todos los resortes de su energía y de su valor, lanzarse á los combates, regar con su sangre esta tierra querida que nos dejaron en herencia, recobrar con la fuerza de su brazo su libertad y sus derechos, trasformar en un Estado libre, soberano é independiente, unido á la magnánima Mexico, lo que antes era parte de una miserable colonia, crear un gobierno análogo á nuestra índole y á nuestras necesidades; y ponernos en la verdadera vía del progreso, manifestando á todas las naciones las admirables cualidades que los adornaban. No parece sino que el invicto Jimenez les infundió con la voz su valor indomable, su abnegacion sublime, su política profunda, su ardiente patriotis-

mo, su constancia heróica y toda su grandeza y elevacion de su noble alma.

¿Y nosotros, hijos mimados de tan insignes varones, qué hemos hecho con la preciosa herencia que nos legaron? Nada ciertamente, sino es gozarla y disfrutarla sin cuidarnos de otra cosa. ¿Y esto fué lo que nos mandó el padre de nuestras libertades? Aun está por cumplirse la última parte de su mandamiento, en la que terminantemente, nos dijo: "Haced ver á las naciones la cultura de que sois susceptibles." Queda, pues, á esta generacion y á las futuras la imprescindible obligacion de cumplir este mandato.

Mas como no pueden ser cumplidas las obligaciones de los pueblos por todos y cada uno de sus individuos, fuerza es que los que pueden las cumplan por los que no pueden. Los ejércitos combaten por las mujeres, los niños los ancianos y los hombres inermes; y para los gastos públicos, los que tienen contribuyen por los que no tienen. Si para sostener en una guerra el honor nacional se llama á los que profesan el ejercicio de las armas, cuando sea preciso sostener el honor literario, ¿á quiénes se llamará? Indudablemente, á los que profesan el ejercicio de las letras. Y entre nosotros, ¿quiénes son los que están dedicadas á los nobles ejercicios literarios? Bien claro es que vosotros, ¡oh jóvenes alumnos que me escuchais! sois la por-

ción escogida y destinada para que exclusivamente se dedique al cultivo de las letras. Luego á vosotros toca darle pleno y entero cumplimiento á la parte aun no cumplida del precepto, que para nuestro bien nos impuso el que vino á sacarnos del infeliz estado de colonos.

Nuestros padres cumplieron fielmente la parte mas onerosa, mas difícil y mas comprometida del mandato; sufrieron privaciones, arrojaron peligros, pelearon como buenos, todo lo sacrificaron en aras de la patria, y muchos de ellos, á ejemplo del esclarecido y venerable Hidalgo y del benigno y bondadoso Jimenez, murieron con la muerte de los héroes; díganlo si no el buen Gobernador Santamaría, el valiente Ramon, el valeroso Carrasco, el sereno Camargo, el atrevido Herrera y otros mil, que por no cansaros, no enumero. Nuestros antepasados cumplieron, pues, con su deber mas allá de lo que era de esperarse, ¿y vosotros rehusareis cumplir la pequeña, fácil y no peligrosa parte del precepto, que os ha tocado en suerte desempeñar?

Ni se os piden imposibles, ni se os exigen sacrificios, sino una cosa bien hacedera, por cierto, "*Haced ver la cultura de que sois susceptibles,*" esto es todo.

Si aplicais todas vuestras fuerzas al estudio, si ejercitais vuestra inteligencia en cosas útiles, y si haceis cuanto es posible hacer para

alcanzar la sabiduría, habreis cumplido con lo que justamente debeis, el provecho será para vosotros y llegareis á ser la honra de vuestra patria; mas si por el contrario, no quereis cultivar debidamente vuestra razon y vuestra inteligencia, si el trabajo os cansa, si el estudio os fastidia, si las distracciones os agradan y la pereza se apodera de vosotros, debeis daros por perdidos, no hareis ver jamas la cultura de que sois susceptibles y reportareis las degradantes notas de inobedientes, ingratos y desnaturalizados; porque no cumplis el precepto del que dió la vida por haceros libres, porque mal correspondeis á los afanes de vuestros padres y vuestros maestros, y porque preferis llegar á ser el oprobio de una patria que de vosotros esperaba que fueseis su gloria, su honra y su lustre.

Mas basta ya de querer convenceros con la sola fuerza de la verdad. Dominar, aunque sea con el poder de la razon, siempre es dominar, y algo tiene de áspero y duro, porque, este genero de argumentacion subyuga al entendimiento, pero ni mueve el corazon ni determina la voluntad. Usemos, pues, de medios menos violentos, que con suavidad atraigan el ánimo: porque en la vía del progreso intelectual, las almas nobles y sensibles caminan con legereza, soltura y desembarazo, conducidas con los dulces y floridos lazos de la persuacion; y su marcha es lenta y penosa,

cuando van aherrojadas con la pesada cadena del convencimiento.

Siendo esto así, ¡oh jóvenes alumnos! fijad por un momento vuestros ojos en la peregrina hermosura de la sabiduría, pensad en los innumerables bienes que produce la ciencia, recordad las honras y consideraciones de que gozan los hombres doctos; y considerad, sobre todo, el apacible gozo que produce en el alma la convicción íntima de haber hallado una verdad, de haber hecho un bien, de haber cumplido con un deber: y decidme, ¿no sentís en vuestro corazón un vehemente deseo de saber? ¿No sentís que vuestras fuerzas se aumentan, que vuestro valor acrece y que vuestra voluntad está decidida y pronta á emprenderlo todo y á no retroceder ante ningún obstáculo, hasta conseguir la posesión del inestimable tesoro de la sabiduría? Pues si lo sentís así, manos á la obra, que esta disposición del espíritu, este ardiente deseo de saber, esta voluntad firme y resuelta, á la que no arredra trabajo ni peligro, han producido en todos tiempos hombres grandes en saber y grandes en virtud. No se formaron de otro modo los antiguos filósofos, que hasta ahora son nuestra admiración y cuyos apotegmas son todavía las reglas de nuestra conducta. Cuando mas ardía la guerra del Peloponeso, el Megarense Euclides á riesgo de ser conocido y muerto, corria por las sombras de

la noche, disfrazado con mugeriles verdaduras para ir á escuchar las lecciones de Sócrates poniendo así en riesgo su vida, cada noche, por el solo interés de aprender las máximas del gran filósofo. No es creíble que vosotros, teniendo tan á mano los medios de instruiros y sin que os sea preciso arriesgar nada, malogreis el tiempo y os decidais á sumiros en las tinieblas de la ignorancia.

Ademas, el estudio metódico y el constante trabajo tiene tal poderío sobre nuestra naturaleza, que son capaces de corregir sus defectos y enmendar sus yerros. Testigos el gran Demóstenes que, á fuerza de trabajo y de constancia, logró soltar su balbuciente lengua, levantar y hacer sonora su apagada voz, y trocar sus modales rudos y agrestes por los del orador mas fino y acabado. Testigo tambien Cleantes que, siendo el tardo y obtuso ingenio, venció este gravísimo defecto, aplicándose al estudio con tanta asiduidad y con tan buen suceso, que llegó á sustituir en la cátedra á su maestro Zenon, y mereció la honra de tener por discípulos al rey Antígono y al filósofo Crisipo.

Cuanta esperanza, cuanto consuelo y cuánto ánimo infunden estos heróicos ejemplos: considerándolos bien, con cuanta fé y con cuanta confianza se entrega al estudio un joven deseoso de saber. Mas advertid que la corona no se dá, sino al que persevera cons-

tante y pelea buena batalla hasta el fin. El arte es largo y la vida es corta, ha dicho el Anciano de Cos. Así es que, el que adopta una carrera literaria, se obliga formalmente á estudiar sin descanso toda su vida, para poder al fin gloriarse como Solon de haber envejecido siempre aprendiendo. No hay circunstancia, condicion, tiempo ni edad, que no sean á propósito para aprender: Solon moribundo, deseaba saber de que disputaban sus amigos, porque, decia que, sabiendolo, moriria mas tranquilo: á Epicteto no le embarazó la humildísima condicion de esclavo, para llegar á ser un sabio muy profundo. Séneca iba siempre el quinto dia de la semana á escuchar las lecciones de Metronactes y decia; "No me avergüenzo de ir, siendo viejo al teatro ¿y me he de avergonzar de ir á la escuela? Marco Aurelio, con las tablillas colgadas á la cintura, á usanza escolástica, asistia con grande empeño á las lecciones que daba el filósofo Sexto. Ni los graves negocios del Imperio, ni la brillantez deslumbradora de la púrpura, ni su avanzada edad, impedian al grande Emperador dedicarse con teson á la honrosa tarea de aprender lo que ignoraba. ¡Oh ejemplos dignos de durar eternamente, para ser la norma, el sostén y el estímulo de los que se dedican al cultivo de las letras!

Tomad para vosotros ¡oh jóvenes alumnos! estos insignes modelos de amor á la ciencia y

de constancia: mientras tuviereis un hábito de vida, ajustaos á ellos en todas circunstancias y en todos tiempos, pues solamente así podreis cumplir el filosófico y amoroso precepto, que todavía hoy os repite desde su gloriosa tumba el magnánimo Jimenez: "*Haced ver á las naciones la cultura de que sois susceptible.*" Precepto admirable, hijo de la mas profunda sabiduría: ni el eminente filósofo Kant, admiracion de los modernos, lo formuló mas sábiamente, con mayor sencillez ni mas ajustado á la razon, cuando dijo: "El objeto de la educacion es desarrollar á cada individuo en toda la perfeccion de que es susceptible." Apresuraos, pues, ¡oh jóvenes! á cumplirlo con ánimo resuelto y voluntad firme. Hacedlo, por que es ^{interesante} interesante bueno: hacedlo por amor de la patria, que necesita hombres sabios que la ilustren: hacedlo por honrar la memoria del héroe que os lo mandó: si nada de esto os mueve, hacedlo por vuestro propio interes. No desconfiéis de vuestras faerzas, que la sábia y amorosa Providencia dispuso nuestra naturaleza de tal modo, que el trabajo la fortalece, el ejercicio la perfecciona y el hábito hace soportables las mayores fatigas. Por esto ha dicho, con tan verdad, el gran Poeta Virgilio: "Todo lo vence el ímprobo trabajo."

Y vosotros, ¡oh jóvenes felices! que habeis alcanzado los inmarcesibles lauros con que se

preman las virtudes escolares, razon teneis para estar satisfechos y contentos; mas no para envaneceros; antes mas bien para anonadaros, considerando lo muy poco que habeis hecho y lo muchísimo que os queda por hacer: son tantos los conocimientos humanos, y estan enlazados tan íntimamente, que la vida de un hombre, por larga que se suponga, no es bastante para agotar lo que á una sola ciencia corresponde. No desperdiciéis, pues, los cortos momentos de esta vida mortal, que una vez perdidos, perdidos quedan para siempre. Pensad cuánto teneis que afanaros para cumplir el importantísimo precepto, que hoy me he propuesto recordaros; y del cual á vosotros incumbe, mas que á nadie, la estrecha obligacion de cumplirlo. En efecto, si los compromisos sociales deben cumplirse únicamente por los que pædan, natural es que el que tiene mayor suma de poder, tenga mayor obligacion. Ved un ejército en campaña y decidme ¿quiénes desempeñan los mayores y mas interesantes trabajos en las operaciones de la guerra? La contestacion es muy obvia, me direis, los mas inteligentes, los mas valerosos y los mas fuertes, es decir, que la porcion escogida del ejército es la que soporta el mayor peso de los trabajos. Pues bien, vosotros sois la porcion escogida del colegio: luego á vosotros toca trabajar con mas ahinco porque sois los mas fuertes: habeis adelantado

mas, porque teneis mas capacidad ó mas aplicacion, pues aplicaos mas y mas, y vuestra capacidad se aumentará, aplicaos aún mas todavía y adquirireis el hábito de estudiar que os hará poderosos en la ciencia.

Con el mismo teson, ¡oh jóvenes alumnos! con que debeis aplicaros al cultivo de las ciencias, con el mismo aplicaos á la práctica constante y no interrumpida de las virtudes, que deben adornar al hombre en sociedad. La Justicia, que es la reina de todas las virtudes; la Filantropía, que es el verdadero lazo social; el Patriotismo, que es el sostenimiento de los pueblos; la Prudencia, que es la reguladora de las acciones humanas; la Fortaleza y la Templanza, que hacen al hombre dueño absoluto de sí mismo. Con estas virtudes la ciencia hará de vosotros hombres verdaderamente útiles; y sin ellas, la ciencia os convertirá en hombres en grado eminente perniciosos: las virtudes sin la ciencia os constituirán en la condicion de hombres humildes, apenas buenos ciudadanos, muy poco útiles para los demas y para vosotros mismos. Con el convencimiento pleno que debeis tener de la verdad de estas cosas, ¿por cuál de ellas os decidis? ¿Quereis ser hombres buenos, pero oscuros y de muy poco valer? Practicad lo poco de las virtudes, compatible con la ignorancia, y no trabajéis por ilustrar vuestro entendimiento con la luz de la ciencia. ¿Quereis ser

los obradores del mal, el terror de la sociedad, la peste de la República y la afrenta de la patria? Cultivad con esmero la ciencia y no practiqueis las virtudes. ¿Quereis, en fin, ser el consuelo y la luz de vuestros conciudadanos, el apoyo y la guía de la República, la gloria, el lustre y el ornamento de la patria? Unid las virtudes con la ciencia, en cuya feliz union consiste la sabiduría. ¿Quién de vosotros, por estúpido que sea, no se decidirá por este último término? ¿Quién de vosotros habrá tan necio que se niegue á seguir el camino de la sabiduría? Resolveos, pues, á buscarla por cuantos caminos fuere posible, vestíos de fortaleza y seguidla con todas vuestras fuerzas, trabajad dia y noche con perseverante afan, adquiriendo cada dia un nuevo conocimiento y afirmaos cada dia mas y mas en la práctica de todas las virtudes; y entonces podreis decir sin reboso: Hemos cumplido fielmente el precepto que se nos impuso, hemos hecho ver á las naciones la cultura de que somos susceptibles.—HE DICHO.

DISCURSO

Pronunciado el 16 de Setiembre de 1874, por el ciudadano Dr. José Eleuterio Gonzalez.

Utile est habere quos imitari primúm.
mox vincere velis.

QUINTIL., L. I. C. II.

Buenos modelos contemplar importa
para que luego superarlos quieras.

Grande solemnidad, por cierto, ciudadanos, es la que nos reúne en este fausto dia, dia de gloriosos recuerdos, dia grande de la Patria, dia de encomiar las excelsas virtudes de nuestros padres y las inmortales hazañas de nuestros libertadores.

Muchos y muy claros ingenios, que me han precedido en la honrosa mision que hoy desempeño, os han hablado largamente de los horrorosos desastres de la conquista; de los sufrimientos del pueblo mexicano en los trescientos años de su estado colonial, de los glo-

riosos hechos de nuestros héroes en los once años que duró la terrible guerra de independencia. De todo esto tenéis noticia, nada de esto os es desconocido, todo lo sabeis. Por eso ahora me propongo solamente exhortaros á que imiteis, para bien y honra de la Pátria, las generosas acciones de algunos de nuestros mas ilustres próceres, cuyas glorias, con este laudable objeto, nos recuerda la solemnidad presente: porque no como un entretenimiento fútil ni por vana ostentacion han sido establecidas las fiestas nacionales: objeto mas grandioso, mas noble y mas elevado, ha tenido su institucion, fundada nada menos que en una ley primordial de la naturaleza, en la ley de imitacion. Echad rápidamente sobre el haz de la tierra una mirada investigadora y vereis como se afanan todos los seres animados por imitar á los de su especie: desde la pequeña abeja que no hace mas que construir un panal idéntico al en que vió la primera luz, hasta el corcel generoso en el que ya notamos un principio de emulacion cuando en la veloz carrera no se contenta con igualarse á su competidor, sino que hace poderosos esfuerzos por ir mas adelante y vencerlo en ligereza: desde el estúpido salvaje que vive errante en los desiertos por que así vivieron sus progenitores, y adereza las miserables pieles con que mal cubre su desnudez de la misma manera que las aderezaban

sus padres, hasta el hombre mas civilizado y progresista que examina con la mas profunda atencion las mejores obras de sus contemporáneos y de sus antepasados para imitarlas y, si es posible, corregirlas y mejorarlas: en todas partes se ve esa propension innata, ese instinto irresistible con que los seres dotados de sensibilidad son arrastrados por el torrente de la imitacion. En el hombre se nota mas que en los animales el poder incontrastable de esta ley: con razon ha dicho el sábio Alibert: "*El hombre parece que no viene al mundo sino para imitar al hombre.*"

Si ponemos debidamente en accion esta fecunda ley, resulta la emulacion: sentimiento noble, eminentemente social, que nos incita á imitar y aun á exceder las acciones de otros, especialmente si son grandes ó generosas, no por envidia, sino por un impulso laudable, por un deseo de adquirir gloria y buena reputacion haciendo cosas dignas de ser alabadas. Asi es que en la emulacion está basada la perfectibilidad humana, la ley del progreso: porque si le fué dada al hombre, como el sello y distintivo de su especial naturaleza, la facultad de inventar y perfeccionar sus inventos, ¿de qué manera podría hacerlo si no es imitando y mejorando lo que imita? Todos los grandes hombres han sentido vivamente este deseo de hacer lo que otros hacen y superarlos en cuanto posible fuere. Agitado

andaba Temístocles por la noche en la plaza de Atenas; y preguntado ¿qué hacia? contestaba: "*El trofeo de Milciades no me deja dormir.*" ¡Ah! El ilustre guerrero sentia en el alma una necesidad imperiosa de hacer hazañas iguales, y aun mayores que las del vencedor de Maraton. Quinto Máximo y Publio Scipion decian, que al ver las imágenes de sus mayores se inflamaban sus ánimos y se sentian incitados á la virtud. El célebre Bufon, siendo muy jóven, en las ruinas del Herculano, sobre el sepulcro de Plinio sintió los primeros fuegos de su genio creador y se decidió por el estudio de las ciencias naturales, á las que dió despues tanto ensanche y tanto lustre.

La sociedad no ha desaprovechado nunca el conocimiento de estos insignes ejemplos y de las innatas propensiones que los produjeron: en todos tiempos y en todas las naciones se han decretado grandes honras á los mas ilustres ciudadanos, para que sean los modelos á que se ajusten los demas, despertando por este ingenioso y noble medio el loable sentimiento de la emulacion. Así es que las estátuas, las inscripciones, los trofeos, las oraciones laudatorias, y cuantas demostraciones honoríficas se hacen á los hombres ilustres, ni se dirigen ni aprovechan á los que fueron, sino á los que son. Mucho interesa á la sociedad todo esto, pues como ha dicho

muy bien el célebre Quintiliano: "*Util es tener primero á quienes imitar, para que quieras luego superarlos.*"

No esperéis, pues, de mí, ciudadanos, que en estos momentos solemnes con destempladas voces os incite al ódio, al resentimiento ni á la venganza, pasiones bastardas, sentimientos degenerados, que se oponen al espíritu de sociabilidad; por el contrario, os presentaré ejemplos dignos de ser imitados, virtudes heróicas que inflamen vuestros ánimos en el deseo de seguir las, y aun de ir mas adelante y superarlas. Intentadlo así, oh ciudadanos, intentadlo así al menos, que todo debe intentarse en obsequio de la Patria. Para que á tan sublime esfera podáis elevaros facilmente os diré con el sabio autor de la Fisiología de las pasiones: "*Vamos á desenterrar los ejemplos mas gloriosos para ofrecerlos perpetuamente á la imitacion de nuestros contemporaneos.*"

México era una colonia española, bien lo sabeis, que al cabo de tres centurias de estar sujeta y dominada intentó su emancipacion y la consiguió. ¿Pero en qué circunstancias lo hizo, y á quienes debe el inestimable bien de su independenciam? Esto es lo que procuraré haceros ver.

Todo el mundo se hallaba conmovido, á los principios del presente siglo, por el general trastorno en que puso á la Europa entera

aquel genio colosal y turbulento que, recorriendo como el rayo desde las riberas del Nilo hasta lo interior de la Rusia, no daba punto de reposo á las naciones. Este hombre ambicioso, artero y trastornador puso los ojos en la España, la ocupó, y, arrancando á sus Reyes el Trono, colocó en él á su hermano. La nacion española se levantó entonces en masa para recobrar sus derechos arrojando al rey intruso. Extremeciéronse las Américas Españolas con tan ruidosos acontecimientos; y como no les faltaba el deseo de independerse; y como tenian ante los ojos el muy glorioso y palpitante ejemplo de los Estados- Unidos de América, pensaron luego en proclamar su independencia aprovechando los trastornos y los conflictos en que por entonces se hallaba la madre Patria.

No fué México el último en pensar de esta manera. Desde que se tuvo noticia de las desatinadas y humillantes renunciias de Cárlos IV y de Fernando VII, de la prision de éste en Valencey, de la ocupacion de España y de su alzamiento contra el usurpador, así como del estado lastimoso en que estaba toda la península ibérica, se despertó en el pueblo mexicano un deseo de libertad, columbrando un rayo de esperanza. El Ayuntamiento de México se atrevió á pedir al Virey D. José Iturrigaray la creacion de una junta que gobernara á nombre del Rey Fernando; pero

con entera independencia de los diversos Gobiernos que se habian organizado en España, y que esto durara hasta el restablecimiento del orden. El Virey se mostró propicio á esta peticion; pero la Audiencia alarmada tronó contra él y contra el Ayuntamiento, y apoyada en algunos comerciantes descontentos, en ciertos comisionados de la Junta de Sevilla que habian venido y en el partido absolutista, que repugnaba todo lo que fuera juntas, depuso y aprisionó á Iturrigaray y á los mas ilustres miembros del Ayuntamiento. Estas prisiones fueron una señal de alarma, fueron un botafuego terrible que incendió todo el país; y desde el momento en que se verificaron, quedaron rotos para siempre los lazos que unian á los que despues se denominaron realistas é independientes. Grande era en aquellos dias la efervescencia, por todas partes se formaban juntas secretas para tratar de insurreccion, unas eran descubiertas y perseguidas, otras se formaban de nuevo y todos hablaban ya de una manera y con una libertad inusitadas hasta entónces. Todos se manifestaban dispuestos al alzamiento, mas les faltaba un hombre, un hombre que tuviera el valor suficiente para desafiar al potente Gobierno colonial y encabezara el movimiento revolucionario. ¿Y quién habia de atreverse á capitanear un pueblo visño y desarmado contra un Gobierno bien establecido, bien organiza-

do, y en cuyas manos estaba todo el poder y todos los recursos, pudiendo, además, ser prontamente socorrido por las fuerzas de Cuba y aun por las de la España misma? Difícil y arriesgada era la empresa, en verdad, mas la bienechora Providencia, que nunca olvida ni abandona al desvalido, quiso dar el hombre que en aquel apuro se habia menester. El Benemérito Cura del Pueblo de Dolores, el inmortal Hidalgo, el Padre de nuestras libertades, la piedra angular del edificio de nuestra independencia, este fué el hombre que ha sido aclamado por nuestros padres y que hoy aclamamos nosotros voz en cuello: Generoso libertador del pueblo mexicano. Sin la resolucion heroica de este varon esclarecido é insigne, México fuera todavia una colonia como lo es la Isla de Cuba.

Se necesita para sacarnos del poder de la España, no el valor ciego que nace del sentimiento de la fuerza, no el valor forzado que engendra la necesidad cuando no hay manera de evitar un encuentro peligroso, no el valor pasivo que hace sufrir con ánimo sereno los dolores y los infortunios, no el valor pasajero que produce el entusiasmo; sino el valor filosófico y razonado hijo del deber y de la conviccion, en suma, el valor de Hidalgo. Dormia tranquilo este Venerable Anciano en la madrugada del memorable dia 16 de Setiembre de 1810, lo despiertan violentamen-

te á las dos de la mañana y le dicen: La conspiracion ha sido descubierta, lo que hemos tratado en la junta de Querétaro ha llegado á noticia de las autoridades, ya está dada la órden para aprendernos. En aquel momento supremo la opinion de los capitanes Allende, Aldama y Abasolo era que convenia huir y ocultarse como lo habian hecho los de la junta de Valladolid, en iguales circunstancias, y esperar mejores tiempos; mas como Hidalgo con la inspiracion del genio, la inclinacion del hombre libre y la firmeza del patriota, hízoles oír su voz: Aunque los autores de estas empresas, les dijo, no las gozan, sin embargo éste es el tiempo de obrar pronta y enérgicamente, éste es el momento precioso y oportuno que no debemos dejar que pase sin levantar en él el pendon de independencia. Aun le replicaron ellos manifestándole la temeridad de semejante resolucion y lo muy seguro y fácil que le seria evadirse; mas el héroe permaneció inflexible y logró, al fin, con la uncion de sus palabras iufundir en el alma de aquellos desalentados capitanes su espíritu y su conviccion revivificando en ellos el entusiasmo amortiguado por lo que entendian ser prudencia; y ya decididos y resueltos, como lo estaba su Gefe, tardaron en comenzar la obra grandiosa de nuestra emancipacion lo que aquel ilustre caudillo tardó en ponerse sus humildes vestiduras.

Donde flaqueó el valor de expertos y agueridos capitanes se halló mas entero y robusto el de un anciano que jamás habia tocado una espada. ¡Que diferencia entre el valor guerrero hijo de la fuerza material y del entusiasmo bélico, y el valor frio y sereno, filosófico y razonado hijo del deber y de la convicción! Este último, que no excluye al primero, es el principal atributo de las almas grandes, es el mas importante de los elementos que entran en la composicion de los héroes. El nuestro lo poseyó en grado eminente y supo aprovecharlo para bien de nosotros, no solamente iniciando el movimiento salvador, sino enseñando á ser resueltos y valientes, primero á los insígenes capitanes que tenia delante, y despues á las inmensas masas de hombres que lo seguian y circundaban. *“Mas sea de ello lo que fuere, dice un autor contemporáneo, la resolucion de Hidalgo fué de inmenso resultado para los destinos de nuestra patria, fué la pequeña causa de que resultan grandes consecuencias; una de las acciones que influyen en el adelantamiento y en el progreso de la humanidad.”*

Pasaré en silencio los gloriosos hechos de éste y de otros esclarecidos varones, porque os son bien conocidos, y os daré á conocer otro héroe no menos digno de nuestro agradecimiento y que nos toca mas de cerca.

Arreglaba en Guanajuato su numeroso ejér-

cito el inmortal Hidalgo, cuando he aquí que se le presenta un jóven muy apuesto, gallardo, fino, inteligente y de un aspecto sereno y apasible: era D. José Mariano Jimenez, estudioso é instruido mineralogista, que con tres mil hombres, reclutados por él, venia á ponerse al servicio de la recién nacida insurreccion. No pudo menos que prendarse de tan bello sugeto el ínclito vencedor de Granaditas, y dándole un despacho de coronel, le mandó organizar aquella fuerza y marchar con ella á la vangnardia del ejército. Honrosa distincion á la que él siempre correspondió dignamente. El dia 30 de Octubre, en la reñida batalla del Monte de las Cruces, Jimenez hizo prodigios colocando tan ventajosamente su artillería y dirigiéndola con tal tino, que el historiador Bustamante dice de él: *“Jimenez, aquel jóven estudiante de Minería, á quien se debió en gran parte el triunfo de Hidalgo en el Monte de las Cruces, y que dió tantas pruebas de patriotismo como de conocimiento en lo militar, aplicados á la Tormentaria ó Artillería.”* Tres dias despues de este esplendoroso triunfo quiso Hidalgo tentar un medio de acomodamiento con el virey Venegas. ¿Pero quién se atrevería á llevar la necesaria comunicacion, conociendo el genio terrible de aquel mandarin? El intrépido Jimenez se atrevió á poner el pliego en manos del iracundo virey arrojando el peligro de esta empresa.

El 24 de Noviembre, Jimenez en el cerro del Cuarto con una pequeña fuerza y un cañon se batió todo un dia con el numeroso ejército de Flon y Calleja, logrando entretenerlo mientras el eminente Allende sacaba de Guanajuato el dinero, los pertrechos de boca y guerra, la artillería y su pequeño ejército, yendo despues Jimenez á reunirse en la villa de San Felipe.

No habiendo por allí enemigos que combatir ni peligros que temer se presentó una noche el generoso Jimenez al Generalísimo Allende, en la Hacienda del Molino, y le pidió permiso para venir á insurreccionar las Provincias Internas de Oriente: un despacho de Teniente General, una seccion de tropas y las mas tiernas expresiones, fueron las respuestas de aquel magnánimo caudillo. Despidiéronse con las demostraciones mas afectuosas, y Jimenez dirigió sus pisadas y sus ojos hácia el Norte.

Aquí comienza la verdadera gloria de Jimenez. Obrando ya por sus propias inspiraciones pudo dar rienda suelta á sus naturales instintos, ensanchando cuanto quiso la benignidad que abrigaba en su noble corazon. Mas escuchemos lo que de él nos dice un ilustre orador Jalisciense, que lo trató y conoció muy á fondo: "*Jimenez desprende de la Villa de San Felipe y en su marcha para el norte señala cada uno ds sus pasos con ras-*

gos de clemencia y lenidad; corrige la voz de proscricion y muerte que el pueblo en su furor habia adoptado; y dicta las órdenes mas estrechas para que á nadie se persiga por solo la circunstancia de haber nacido mas allá de las columnas de Hércules. No es delito, decia con un aire encantador, haber visto la primera luz en otro suelo. Pero Jimenez que sin empeñar un combate sangriento deshace el Canton de Agua-Nueva, y sigue sin disparar un tiro por aquel rumbo extendiendo el dulce imperio de la libertad: Jimenez que con solo el prestigio de su nombre llevó hasta los confines de la República el fuego patrio que ardía en su generoso pecho; Jimenez, el amable Jimenez tuvo el dolor de recoger por fruto de su moderacion el golpe terrible de la negra perfidia que lo condujo al suplicio." (1)

Muy poco ó nada tuvo que hacer la fortuna para coronar de mejor éxito la colosal empresa de Jimenez, pues la pregonera voz de la fama se encargó de allanarle los caminos. Resonaban casi á un tiempo por el ámbito inmenso de las cuatro Previncias las alabanzas de tan eminente caudillo, ponderábanse hasta lo sumo sus relevantes virtudes; su clemencia, su benignidad, su rectitud, su justicia, su filantropía, su patriotismo, su valor y cuanto de bueno puede tener un hombre, todo corría de

[1] Discurso patriótico de D. Jesus Huerta leído en México en 1833.

boca en boca con asombrosa rapidez. Increíble parece, ciertamente, que estas relaciones portentosas se extendieran en menos de treinta días en tan ancha y extensa superficie: de Matehuala á Béjar, de Tampico á Rio Grande, de Matamoros á Parras no quedó rincón en que no se escucharan los merecidos loores de nuestro héroe y donde no fuera conocido y amado de grandes y pequeños. Nada extraño es que en todas partes triunfara sin la fuerza de las armas. No necesitaba mas de mandar y donde quiera al instante era obedecido: testigos irrecusables de esta verdad serán siempre Carrasco en Monterey, Aranda en Monclova, Casas en Texas, Hermosillo en Lináres y los Acevedos en Tamaulipas.

Precedido de una tan grande y buena fama llegó Jimenez á Matehuala como á la mitad de Diciembre. Concurrían en tropel las gentes de todas condiciones á ponerse á las órdenes de un Gefe tan moderado y afable, y concurrían tambien multitud de ultramarinos que solicitaban indulto, el cual les era concedido sin mas condicion que la de no oponerse al movimiento revolucionario. Pronto se vió reunido en Matehuala un ejército fuerte de ocho mil hombres con diez y seis cañones. Para contener esta fuerza los realistas solamente tenían el canton de Agua-Nueva con setecientos soldados al mando de D. José Antonio Cordero, y al Capitan D. Juan Ig-

nacio Ramon apostado en las bocas de la sierra con doscientos caballos. Era el capitan Ramon hombre sencillo pero muy valiente, inculto pero de recto y sano juicio. Viendo este honrado veterano la imposibilidad de resistir á fuerzas tan superiores y lo injusto que seria combatir con hombres que ningun daño hacian y de quienes podia esperarse mucho bien, se dirigió al Gobernador, D. Manuel de Santamaría residente en Monterey, escusándose de no haber cumplido sus órdenes, añadiendo con candor: *“No por falta de espíritu que lo hay sobrado.”* En otra carta dice: *“Parece incomprendible el sistema de estos hombres; pero á mi no se me oscurece respecto de lo que se está observando, que al nativo del país en nada se le falta, al europeo que se presenta y justifica su honradez no se le mueve y queda esento de toda responsion...*

.... Se viene en claro conocimiento que no se contraen á otra cosa las novedades del día que á una total independencia, y aunque se ha procedido contra los ultramarinos por no saberse quienes de éstos se habrán suscrito á la intriga de la América para con Napoleon, se han aprehendido á todos, si no es ahora nuevamente que á los hombres buenos y calificados no los cogen; y sí los dejan con sus esposas é hijos, gozando sin quebranto de sus fincas, y demas caudales que poseen. De donde se deduce no haber falta de Religion, de

Rey ni de Patria, y que toda la sangre que se ha derramado no es por otro atributo que ilusoriamente se procede ó con equivocacion." ¿Cómo pudo este buen hombre decir con tal claridad estas cosas á un gobernador español que lo tenia colocado expresamente para combatir con los insurgentes? Solo puede explicarse esto por el conocimiento y confianza que Ramon tenia del buen juicio, rectitud y severa imparcialidad del gobernador. En efecto Santamaría aunque ultramarino y colocado aquí por el virey, pesó en la balanza de la justicia los derechos que los mexicanos tenian para ser independientes, y los que la España alegaba tener para conservar lo que habia conquistado por la fuerza, y se decidió por la causa de los mexicanos; alcanzando con esto imperecedero renombre de justo é imparcial, y un derecho inconcuso á nuestra admiracion y agradecimiento. No procedió Santamaría compelido por el temor, porque ademas de que nada tenia que temer del benignísimo Jimenez, franco estaba el camino para retirarse por Tamaulipas cuando quisiera; pero ademas de ser tan bueno y tan imparcial, era de corazon sensible y agradecia con toda su alma los beneficios que habia recibido de los mexicanos, entre los cuales se crió desde muy niño. Honremos, pues, la memoria de un hombre tan excelente que á costa de su vida quiso ser mexicano, y mexicano nuevoleonés.

Entre tanto el honrado cuanto sencillo Ramon se dirigió derechamente al Teniente General Jimenez, preguntándole: ¿Qué causas impulsaron á los buenos americanos á empuñar las armas y qué autoridad los impele? La respuesta de Jimenez fué digna de él, y yo no puedo menos que referiros aquí algunos pasages de ella, porque en este documento revela sus verdaderas intenciones con toda la franqueza de un hombre de bien. Dice, pues, entre otras cosas: "*Digo á vd. y es la verdad, que el único móvil de nuestras operaciones es, ha sido y será mantener independiente nuestro patrio suelo, que ha sufrido los conflictos más apurados desde la pérdida de España; pues ha visto con asombro el horroroso sacrificio de sus mas beneméritos hijos, ordenado por unos hombres, no solamente desnudos de los nobles sentimientos de honor y gratitud, sino lo que hace estremecer el alma, olvidados del carácter de lenidad inseparable del corazon de un cristiano.*" Pasando luego á contestar el segundo punto de la pregunta, continúa: "*No hay derecho que prive al hombre de su defensa: uno dice: que le es lícito repeler la fuerza con la fuerza: Otro manda que todo Reyno, Provincia ó lugar que se hallase oprimido instituya un arbitrio que le redima de la pena que le aflige: Otro (y es el más recomendable por ser el divino) permite á los hombres elijan superior que los gobierne.*"

"Pues, señor comandante, si no es lícito defendernos de injustos invasores, si para esto hemos hecho elecciones conforme á derecho, de la Serenísima persona de D. Miguel Hidalgo; si todos los Ilustres Ayuntamientos, discretísimos Párrocos, Venerables Prelados, nobles oficiales y demas restos de clases, que componen esta vasta Monarquía, le han proclamado por Gefe, y jurádole obediencia, entre tanto la Nacion junta sus Cortes é instituye su Gobierno, ¿diga V., se dejará exentos de la infame nota de traidores á los que, con el vano pretexto de que juraron obediencia al Rey Fernando VII, se atreven á manchar sus manos en la inocente sangre de sus mas fieles vasallos? Muchos papeles concernientes á la insurreccion vinieron acompañando esta célebre carta, y entre ellos se encuentra una bellísima proclama de Jimenez en la que se lee el siguiente y muy notable pasage: "Americanos..... si teneis sentimientos de humanidad, si os horroriza el ver derramar la sangre de vuestros hermanos, y no quereis que se renueven á cada paso las espantosas escenas de Guanajuato, del paso de las Cruces, de San Gerónimo Aculco, de la Barca y otras, si deseais la quietud pública y la seguridad de vuestras personas, familias y haciendas y la prosperidad de este Reyno, si apeteis que estos movimientos no degeneren en una revolucion en que nos matemos

unos á otros los Americanos, exponiéndonos esta confianza á que venga un extranjero á dominarnos; en fin, si quereis ser felices.....
..... venid á uniros con nosotros: Dejad que se defiendan solos los ultramarinos y vereis esto acabado en un dia, sin peligro de ellos ni vuestro y sin que perezca un solo individuo; pues nuestro ánimo es solo despojarlos del mando sin ultrajar sus personas ni haciendas."

Así se expresaba el benigno Jimenez y sus acciones siempre concordaron con sus palabras. No temo, no, que haya uno solo que me desmienta. El Estado de Nuevo-Leon altamente agradecido conserva y conservará siempre con aprecio la grata memoria de su libertador. Uno de los primeros actos de nuestro primer congreso constituyente fué honrar una de nuestras ciudades con el esclarecido nombre de Jimenez.

En vista de los datos antes referidos, que todos son auténticos ¿qué dirémos del Ministro Alaman cuando asegura como una verdad demostrada, que los insurgentes obraban sin plan ni concierto y que ni ellos mismos sabian lo que querian? Solamente un autor tan desnaturalizado como este pudo atreverse á manchar tan injustamente la reputacion de nuestros héroes. Pero dejémosle con sus yerros de mala fé y volvamos á proseguir nuestro interrumpido discurso.

Era el día 7 de Enero de 1811, Jimenez con lo mas lucido de su ejército se presentó ante el campamento de Agua Nueva; y apenas comenzó á desplegar en batalla una parte de sus tropas, cuando hé aquí que todos los escuadrones que componian el campamento marchan sin disparar un solo tiro y victoreando á Jimenez se unen á los independientes. Cordero con todos los europeos de su campo huyó, mas á poco fué alcanzado, preso y traído al Saltillo. El bondadoso Jimenez puso en entera libertad á todos los españoles prisioneros y solo conservó arrestado á Cordero, el Gefe, poniéndolo en una de las piezas de su mismo alojamiento y tratándolo con todo el decoro, atencion y esmero que á su clase correspondia. Al llegar aquí Alman, á pesar de su antipatia por los insurgentes, dejó escapar estas palabras: *“El animo oprimido con la relacion de tantos hechos atroces, descansa cuando se encuentra una accion generosa, quedando el sentimiento de que ésta no fuera dignamente correspondida con igual nobleza por el enemigo en cuyas manos cayó, por las vicisitudes de las revoluciones, el que con ella se habia hecho tan recomendable, dando un ejemplo tan poco comun en aquel tiempo.”* Hemos visto que Jimenez sin combate triunfó en Agua-Nueva, pues mas satisfactorio y glorioso le fué el ver en solos quince dias puestas á su obediencia las

cuatro Provincias internas, sin haber empleado mas armas que su voz y el inmenso prestigio de su nombre.

Mas basta ya, ciudadanos, que por no hacer interminable mi discurso y por no molestar más vuestra atencion, no os presentaré mas ejemplos, y de entre los millares que podria ofrecer os habré de contentarme con los cuatro que os he puesto á la vista; y para que de ellos tengais una cabal idea me bastará añadir, que los cuatro fueron buenos patriotas, acérrimos defensores de nuestras libertades, que los cuatro, juntamente con otros muchos tan buenos como ellos, fueron capturados por la indigna y negra traicion del malvado Elizondo, é inmolados por la mano de hierro del Comandante Salcedo en la por esto célebre Chihuahua.

Estos son, oh ciudadanos, los escogidos modelos que me propuse presentaros, y que, aunque tan imperfectamente diseñados, me atrevo á ofrecerlos á vuestra consideracion, para que estimulados con tan heroicos ejemplos hagais hercúleos esfuerzos, no solamente por imitar sus eminentes virtudes, sino por ir cada vez mas adelante y sobrepujárlas. Intentadlo así, ciudadanos, intentadlo así al menos, vuelvo á deciros, que todo debe intentarse en obsequio de la Patria. Si lograis imitar el filosófico valor y la firme y pronta resolucion de Hidalgo, lo benigno, amable y justo de Ji-

menez, la sencillez y buen juicio de Ramon, la severa imparcialidad y la gratitud de Santamaría, y el patriotismo y la abnegacion de todos, sereis, á no dudarlo, héroes mas acabados y completos que los que acabo de presentaros. Os hablo así porque os conozco perfectamente bien, he pasado mi vida entre vosotros tratándoos á todos bien de cerca, me glorío y me gloriaré siempre de ser vuestro conciudadano, sé bien que mis palabras no van perdidas en vuestros oídos, porque sois libres, amantes rendidos de la libertad y dignos de poseerla, como la peseis, en toda su plenitud. Así mismo sé tambien que en grado eminente sois poseedores de todas las virtudes cívicas correspondientes á los buenos ciudadanos, que no hay sacrificio que os parezca grande ni costoso cuando se trata de la defensa de la libertad; y que el tiempo no altera en manera alguna en vosotros estas eminentes y bellísimas cualidades, por eso me glorío tambien de poder repetir, en esta solemne ocasion, con toda verdad, las mismas palabras que cuarenta y cinco años ha decia el tercer Gobernador de nuestro magnánimo Estado, el distinguido y en primera línea buen ciudadano, el egregio Joaquín García: *Todo el mundo sepa que los nuevoleonese desprecian cuanto gozan y disfrutan por ese inestimable tesoro que tantos sacrificios ha costado á todos los mexicanos; y que el blan-*

co de todas nuestras operaciones es la unión con nuestros hermanos patriotas, el olvido de nuestras recientes desgracias, ocasionadas de las discordias de los partidos, que ya no existen, y la obediencia á la ley y á las autoridades que nos rigen. (1)

(1) Proclama de 2 de Julio de 1829.

DISCURSO

Pronunciado por el ciudadano Dr. José Eleuterio Gonzalez, director del Colegio civil de Monterey en la distribucion de premios del mismo colegio el dia 26 de Agosto de 1875.

Quò te caelestis sapientia duceret, irea.
Hoc opus, hoc studium parvi properemus et ampli.
Si patriæ volumus, si nobis vivere chari.
Horat L. I. Epist. III, V. 27, 28 y 29.

A de la celestial sabiduría
Te condujere, síguela gustoso.
Este trabajo, esta obra los pequeños
Y los grandes hagamos con presura,
Si de la Patria y de nosotros mismos
Vivir amados merecer queremos.

Lenta y penosa, pero constante y progresiva es la marcha del espíritu humano hacia la perfección. Los hombres pensadores y buenos, que nos precedieron en la carrera de la vida, al dejarnos en herencia el inestimable caudal de sus ideas y el glorioso ejemplo de sus virtudes, nos pusieron en el verdadero camino del progreso. Mas para aprovecharnos de este riquísimo tesoro, ¡cuántos afanes

y cuanta asiduidad se han menester! Necesario es que el hombre que quiera ilustrar su entendimiento y contribuir al adelanto de la humanidad no descansa nunca; necesario es que busque con incesante anhelo las ideas ajenas; necesario es que trabaje sin tregua para dirigirlas y asimilárselas; necesario es que piense y vuelva á pensar para desenvolver sus propios pensamientos; y más necesario es todavía, que sujetándose á la razon se aplique y se acostumbre á hacer siempre un uso recto, justo y útil de los conocimientos adquiridos. En esto solo consiste, oh jóvenes alumnos, la celestial sabiduría, de que nos habla el poeta filósofo: dóciles escuchad sus preceptos, y dóciles seguid el camino que os mostrare; que si lo seguís, muy grandes y gloriosas recompensas os esperan.

Las naciones en todos tiempos han honrado altamente á sus sábios, porque los sábios son la honra mas esplendorosa de las naciones. Estas prosperan y florecen á la brillante luz de la sabiduría; y decaen y se anonadan cubiertas por las negras sombras de la ignorancia. ¿Cómo cayó Babilonia, la soberbia y grande Babilonia, centro y esplendor, por tantos siglos, del primer imperio que existió sobre la tierra? ¡Ah! Le faltaron sus astrónomos y sus magos; y faltos sus reyes de consejo, fueron facilmente subyugados por un conquistador tan afortunado y entendido

†† digerirlas

como Ciro. ¿Cómo pudo el Egipto de Sesóstris, dominador de tantas naciones y constructor de tan gloriosos monumentos, trasformarse en el Egipto miserable y abatido dominado por los turcos? Desapareciendo sus sacerdotes y sus sábios, sustituyéndolos con falsarios encantadores y adivinos; y, entónces, su embrutecido pueblo no pudo contrarestar el poder de los musulmanes. ¿Qué fué de la Grecia, civilizadora del mundo, ilustre y libre como ningun otro pueblo? ¡Ah! Le faltaron sus filósofos; y la que con ellos pudo resistir al poderoso empuje de los persas, sin ellos no pudo defenderse de los bárbaros otomanos. ¿Por qué el pueblo de Judá, orgulloso con la santidad de su ley, con el poder y magnificencia de sus reyes, con la sabiduría de sus maestros, con la inteligencia y valor de sus generales, se ve hoy disperso entre las naciones, envilecido y abyecto? Porque le faltaron sus profetas, le faltaron sus ancianos, que administraban justicia en las puertas de las ciudades; y no tuvo ya Asamoneos celosos del cumplimiento de la ley y peritos en el arte de la guerra, que lo ilustraran y lo defendieran: por esto Vespasiano y Tito lo vencieron; y por esto Elio Adriano lo dispersó entre las gentes. Y tú, ínclita Roma, dominadora del mundo, ejemplo de repúblicas, mientras tus ciudadanos fueron ejemplo de virtudes republicanas, ¿cómo veniste á tanta de-

gradacion y miseria? ¿cómo tu pueblo rey, que discutía y votaba las leyes, llegó á prosternarse ante unos Césares tan inmundos, viciosos y malvados como Calígula y Claudio, como Neron y Heliogábalo? ¿Cómo tan servilmente obedecer pudiste á tantos tiranos, que llegaste á contarlos por treintenas? ¡Ah! Te faltaron tus oradores, te faltaron tus juriconsultos, te faltaron senadores como Caton, tribunos como los Gracos y guerreros como los Brutos y los Escipiones: por esto los bárbaros del norte derrocaron tu Imperio, cayendo con él la ilustracion del mundo en la profunda sima del oscurantismo mas atroz que han presenciado los siglos. ¡Oh estupendo poder de la sabiduría! Donde ella asiste todo es prosperidad y grandeza; donde ella falta todo es miseria, humillacion y ruina. Con cuanta verdad y con cuanta razon ha dicho Julio Capitolino: "*Florece las ciudades si los filósofos gobiernan, ó si los gobernantes filósofan.*"

Y si de verdad tan clara aun dudareis, considera: ¿quién hizo á Esparta floreciente? ¿quién le ha dado tanta celebridad en la historia? Licurgo. Sin Licurgo, Esparta no hubiera sido mas que un pueblo pobre, ignorado é inculto. ¿Quién de un pueblo rudo y agreste en su origen hizo la Roma culta, pulida, protectora de las artes, libre y floreciente? Numa, que con la sabiduría de sus

leyes impulsó su desarrollo y preparó su engrandecimiento. ¿De quién se valió el mismo Dios para sacar á su pueblo de Egipto y para trasformarlo de siervo en señor, de bárbaro en ilustrado, de pobre en rico; y de infeliz en venturoso? De Moyses, es decir, del filósofo mas grande y mas sublime de que tenemos noticia. Y ese mismo pueblo de Dios, ¿bajo qué rey llegó al apogeo de su gloria, de su riqueza y de su felicidad? Bajo Salomon, el mas sábio de los hombres. Hé aquí demostrado que el poderoso influjo de un solo sábio basta para hacer la felicidad de un pueblo, y que este maravilloso influjo puede alcanzar á muchos siglos. Y si esto acontece con un solo sábio, ¿qué será cuando haya muchos? Claro es que entonces no habrá un solo bien que no pueda y no deba esperarse. Contemplad las naciones mas adelantadas en cultura y ved á qué punto y á qué grado de perfeccion han llegado sus artes y sus ciencias, sus riquezas y el bienestar de sus ciudadanos: bajo las estupendas fuerzas de su activa inteligencia se realizan milagros, que antes apenas una imaginacion exaltada habria podido forjar. Con la celeridad inmensa de la electricidad y del vapor ¿á qué se han reducido las distancias? A nada. Ante la inconcebible fuerza de una caldera de agua hirviente ¿qué es el poder material del hombre y de los animales? Nada. ¿De qué se vale

la industria para producir el hielo en lo mas recio de los calores del estío? Del fuego. ¿En qué parte del mar ó de la tierra, en qué parte de los animales ó de las plantas puede ocultarse un principio, un elemento, por invisible ó recóndito que esté, que la química no lo extraiga y lo ponga á disposicion del que lo necesite? En ninguna. ¿Quién podrá negar, pues, el poder y progreso de las ciencias? Nadie. Hoy un simple ciudadano vive y se regala, viaja y se relaciona á poca costa, como ántes no hubiera podido hacerlo Creso con todos sus tesoros: antes los reyes vivian como viven hoy los pobres; y hoy los pobres viven mejor que como vivian los reyes.

Siendo esto así, ¿qué deberemos hacer para participar de los preciosos bienes que la sabiduría produce? Bien nos dá á entender el grande Horacio cual es el camino que seguir debemos para conseguirlo, cuando nos dice: "*Los pequeños y los grandes apresurémonos á seguir á la celestial sabiduría, por donde ella quiera conducirnos, si queremos vivir amados de la Patria y de nosotros mismos.*" En efecto, todos sin excepcion, somos miembros del cuerpo social, y todos sin excepcion tenemos funciones que ejercer y deberes que llenar; y para esto nos es indispensable saber cuales son nuestras obligaciones y cual es la manera mas justa de cumplirlas. De aquí es que en todos tiempos y lugares

pesa sobre nosotros la obligación de instruirnos hasta donde nuestra capacidad lo permita. Cada uno, pues, por cuantos caminos pueda, procure adquirir los necesarios conocimientos para que debidamente ejerza el oficio á que lo destinó la suerte, pues de otro modo no podrá jamás formarse una sociedad bien ordenada y bien regida; aunque superabunden al extremo los elementos materiales de riqueza.

Vosotros, oh jóvenes, que me escuchais, entre tan variados destinos como á la vista se os presentan, ¿cuál pretendéis elegir? ¿Qué pensais hacer de vosotros mismos? ¿Con qué intentais contribuir al bien de la patria? Tal vez, me responderéis con Pytágoras: *Somos amadores de la sabiduría.* Ya os comprendo, estais animados de un ardiente deseo de saber, no solamente por la simple curiosidad de saber, sino para utilizar los preceptos de la sabiduría en la buena direccion de vuestras acciones y las de vuestros hermanos que de consejo necesitan. Si es así, trabajad sin descanso por apropiaros las luces de la ciencia; y trabajad con mayor ahinco para adquirir por costumbre el ejercicio de las sublimes virtudes sociales, sobre todo, de la filantropía, de la justicia y de la prudencia, sin el cual no mereceriais de hombres, ni aun siquiera el nombre; por esto ha dicho Cicerón: *Como para correr fué nacido el caballo, para arar*

el buey, para rastrear el perro; así el hombre para dos cosas fué nacido, para entender y para obrar conforme á su naturaleza, esto es, á la razon. En cuanto á las virtudes, necesarias para obrar racionalmente, necesario es tenerlas ó renunciar el título de buenos; en cuanto á los conocimientos científicos es cuestión solo de adquirirlos en mayor ó menor número. *“Somos, dice Pascal, incapaces de saberlo todo, y de ignorarlo todo absolutamente. Estamos en un vasto medio siempre inciertos y flotantes entre la ignorancia y el conocimiento.* En verdad, solo un estudio muy atento y una sujecion completa á las severas reglas de la sana razon, pueden sacarnos de esta incertidumbre, y hacernos conocer y apreciar todo lo sabido; así como pensar con provecho en lo que está por saberse. Mucho se ha descubierto, pero mucho mas está por descubrirse: cada dia se encuentran nuevas cosas y cada dia se forman nuevos ramos á las ciencias: ¿quién hubiera creído jamás que al través de las profundidades del espacio, por la sola inspeccion de la luz que nos envian los rutilantes astros, pudiera averiguarse la estructura y elementos de cada uno de ellos? Pues maravilla tan grande la realiza hoy la química celeste, dándonos á conocer con precision científica el análisis de los innumerables cuerpos que pueblan la inmensidad de los cielos. Bien podemos, en

vista de estas cosas, exclamar con Janssen: "*El hombre apenas va en el prefacio del libro que él está llamado á escribir sobre el universo.*"

Considerad todo esto, oh jóvenes alumnos, y vereis, que no os queda otro recurso mas que aplicaros con todas vuestras fuerzas al estudio en busca de la verdad y de las indicaciones de la sabiduría; trabajo que deberá durar lo que os dure la vida: ahora estudiáis para aprender á estudiar, estudiareis despues para saber gobernaros bien; y estudiad siempre mas y mas para que constantemente adelantéis en la carrera del progreso intelectual; y para que adquiriendo el hábito del estudio, os connaturalizeis con él, de tal manera, que os llegue á ser imposible dejar de estudiar: llegareis así á vivir amados de la patria y á merecer respecto de vuestros conciudadanos; y si entónces alguno os aconsejare el descanso en la vejez, podreis contestarle con el anciano Diógenes: "*Y si yo corriera en el estadio, estando ya vecino á la meta, me convendría refrenar la carrera? ¿No me sería mejor acelerarla?*" Tomad ejemplo de los grandes hombres, que trabajaron toda su vida en pro de la ciencia y en bien de la humanidad; seguid sus huellas y llegareis como ellos á ser amados y respetados, no solamente de la patria, sino de la humanidad entera, no solamente de vuestros contemporáneos, si-

no de las venideras generaciones. ¿Por qué Platon fué tan considerado en su tiempo, y por qué nosotros veneramos su memoria despues de tantos siglos? Porque estudió y enseñó toda su vida: al morir, á los ochenta y dos años de edad, tenia en su cama las obras del filósofo Sofron, las cuales leía y explicaba: de este modo ni aun sus últimos momentos fueron inútiles. Hipócrates de Coos pasó el largo período de su vida estudiando y escribiendo, rodeado siempre de numerosos enfermos, que imploraban sus socorros, y de numerosos discípulos que con avidez escuchaban aun la menor de sus palabras: él ilustró las ciencias con sus luminosos escritos, él asombró al mundo con la novedad de sus doctrinas y la claridad de sus preceptos; y él libró á la filosofía y á la medicina del yugo de los sistemas y los fijó sobre las eternas bases del raciocinio y la experiencia: por eso fué la admiracion y el ídolo de sus contemporáneos, y por eso aun es hoy la admiracion y el ídolo de cuantos de él tienen noticia, sin que el trascurso de millares de años haya debilitado el amor y respecto que su memoria infunde, ni entibiado el culto de gratitud que á su genio tributamos.

¿Mas para que os traigo á la memoria el recuerdo de hombres tan antiguos, cuando el presente siglo nos ofrece el mas brillante ejemplo en uno de los mas grandes y mas laborio-

¿quien dice Valerio Máximo: “No vivió mas tiempo ni mas años que los que escribió, y vivió cien años, acabando en la misma cama, lo uno su vida, y lo otro el curso de sus gloriosas obras.” Hace mas de setenta años que el canónigo Beristáin, presente el ilustre Baron de Humboldt, lo propuso, como un modelo del hombre estudioso y sábio, á los alumnos del colegio de minería de México, exhortándolos á imitarlo. Pudo Beristáin proponerlo por modelo cuando aun le faltaba mas de medio siglo de profundísimos estudios y de constantes y utilísimos trabajos. ¿Y por qué no he de poder yo hacer lo mismo, ahora que ya concluida su larga y gloriosa carrera cayó en el dominio de la historia, y puedo ponerlo ante vuestros ojos, todo entero, ataviado con el brillante ropaje de la inmortalidad, ganado á costa de casi un siglo de no interrumpidas y afanosas tareas? Asi es, oh jóvenes alumnos, que os lo propongo como el mejor de los modelos. Seguid con valor y constancia á este coloso de la ciencia, aunque sea sin esperanza de alcanzarlo. No podreis imitar su génio y sus talentos; pero sí podreis imitar su dedicacion y perseverancia en el estudio y su amor á la humanidad.

El simple deseo de instruirse, es muy laudable; dedicarse al estudio, es meritorio; llegar á ser instruido y útil á la sociedad, es un glorioso triunfo. Aplicaos, pues, al estudio con

¿quien dice Valerio Máximo: “No vivió mas tiempo ni mas años que los que escribió, y vivió cien años, acabando en la misma cama, lo uno su vida, y lo otro el curso de sus gloriosas obras.” Hace mas de setenta años que el canónigo Beristáin, presente el ilustre Baron de Humboldt, lo propuso, como un modelo del hombre estudioso y sábio, á los alumnos del colegio de minería de México, exhortándolos á imitarlo. Pudo Beristáin proponerlo por modelo cuando aun le faltaba mas de medio siglo de profundísimos estudios y de constantes y utilísimos trabajos. ¿Y por qué no he de poder yo hacer lo mismo, ahora que ya concluida su larga y gloriosa carrera cayó en el dominio de la historia, y puedo ponerlo ante vuestros ojos, todo entero, ataviado con el brillante ropaje de la inmortalidad, ganado á costa de casi un siglo de no interrumpidas y afanosas tareas? Asi es, oh jóvenes alumnos, que os lo propongo como el mejor de los modelos. Seguid con valor y constancia á este coloso de la ciencia, aunque sea sin esperanza de alcanzarlo. No podreis imitar su génio y sus talentos; pero sí podreis imitar su dedicacion y perseverancia en el estudio y su amor á la humanidad.

El simple deseo de instruirse, es muy laudable; dedicarse al estudio, es meritorio; llegar á ser instruido y útil á la sociedad, es un glorioso triunfo. Aplicaos, pues, al estudio con

perseverancia, que yo os aseguro, con toda verdad, que no serán perdidos vuestros afanes: así lo asegura tambien Séneca cuando dice: "*Si gastas el tiempo en los estudios, huirás del fastidio por toda tu vida, de noche no desearás que amenezca, no serás gravoso para tí, ni para los demas inútil.*" Recorred algo la historia y os convencereis de la verdad que encierra esta sentencia. Demetrio Faléreo, expulsado de Atenas y refugiado en Alejandría, endulzó las amarguras de su destierro, escribiendo utilísimas obras, aconsejando al rey, su huésped, la fundacion de una biblioteca y de un museo; y encargándose él mismo de la ereccion y gobierno de tan bellos y sábios establecimientos, que tanto lustre dieron á la famosa escuela alejandrína y que la hicieron célebre y preponderante en el mundo por mas de siete siglos. El inmortal Cervantes, reducido á una estrecha prision, en vez de desesperarse ó consumirse de tedio, como á los ignorantes acontece, apeló á los abundosos recursos de su claro ingenio, y en aquel lugar de privaciones y miserias, alivió sus penas, se libró del fastidio é inmortalizó su nombre, dándole allí el ser á su Ingenioso Hidalgo, obra la mas clásica y admirable de los tiempos modernos. Pero dejemos á los hombres ilustres del antiguo mundo y busquemos entre nosotros un ejemplo que á nuestro propósito convenga. Desde luego se presenta

el tan eminente y sabio como desgraciado y perseguido Dr. D. Servando Teresa de Mier, gloria y honor del suelo nuevoleonés: recluso mas de tres años en una mazmorra de la inquisicion, consoló su desgracia y entretuvo el fastidioso tiempo de su prision solitaria, escribiendo su Apología, en la que nos pinta muy al vivo todos sus infortunios, las injustas persecuciones que sufrió, tanto en América, como en Europa; y las muchas y varias peripecias de su azarosa vida. ¿Qué hubiera sido de él sin el auxilio de las letras? Inútil y oscura vida habria pasado, por cierto, en tan colamitosas circunstancias.

No son estos, oh jóvenes, los únicos frutos de la sabiduría: ella dando á conocer al hombre, á clara luz, la dignidad de su ser, la plenitud de sus derechos y la suma de sus obligaciones; y dándole tambien la virtud necesaria para cumplirlas, lo hace estimable, no solamente á sus hermanos, sino aún á sí mismo, lo hace que se ame, con el amor que un alma de conciencia tranquila ama el mérito donde quiera que se encuentre, es decir, tanto el ageno como el propio. Jamás podrán hacer esto ni el necio ni el malvado: al necio su ignorancia y su imprudencia lo anonadan y confunden, al malvado sus maldades lo atorran y avergüenzan; y ambos si no se aborrecen, á lo ménos se desprecian, porque en sí mismos buscan y nada encuentran que

sea digno de ser amado. El terrible mito del tesaliano Erisicton manifiesta claramente el profundo conocimiento que los antiguos tenían de los estragosos efectos producidos en el alma por la depravacion y la procacidad, y que en esta espantosa alegoría quisieron dejarnos una provechosa instruccion, para que, advertidos por ella, procurémos libranos de tan atroces males. Por pura maldad taló el rey Erisicton los montes consagrados á Ceres, es decir, que, con absoluto desprecio de las leyes divinas y humanas, destruyó los sembrados, plantíos y bosques con gravísimo detrimento de los moradores de la Tesalia: accion, por cierto, no de un hombre sábio, sino de un hombre depravado y procaz, porque de ninguna manera podrán hermanarse la sabiduría y un mal proceder: irritada la Diosa, por tan inaudita profanacion, castigó al delincuente infundiéndole una hambre tan urgente como insaciable. Atormentado Erisicton, por su desenfrenada voracidad, consumió todas sus riquezas, sin llegar nunca á satisfacer, ni aun en parte, la incesante y creciente necesidad que sentia. Obligó, entonces á Metra, su hija única, á prostituirse, para adquirir mantenimientos con el precio de sus vergonzosas liviandades; pero no bastándole tampoco este inícuo recurso, y apurándole mas y mas el insoportable tormento con que la ira divina lo castigaba, comenzó, por fin,

con indecible crueldad y con la mas furiosa rabia, á devorarse á sí mismo; y cuando ya sus desgarradores dientes habian destrozado y consumido sus miserables brazos, murió este infeliz entre dolorosas angustias, entre horrendas imprecaciones y entre infernales tormentos. No os parezca exagerada esta tremenda relacion que apenas bosqueja débilmente lo que pasa en el alma de los malos con el remordimiento atisbado por la memoria de sus maldades. Esto acontece en el fondo del alma á donde no penetran nuestros ojos; pero juzguémoslos tambien por lo que alcanzamos á ver: no hay miseria, no hay padecimiento que puedan sufrir con entereza los malos, y si llegan á simular la paciencia, nada les aprovecha, siempre desazonados, siempre inquietos y sin un momento de reposo, viven miserable vida, oprimidos por la pesada carga del desprecio, ó perseguidos y acechados como animales dañinos; sin que puedan ni sepan, aun siquiera, hacer un uso conveniente de su natural libertad "*Solo el sabio es libre.*" Esta hermosa verdad formulada por Zenon el filósofo, es tan grande y tan útil, que bien podemos considerarla como el mas perfecto complemento de los muchos y grandes bienes que la sabiduría derrama sobre los hombres: porque, si bien lo advertimos, solo el sábio sabe, puede y merece hacer uso del supremo de los bienes, de la verdadera libertad.

Así, pues, oh jóvenes amados, aplicaos, vuelvo á deciros, aplicaos al estudio con decidido empeño y no descanceis hasta conseguir el fin, hasta que llegueis á ser instruidos y útiles ciudadanos. Sed, pues, dóciles á los preceptos de la sabiduría, acóstrombraos á seguirlos por toda la vida y merecereis ser amados de la patria y de vosotros mismos. Mas, si por el contrario la pereza os domina, si abandonáis el estudio, si desoís las voces de la celestial sabiduría, sereis el ludibrio y la mofa de las gentes, vivireis menospreciados y escarnecidos; y aun en vuestra misma opinion solamente sereis dignos de desprecio.

Y vosotros afortunados jóvenes, que en esta vez alcanzasteis la honorífica y envidiable distincion de un bien merecido lauro, ganado con las fuerzas del ingenio en los pacíficos y agradables combates literarios, seguid vuestra laboriosa carrera con el mismo brio y multiplicareis vuestros bellos triunfos. No cejeis ni un momento, no se entibie vuestro amor á la ciencia, no sea que otro, tan solo por que tuvo una poca mas de aplicacion, os arrebathe la palma y os deje corridos y avergonzados. Sed constantes y activos en el estudio, que el continuo trabajo os hará incansables, leed á todas horas, pensad en todas partes, repasad lo aprendido, consultad á los doctos, ordenad metódicamente vuestros conocimientos; y seguid siempre las justas in-

dicaciones de la sana razon: con esto llegareis á ser sabios, útiles á vuestros hermanos, amados de la Patria, y vivireis contentos y en paz con vosotros mismos, que es cuanto puede apetecer un hombre que, por la carrera de las letras, aspira al título de bueno.

Para estimularos al estudio de la ciencia, oh jóvenes alumnos, y á la práctica de las virtudes, he procurado poner de bulto ante vuestros ojos los prodigiosos efectos de la sabiduría y la imprescindible obligacion que teneis de adquirirla: habeis visto que sin ella las naciones decaen y se aniquilan; y con ella prosperan y florecen: que ella forma los buenos ciudadanos amadores y amados de la Patria: que para alcanzarla necesario es trabajar sin descanso é imitar el ejemplo de los buenos: que ella consuela y alienta en la desgracia y hace al hombre amable aún á sí mismo: que la ignorancia y la maldad no acarreen mas que el desprecio, la desesperacion y el castigo. Ahora, pues, á vosotros toca esforzaros para utilizar tan provechosas advertencias: estais en buena edad, teneis tiempo, teneis colegio, teneis profesores; el Estado, á pesar de sus penurias, todo os lo proporciona: no desperdiceis el tiempo y la ocasion porque tendreis que llorar toda la vida. Decidíos entre el bien y el mal, escoged entre ser útiles ó perniciosos, amados ó aborrecidos, entre vivir tranquilos y felices ó llenos de dis-

gustos y zozobras. Si os perdeis, vuestra será la culpa; mas, para que á tan fatal extremo no llegueis, seguid con buen ánimo y decidido empeño este saludable consejo del doctísimo poeta de Venusa:

A do la celestial sabiduría
Te condujere síguela gustoso.
Este trabajo, esta obra los pequeños
Y los grandes hagamos con presura,
Si de la patria y de nosotros mismos
Vivir amados merecer queremos.

DIJE.

EL 15 Y EL 16 DE SETIEMBRE.

(ARTICULO HISTORICO.)

Las fiestas cívicas son un lazo de laureles que une las generaciones pasadas á la presente. Instituidas desde los primeros tiempos, han tenido siempre por cardinal objeto poner de bulto ante los ojos de los ciudadanos, los mas heróicos y gloriosos hechos de sus mayores, para despertar el espíritu público, alentar el patriotismo, encender el deseo de imitar las grandes acciones, y promover, por tan bellos y nobles medios, el engrandecimiento de la patria. Entre nuestras fiestas nacionales, ninguna es mayor, por cierto, que la que al presente celebramos. Ella nos recuerda el glorioso principio de nuestra emancipacion política, y nos presenta el ejemplo mas insigne del mas acendrado patriotismo y de la determinacion mas heróica. Un venerable anciano sacrifica en aras de la patria su preciosísi-

ma vida, sin mas esperanza que la de iniciar un movimiento regenerador, dejando á brazos mas robustos y á guerreros mas afortunados, el cuidado de llevarlo á una feliz conclusion. Él bien sabia que no le era concedido ver el fin de la revolucion que iniciaba: pero sabia tambien que sin un espíritu fuerte que se atreviera á proclamarla por primera vez, jamas se verificaria: su virtud heróica no le permitió dejar pasar una ocasion favorable: se decidió al sacrificio con la firme conviccion de que á su voz se levantarían por millares los patriotas, y que el suelo de Anáhuac, fertilizado con su sangre, haría brotar por centenares los héroes que habían de realizar el grandioso pensamiento que lo animaba; que no era otro sino dar á su querida patria la independencia y con ella la libertad.

No se engañó el ilustre anciano, y dejando el incensario, empuñó el acero, se lanzó como un rayo á los combates, infundió su espíritu y su fé á la portentosa multitud que lo seguía, y brilló como un meteoro resplandeciente, para sucumbir al cabo de medio año á una de las mas negras traiciones. Pequeño fué, por cierto, el tiempo de su vida militar; pero le fué mas que bastante para formular su pensamiento, para crear una generacion nueva, y para darle jefes que, heredando su valor, su patriotismo y su heroicidad, marcharan por el camino que les indicó.

Bien conocida es la historia de la desastrosa guerra que siguió al glorioso alzamiento del pueblo de Dolores. Muchos ilustres historiadores han referido minuciosamente los numerosos y variados acontecimientos que tuvieron lugar en los once años que duró tan encarnizada lucha. Pero al hablar de lo que en Nuevo-Leon pasó en aquella época gloriosa, son tan escasas sus noticias, que casi nada nos dicen. Por otra parte, un lapso de tiempo de mas de medio siglo ha oscurecido las tradiciones, de manera que rarísimo es el hombre que algo sabe de tan fecundos é interesantes sucesos. Por esto intento ahora refrescar olvidadas memorias, procurando desentrañar la verdad de entre las casi muertas tradiciones y de entre los pocos documentos que de aquellos tiempos nos quedan. ¡Ojalá y logre dar á mis conciudadanos una idea de la parte que á Nuevo-Leon tocó en acontecimientos de tan alta importancia!

Era el dia 29 de Setiembre de 1810. El inmortal Hidalgo celebraba en Guanajuato el aniversario de su nacimiento y el esplendoroso primer triunfo de las armas independientes, alcanzada el dia anterior en la memorable Alhóndiga de Granaditas. Mientras el noble caudillo de la independencia recibía felicitaciones y parabienes en medio de tumultuosas aclamaciones populares, en Monterey pasaban las cosas de muy diversa manera.

De este dia, tan digno de memoria, la tarde pasaba lentamente. Un hombre en la flor de la edad, de mediana estatura, de cabellera rubia, peinado de polvo, de hermosa figura y elegantemente vestido, despachaba algunos negocios en una oficina que estaba situada en la casa marcada hoy con el número 9 de la calle de Hidalgo. Este hombre era D. Manuel de Santa María, natural de Sevilla, caballero de la Orden de Santiago, gobernador político y militar del nuevo reino de Leon, sargento mayor de los reales ejércitos y comandante de milicias. Aunque español de origen, habia venido de muy tierna edad al país, por lo que no tenia los hábitos peninsulares y era grande amigo y protector de los criollos. Cuando mas distraido estaba, he aquí que se le presenta un correo venido de San Luis Potosí por la posta, y le entrega un pliego de parte del brigadier D. Félix Calleja, subinspector de las tropas reales. El estallido súbito de un rayo hubiera aturrido ménos al gobernador que la lectura de aquel terrible documento. "*Una insurreccion popular con señales de terrible trascendencia,*" le decia Calleja, que habia estallado en el pueblo de Dolores; y le ordenaba, al mismo tiempo, que hiciera marchar violentamente á San Luis la parte que tuviera de la compañía veterana de Lampazos y los doscientos cincuenta milicianos destinados ántes á reforzar el ejér-

cito de Texas. Tambien le ordenaba que levantara un cuerpo de trescientos milicianos para cuidar su provincia. Qué impresiones tan diversas debió causar esta noticia en los ánimos de los nuevoleonenses; cualquiera podrá imaginárselo, con solo que sepa la odiosa rivalidad que entónces, por desgracia, se habia desarrollado entre criollos y gachupines.

Al siguiente dia, á pesar de ser domingo, el gobernador se ocupó, con inmenso trabajo porque entónces no habia imprenta, en despachar circulares á todos los pueblos de la provincia, avisándoles tan ruidosa novedad, y mandándoles estar listos para la defensa si llegaba á ser necesaria. El inmundiato lúnes contestó á Calleja, prometiéndole obedecer sus órdenes. Mas en su misma constestacion revela lo poco dispuesto que se hallaba para cumplir lo que prometia: en ella alega que la circunstancia de estar una gran parte de los habitantes de la provincia en la feria del Saltillo, la escasez de numerario, lo despoblado de esta tierra por los alistamientos anteriores, la escasez de cabalgaduras, y sobre todo, la necesidad que tenia de fuerza armada para contener los descontentos, "*semilla abundante y nada conocida,*" le impedirian hacerlo con la prontitud debida. Sin embargo, mandó que viniera de Lampazos el capitán D. Juan Ignacio Ramon con una parte de la compañía presidial; y que D. Francisco Bru-

no Barrera pasara al Saltillo á recoger los oficiales y soldados de milicias que se encontrasen allí, encargándole hacerlo *sin alborotos, nada convenientes en aquella numerosa reunion.*

Entretanto, comenzaron á circular clandestinamente por los pueblos proclamas y noticias de la insurreccion. El Gobernador mandó recoger estos documentos, y pidió al señor obispo Marin, que no se hizo del rogar, que conminara con la excomunion á los que no los entregasen.

Era ya la mitad del mes de Octubre; las tropas pedidas por Calleja ni salian ni tenian traza de salir. El gobernador para justificar esta demora celebró una junta de Guerra, la cual acordó, que ántes de obedecer la orden, se consultara al Sr. Calleja de que fondo se habia de disponer para vestir y socorrer la tropa que debia marchar. En espera de la contestacion de esta consulta estaba D. Manuel Santa María, cuando un oficio de D. José Antonio Cordero, gobernador de Coahuila, vino á serenar todos sus temores: "*El riesgo pasa á ser remoto,*" le decia, refiriéndose á una carta de D. Manuel Acebedo, intendente de San Luis, en la que daba la noticia de que en un punto llamado Buena Vista habian sido derrotados los insurgentes, y que Calleja perseguia los restos con un poderoso ejército. Creyendo cierta esta noticia, el gobernador se

calmó en términos que creyó oportuno el momento para cumplir las órdenes del subinspector. Mandó salir al segundo comandante D. Pedro Herrera y Leyva con doscientos hombres para San Luis; y en su lugar nombró segundo comandante de la provincia á D. Juan Ignacio Ramon, capitán de la compañía veterana de Lampazos. Al cuidado de éste y del alcalde de primer voto D. Antonio de la Garza y Guerra dejó Santa María la ciudad, saliendo fuera de ella no sé con qué objeto.

Poco duró la calma y la confianza del partido realista. A mediados de Noviembre nuevas comunicaciones del coronel Cordero renovaron en mayor escala las pasadas alarmas. La ocupacion de la plaza de San Luis Potosí por el ejército independiente, decidió á Cordero á situarse con la mayor fuerza posible en San Juan de la Vaquería, para oponerse á los insurgentes si emprendian penetrar á estas provincias. Esta reunion de tropas fué despues el famoso campamento de Agua Nueva.

Alarmado con esta noticia el segundo comandante, pidió se reuniera el ayuntamiento, el cual acordó que se oficiara al gobernador para que viniera á defender su capital, haciéndolo responsable si no venia, "*para con Dios, el rey y la causa pública.*" Acordó al mismo tiempo que se pidiera al cabildo ecle-

siástico consejo y dinero: que se solicitara del Sr. provisor Dr. D. José Leon Lobo y de su clero un donativo voluntario: que se suplicara al Sr. cura Dr. D. Fermin de Sada que exhortara al pueblo á la defensa: y que las bocas de la sierra, llamadas del Pilon y Santa Rosa, se guarnecieran con tropas al mando del subdelegado de la Mota D. Domingo Narciso de Allende.

Crecian por momentos los apuros. D. Pedro Herrera y Leyva se encontró en Venegas á los españoles de Catorce, que con sus caudales, los del rey y siete piezas de artillería, venian huyendo de Iriarte, quien con una fuerte seccion de insurgentes habia ocupado aquel real de minas, y custodiando á estos españoles se volvió Herrera con sus doscientos hombres á reforzar el campamento de Agua Nueva.

El cabildo eclesiástico contestó (tanta era la sencillez de aquellos tiempos,) aconsejando que se reunieran en la cuesta de los Muertos los pastores y dependientes de las haciendas, bien provistos de hondas, para batir á pedradas á los enemigos, si venian, y respecto al dinero, dijeron que lo darian cuando fuera absolutamente preciso y se les diera la correspondiente seguridad del pago.

Vino por fin, el gobernador. Pidió á los pueblos soldados, armas y recursos para la defensa: mandó al segundo comandante Ra-

mon á defender las bocas de la sierra, y despachó al capitán Allende á México con una larga comunicacion para el virey, en la que le manifestaba la imposibilidad que habia para impedir la propagacion del movimiento revolucionario en esta provincia por falta de hombres, armas y dinero; y termina recomendando mucho al capitán D. Domingo Narciso de Allende, asegurando "*que es opuesto en ideas á su tumultuario primo.*" Bien claro se ve que habla del invicto generalísimo D. Ignacio Allende.

Pero dejemos por un momento al nuevo reino de Leon con sus alarmas, y volvamos á Guanajuato, donde dejamos al generoso Hidalgo celebrando su cumpleaños y su triunfo. Apenas se vió este ilustre caudillo dueño de aquella ciudad, cuando, sin descuidar la organizacion política, volvió los ojos á lo que mas importaba para impulsar debidamente la revolucion: se ocupó con todo empeño en establecer una fábrica de armas blancas, una fundicion de cañones y una casa de moneda. En esto se ocupaba, cuando he aquí que se le presenta un jóven tan gallardo como afable, tan inteligente como instruido y tan cortés como valiente. Tal era D. José Mariano Jimenez. Una esmerada educacion, una instruccion no vulgar adquirida en las aulas del Colegio de Minería, unidas á su dedicacion asidua á la práctica de las operaciones meta-

lúrgicas, á su juventud y á todas las bellas prendas de su espíritu, le daban derecho á prometerse un brillante porvenir. Pero apenas comprendió los altos pensamientos del ilustre anciano de Dolores, estimulado por tan alto ejemplo, ya no pensó mas que en la patria: reunió hasta tres mil hombres y con ellos se ofreció al servicio de la recién nacida insurreccion. Prendado el egregio Hidalgo de la gallardía, finura y decision de aquel jóven, le dió el despacho de coronel y le mandó organizar aquella gente y marchar á la vanguardia del ejército. Honrosa confianza, por cierto, á que supo corresponder tan cumplidamente. El dia 8 de Octubre salió Jimenez, como se le habia mandado, á la vanguardia; fué el primero que entró á la plaza de Valladolid, volvió el ejército hácia la capital, y Jimenez siempre á vanguardia. El 30 del mismo Octubre le vemos batirse con tal denuedo en el Monte de las Cruces, y colocar y dirigir tan bien su artillería, que el Lic. Bustamante no puede menos que decir: "*Jimenez, aquel jóven estudiante de Minería, á quien se debió en gran parte el triunfo de Hidalgo en el Monte de las Cruces, y que dió tantas pruebas de patriotismo, como de conocimientos en lo militar, aplicados á la tormentaria ó artillería.*" (1) Al tercer dia de este glorioso

[1] Bustamante, cuadro histórico, carta VI.

triufo, Hidalgo quiso tentar un medio de acomodamiento con el virey Venegas, para lo que era preciso mandarle un pliego. ¿Quién se atreveria á desempeñar tan peligrosa comision? Jimenez, el valiente Jimenez, á pesar de la certeza que tenia de que no le habian de guardar consideracion alguna, aceptó y desempeñó este difícil encargo, poniendo en poder del iracundo Venegas el pliego que se confió á su lealtad.

El dia 7 de Noviembre, despues del desastre de Aculco, Jimenez se volvió á Gtanajuato con el denodado Allende: el 12 del mismo mes se batió todo el dia con el brigadier Calleja, logrando entretenerlo mientras Allende sacaba su pequeño ejército y sus municiones: se retiró en buen orden hasta reunirse con su jefe, y juntos marcharon sin ser perseguidos: llegaron por fin á la villa de San Felipe, donde se les unió la fuerte division de D. Rafael Iriarte.

No habiendo por entonces enemigos que combatir, ni peligros que temer, creyó Jimenez oportuna la ocasion para solicitar el permiso de emprender una expedicion que meditaba. En la Hacienda del Molino, inmediata á San Felipe, se presentó una noche al esclarecido Allende solicitando el permiso de venir á insurreccionar las provincias internas del Oriente. Un despacho de teniente General, una buena seccion de tropas, y las mas

afectuosas expresiones, fueron la respuesta que obtuvo de aquel magnánimo Caudillo. El ejército siguió su marcha á Zacatecas y Jimenez dirigió sus ojos y sus pasos hácia el Norte.

Aquí comienza la verdadera gloria de Jimenez. Obrando por sí solo y sin sujecion alguna, pudo dar rienda suelta á sus naturales inclinaciones. Su clara inteligencia, su amor á la justicia, su inclinacion al órden, su grandísima prudencia, su genial dulzura, y la humanitaria benignidad de su corazon, imprimieron á la revolucion, en estas provincias, un carácter de órden y de lenidad, que ni tuvo en otras partes ni es propio de las insurrecciones populares. Pero si es privilegio del genio realizar los imposibles, no podrá negarse que nuestro héroe tenia genio, y genio grande.

Poco tuvo que hacer la fortuna para hacer triunfar á Jimenez, pues no hizo mas que valerse de la fama para que pregonara sus eminentes virtudes. Apenas se presentó en Matehuala, á mediados de Diciembre, y su fama cundió por todas partes; grandes y pequeños se deshacian en alabanzas de tan ínclito caudillo, y corrían de todas partes numerosas partidas de hombres á ponerse bajo sus órdenes. ¿Cuál sería la congoja, la agitacion y el desaliento del partido realista al ver aproximarse tan formidable enemigo, que en tan poco tiempo

habia reunido un ejército fuerte de 8,000 hombres y 16 cañones? Toda su esperanza estaba cifrada en el campamento de Agua Nueva y en el capitán Ramon, apostado en las bocas del Pilon y Santa Rosa. Mas Cordero no habia podido reunir en Agua Nueva mas de 4 cañones y 700 soldados, y Ramon no contaba con doscientos soldados cabales.

D. Manuel Iturbe, gobernador de Tamaulipas, y D. Manuel Santa María habian convenido en reunirse si acaso conocian que solos no podrian resistir á los independientes. Santa María, como hemos visto, no tenia esperanza de poder resistir con buen éxito, y así salió con ánimo de ir á juntarse con Iturbe; pero se detuvo en el Pilon, hoy Monte Morelos, hasta ver en qué paraba el campamento de Agua Nueva.

D. Pedro Aranda, que era uno de los comandantes del ejército de Jimenez, escribió una carta muy comedida al capitán Ramon y á su tropa, proponiéndole con buenas razones que abrazara el partido de la independenciam. Viendo Ramon, como él dice, *puerta abierta*, se dirigió por conducto del comandante Aranda al teniente general, preguntándole qué causas habian impulsado á los buenos americanos á tomar las armas, con qué autoridad venian, y cuáles eran sus intentos. La contestacion de Jimenez fué digna de él, y dejó tan convencido á Ramon de la Justicia y bondad

de la causa que defendia, que no solo la abrazó de corazon desde aquel momento, sino que se propuso conquistar á D. Manuel Santa María. Muchas cartas le escribió desde Pabllillo, tratando de persuadirlo, con mucha maña y con gran tiento, de la imposibilidad de resistir fuerzas tan superiores: de que el pueblo todo tenia iguales sentimientos que el ejército que tenian delante; de que únicamente se trataba de hacer la independendia de la nacion mexicana: de que en esto no se faltaba en nada á la religion, á la patria ni al rey; y de que nada habia que temer, porque Jimenez limitaba la persecucion solamente á los malos y de ningun modo á los buenos, pues al español que se le presentaba le concedia el indulto y quedaba enteramente tranquilo en su casa, sin mas condicion que no oponerse á los progresos de la insurreccion. Le remitió las cartas de Aranda y de Jimenez, muchas proclamas y otros papeles relativos á la revolucion, y le anunció que el dia 28 de Diciembre salia á la guardaraya de la provincia á conferenciar con los independientes. Salió en efecto; y el resultado de esta conferencia nos lo anuncia despues el gobierno colonial restablecido, mandando "*dar de baja al capitán D. Juan Ignacio Ramon desde el dia 31 de Diciembre, en que se pasó al servicio de las banderas enemigas.*"

Avanzó, en fin, Jimenez, y el dia 7 de Ene-

ro de 1811 se halló á la vista del campamento de Agua Nueva. Mas apenas desplegó en batalla una parte de sus fuerzas, cuando todas las tropas del campamento, sin tirar un tiro, corrieron á unírsele. El gobernador Cordero huyó precipitadamente, acompañado de algunos europeos; y, sin detenerse en el Saltillo, pasó corriendo á rienda suelta por la calle de Santiago, dirigiéndose hácia el Norte. El lego Fr. Juan Villerías lo seguia muy de cerca; logró alcanzarlo y aprehenderlo en la hacienda de Mesillas, junto con todos los que lo acompañaban. Sabedor Jimenez de este suceso, y temiendo que los prisioneros fueran tratados muy mal por aquel sanguinario lego, mandó inmediatamente un ayudante con un coche y una orden para que le fueran entregados. Traidos á su presencia, puso en libertad á todos menos á Cordero, á quien conservó allí en su mismo alojamiento, en calidad de prisionero; pero guardándole todas las consideraciones debidas á su clase, y tratándolo con toda la finura que le era genial. Alaman, al referir esta accion tan noble del teniente general Jimenez, á pesar de su antipatía por los independientes, no pudo menos que exclamar: "*El ánimo oprimido con la relacion de tantos hechos atroces, descansa cuando se encuentra una accion generosa, quedando el sentimiento de que ésta no fuese dignamente correspondida con igual nobleza por el enem-*

go en cuyas manos cayó por las vicisitudes de la revolucion, el que con ella se habia hecho tan recomendable, dando un ejemplo tan poco comun en aquel tiempo." (1)

El dia 8 entró Jimenez al Saltillo. A cuantos europeos se le presentaron los indultó. Es de advertir, que los indultos que concedía, los hacia respetar inviolablemente. El dia 12 hizo celebrar una funcion de iglesia en accion de gracias al Todopoderoso por los favores recibidos. Las fiestas cívicas con que el Saltillo solemnizó la venida de Jimenez fueron, en verdad, muy espléndidas, y en ellas reinó la mayor cordialidad: todos estaban alegres, los patriotas por el triunfo de su causa, y los realistas por verse libres de la persecucion que temian. Mas ¡ay! que entre aquella regocijada multitud estaba el hombre de perdicion, el infame traidor que habia de cubrir de luto á los buenos americanos, y que hubiera destruido, si destructible fuera, la gloria de los primeros caudillos de la independencia. El traidor D. Ignacio Elizondo, hombre de gran infljo en las provincias internas de Oriente, fué uno de los que se pasaron en Agua Nueva. De él se valió Jimenez para hacer que los pueblos se declararan por la buena causa. La actividad y recomendaciones de Elizondo unidas á la fama del esclarecido Ji-

[1] Alaman, Historia de México, tít. 2º, lib. 2º, capítulo VIII.

menez, hicieron el milagro de que en quince dias estuvieran pronunciadas todas las cuatro provincias, sin necesidad de disparar un solo tiro. San Antonio de Béjar fué el último pueblo que se pronunció, y lo hizo el 22 de Enero. Los comisionados para esta vasta empresa fueron: para Béjar el capitán D. Juan B. Casas, para Monclova D. Pedro Aranda, para Tamaulipas los dcs coroneles Acevedos, y para Monterey el brigadier D. Juan B. Carrasco. Este último salió del Saltillo el dia 16, con la especial comision de apoderarse de Monterey lo mas pronto posible, porque era el punto de donde podrian tomar los mejores recursos.

Entretanto se aproximaba Ochoa, jefe realista con una buena seccion de tropas; pero salió Jimenez del Saltillo, lo encontró en el puerto del Carnero, y "*con sus acertadas evoluciones, dice Bustamante, lo descompuso y lo derrotó.*" Este triunfo fué obtenido el dia 20 de Enero del mismo año de 1811.

Supo Santa María el desastre de Cordero en Agua Nueva, y sea por la fuerte impresion que en su ánimo causaron las cartas de Ramon, ó sea, como decia el Dr. Sada, "*porque era grande amigo y protector de los criollos,*" lo cierto es que en vez de irse á la colonia á reunirse con Iturbe, aunque tenia recursos para hacerlo y el camino libre y expedito para ponerse en salvo, se quedó en Monte

Morelos, reunió allí una junta de guerra, y con acuerdo de ella, disolvió la fuerza el día 12 de Enero y se vino solo á Monterey. Desde esta fecha lo consideró despues la junta gobernadora pasado á las banderas americanas.

El 17 del mismo mes llegó el brigadier Carrasco á Monterey acompañado del coronel D. Ignacio Camargo y de otros jefes. El pueblo se declaró por la insurrección y el gobernador Santa María se dejó coger prisionero, por salvar las apariencias; fué llevado al Saltillo, allí tambien él se adhirió al partido independiente y fué nombrado Mariscal.

La buena fé de Santa María no puede ponerse en duda, porque pudiendo huir con toda seguridad, no lo hizo, y porque vino del Pilon ya decidido á pronunciarse sin apremio de ningun género.

Carrasco se casó aquí á pocos dias de su venida con la señora D^a Mantelá Ugartechea, sobrina del Dr. Mier, y de este matrimonio procedió el coronel de ingenieros D. José María Carrasco, bien conocido en esta Ciudad, y que murió hace pocos años en Sonora.

Muy á fines de Enero vino Jimenez á Monterey, donde fué recibido con grandísimas demostraciones de júbilo. Los ancianos aun conservan la memoria de aquella gloriosa época, y para decir "*El año de 1811,*" mas bien dicen: *El año que vino su Excelencia.*" La

benignidad de este buen mexicano se retrata en todas sus providencias: mandó luego que vino, recoger las armas que fuera posible, para armar su ejército, pero exceptuando las de los habitantes de los pueblos que estuvieran expuestos á las incursiones de los bárbaros: sabiendo que D. Ramon Gonzalez Hermosillo tenia preso en Lináres al español D. Francisco María Torrea, le mandó que inmediatamente se lo remitiera sin causarle vejacion alguna: á pesar de que en estas provincias fueron poquísimas las confiscaciones, Jimenez para evitar abusos estableció un juzgado especial para estos negocios y nombró juez privativo de confiscaciones á su auditor de guerra el Lic. D. José María Letona.

Para socorrer su ejército sacó de los fondos de la Catedral una fuerte suma de dinero, tomó una parte para los soldados que traia, y lo demás lo dejó en poder de D. Matías de Sada, á quien nombró tesorero. Despues de esto se volvió al Saltillo llevándose consigo á D. Manuel Santa María, y dejando aquí de gobernador á D. Santiago Villareal.

Todos saben cómo despues de la desgraciada batalla de Calderon, Hidalgo, Allende y otros jefes se dirigieron al Saltillo, y cómo en el Pabellon fué nombrado generalísimo el benemérito Allende. Sabedor éste de las muy justas disposiciones de Jimenez, fueron tan de su agrado, que dió especial comisión al capi-

tan Villaseñor, para que girando por todas las cuatro provincias hiciera respetar los indultos concedidos por su teniente general, sin permitir que se molestara en manera alguna á los indultados. Con fecha 13 de Febrero de 1811 dirigió el generalísimo desde Charcas una orden al capitán D. Rafael Gonzalez Hermosillo, comandante de Lináres, para que hiciera que todos los esclavos que hubiera en las provincias internas de Oriente, quedaran libres, esmo estaba mandado por decreto expedido en Guadalajara por el Sr. Hidalgo con fecha 6 de Diciembre de 1810. Los esclavos fueron manumitidos, y aunque despues se restableció el gobierno colonial, no volvieron á la esclavitud, sino que fueron ya definitivamente libres.

El 24 de Febrero el generalísimo Allende entró al Saltillo en medio de tumultuosas aclamaciones, y el benemerito Hidalgo llegó algunos dias despues. Jimenez, con toda la oficialidad y todas las autoridades salió á recibirlos. Tan contentos estaban los héroes de la conducta de Jimenez, como de la conquista pacífica de las cuatro provincias. Confirieron á Santa María el grado de mariscal y á Ramon el de brigadier.

En estas circunstancias, creyendo el malvado Elizondo que los servicios que él habia prestado á la causa de la independenciam eran iguales á los de Jimenez, se presentó al gene-

ralísimo pidiendo que se le diera el título de teniente general. Recibió por contestacion, que cuando sus servicios lo hicieran merecedor de esta honra, se le daria. Muy disgustado por esto, se retiró Elizondo, pretextando negocios, á su tierra el Valle de Pesquería Grande. Toda una noche pasó en su casa en secretas conversaciones con el obispo Marin, y al amanecer, Elizondo se fué para Monclova, y el obispo se volvió á un rancho del cañon de Salinas, de donde habia venido.

Hidalgo y Allende dispusieron marcharse por Rio-grande y Béjar á los Estados-Unidos. Reunieron todas las tropas de que podian disponer y formaron un grueso cuerpo de ejército, que pusieron al mando del Lic. D. Ignacio Rayon para que volviera á expedicionar por el centro, como en efecto volvió con direccion á Zacatecas.

Salieron del Saltillo los beneméritos caudillos Hidalgo y Allende, acompañados de Aldama, Jimenez, Abasolo, Santa María, Ramon y otros varios jefes, el dia 16 de Marzo, escoltados por un pequeño número de soldados, y vinieron á pernoctar á la hacienda de Santa María. En esta hacienda se les presentó D. Bernardo Gutierrez de Lara ofreciéndoles sus servicios, le dieron el despacho de teniente coronel y comisión de ir á los Estados-Unidos á solicitar recursos para continuar la guerra.

El 17 del mismo mes salieron de Monterey Carrasco y Camargo para ir á reunirse con su generalísimo á la hacienda de Anaelo, dando órden al tesorero Sada de remitir los caudales que tenia en su poder á la villa de Monclova. Reunidos todos en Anaelo tomaron, por su desgracia, el fatal camino de Bajan. Para dar una idea de cómo se tramó la negra traicion que hizo caer prisioneros tantos héroes, es preciso volver un poco atras para tomar el hilo de tan horrible sucesos.

Cuando el capitan D. Juan Bautista Casas se pronunció en Béjar tomó prisioneros á los españoles D. Manuel Salcedo, gobernador de Tejas y D. Simon Herrera y Leyva, que lo habia sido del nuevo reino de Leon, y que se hallaba allí mandando un cuerpo de tropas. Remitió Casas estos prisioneros bien custodiados y engrillados á Monclova, donde se hallaba de gobernador D. Pedro Aranda. Este señor era de muy buen corazon y sabia cuanto se pagaba Jimenez de una accion generosa: así fué que tan luego comò recibió los prisioneros, les mandó quitar los grillos, los trató lo mejor que pudo, y bajo su palabra los dejó sin custodia, dándoles la ciudad por cárcel. Algun mal demonio tal vez, reunió en Monclova á estos dos españoles, al traidor Elizondo, á D. Ramon Diaz Bustamante, alias el capitan Colorado, y á D. Bernardo Villamil. Estos cinco, siendo el principal instiga-

dor D. Simon Herrera, se confabularon para tramar el inicuo plan de una contrarevolucion que diera por resultado el restablecimiento del gobierno español y la prision de los jefes de la insurreccion. Reunido aquel concilio de caníbales, acordó los términos bárbaros de tan horrenda traicion. D. Pedro Aranda, aunque viejo, era muy alegre. Los disimulados Herrera y Salcedo le dieron un baile la noche del 20 de Marzo para obsequiarlo, porque decian estarle muy ágracidos por el buen trato que les daba. En este baile estalló la contrarevolucion, y allí fué preso D. Pedro Aranda y engrillado, tal vez con grillos de los que á los traidores habia mandado quitar. Inmediatamente salió D. Ignacio Elizondo con quinientos hombres á situarse en Bajan. Elizondo conocia perfectamente el terreno, y los jefes independientes no desconfiaban de él por creerlo de su partido.

Por fortuna mia la tremenda historia del desgraciado suceso de Bajan es bien conocida, y me creo dispensado de referirla. Solo añadiré que el benigno Jimenez, el bien intencionado Santa María, el sagaz Ramon, el activo Carrasco, el benévolo Aranda y el valiente Camargo, juntos con los demas héroes, pagaron con la vida, en Chihuahua, su amor á la independenciam, bajo la mano de hierro del sanguinario comandante de las provincias internas de Oriente y Occidente, D. Nemesio

Salcedo. Este caribe, para premiar la traicion, dió á Elizondo y al capitan Colorado los despachos de tenientes coroneles y á Monclova el título de ciudad, prometiendo recabar del virey la confirmacion de estas gracias.

El desastrado suceso de Bajan produjo en los buenos patriotas de estas provincias un desaliento tal, que el espíritu público paralizado con tan rudo golpe cayó en un abatimiento profundo, del que parecia ya incapaz de salir. El partido realista, que entonces era numeroso, aprovechando aquel momento de estupor, restableció el gobierno colonial, si bien con menos rapidez de la que experimentó al caer. En Monterey se nombró una junta gobernadora compuesta de siete individuos. Los pérfidos Herrera y Salcedo volvieron á ocupar sus destinos en Tejas. Rayon se retiró con su ejército al interior, derrotando de paso á Ochoa en el puerto de Piñones. Los caudales que remitió el tesorero Sada con direccion á Monclova, iban escoltados por mas de cien hombres, los que fueron sorprendidos por los vecinos de la Villa de Boca de Leones, reducidos á prision; y los caudales vueltos á entregar á la clavería de la catedral, en cantidad de treinta y dos mil pesos, dice Bustamante.

Dos años estuvo como muerto el espíritu de independenciam, hasta que vino á vivificarlo un poco el impertérito D. Bernardo Gu-

tierrez, en la primavera del año de 1813. Sin conseguir nada del gobierno de los Estados-Unidos, se volvió este buen patriota á Nueva-Orleans, armó á sus expensas unos cuatrocientos americanos, y con ellos se vino á Tejas por tierra, sorprendió la bahía del Espíritu Santo, fuerte bien provisto de municiones de boca y guerra y mal guarnecido, y allí se hizo fuerte en términos que habiéndolos sitiado con 2,000 hombres Herrera y Salcedo, ó como allí los llamaban, los gobernadores, resistió veintiocho ataques que le dieron, en los que perdieron cosa de quinientos hombres, sin que Gutierrez perdiera gran cosa, porque sus americanos peleaban atrincherados y eran tan buenos tiradores que no erraban tiro. Cansados los gobernadores, levantaron el sitio despues de muchos meses y se retiraban á Béjar. Salió Gutierrez de la Bahía, los alcanzó en el Rosillo, los derrotó, los persiguió hasta Béjar donde volvió á derrotarlos, tomándolos prisioneros, juntos con doce oficiales y tres sargentos. El traidor Elizondo estaba en Rio-Grande con mil hombres, salió á marchas dobles á reconquistar á Béjar. Salió Gutierrez á encontrarlo, y lo derrotó en el Alazan tan completamente, que huyó hácia Laredo con solo sesenta hombres. Estos triunfos de Gutierrez levantaron algo el espíritu de insurreccion en estas provincias: se organizaron algunas guerrillas, como fueron la de D. Jo-

sé María Cavazos, conocido por el Cantareño, la de D. José Herrera y la de un tal Garibay. Además había dos tribus de indios, los Ayaguas y los Garzas, que habitaban cerca de Vallecillo. Estos pobres indios se declararon por el partido de la independencia, cuando vino Jimenez, después no queriendo reconocer al restablecido gobierno colonial, se dirigían al interior en busca de alguna partida de independientes con que reunirse; pero se volvieron de las inmediaciones de Monte Morelos, y se hicieron fuertes en un paraje inaccesible llamado la Chorrera, en la sierra de Picachos. De allí salieron á unirse con las referidas guerrillas. El guerrillero José Herrera atacó á Monterey la noche del 3 de Julio de 1813; pero fué rechazado, y se retiró á Pesquería Grande. De allí se dirigió á Vallecillo, y en el camino, junto á Salinas, fué derrotado por el teniente D. Timoteo Montañez. Perseguían á estas guerrillas el coronel Melgares, de Durango, y D. Felipe de la Garza, de Tamaulipas. Los obligaron á reunirse en el Refugio, hoy Matamoros, donde fueron destruidas por las tropas de la Colonia, como se le llamaba entonces á Tamaulipas. En estas peripecias se extinguieron completamente las dos tribus de los Ayaguas y los Garzas, sin que de ellas quedara ni un solo individuo.

Mientras pasaban estas cosas, el general Arredondo se dirigía por Tamaulipas á Tejas.

En Agualeguas recibió el nombramiento de comandante general de las cuatro provincias internas de Oriente, y de allí mandó de comandante militar de Monterey á D. Ramon Perea, hombre cruel y sanguinario, y siguió su marcha hácia á Béjar. En Cañaverde se le reunió el derrotado traidor Elizondo con sus sesenta hombres á pié.

Llegó á Monterey el bárbaro Perea pocos días después de la derrota de Herrera en Salinas. Hacía prender á cuantos le parecían sospechosos de ser insurgentes, y antes de meterlos á la cárcel les hacía dar 40 azotes ligados á la picota. En los primeros días de su gobierno en Monterey hizo fusilar multitud de infelices, y llenó los caminos inmediatos de cadáveres suspendidos de los árboles. Si se le decía que los que iban al suplicio eran inocentes, contestaba: "*Mejor, irán derechos al cielo.*" Por fin, el 24 de Agosto hizo salir una cuerda de ciento tres reos de infidencia, como él decía, destinados á presidio de ultramar; y por falta de cadenas los hizo encoradar, de modo que formaran una sola pieza, con tiras frescas de piel de buey. Pero dejemos á este Neron y volvamos á Tejas á continuar la relacion de los hechos de D. Bernardo Gutierrez.

Luego que este valiente y buen patriota tomó á Béjar, nombró una junta gobernadora y á ella consignó los reos de Estado para

que los juzgara. Cuando volvió de la batalla del Alazan supo que Arredondo se aproximaba y se disponía á salir á batirlo. En esto un tal D. José Alvarez de Toledo le sublevó la tropa, con pretexto de que no fusilaba los prisioneros, porque deseaba pasarse al partido realista. En este motin militar fué depuesto Gutierrez, que se retiró á Nueva-Orleans, fueron degollados los gobernadores y demas prisioneros; y fué proclamado Alvarez de Toledo general en jefe. Salió este con toda su tropa, y á seis leguas se encontró en el rio de Medina con las fuerzas de Arredondo. La accion fué reñidísima, solo duró cuatro horas, y Alvarez de Toledo fué completamente derrotado. Todos los prisioneros que hizo Arredondo los mandó pasar por las armas, con excepcion de uno solo, que fué D. José Phillips, persona bien conocida en esta ciudad como un buen ciudadano y que murió hace pocos años. Arredondo entró á Béjar; pero antes destacó al traidor Elizondo con 400 caballos en persecucion de los que huyeron. En este alcance Elizondo se portó como quien era, los persiguió hasta el rio Trinidad y en el camino á cuantos alcanzó hizo fusilar, llegando el número de los fusilados á 74. D. Miguel Serrano, teniente de la compañía volante de Laredo, se volvió loco de ver tanta carnicería, y dió en la idea de que Elizondo quería fusilarlo á él tambien. Con esta manía se

enfureció tanto una noche que estaban acampados en el rio de los Brazos cuando ya venian de vuelta, que mató al capitan D. Isidro de la Garza y dejó muy mal herido á Elizondo. El loco fué atado y remitido despues á San Hipólito, y Elizondo puesto en una camilla era conducido para Béjar; mas en la orilla del rio de San Márcos murió y fué sepultado sin ceremonia alguna. Tal fué el desastrado fin del alevoso y execrable traidor Elizondo. ¡Que su eterna infamia sirva de escarmiento á sus imitadores, y retraiga á los que piensen imitarlo!

En Julio de 1814 vino á Monterey D. Joaquin de Arredondo á establecer su comandancia y su cuartel general, despues de haber pacificado completamente á Tejas. Siete años sufrieron las provincias internas el durísimo gobierno de este caprichudo y voluntarioso comandante general que no hacia caso ni de las órdenes del virey ni de los despachos de la corte. En su tiempo se verificó la célebre expedicion del general D. Francisco Javier Mina. Supo Arredondo á principios de Abril de 1817, que Mina habia desembarcado en Soto la Marina, y como este punto era de su comandancia, reunió todas las fuerzas que pudo y se dirigió allá. Mina se habia internado hácia San Luis Potosí y habia dejado en el fuerte de la Marina á Sardá con una fuerza que no llegaba á cien hombres. Arredondo

sitió y atacó varias veces el fuerte con mas de mil soldados, y al cabo de muchos dias Sardá se rindió por capitulacion. En esta vez cayó prisionero el distinguido nuevoleonés Dr. D. Servando Teresa de Mier, que habia venido en compañía de Mina, y fué remitido á México con un par de grillos en los piés, en un macho aparejado, por el camino de la Huasteca. En este penoso viaje se rompió un brazo, y llegado á México fué puesto en las cárceles de la inquisicion. Arredondo se volvió á Monterey, donde fué recibido en triunfo.

Muerto parecia el espíritu de independecia despues de tan repetidos golpes. El partido realista creia bien asegurada ya su dominacion, cuando un suceso de inmensa importancia vino á poner en claro que ni la dominacion estaba asegurada, ni muerto el espíritu público. El ínclito caudillo de Iguala proclamó la independecia, y toda la nacion se estremeció como por una conmocion eléctrica. En Marzo resonó en Monterey el grito de Iguala. El suspicaz Arredondo se alarmó hasta el extremo, comenzó á sospechar hasta de sus oficiales, hubo delaciones, encarcelamientos y sumarias: aumentó los preparativos de defensa: puso cañones en las puertas de su casa y dobló las guardias. Si estas cosas aterrizaron á la poblacion, no calmaron la inquietud del azorado comandante general. Mandó

que la real caja se trasladara á Monterey. El tesorero y el Ayuntamiento del Saltillo se opusieron. Arredondo, para hacerse obedecer, mandó á su cuñado D. Nicolás del Moral con una compañía de granaderos, dándole órden de traer la caja y preso al tesorero. Para sostener esta fuerza y para poner miedo á los saltilleros, que comenzaban á alborotarse, mandó salir todo el batallon Fijo de Veracruz con algunos cañones, al mando de D. Pedro Lemus. D. Nicolás del Moral se pronunció por la independecia con todo el Saltillo, y D. Pedro Lemus secundó el pronunciamiento en el paraje de los Muertos. Desconcertado, aturdido y sin saber qué hacer Arredondo, reunió en su casa, que era el número 12 de la plaza principal que hoy llamamos de Zaragoza, una gran junta compuesta de la diputacion provincial, el cabildo eclesiástico, el ayuntamiento, todos los empleados y todos los notables, para que se resolviera qué debia hacerse en tanto aprieto. Esta gran junta en solemne sesion de la noche del 2 de Julio acordó que se jurara la independecia conforme al plan de Iguala. Amaneció el dia 3 de Julio de 1821, dia de eterna memoria, é improvisados los preparativos necesarios se juró con toda solemnidad la independecia de la nacion Mexicana, y se mandaron órdenes muy terminantes para que lo mismo se hiciera en todos los pueblos de las cuatros provin-

cias. Aquí se ve claramente que Monterey fué independiente 87 dias antes que la soberbia México. Arredondo, obligado por la necesidad, juró tambien la independencia el dia 3; pero acaso no tuvo intencion de cumplir su juramento, porque á poco tiempo se fué de aquí con el pretexto de ir á presentarse al héroe de Iguala, y de San Luis salió furtivamente llegó á Tampico y sin perder momento, se embarcó para la Habana, en donde murió algunos años despues.

No me detendré en hacer comentarios de estos acontecimientos ni en predicar la moral que de ellos se desprende. La simple relacion de los hechos desnuda y sin adornos, habla mas alto de lo que yo pudiera hacerlo. Mi intencion ha sido únicamente, vuelvo á decirlo, dar á mis conciudadanos una ligera idea de la parte que Nuevo-Leon tocó en los importantes sucesos de la guerra de independencia. Si por fortuna mia logro el objeto que me propuse, ó si en alguna vez llegan estos apuntes á ser útiles á alguno, entónces daré por bien empleada mi tarea.

Monterey, Setiembre 14 de 1870.

DISCURSO.

Que el C. Dr. J. Eleuterio Gonzalez pronunció, en la solemne distribucion de premios que hizo el R. Ayuntamiento de Monterey entre los alumnos mas aprovechados de sus escuelas, la tarde del dia 29 de Agosto del año 1880.

Quod enim munus reipublicae
majus inclusve offerre possumus,
quam si docemus atque erudimus
juventutem?

CICER. DE DIVINAT, LIB. 11. N. 2.

La instruccion pública es, sin duda alguna, la primera y la mas urgente necesidad de un pueblo libre: si una nacion quiere ser gobernada por un rey, ó por pocos ciudadanos, renuncia el uso de su libertad, abandonando su poder y sus derechos en manos de sus gobernantes; y en tal estado, al pueblo le basta resignarse á obedecer las órdenes de sus mandarines, ó mas bien de sus Señores, y poco ó

nada necesita la instruccion, porque nunca ha de tomar parte en los negocios públicos; pero si por el contrario, queriendo conservar su libertad, escoge el sistema republicano democrático, es decir, el gobierno popular, entónces cambia del todo la escena: el pueblo que se declara independiente y libre, carga sobre sí la obligacion de saber, á lo menos, lo muy preciso para conocer y usar de sus derechos, y para conocer y cumplir sus obligaciones. En la monarquía el rey gobierna, basta con que él sepa gobernar; y en la república gobierna el pueblo; con que será absolutamente necesario que el pueblo sepa lo que es preciso saber para gobernarse a sí mismo, porque si lo hace sin saber, sucederá lo que cuenta Plutarco que sucedió al dragon de la fábula: “La cola metió pleito á la cabeza porque aquella queria guiar la marcha alternativamente y á las veces, y nose guir siempre á ésta: y habiéndose puesto la cola á guiar, se estropeo ella misma, por no saber conducir, y lastimó á la cabeza, precisada á seguir, contra el órden natural, á una parte ciega y sorda.” Este ingenioso apólogo demuestra hasta la evidencia, mejor que un libro entero, la necesidad de saber que tiene un pueblo republicano.

Y si el saber es la primera necesidad del pueblo, ¿cual será la primera obligacion del ciudadano? La de instruirse, para que la

reunion de ciudadanos instruidos forme un pueblo que sepa gobernarse. El que no sabe, á lo menos, leer y escribir, tiene suspensos sus derechos, hasta cierto punto, porque muy mal puede reclamarlos y está imposibilitado para desempeñar la mayor parte de los empleos de la república: de todo esto se deduce, claramente, que la primera obligacion del ciudadano es la de instruirse.

Si la primera necesidad del pueblo es la instruccion y la primera obligacion del ciudadano es la de instruirse, ¿cual será el primer deber de los gobernantes de una república? Clarísimo es, que deben dar al pueblo abundantes elementos de instruccion y obligar á los ciudadanos á que se instruyan. Veamos de qué manera en el Estado de Nuevo-Leon los gobernantes y los gobernados han cumplido con sus respectivos deberes.

Nuevo-Leon, pequeña provincia de un vi-reynato, faé elevado repentinamente á la categoría de Estado libre y soberano. Pasó, por decirlo así, en un instante de las tinieblas á la luz, y en tal momento debió quedar deslumbrado, atónito y absorto; pero en medio de su turbacion pudo distinguir á ciertos hombres notables por la abundancia y brillantez de sus luces, y á ellos se dirigió, puso su suerte en sus manos, encomendádoles la árdua empresa de constituirlo. Recibieron aquellos sábios legisladores una provincia pequeña y

pobre, compuesta casi en totalidad de pastores, con muy poca agricultura, menos comercio, ningunas artes y, lo que es mas, sumida en una crasa ignorancia: nacida y criada bajo el régimen colonial, acostumbrada á la obediencia pasiva, y teniendo en sus mismas entrañas la peste de la division del pueblo en castas de Españoles, indios y mulatos, que entónces se distinguian perfectamente; y con tan infelices elementos se les pedía que formaran un Estado independiente, libre y soberano. Tamaña empresa hubiera desalentado á los mejores políticos; pero aquellos espíritus verdaderamente fuertes acometieron la empresa con fé y con entusiasmo, apuraron los recursos de su fecunda inteligencia y nos dieron la célebre constitucion de 1825. Monumento precioso que revela la mucha sabiduría de sus autores, y que fué, á no dudarlo, el primitivo origen de la felicidad de Nuevo-Leon. Ella encarriló al Estado en la senda republicana, con tan poderoso impulso qué, cualesquiera que fueran despues las visicitudes de los tiempos, no pudiera retroceder. Crearon y reglamentaron aquellos sabios legisladores todos los ramos de la administracion pública, con un tino admirable, pero sobre todo se fijaron en la instruccion del pueblo, como que ella era la que debía transformar al siervo en libre, al vasallo en ciudadano, y al ignorante, en hombre que conoce sus debe-

res y sabe cuales son sus derechos. En esa primera constitucion y en las leyes que se dieron entónces, se ve claramente, que aquellos legisladores, al organizar los diversos ramos de la administracion, se plegaron á las circunstancias de su tiempo; pero no lo hicieron así al tratar de la instruccion pública, sino que, haciendo abstraccion de lo presente, se imaginaron un Estado grande, rico y floreciente, y á este ideal ajustaron sus disposiciones, para que poco á poco y segun se fuera pudiendo, se fueran ejecutando.

Paréceme aquel sapientísimo Congreso un arquitecto insigne, que concibe la idea de un edificio muy grandioso, y sin tener en cuenta, ni el inmenso costo, ni el dilatado lapso de tiempo que su construccion demanda, solo atiende á levantar los planos, á delinearlos todo, y echa los cimientos con tal solidez y buena direccion, que nadie puede en lo sucesivo variarlos; y entónces levanta la parte que puede y deja lo demás para que lo sigan y acaben las futuras generaciones. Así aquellos insignes legisladores cimentaron la instruccion pública en Nuevo-Leon sobre las inamovibles bases de la enseñanza libre y la instruccion primaria obligatoria: "*El Estado protege la libertad de todo hombre para aprehender ó para enseñar cualquiera ciencia, arte ó industria,*" dice la constitucion, y el plan de instruccion pública añade: "*Los*

padres que no pueden por sí mismos enseñar, ó hacer enseñar á sus hijos y domésticos, serán obligados á mandarlos á la escuela pública." He aquí dos cosas de la mas alta importancia política y social en las que el pobre y pequeño Estado de Nuevo-Leon se adelantó mas de treinta años al resto de la nacion mexicana. La misma constitucion puso bajo el cuidado de los Ayuntamientos la instruccion primaria y mandó que en todos los pueblos hubiera escuelas municipales: en otro artículo dispuso, que en la capital y en los pueblos que fuera posible y necesario se establecieran colegios de instruccion secundaria, en los que ordenó que tambien se enseñara el dibujo, las matemáticas, la agricultura y la minería: mandó tambien que se pusieran escuelas de artes y oficios, con el fin de extinguir la inmoral ociosidad y la mendiguez voluntaria; una ley dispuso que en Monterey se estableciera un colegio de Abogados, y otra ordenó cómo el Tribunal de Justicia ha de hacer los exámenes de los Abogados para titularlos; y habilitó al colegio seminario para que allí se dieran los grados universitarios: otra ley previno que en las escuelas y colegios se leyera la constitucion del Estado: el plan de instruccion pública mandó que se pusieran escuelas de adultos en las cárceles y en las haciendas, que se pusiera en el Hospital una escuela de Medicina, que en todas las escue-

las y colegios, á mas de leer la constitucion del Estado, se leyera tambien la federal: todo lo reglamentó con la mayor minuciosidad, y en uno de sus artículos dice: que si algun bienechor fundare alguna cátedra de Agricultura, de Química, de Botánica, Mineralogía, Oritognocia, Anatomía, Economía política, Economía doméstica, Derecho de gentes, ó cualquiera otra ciencia útil, se declare benemérito del Estado, y su nombre ó su retrato se ponga en el lugar del establecimiento que fundó: finalmente, la constitucion declara, que el Estado protege muy especialmente los establecimientos particulares de enseñanza, las bibliotecas, gabinetes y laboratorios que se establezcan; y garantiza el cumplimiento de las obligaciones y derechos que sus fundadores se reserven.

Tales son las disposiciones de nuestros primeros legisladores. Decidme ¿qué les falta para ser un plan de instruccion pública perfecto? Ciertamente que nada. Para mí lo único que falta es que debidamente se cumplan. Muchas de estas cosas se han hecho ya; pero aun faltan muchas que hacer; mas yo creo que las necesidades crecientes de los pueblos harán que se piense en ejecutarlas. Los congresos posteriores todos se han distinguido por su celo en materia de instruccion pública; han expedido muchas y sabias leyes sobre esto; pero bien vistas, no son

mas que reglamentos de las primitivas disposiciones de que hemos hecho mencion. Con cuan recto juicio y con que sana crítica ha dicho el ilustre Lic. Garza García, en la memoria que presentó al Congreso al fin de su gobierno: "La instruccion primaria en el Estado es forzosa y obligatoria, y este carácter se le ha impreso desde ha mucho tiempo, casi desde que empezó á figurar Nuevo-Leon como entidad federativa, pues la ley de instruccion primaria que dieron sus sábios legisladores del año de 1826, ya contenia esos preceptos."

"Los primitivos legisladores, ademas de estar poseidos de un sano juicio y bien penetrados del espíritu de las instituciones que la nacion se acababa de dar, comprendieron desde luego que era menester educar al pueblo, porque así como se le obliga á ir á los comicios á elejir sus mandatarios, así era indispensable declarar que estaba obligado á recibir la enseñanza rudimentaria."

"De suerte que esto que ha sido una novedad para otros Estados, para el nuestro es una cosa muy trillada; y de entonces acá, no se ha hecho mas que estudiar el modo de dar á tan saludables preceptos más vigor y la mayor amplitud posible."

En los actuales tiempos vemos con placer que se han multiplicado las escuelas municipales, que se han erigido muchos estableci-

mientos particulares de instruccion, que se han fundado colegios de educacion secundaria en algunos pueblos del Estado; y que se han puesto ya en buena forma las escuelas superiores de Jurisprudencia y de Medicina. Todo esto prueba plenamente que los gobernantes neolegionenses han cumplido con sus deberes más allá de lo que podía esperarse. Veamos ahora de que manera los ciudadanos han sabido aprovecharse de los desvelos y afanes de sus mandatarios.

Al constituirse Nuevo-Leon en Estado independiente, no había en todo él mas escuela gratuita que la que habia en la capital, sostenida con los réditos de un legado piadoso en la cual se recibia una veintena de educandos. Se promulgó la constitucion, y un bienio despues, ya tenia el Estado 22 escuelas municipales, con 948 niños: pasados otros dos años, había 31 escuelas y las frecuentaban 1374 alumnos; y si pasamos al fin del tercer bienio encontraremos, que las escuelas municipales eran ya 38, y que contenian en su seno 1598 educandos. Tan rápidos así fueron los progresos de los neolegionenses bajo el vivificador influjo de las instituciones democráticas.

Tan molesto como inútil seria seguir, benio por bienio, el desarrollo de la instruccion en nuestro Estado: dejemos correr un lapso de tiempo de un medio siglo y veamos lo que

en él se ha adelantado. Hoy cuenta el Estado de Nuevo-Leon con 285 escuelas, en las que reciben la enseñanza de las primeras letras nada menos que 13,660 niños. Además es preciso añadir, que en 1825 en todo el Estado no había ni un solo médico, y hoy se cuentan 47, no había ni un farmacéutico y hoy tenemos 16, no había mas de tres abogados y hoy se cuentan 81, no había mas establecimiento de educación secundaria que el colegio seminario; hoy existe el colegio seminario, el colegio civil, tres colegios, uno en Salinas, otro en Marin y otro en Cadereyta, y otros tres que están ya decretados y pronto se establecerán.

Estos pocos datos numéricos, tomados de las memorias que han presentado los Gobernadores, prueban matemáticamente que los ciudadanos neolegionenses han sabido aprovecharse de los abundosos elementos de instrucción que les ha tocado en suerte tener.

Tan cierto es esto, y tan satisfactorio debe ser para los neolegionenses, que en un precioso libro publicado en 1875 é intitulado: "La instrucción pública en México." su autor, el Sr. José Diaz Covarrubias, despues de muchas noticias estadísticas muy curiosas, despues de consideraciones muy concienzudas y despues de minuciosos cálculos, divide la instrucción pública de todos los Estados de la República en once grados: En el primero

coloca al Distrito federal y al Estado de Tlaxcala, en el segundo á Nuevo-Leon, y siguen despues; por su órden, los demas Estados. En México y Tlaxcala hay un siete por ciento, sobre la población, que concurre á las escuelas, y en Nuevo-Leon esta cifra es de seis y siete décimos, con que solo nos falta hacer un pequeño esfuerzo para igualarnos á la capital de la República.

¡Oh una mil veces venturoso Nuevo-Leon que en medio de tu pequeñez y pobreza pudiste encontrar hombres buenos que en tí sembraran la fecunda semilla de la ilustración, que no es otra sino la enseñanza! Pero esta sementera hecha en tiempo tan oportuno y con tan buena dirección, se hubiera perdido si los obreros que continuaron despues no le hubieran convenientemente dado la mano de obra, que tan imperiosamente reclamaba. En efecto, señores, en Nuevo-Leon, cualesquiera que hayan sido los cambios políticos, cualesquiera que hayan sido los partidos entronizados, todos de consuno han procurado atender á la instrucción pública; y todos han trabajado en mejorarla. Los Ayuntamientos, sobre todo, se han distinguido siempre por su celo en mantener en buen estado la enseñanza; durante el régimen federal, bajo el gobierno central, en tiempo de la invasión americana, y hasta sufriendo la terrible presión del gobierno intervencionista

francés, jamas han cesado en la buena obra de mantener y vigilar sus escuelas. Gracias á sus continuos trabajos hemos llegado al estado en que hoy estamos.

Ya habeis visto, oh tiernos niños, que me escuchais, cuantos cuidados, cuantos afanes y cuantas desvelos ha costado á los mandatarios neolegionenses promover la educacion, erigir, fomentar y mantener las escuelas: á vosotros toca aprovechar estos trabajos, á vosotros que sois la porcion escogida del pueblo, la que con el tiempo ha de formar una masa de ciudadanos instruidos y morigerados, que sean la honra de su patria y el mas firme apoyo de las libertades públicas, á vosotros os ha tocado esta suerte; este es, pues, vuestro destino, cumplido con fidelidad, comenzando por ser dóciles á los preceptos de vuestros maestros, aplicados al estudio y á las demas tareas de la escuela, aprendiendo á ser buenos, honrados y útiles ciudadanos.

Entre las muchas virtudes con que debeis adornar vuestro espíritu, os conviene comenzar desde ahora que estais en edad tierna, por ejercitaros mucho en la práctica del agradecimiento: la gratitud es el compendio de todas las virtudes, y facilita singularmente el ejercicio de todas: porque el que agradece á Dios los inmensos é innumerables beneficios que de su liberalidad recibe, procura agradarle siempre, cumplir sus mandamientos; y no

pudiendo pagarle de ningun modo lo mucho que le debe, se considera eternamente obligado á respetarlo y amarlo de la mejor manera que le fuere posible. Luego el que es verdaderamente agradecido, es necesariamente bueno; y el que es malo, forzosamente comenzó por ser ingrato.

Ademas estais estrictamente obligados á ser muy agradecidos á cuantos beneficios recibiereis; amad, pues, respetad y atended siempre á todos vuestros bienhechores, y muy particularmente á vuestros padres, que os dieron el ser y han cuidado y cuidan de vuestra infancia, á las autoridades superiores que han dispuesto y ordenado vuestra educacion, á la R. Asamblea Municipal, que tanto se desvela por vuestro bien, que paga los gastos de vuestra enseñanza y cuida que se os dé con todo arreglo á la razon y á las leyes; y mas que todo, á vuestros preceptores que son los que os quitan la tosca corteza de la rusticidad y la ignorancia, volviéndoos de rudos é inciviles, en inteligentes y pulidos ciudadanos: el beneficio que se recibe con la instruccion, es inestimable y con nada se paga, de manera que no queda mas arbitrio que agradecerlo siempre.

Los hombres mas eminentes, cuyos nombres nos ha conservado la historia, recomendándolos como buenos, se distinguieron por el amor y consideraciones que tuvieron siem-

pre á sus maestros; el grande Hipócrates juró y hacia jurar á sus discípulos, tener siempre á sus maestros en el mismo lugar que á sus padres: Alejandro Magno conservó toda su vida un amor y un respeto muy singulares á sus maestros Aristóteles y Anaximenes; el Emperador Marco Aurelio hizo labrar de oro las imágenes de sus maestros y las tenia en el lugar mas honorífico de su casa; y Ciceron amaba tiernamente, no solo á sus maestros, sino hasta los lugares en que habia sido educado.

Ea, pues, ó tiernos y amables niños, estudiad mucho, aprended cuanto podais, sed siempre agradecidos, y yo os aseguro que se-
reis siempre buenos.

Y vosotros, los que habeis recibido el premio de vuestra aplicacion y adelantos, tened entendido que estas honrosas distinciones se os conceden, no tanto por lo que habeis hecho, cuanto por lo que teneis que hacer: se os dan para que os apliqueis mas, para que aprendais lo que os falta: se os dan para estimular á vuestros compañeros á que se esfuercen por igualarse, y aun por adelantarse á vosotros. Así es que debeis trabajar incesantemente para conservar el honor adquirido, para alcanzar nuevos premios; y para animar á vuestros colegas con vuestro buen ejemplo. Considerad que esta funcion solemne y los premios que se os han repartido,

no son mas que ingeniosos medios de que vuestros bienhechores, los municípes, se valen para despertar en los niños el deseo de aprender, y haceros por este medio mas aplicados y mas instruidos: así es que á vosotros toca ayudar á vuestros benefactores á conseguir el noble fin que se proponen, estudiando y aprendiendo mucho, para que vuestro ejemplo anime á los demas á hacer lo mismo. Hacedlo así para provecho vuestro y de vuestros compañeros y para satisfaccion de vuestros bienhechores, comenzad á retribuirles de este modo algo de los muchos bienes que recibís con la educacion que se os da. Sed siempre estudiosos, obedientes y reconocidos para que seais siempre buenos y útiles ciudadanos.—DICE.

INFORME

Que el director de la Escuela de Medicina de Monterey leyó, en el Hospital Civil latarde del día 26 de Junio de 1878, ántes de la lectura de calificaciones de los alumnos examinados.

Las ideas de los grandes hombres son como aquellas semillas tan perfectas y bien acondicionadas, que, ocultas profundamente en la tierra, conservan por tiempo indefinido su vida y sus propiedades; y que, cuando el terreno que las cubre se desmonta y rotura convenientemente, ellas, puestas al alcance benéfico del calor y de la luz, del aire y de la humedad, germinan y nacen con tanto vigor y lozanía como las semillas nuevas. Medio siglo ha trascurrido desde que un géuio superior, un hombre ilustrado y benéfico concibió una de esas ideas imperecederas y siempre fecundas. El ilustre C. Joaquin García,

tres veces Gobernador de Nuevo-Leon, quiso marcar el período de su primer Gobierno con una mejora positiva, con un beneficio insigne, quiso fundar en Monterey una Escuela de Medicina. Poco tiempo ántes el Congreso del Estado habia concedido al Colegio Seminario las facultades y privilegios de Universidad, para que allí se pusieran las cátedras que se fueran fundando, y para que allí se recibieran los grados académicos. Por eso la cátedra de Jurisprudencia, que entónces se fundó, fué puesta en el Seminario. Mas el Señor García, para realizar su pensamiento, hizo venir de México un profesor, y, aunque dependiendo del Colegio como Universidad, estableció la Escuela de Medicina en el Hospital de Nuestra Señora del Rosario, porque él sabia muy bien que el arte de curar debe aprenderse en un sitio á propósito, y este sitio no puede ser otro sino un Hospital.

Tuvo este ilustre ciudadano el gusto de ver abierta una cátedra de Anatomía; pero como él era el único que pensaba en hacer esta grande obra, y nadie le ayudaba en ella, creyendo unos que el estudio de las ciencias naturales era peligroso, porque disponia á la incredulidad y al materialismo, y pensando otros que era innecesario y dispendioso, faltaron los fondos, el profesor dejó la cátedra, no hubo con quien sustituirlo, los discípulos se retiraron, y el buen ciudadano vió desva-

necerse como el humo sus esperanzas y sus ilusiones, porque ni las circunstancias de su época le ayudaron, ni los hombres de su tiempo lo comprendieron. La idea de este grande hombre no pudo realizarse por entónces; pero no murió, quedó siempre viva en el ánimo de los buenos la idea de una Escuela de Medicina en un Hospital.

Pasaron mas de veinte años, el tiempo, fiel á su costumbre, cambió los hombres y las circunstancias, y el Congreso de 1851 crió el Consejo de Salubridad, imponiéndole la obligacion de "Erigir en la capital, cuando sus fondos se lo permitan, cátedras de los diversos ramos de las ciencias médicas." La primera dificultad que se ofreció al Consejo fué la falta de fondos. Los que la ley se habia señalado eran escasísimos. Sin embargo, venciendo dificultades, logró fundar en 5 de Diciembre de 1853 una cátedra de Obstetricia. Por ese tiempo habia ya desaparecido el antiguo Hospital de Nuestra Señora del Rosario, por lo que la tal cátedra tuvo que darse en la casa del profesor, y el Consejo dirigió toda su atencion á erigir un Hospital, como un preliminar indispensable para la enseñanza de las ciencias médicas. En 4 de Noviembre de 1857, facultó el Congreso al Ejecutivo para que fundara el Colegio Civil. Desde luego el Consejo pretendió que al fundarse ese Colegio se pusiera en él la Escuela de Medicina.

Esto lo consiguió, aunque no sin trabajo; y, por fin, se vió fundado el Colegio Civil en 30 de Octubre de 1859 con las Escuelas de Jurisprudencia y de Medicina agregadas á él. El Consejo de Salubridad se esforzó, por su parte, en la construccion del Hospital, y logró abrir al servicio público su primera enfermería el 2 de Mayo de 1860. Aquí comenzaron á hacer su práctica los primeros alumnos. Algo mas de dieziocho años permaneció unida al Colegio la Escuela de Medicina, y en este tiempo ha producido, autorizados legalmente, cuarenta y tres profesores de Medicina y Cirujía y diez y nueve de Farmacia.

La ley de 12 de Diciembre de 1877 reformó el plan de estudios y mandó separar del Colegio Civil las Escuelas de Jurisprudencia y de Medicina. La Providencia, que nada hace al acaso, ha querido que venga á dar cumplimiento á esta ley, y á fijar definitivamente la Escuela de Medicina en este Hospital, un nieto de aquel grande hombre, que el primero intentó aclimatar en Monterey el estudio de las ciencias naturales. Si por circunstancias de los tiempos no lo comprendieron sus contemporáneos, ni pudieron sus hijos seguir sus huellas, hoy, pasadas dos generaciones, sus descendientes han venido á comprenderlo y se han aplicado á realizar la idea que él, con tan bellas intenciones, concibió é intentó poner en obra.

Tenemos ya una Escuela de Medicina, convenientemente situada en un sitio propio y natural, con ocho profesores dispuestos á dar la enseñanza de los diversos ramos de las ciencias médicas, con setenta alumnos y con suficiente número de enfermos que observar. ¿Qué nos falta? Que los alumnos puedan, quieran y deban aprender, ó mas claro, que tengan talento para aprender, que tengan la fuerza de voluntad necesaria para entregarse al trabajo hasta morir, y que tengan la probidad by honradez indispensables para ejercer dignamente una profesion tan espinosa como delicada, y tan noble como útil á la sociedad. Los que carezcan del talento suficiente y los desaplicados, nada alcanzarán; y los que no sean hombres de bien á toda prueba, ó no serán admitidos, ó serán expulsos de este plantel de educacion profesional. La Escuela de Medicina no reconocerá por sus hijos mas que á los que reúnan las tres indispensables condiciones de capacidad, aplicacion y honradez.

El primer acto solemne de esta Escuela en el nuevo lugar de su establecimiento, ha sido el de hacer los exámenes ordinarios en fin de año. Han sufrido la prueba sesenta y tres alumnos y de ellos han sido aprobados cincuenta y cuatro. Los exámenes no pudieron hacerse en esta vez con todo el rigor debido, atendiendo á que, por las circunstancias ex-

cepcionales en que nos hallamos, el año escolar quedó reducido á ocho meses; pero en lo sucesivo será de otra manera. Encarrilada ya la escuela en la vía legal, los exámenes serán llevados al último extremo de rigor posible. Con esto y con ser siempre intransigente con los que no tengan una moralidad buena á toda luz, esta escuela cumplirá con el fin de su institucion, que es producir profesores que sean verdaderamente útiles.

LA FIESTA

DEL 16 DE SETIEMBRE.

No son las fiestas cívicas un entretenimiento inútil, ni se inventaron para emplearlas en la práctica infame de los vicios, como suelen hacerlo muchos malos é indignos ciudadanos, sino que por su naturaleza misma ellas están destinadas á excitar el patriotismo, recordando las glorias nacionales, despertando los sentimientos de admiración y gratitud, que merecen las grandiosas acciones de nuestros héroes, y engendrando en los corazones el deseo de honrar y engrandecer á la patria, y de trabajar en obsequio del bien procomunal. Tan noble así y de tan grande utilidad, es el fin de la institucion de estas festividades solemnes. Por eso todos los pueblos de la tierra han procurado siempre celebrarlas con pompas y regocijos no comunes. Los antiguos mexicanos, aunque no tenían en su Gobierno el trono

apoyado sobre el altar, celebraban la coronacion de sus reyes, la memoria de sus victorias y todas sus fiestas nacionales, en los templos acompañadas de oraciones, sacrificios y ceremonias sagradas.

Con la conquista se acabó el imperio mexicano y la religion de los Aztecas, sustituyéndose con la dominacion española y las prácticas del cristianismo.

Los indios conservaron en sus fiestas religiosas, ciertos bailes mímicos que recordaban, no sus glorias nacionales, que habian perecido con la ruina de su imperio, sino los principales sucesos de la conquista que avivaban la dolorosa memoria de sus desgracias.

Yo me acuerdo haber visto, no ha muchos años todavía, una danza que representaba la prision del Emperador Moctezuma; y muchas veces ví representar en los pueblos inmediatos á Guadalajara, una pantomima llamada *Tastuanes* que recordaba la aparicion de Santiago apóstol en México, matando una buena porcion de los Señores Aztecas. Un indio vestido de Santiago, montado á caballo y con espada en mano, perseguia á los *Tastuanes*, que eran una veintena de indios vestidos de una manera extravagante; y cuando Santiago lograba alcanzarlos y tocarlos con su espada, ellos se dejaban caer y se fingian muertos. Esto repetian los ocho dias que duraban las fiestas; pero en el pueblo de Mezquitán, que

dista un cuarto de legua al norte de la ciudad, pasaban las cosas de otro modo: los siete dias primeros se dejaban los Tastuanes matar como en los demas pueblos; mas en el dia octavo, ya venian bien armados con buenas espadas y rodelas, y no huían de Santiago, sino que por el contrario, arremetian contra él; y como eran muchos, al fin lograban rodearlo, sugetarlo, apearlo del caballo, fingir que lo mataban y que lo mutilaban ignominiosamente, arrojando al aire dos bolas de madera, que llevaban ocultas y que simulaban haber-selas cortado á Santiago. Despues de esto dejaban el muerto tendido en la plaza, y corrian en todas direcciones, gritando: *¡Chinaca Tlatoani! ¡Chinaca Tlatoani!*

Habia en Guadalajara un indio San pedroño llamado Tio Pedro Anguiano, muy instruido en las tradiciones antiguas, y á éste pregunté yo con muchas instancias que me dijera por qué no mas en Mezquitan mataban á Santiago, y en los demas pueblos no: al fin logré que me respondiera, lo cual hizo en los siguientes términos: “Ahora que estamos solos y que por el empeño que tomas en saber estas cosas conozco que tienes mas de mexicano que de coyote te diré que el Santiago de los Cachopines no era mas que ellos mismos: venian predicando la ley de Dios: “no matarás, no matarás” y para que por las matanzas que hacian no les dijeran que quebranta-

ban la ley de Dios, ellos decian: Santiago mata; nosotros traemos la fé, y el mata á los que no quieren creer. Nos dicen que en México se apareció Santiago y mató muchos señores porque no eran cristianos; pero nosotros sabemos bien, y lo supieron nuestros padres, que el que hizo esa matanza en los señores Aztecas no fué Santiago sino Pedro de Alvarado; y no porque no eran cristianos, sino por quitarles las alhajas de oro y plata con que iban adornados. Tambien aquí en la sublevacion de 1541 cuando estaban los indios empeñolados en el Mixton, dijeron los Cachopines que habia subido Santiago, capitaneando una cuadrilla de Españoles, y habia hecho una buena matanza; pero lo cierto es que no fué Santiago el que subió, sino Juan del Camino que halló á los indios descuidados y mató muchos, pero que rehaciéndose despues y arremetiendo contra él, lo hicieron bajar del cerro y al dia siguiente, que quiso volver á subir, no pudo, porque halló las veredas cortadas con cercas de grandes piedras y defendidas con gran número de combatientes. Durante esa misma sublevacion, y cuando estaba D. Diego Zacatecas empeñolado en el Peñol de Nochistlan, cuyo Peñol estaba defendido por la poderosa tribu de los Cascanes, que eran los mas valientes de todos los sublevados, el Gobernador Oñate pidió auxilio al primer Virey D. Antonio de Mendoza, el

cual vino en persona con mas de 20,000 hombres entre Mexicanos, Tlascaltecas y Cachopines; pero ántes de llegar el Virey, vino primero contra los sublevados Pedro de Alvarado y fué á atacar al Peñol de Nochistlan, creyendo que los Cascanes eran lo mismo que los Mexicanos y los de Guatemala, que se dejaban matar sin combatir; pero apenas habia comenzado Alvarado su ataque, salieron los cascanes con grandísimo ímpetu, arremetieron contra él y lo hicieron descender del cerro; bajaron al llano y combatieron hasta hacerlo retroceder y emprender en retirada, la subida de la cuesta de las Huertas, atacando siempre su retaguardia. Allí cayó Pedro de Alvarado, bajo el peso de un caballo que se le rodó y los Cachopines, con trabajo lograron sacarlo de allí y llevarlo al pueblo de Tactlan, donde murió. D. Antonio de Mendoza llegó, y á pesar de su mucha gente y los muchos ataques que dió al cerro, tanto del Mixton como el de Nochistlan, nunca pudo domar á los bravísimos Cascanes, hasta que por fin el Padre Fray Antonio de Segovia, los redujo por bien y los bajó de paz. Ahora bien, has de saber, que los habitantes de Mezquitlan son de la tribu de los Cascanes, y por eso hacen lo que has visto para conservar la memoria de que ellos mataron al Santiago de los Cachopines.

“La mutilacion que le hacen significa que

aquí no quedó raza de ese Santiago, ni puede haberla más; porque bien sabemos, que cuando estaba Doña Beatriz de la Cueva viuda de Alvarado, en Guatemala, celebrando el duelo en su Palacio, sobrevino un terremoto y ella con todos sus hijos y la familia de Alvarado, se refugió en una capilla y arreciando el terremoto, la capilla se desplomó y los mató á todos.

Por otra parte, aquí Juan del Camino que es el otro Santiago, y pariente del primero, fué de los pobladores de la ciudad, murió sin dejar sucesion ninguna; de manera que hay seguridad absoluta de que no volverá otro Santiago, lo cual significa la mutilacion que viste hacer en la ceremonia de Mesquitlan. Se van gritando: *Chinaca Tlatoani, Chinaca Tlatoani*; que á la letra quiere decir “encuerados los señores,” pero que en el sentido figurado *Chinaca* significa no solo desnudo, sino insurgente liberal, guerrillero; y así, debe traducirse *Chinaca Tlatoani*: “los señores se han vuelto guerrilleros.”

Después de la conquista, los Españoles inventaron una fiesta cívica para recordar la ruina del imperio azteca y el principio de su dominacion. Esta fiesta llamada el paseo del Pendon, se celebraba el dia 13 de Agosto, dia de San Hipólito mártir, en cuya fecha rindió Hernan Cortés á la ciudad de México, y tomó prisionero al último de sus reyes, al

desgraciado Cuautemotzin. Consistía esta fiesta en misa y sermón, que hacia veces de oración cívica, en un besa-manos, es decir, que la primera autoridad política recibía felicitaciones y plácemes á nombre del Rey; y en un paseo cívico, que era una gran cabalgada en que llevaban en triunfo el pendón con las armas reales. Todas las autoridades, el Ayuntamiento, todos los empleados y muchos ciudadanos en medio de músicas, cohetes, repiques y salvas de artillería, recorrían las principales calles del pueblo, siguiendo al Altérez real que, vestido con calzón de terciopelo carmesí y casaca de paño de grana, llevaba enarbolado el pendón hasta ponerlo en las casas consistoriales de donde lo había sacado. Esta fiesta se celebró casi 300 años, hasta que las córtes de Cádiz, en el año de 1811, mandaron que cesara, porque recordando los sucesos de la conquista, irritaban los ánimos de los mexicanos, ya demasiado propensos á la independéncia.

El 16 de Setiembre de 1810, el benemérito Hidalgo, en un raptó sublime de patriotismo, y en un acto de valor inimitable, proclamó la independéncia, como es bien sabido, sin mas que diez hombres mal armados.

Este día, pues, cuya memoria celebramos todos los años, recuerda el principio glorioso de nuestra emancipación política. El año siguiente, que fué el de 1811, no hubo fiesta cívica.

vica ninguna, porque la del 13 de Agosto habia sido suprimida, y el primer aniversario del 16 de Setiembre no pudo celebrarse, porque Morelos en Chilpanzingo y Rayón en Zitácuaro, estaban de gran duelo por la muerte del esclarecido Hidalgo, ocupados en organizar la primera Junta Suprema nacional, pero al año siguiente, es decir, el de 1812 el General Rayón que se hallaba en Huichapan, cerca de México, celebró el segundo aniversario con cuanta solemnidad y pompa le fueron posibles. En esta insigne fiesta se publicó el siguiente documento, que no puedo ménos de insertar en este lugar, porque aunque se lee en nuestros historiadores, como estos no andan en manos de todos, creo que será de grande utilidad para el pueblo el que circule en los periódicos.

Helo aquí:

“LA JUNTA SUPREMA DE LA NACIÓN, á los americanos en el aniversario del 16 de Setiembre.

Americanos: cuando vuestra Junta nacional, impedida hasta ahora de hablaros por el cúmulo vastísimo de cuidados á que ha tenido que aplicar su atención, os dá cuenta de sus operaciones, de los sucesos prósperos que han producido, ó de los reveses que no siempre ha podido evitar, escoje para llenar esta

obligacion reclamada por la confianza con que habeis depositado en sus manos el destino de vuestra patria, la interesante circunstancia de un dia en que debe ser indeleble en la memoria de todo buen ciudadano. ¡Dia 16 de Setiembre! El espíritu engrandecido con los tiernos recuerdos de este dia, extiende su vista á la antigüedad de los tiempos, compara las épocas, nota sus diferencias, vé lo que fuimos, esclavos encorvados bajo la coyunda de la servidumbre, mira lo que empezamos á ser, hombres libres, ciudadanos, miembros del Estado con accion á influir en su suerte, á establecer leyes, á velar sobre su observancia, y al formar este paralelo sublime esclama enagenado de gozo: ¡oh dia, dia de gloria, dia inmortal: permanezca grabado con caracteres perdurables, en los corazones reconocidos de los americanos! ¡oh dia de regeneracion y de vida!

Inesperadas dichas, imprevistas adversidades, pérdidas sucediendo á las victorias, triunfos llenando el vacío de las derrotas; la nacion elevada hasta la altura de la independenciam, descendiendo luego al abismo de su abyecto estado, ayudada de su primer esfuerzo por la influencia protectora de la fortuna, abandonada despues de esta deidad inconstante, enemiga de la virtud y compañera del crimen: subiendo paso á paso, desde el ínfimo grado del abatimiento hasta la excelsa cumbre en

que hoy se halla colocada majestuosa y serena. Hé aquí, americanos, el cuadro prodigioso de los acaecimientos que en el trascurso de dos años han formado la escena de la revolucion, cuya historia va á trazar con suscintas líneas vuestro congreso nacional.

Dáse en Dolores un grito repentino de libertad: resuena hasta las extremidades del reino, como el eco de una voz despedida en la concavidad de una selva: agitándose los ánimos, reúnen en crecidas porciones para hacer respetable la autoridad de sus reclamaciones: ven los pueblos el peligro de su situacion, conocen la necesidad de remediaria; júntase un ejército que sin disciplina y pericia espugna á Guanajuato: supera la oposicion de Granaditas: toma la ciudad, donde es recibido con aclamaciones de júbilo, y marcha victorioso hasta las puertas de la capital. Empeñase allí una porfiada pelea: triunfa la inexperiencia de la sagacidad: el entusiasmo de una multitud inerme contra la arreglada union de las filas mercenarias: corona la victoria el heroismo de nuestros esfuerzos, y los escuadrones enemigos en pequeños miserables restos buscan el refugio de los hospitales para curar sus heridas. El campo de las Cruces queda por los valientes reconquistadores de su libertad, que tan indignados contra el tiránico poder que los obliga á derramar su propia sangre, como deseosos de economizarla, sus-

penden sus tiros mortíferos á la vista de las insignias de paz y de concordia divisadas en el campo de los contrarios para herir con este ardid alevoso, á mas, usado entre los bárbaros, á quienes no pudieron rechazar con la fuerza de sus armas. Sobreponense sin embargo las disposiciones de fraternidad á los excesos del furor en que debió precipitarnos tan salvaje felonía, y los medianeros de la conciliacion enviados con temor y desconfianza, se presentan á los vencidos á proponer y ajustar un tratado que restituyese la tranquilidad y asegurase la armonía. Este paso de sinceridad fué despreciado, desatendidas nuestras propuestas, mofadas irrisoriamente y respondidas con insulto y provocaciones irritantes. Cansados, en fin, de hablar sin esperanza ya de ser oídos, fué la intencion pasar adelante, y sacar de aquel triunfo por el medio de la fuerza todas las ventajas que ofrecia á unos y á otros el de la razon y la dulzura; mas la incertidumbre del estado de la capital, la inaccion de sus habitantes obligados por la tiranía á encerrarse en lo interior de sus moradas, el justo temor de los desórdenes á que se hubiera entregado una muchedumbre embriagada en su triunfo, é incapaz todavía de sujecion á una autoridad naciente, hace retroceder el ejército y se reserva para sazon mas oportuna la decisiva entrada de la corte.

Este movimiento retrógado es mirado por

diferentes aspectos segun la intencion y capacidad de los censores; la determinacion empero de alejar el grueso de nuestras fuerzas de aquel punto, es llevada al cabo y conducido á Guadalajara el ejército de las Cruces. Allí despues de conocida en la infortunada refriega de Aculco, la necesidad del orden, se empieza la organizacion, la disciplina, la subordinacion y arreglo del soldado. Todas las preparaciones se aprestan, todas las disposiciones se toman para recibir la division enemiga del centro, que al mando de Calleja marchó á dispersarnos, y concluir sin los preparativos: descarga el ímpetu de diez mil hombres armados contra el débil estorbo de seiscientos soldados visos que resistieron con esfuerzo increíble un choque en que el valor estuvo de su parte, aunque tuvieron en contra la fortuna. Trábase la lid, y el Puente de Calderon, defendido con heroismo, es vencido por los contrarios, que se abren paso por él para entrar á la ciudad.

Verificóse en efecto la entrada y la dispersion de la tropa que fué su consecuencia infausta; precipita la salida de los generales, que superiores al maligno influjo de su estrella, caminan con la imperturbable serenidad de los héroes á refugiarse á las provincias remotas de lo interior, donde abandonados á la malhadada suerte que es el distintivo de las

almas grandes, son aprehendidos con vileza por los caribes de aquel rumbo.

Parecia que la Providencia queria poner nuestra constancia á una prueba terrible y dudosa, y que el edificio del Estado, conmovido y debilitado con tan violentos vaivenes, iba ya á desmoronarse y quedar sepultado en sus mismas ruinas, cuando una invisible fuerza detiene su amenazante destruccion y suscita nuevos campeones que reparan las pérdidas, hacen revivir el espíritu amortiguado del pueblo, y lo conducen por el camino de los sacrificios al término de la victoria. Las reliquias del fugado ejército de Calderon, parte sigue á los generales, parte se reune bajo la conducta de un caudillo que fué en aquella época la única firmísima columna de la insurreccion. Este triunfa de Zacatecas, recibe la batalla memorable del Maguey y la jornada de los Piñones, en que oprimido el soldado de necesidades mortíferas, vió perecer al rigor de la sed algunos de sus compañeros, prepara los gloriosos acaecimientos de Zitácuaro. Esta villa es dos veces el teatro de nuestros triunfos, y quince fusileros protegidos de inexpertos guerreros con la anticuada arma de la honda, vencen la táctica del dia, diestramente dirigida por sus científicos contrarios. Torre perece con su division; la de Emparan es rechazada por un número de hombres diez veces menor, sin que de la in-

trépida del primero haya libertádose uno que diese al cruel gobierno noticia de esta catástrofe. Por todas partes se dejan ver los trofeos del vencimiento, en tanto que el esforzado Villagran, posesionado del Norte, acomete sin interrupcion las reuniones de esclavos que infestan su demarcacion, intercepta convoyes, obstruye la comunicacion al enemigo, y lo hostiliza incesantemente con la lentitud mas funesta. Por el Sur el bizarro, valeroso é invicto Morelos todo lo sujeta con suave violencia al imperio de la razon, todo lo domina, todo lo arregla y consolida con indecible rapidez, consiguiendo tantas victorias cuantas batallas dá ó recibe.

Miéntas nuestras armas hacen por estos rumbos tan rápidos y brillantes progresos, los vencedores de Zitácuaro se aprovechan de sus triunfos, aumentan la tropa, la inspiran el espíritu de disciplina y obediencia, y se concibe y ejecuta allí el proyecto mas útil, mas grandioso y necesario á la nacion en sus circunstancias. Erígese una junta que dirige las operaciones, organiza todos los ramos de un buen gobierno, y dá unidad y armonía al sistema de la administracion, inevitable para precaver los horrores de la anarquía. Al punto es reconocida y respetada su autoridad, y los pueblos enteros acuden ansiosos á sancionar con su obediencia la instalacion del progreso. Prepárase entónces el ataque de

aquella villa insigne, primer santuario de la libertad, y sus heróicos vecinos se deciden á resistirlo y á escarmentar la osadía de los agresores. Acércanse á probar fortuna: acometen furiosos, animados del espíritu maligno de Calleja, dáse la señal del combate, y sus tropas, superiores en número, superiores en pericia y armas al corto número de los nuestros, inermes é indisciplinados, experimentan el valor de hombres libres y tienen que llorar el efímero triunfo de su desesperada intrepidez y audacia. Profanan aquel majestuoso recinto consagrado á la inmortalidad de los héroes, y el hierro y el acero todo lo sacrifican á la implacable venganza del opresor: se incendia, se le despoja del patrimonio de sus tierras, y sus infelices habitantes, unos son cruelmente arcabuceados y los mas prócritos ó desterrados.

Esperábase ver concluida esta esena sangrienta para descargar sobre las fuerzas reunidas del Sur las del bárbaro ejército del centro. Marcha á la lucha engreido del reciente triunfo, y principiase el asedio memorable de las Amilpas. Setenta y cinco dias dura éste, cuyo éxito feliz llena de gloria á Morelos y de confusion á su enemigo. Disminuida y debilitada su gente, proyecta levantar el sitio, cuando el estado de hambre y peste á que el pueblo estaba reducido, hace prolongarlo en la esperanza de rendir á sus defen-

sos. Frústrase este designio: el general, estrechamente cercado, rompe una doble línea y sale majestuoso por en medio de los sitiadores, sobrecogidos de terror á la presencia de una accion casi sin ejemplo en los fastos de la milicia.

Vuelve burlado á México el risible ejército de Calleja: abdica el mando ó se le despoja de él: cambia el aspecto de las cosas; ya todo es prosperidad, todo aumento para nuestras armas. Empréndese el sitio de Toluca, cuya plaza cercana á rendirse, es abandonada por la falta de pertrecho consumido en multiplicadas luchas, todas gloriosas, si se atiende á que los medios de la agresion fueron increíblemente desiguales á los de la defensa y resistencia. Lerma, batida de superiores fuerzas, vence honrosamente, sale de allí triunfante nuestro pequeño ejército, que reunido al de Toluca, parte á Tenango, donde se prepara á nuevos combates.

Dudábase entónces si convendria empeñar el que se disponia á darnos, ó hacer una retirada que sin comprometer el decoro de la nacion la pusiese á cubierto de los contratiempos que se seguirian de la derrota probabilísima que debia sufrir, acometida por una potencia cien veces mas ventajosa que la de trescientos fusiles que guarnecian la plaza. El deseo de vencer hace abrazar el último partido: resuélvese corresponder al entusias-

mo de la tropa, que, impaciente y valerosa, aguarda al enemigo: avístanse los combatientes: el valor de pocos repele la audacia de muchos. Cuatro dias de gloria, en que fué siempre repelido Castillo Bustamante, no impide el avance de su infantería, por el punto ménos fuerte del cerro, cuya extensa circunferencia no pudo ser cubierta de nuestra poca tropa. Vencido, pues, el obstáculo que oponia, aquella eminencia á la rendicion del pueblo se medita libertarlo de la rapacidad de los bárbaros y se ordena la retirada á Sultepec. Miéntas se efectúa ésta, los infelices prisioneros y cuantos su mala suerte puso á discrecion del vencedor, fueron inhumanamente inmolados á la crueldad del despechado Bustamante. Cometieronse excesos de todo género, y el desgraciado Tenango es el teatro de atrocidades inauditas. El inocente infante, el venerable anciano, la mujer respetable por la fragilidad de su sexo, y lo que es más, lo que no puede decirse sin dolor y sentimiento de la religion que profesamos, los ministros del santuario, los ungidos del Señor, elevados sobre la esfera de lo mortal, sufren la muerte mas bárbara que han visto los tiempos, y clavados á las bayonetas sirven de trofeo á la victoria.

La junta ya refugiada en Sultepec, prevee las consecuencias de este infortunio: cree como indudable que al saciarse la zaña de los

caribes con la desolacion de Tenango, vendrian á invadir á Sultepec, indefenso y desprevenido: este fundado recelo hace emprender la retirada, no á punto determinado, sino á los diversos lugares que se decretó visitar por los individuos del congreso para imponerse del estado de las poblaciones y remediar sus necesidades. Las ventajas de esta medida se están palpando en los multiplicados ataques que diariamente se dan con aumento de crédito y valor en nuestras tropas. En solos tres meses, repuestos ventajosamente, hemos arrancado al enemigo en los gloriosos encuentros de las cercanías de Pátzcuaro, Salamanca y pueblo de Jerécuaro, más de cuatrocientos fusiles, y disminuido los recursos de nuestros opresores en el considerable descalabro que han sufrido del conyoy que conducian á Guadalajara.

Tantas prosperidades, despues de tantos desastres y vicisitudes tan contrarias, nos han enseñado á ser pacientes en la adversa, y moderados en la buena fortuna, no las miramos con los ojos de la ambicion, que refiriéndolo todo el acrecentamiento de la grandeza á que aspira elevarse, desprecia la sangre de los hombres y escucha con insensible frialdad los quejidos de los moribundos, tendidos en el campo de batalla. No americanos; los pensamientos de paz nunca están mas profundamente grabados en nuestros corazones, como

cuando la victoria corona la constancia de nuestras tropas y forma un héroe de cada uno de nuestros soldados. Entónces brindamos con la union á nuestros tiranos, envainamos la espada que pudiera destruirlos, y dejamos ver nuestras manos triunfantes con un ramo de oliva que los llama á la amistad, y con ella á su conservacion. Si la guerra prolonga nuestros males y multiplica los estragos de la desolacion, culpa es del gobierno que oprime nuestra patria, es de esa manada envilecida de esclavos, que ya con las armas, ya con sus plumas, dignas de tal causa, adulan su capricho, hacen que se crea invencible señor de nuestros destinos, y como padre del Olimpo, capaz de reducirnos á polvo con una sola mirada de indignacion y de cólera. De aquí la pertinacia en continuar la guerra, de aquí el menosprecio de nuestras protestas, de aquí el frenesí de apodarnos con denuestos groseros é inciviles, cuando débiles é impotentes invocan nuestra venganza é irritan nuestro sufrimiento. Este, contenido siempre en los límites de la moderacion que distingue nuestro carácter de arrogancia, ó mas bien de la altivez española, es acusado de inerte y apático, de indolente y desalentado. Mas fieles á nuestros principios filantrópicos y humanos, nos honramos con esta nota de que no intentamos vindicarnos, porque los epítetos de crueles y bárbaros que subrogarian á los otros,

nos ofenderian tanto más, quanto que siendo peculiares á la conducta observada de nuestros enemigos, se confundiría nuestra civilizacion con su barbarie, nuestra compasion con su dureza, la ferocidad de su índole con la dulzura y suavidad de la nuestra.

Vióse resaltar vivamente este contraste el dia en que con aparato ignominioso fueron entregados á las llamas por mano del verdugo, los planes de paz á que la nacion convidaba á sus vacilantes opresores. Agravió tan injurioso, jamás recibido por ningun pueblo, es el mayor que tiene que vengar la América entre los innumerables con que ha sido vilipendiada su dignidad y ajado su decoro. Un gobierno repugnado de la nacion, ilegítimo por esta circunstancia, contrapuesto á todos los principios que deben regirnos en la situacion en que se halla la metrópoli: un gobierno sin fé, sin ley, sin sujecion á ningun poder que modele sus operaciones, independiente la autoridad de las mismas Cortes, en quienes solo conoce la soberanía para ultrajarla con la contravencion á todos sus decretos: ¿éste se atreve á llamar rebelde á una congregacion que le habla á nombre de todo un reino, en lenguaje de la paz y la urbanidad, y arroja á las llamas los escritos en que está consignado el depósito sagrado de la voluntad general? ¡Qué audacia! ¡qué atentado!

No lo olvideis jamás, americanos, para alentar vuestro valor en las ocasiones de peligro. Si cobardes ó perezosos cedemos á la fuerza que quiere subyugarnos, en breve no habrá patria para nosotros, seremos despojados de la investidura de la libertad, y reducidos á la triste condicion de los esclavos. ¿Qué esperanza puede aún tenernos ligados á un gobierno cuya conducta toda es dirigida del deseo de nuestra ruina? Redoblad vuestros esfuerzos, invictos atletas que combatis la tiranía, salvad vuestro suelo de las calamidades que le amenazan, sed la columna sobre que descansa el santuario de la independencia; animaos á la vista de los progresos hechos en solos los dos años, sin tener armas, dinero, repuestos, ni uno siquiera de los medios que ese fiero gobierno prodiga para destruirnos; la nacion, llena de magestad y grandeza, camina por el sendero de la gloria á la inmortalidad del vencimiento.

Palacio Nacional de América, Setiembre 16 de 1812.—*Lic. Ignacio Rayon*, presidente.—*José Ignacio Oyarzaval*, secretario.

Hé aquí á la Junta Suprema, dirigiendo la palabra á la Nacion, é informando á los pueblos de los sucesos acaecidos en los dos años primeros de la gloriosa revolucion de nuestra independencia.

Esta Suprema Junta, compuesta de diputa-

dos verdaderamente patriotas, que sabian arrostrar la muerte por cumplir con su deber, no se desdeñaba de dirigir su voz al pueblo, y ser el primer orador de la gran fiesta del 16 de Setiembre.

Gloria, pues, á los diputados de esta primera Junta, que lo fueron los CC. José M^a Morelos, Ignacio Rayon, José Sixto Verduzco, José M^a Liceaga é Ignacio Oyarzával, cuyos nombres guarda la historia para ejemplo de buenos y para honor de la nacion mexicana.

Monterey, Setiembre 15 de 1883.

pueda, para que lleguen á noticia del mayor número de ciudadanos que fuere posible. Se ha dicho que el pronunciamiento de Hidalgo fué prematuro, y yo creo que no lo fué: los sucesos que pasaron en el año de 1808, tanto en España como en México, habían difundido las ideas de independencia y preparado los ánimos de tal modo, que solamente faltaba un hombre resuelto y animoso que acaudillara á la muchedumbre que deseaba con ansia la libertad de la Patria; pues solamente de esta manera puede explicarse el singular fenómeno de que habiendo levantado Hidalgo el pabellon de la independencia auxiliado de solo diez hombres, pudiera á los doce dias tomar á Guanajuato, á lo ménos con 40,000.

No puede ponerse en duda que el pensamiento de Hidalgo al pronunciarse, fué la Independencia de México. Diga lo que quiera el desnaturalizado Alaman, último eco del partido realista entre nosotros, diga lo que quiera contra el iniciador de nuestra libertad, que sus injustas aserciones en nada han podido empañar ni empañarán jamás el brillo de sus ilustres acciones.

En los primeros dias del mes de Octubre, refutó victoriosamente Hidalgo, en Guanajuato, el edicto en que los inquisidores lo declararon hereje, y al fin de esta refutación se lee un párrafo en el que exhorta al pueblo á que

ALGO

SOBRE LA

INDEPENDENCIA DE MEXICO.

Entre la gran multitud de sucesos que nuestras historias refieren, ningunos deben, á mi juicio, interesarnos mas que aquellos que tocan á nuestra independencia, porque nos recuerdan el principio de nuestra autonomía. Todos saben como en la madrugada del 16 de Setiembre de 1810, el benemérito Hidalgo inició el glorioso movimiento que dió por resultado la emancipacion política de la Nacion Mexicana; pero no todos saben el giro que tomaron las ideas y los sucesos de aquel tiempo para traernos tan grande y tan suspirado bien. Yo quisiera que ningun mexicano ignorara estas cosas, y por eso me propongo, en este pequeño artículo, referirlas, compendiándolas de la mejor manera que

reuna un congreso que determine lo que debe hacerse. Marchó despues á Valladolid (hoy Morelia) y de allí retrocedió con ánimo de venir á tomar la ciudad de México. Una de las partidas que venian á la vanguardia era la de D. Antonio Fernandez, y ésta cometió muchos abusos en la hacienda de Paquichamuco y otras varias, por lo que el Lic. Ignacio Rayon, que estaba en Tlalpujahuá, le escribió recomendándole que nombraran una junta que á nombre de Fernando VII, gobernara miéntras durara su prision y su ausencia, y que cesando ésta, depusiera el mando en manos del Rey, Fernandez consultó esto con Hidalgo y á éste le pareció tan bueno el consejo, que escribió á Rayon una carta muy expresiva, invitándolo á tomar parte en la revolucion, y mandó á Fernandez que con toda su fuerza se pusiera á disposicion de tan eminente consejero. En Maravatío se presentó Rayon á Hidalgo, el cual lo nombró inmediatamente su secretario, con cuyo carácter se halló en la batalla de las Cruces el dia 30 del mismo Octubre, y continuó hasta que se separaron en el Saltillo á mediados de Marzo de 1811.

Al retirarse los caudillos de la insurreccion para el desgraciado Baján, nombraron General en Jefe del Ejército al Lic. Rayon para que volviera á continuar la guerra en el interior del país. Se dirigió Rayon hácia el cen-

tro, derrotó de paso á Ochoa, en Piñones, tomó despues á viva fuerza la ciudad de Zacatecas, sufrió luego un descalabro en la hacienda del Maguey, y se encaminó en seguida á Zitácuaro, cuya poblacion tomó; en ella se hizo fuerte, resistió muchos ataques, y logró ponerse en comunicacion y convivencia con el célebre cura Morelos. Estando un poco tranquilo Rayon pensó en realizar su plan de formar una junta que gobernara á la nacion. Así lo manifestó en el dia 19 de Agosto del mismo año de 1811 á una gran reunion, que juntó con este fin, compuesta de los Oficiales de su Ejército, de las autoridades y vecinos notables de Zitácuaro y de los pueblos inmediatos. Todos convinieron en que era una verdadera necesidad el nombramiento de la propuesta junta, y la nombraron compuesta del Lic. Rayon, y de los Dres. D. José María Liceaga y D. José Sixto Verduceo. Al dia siguiente los Oficiales, las autoridades y el pueblo prestaron el juramento de obedecer esta junta, fué despues reconocida por los jefes de las partidas de insurgentes y obedecida de todos. La misma junta nombró 4^o vocal á Morelos y signió gobernando sin contradiccion. Dos años mas tarde, el dia 13 de Setiembre de 1813, á la junta de Zitácuaro se le hizo una ampleacion añadiéndole algunos diputados nombrados por algunas provincias, desde entónces se le llamó "El Con-

greso de Chilpantzinco." Este célebre Congreso expidió los siguientes curiosos é interesantes documentos:

ACTA SOLEMNE

DE LA DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA DE LA AMERICA SEPTENTRIONAL.

El Congreso de Anáhuac, legítimamente instalado en la ciudad de Chilpantzinco, de la América Septentrional, por las provincias de ella, declara solemnemente, á presencia del Señor Dios, árbitro moderador de los imperios y autor de la sociedad, que los dá y los quita segun los designios inescrutables de su providencia, que por las presentes circunstancias de la Europa ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpada: que en tal concepto queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español: que es árbitra para establecer las leyes que le convengan para el mejor arreglo y felicidad interior: para hacer la guerra y paz, y establecer alianzas con los monarcas y repúblicas del antiguo continente, no ménos que para celebrar concordatos con el Sumo Pontífice romano, para el régimen de la iglesia católica, apostólica, romana, y mandar embajadores y cónsules: que no profesa ni reconoce otra religion mas que la católica, ni permitirá ni tolerará el uso

público ni secreto de otra alguna: que protegerá con todo su poder, y velará sobre la pureza de la fé y de sus demás dogmas, y conservacion de los cuerpos regulares. Declara por reo de alta traicion á todo el que se oponga directa ó indirectamente á su independencia, ya protegiendo á los europeos opresores, de obra, palabra ó por escrito, ya negándose á contribuir con los gastos, subsidios y pensiones, para continuar la guerra hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras; reservándose el congreso presentar á ellas por medio de una nota ministerial, que circulará por todos los gabinetes, el manifiesto de sus quejas y justicia de esta resolucion reconocida ya por la Europa misma.

Lic. And.és Quintana, Vice-presidente.—
Lic. Ignacio Rayon.—Lic. José Manuel de Herrera.—Lic. Carlos M^a Bustamante.—Dr. José Sixto Verduzco.—José M^a Liceaga.—
Lic. Cornelio Ortiz de Zárate, Secretario.

Dado en el palacio nacional de Chilpantzinco, á 6 dias del mes de Noviembre de 1813 años.

MANIFIESTO

DEL CONGRESO DE CHILPANTZINCO AL DECLARAR
LA INDEPENDENCIA.

Conciudadanos: hasta el año de 1810 una extraña dominacion tenia hollados nuestros

derechos, y los males del poder arbitrario, ejercido con furor por los mas crueles conquistadores, ni aún nos permitian indagar si esa libertad, cuya articulacion pasaba por delito en nuestros lábios, significaba la existencia de algun bien, ó era solo un prestigio propio para encantar la frivolidad de los pueblos. Sepultados en la estupidez y anonadamiento de la servidumbre, todas las naciones del pacto social nos eran extrañas y desconocidas, todos los sentimientos de felicidad estaban alejados de nuestros corazones, y la costumbre de obedecer, heredada de nuestros mayores, se habia erigido en la ley única, que nadie se atrevia á quebrantar. La corte de nuestros reyes, más sagrada miéntras más distante se hallaba de nosotros, se nos figuraba la mansion de la infalibilidad, desde donde el oráculo se dejaba oír de cuando en cuando, solo para aterrarnos con el magestuoso estruendo de su voz. Adorábamos, como los atenienses, *un Dios no conocido*, y así no sospechábamos que hubiese otros principios de gobierno, que el fanatismo político que cegaba nuestra razon. Habia el trascurso de los tiempos arraigado de tal modo el hábito de tiranizarnos, que los vireyes, las audiencias, los capitanes generales, y los demás ministros subalternos del monarca disponian de las vidas y haberes de los ciudadanos, sin traspasar las leyes consignadas en varios códigos, don-

de se encuentran para todo. La legislacion de Indias, mediana en parte, pero pésima en su todo, se habia convertido en norma y rutina del despotismo; porque la misma comunicacion de sus disposiciones y la impunidad de su infraccion aseguraban á los magistrados la protección de sus excesos en el uso de su autoridad; y siempre que dividian con los privados el fruto de sus depredaciones y rapiñas, la capa de la ley cubria todos los crímenes, y las quejas de los oprimidos, ó no eran escuchadas ó se acallaban prestamente con las aprobaciones que salian del trono para honrar la inícuca prevaricacion de los jueces. ¿A cuál de éstos vimos depuesto por las vejaciones y demasías con que hacian gemir á los pueblos? Deudores de su dignidad á la intriga, al favor y á las mas viles artes, nadie osaba emprender su acusacion, porque los mismos medios de que se habían servido para elevarse á sus puestos, les servian tambien, tanto para mantenerse en ellos, como para solicitar la perdicion de los que representaban sus maldades.

¡Dura suerte á la verdad! ¿Pero habrá quien no confiese que la hemos padecido? ¿Dónde está el habitante de América que pudo decir: yo me he eximido de la ley general que condenaba á mis conciudadanos á los rigores de la tiranía? ¿Qué ángulo de nuestro suelo no ha resentido los efectos de su mortí-

fero influjo? ¿Dónde las mas injustas exclusivas no nos han privado de los empleos en nuestra patria, y de la menor intervencion en los asuntos públicos? ¿Dónde las leyes rurales no han esterilizado nuestros campos? ¿Dónde el monopolio de la metrópoli no ha cerrado nuestros puertos á las introducciones siempre mas ventajosas de los extrajeros? ¿Dónde los reglamentos y privilegios no han desterrado las artes, y héchonos ignorar hasta sus mas sencillos rudimentos? ¿Dónde la arbitraria y opresiva imposicion de contribuciones no ha cegado las fuentes de la riqueza pública? Colonos nacidos para contentar la codicia nunca satisfecha de los españoles, se nos reputó desde que estos orgullosos señores, acaudillados por Cortés, juraron en Zempoala morir ó arruinar el imperio de Moctheuzoma.

Aun duraria la triste situacion bajo qué gimió la patria desde aquella época funesta, si el trastorno del trono y la extincion de la dinastía reinante no hubiese dado otro carácter á nuestras relaciones con la peninsula, cuya repentina insurreccion hizo esperar á la América, que seria considerada por los nuevos gobiernos como nacion libre, é igual á la metrópoli en derechos, así como lo era en fidelidad y amor al soberano. El mundo es testigo de nuestro heróico entusiasmo por la causa de España, y de los sacrificios generosos con que contribuimos á su defensa. Mién-

tras nos prometimos participar de las mejoras y reformas que iba introduciendo en la metrópoli el nuevo sistema de administracion adoptado en los primeros períodos de la revolucion, no extendimos á mas nuestras pretensiones; aguardábamos con impaciencia el momento feliz tantas veces anunciado, en que debian quedar para siempre despedazadas las infames ligaduras de la esclavitud de tres siglos.

Tal era el lenguaje de los nuevos gobiernos; tales las esperanzas que ofrecian en sus capciosos manifiestos y alucinadoras proclamas. El nombre de Fernando VII, bajo el cual se establecieron las juntas de España, sirvió para prohibirnos la imitacion de su ejemplo, y privarnos de las ventajas que debia producir la reforma de nuestras instituciones interiores. El arresto de un virey, las desgracias que se siguieron de este atentado, y los honores con que la junta central premió á sus principales autores, no tuvieron otro origen que el empeño descubierto de continuar en América el régimen despótico, y el antiguo orden de cosas, introducido en tiempo de los reyes. ¿Qué eran en comparacion de estos agravios las ilusorias promesas de igualdad con que se nos preparaba á los donativos, y que precedian siempre á las enormes exacciones decretadas por los nuevos soberanos? Desde la creacion de la primera regencia

se nos reconoció elevados á la dignidad de hombres libres, y fuimos llamados á la formacion de las Cortes, convocadas en Cádiz para tratar de la felicidad de dos mundos; pero este paso de que tanto debia prometerse la oprimida América, se dirigió á sancionar su esclavitud, y decretar solemnemente su inferioridad respecto de la metrópoli. Ni el estado decadente en que la puso la ocupacion de Sevilla y la paz de Austria, que convertida por Bonaparte en una alianza de familia, hizo retroceder á los ejércitos franceses á extender y fortificar sus conquistas hasta los puntos litorales del medio día; ni la necesidad de nuestros socorros á que esta situacion sujetaba la península; ni finalmente, los progresos de la opinion que empezaba á generalizar entre nosotros el deseo de cierta especie de independencia, que nos pusiese á cubierto de los estragos del despotismo; nada fué bastante á concedernos en las Cortes el lugar que debíamos ocupar, y á que nos impedian aspirar el corto número de nuestros representantes, los vicios de su eleccion, y las otras enormes nulidades, de que con tanta integridad y energía se lamentaron los Incas y los Mejías. Carácas, ántes que ninguna otra provincia, alzó el grito contra estas injusticias: reconoció sus derechos, y se armó para defenderlos. Creó una junta, dechado de moderacion y sabiduría, y quando la insurreccion, como planta nueva en

un terreno fértil, empezaba á producir frutos de libertad y de vida en aquella parte de América, un rincon pequeño de lo interior de nuestras provincias, se conmovió á la voz de su párroco, y nuestro inmenso continente se preparó á imitar el ejemplo de Venezuela.

¡Qué variedad y vicisitud de sucesos han agitado desde entónces nuestro pacífico suelo! Arrancados de raíz los fundamentos de la sociedad: disueltos los vínculos de la antigua servidumbre: irritada por nuestra resolucion la rabia de los tiranos: inciertos aún de la gravedad de la empresa que habíamos echado sobre nuestros hombros; todo se presentaba á la imaginacion como horroroso, y á nuestra inexperiencia como imposible. Caminábamos, sin embargo, por entre los infortunios que nos afligian, y vencidos en todos los encuentros, aprendíamos á nuestra costa á ser vencedores algun dia. Nada pudo contener el ímpetu de los pueblos al principio. Los mas atroces castigos, la vigilancia incausable del gobierno, sus pesquisas y cantelosas inquisiciones encendian mas la justa indignacion de los oprimidos, á quienes se proscribia como rebeldes, porque no querian ser esclavos. ¿Cuál es, decíamos, la sumision que se nos exige? Si reconocimiento al rey, nuestra fidelidad se lo asegura; si auxilio á la metrópoli, nuestra seguridad se lo franquea; si obediencia á sus leyes, nuestro amor al órden y un hábito inve-

terado nos obligarán á su observancia, si contribuimos á su sancion y se nos deja ejecutarlas.

Tales eran nuestras disposiciones y verdaderos sentimientos. Pero cuando tropas de bandidos desembarcaron para oponerse á tan justos designios; cuando á las órdenes del vi- rey marchaban por todos los lugares, precedidas del terror y autorizadas para la matanza de los americanos: cuando por esta conducta nos vimos reducidos entre la muerte ó la libertad, abrazamos este último partido, tristemente convencidos de que no hay ni pueda haber paz con los tiranos.

Bien vimos la enormidad de dificultades que teníamos que vencer, y la densidad de las preocupaciones que era menester disipar. ¿Es, por ventura, obra del momento la independencia de las naciones? ¿Se pasa tan fácilmente de un estado colonial al rango de soberano? Pero este salto, peligroso muchas veces, era el único que podia salvarnos. Nos aventuramos, pues, y ya que las desgracias nos aleccionaron en su escuela, cuando los errores en que hemos incurrido nos sirven de avisos, de circunspeccion y guía del acierto, nos atrevemos á anunciar que la obra de nuestra regeneracion saldrá perfecta de nuestras manos para esterminala tiranía. Así lo hace esperar la instalacion del supremo congreso á que han concurrido dos provincias

libres, y las voluntades de todos los ciudadanos en la forma que se ha encontrado mas análoga á las circunstancias. Ocho representantes componen esta corporacion, cuyo número irá aumentando la reconquista que con tanto vigor ha emprendido el héroe que nos procura, con sus victorias, la quieta posesion de nuestros derechos. La organizacion del ramo ejecutivo será el primer objeto que llame la atencion del congreso, y la liberalidad de sus principios, la integridad de sus procedimientos y el vehemente deseo por la felicidad de los pueblos, desterrarán los abusos en que han estado sepultados, pondrán jueces buenos que les administren con desinterés la justicia, abolirán las opresivas contribuciones con que los han estorcionado las manos ávidas del fisco, precaverán sus hogares de la invasion de los enemigos, y antepondrán la dicha del último americano á los intereses personales de los individuos que los constituyen.

¡Qué árduas y sublimes obligaciones!

CONCIUDADANOS: invocamos vuestro auxilio para desempeñarlas; sin vosotros serian inútiles nuestros desvelos, y el fruto de nuestros sacrificios se limitaria á discusiones estériles, y á la enfadosa ilustracion de máximas abstractas é inconducentes al bien público. Vuestra es la obra que hemos comenzado, vuestros los frutos que debe producir, y vues-

tras las bendiciones que esperamos por recompensa, y vuestra tambien la posteridad que gozará de los efectos de tanta sangre derramada, y que pronunciará vuestro nombre con admiracion y reconocimiento.

Lic. Andrés Quintana, vice-presidente.

Lic. Ignacio Rayon.

Lic. José Manuel Herrera.

Lic. Carlos M^a de Bustamante.

Dr. José Sixto Verduzco.

José M.^a Liceaga.

Lic. Cornelio Ortiz de Zárate, Secretario.

Dado en el palacio nacional de Chilpanzinco á 6 dias del mes de Noviembre de 1813 años.

Desde el momento en que se dió este decreto, todos los gefes independientes siguieron haciendo la guerra, no ya por su propia inspiracion, sino en cumplimiento de una ley. Este carácter legal autorizaba la revolucion, y le daba más cuerpo, extendiéndola cada vez más. El Gobierno vireinal consideró desde el principio que debia suceder esto, teniendo los insurgentes un gobierno que les sirviera de centro, y por eso hizo una persecucion tan tenáz y tan activa á este Congreso, desde que supo su primera instalacion en Zitácuarc, que lo hizo andar siempre huyendo de pueblo en pueblo; pero sin dejar por esto de trabajar asiduamente en provecho de la Nacion.

Despues de haber levantado la acta de independencia en Chilpanzinco, se retiró en busca de un lugar más seguro y fijó por entónces su residencia en el pueblo de Apatzingan, en donde aumentado el número de sus diputados se le dió el nombre de "córtes de Apatzingan," las cuales se ocuparon de reformar la constitucion del año de 1812, adaptándola á las necesidades de la nacion mexicana, y en 22 de Octubre de 1814 expidió el "decreto constitucional para la libertad de la América Mexicana," documento precioso que revela la grande ilustracion de las personas que componian estas córtes.

En el artículo 44 de ese famoso decreto, se establece un Gobierno verdaderamente republicano, pues á la letra dice: "*Permanecerá el Cuerpo representativo de la soberanía del Pueblo con el nombre de: Supremo Congreso Mexicano,*" se crearán además dos corporaciones, la una con el título de "Supremo Gobierno" y la otra con el de "Supremo Tribunal de Justicia." Al fin de esta constitucion se leen las firmas de los diputados, y entre ellas está la siguiente: "José M.^a Morelos, diputado por el Nuevo Reyno de Leon."

Mientras más trabajaba el Congreso, y más popularidad ganaba, con mas encarnizamiento lo perseguia el Gobierno colonial, que no tardó en hacerlo salir de allí y dirigirse á Tehuacan bajo la custodia de D. Vicente Guer

tero, que lo escoltaba; pero, ¡ah! que nunca son tan terribles los enemigos francos y descubiertos, como los enmascarados y ocultos que con título de amigos viven entre nosotros. ¿Quién creyera que el general Terán, el ilustre general Terán, habia de cometer un horrible atentado contra la representacion nacional? Pero lo cierto es que Terán estaba disgustado del Congreso porque apoyaba á Rosains, á quien él habia reducido á prision, á pesar de que era Secretario de Morelos, lo que habia engendrado ódios y rivalidades entre el general y los miembros del Congreso. Para colmo de desgracias en esos dias habia caído prisionero el ilustré Morelos y entregado al terrible é implacable Tribunal de la Inquisicion. Libre ya Terán de las reconvençiones que temia de parte de Morelos, llegó á Tehnacan, en donde estaba ya el Congreso, lo disolvió á mano armada, redujo los diputados á prision, los amenazó de muerte, y despues de algun tiempo los indultó y los puso en libertad para que cada uno se fuera por su lado. Este horrible suceso, que fué el principio de la decadencia de la revolución, tuvo lugar á mediados de Diciembre de 1815, y no solo manchó para siempre la reputacion de su desgraciado autor, sino que tambien alteró su salud pues, como asegura Dn. Carlos M.^a Bustamante, desde entónces Terán se puso triste, abatido y melancólico, contrayendo

la hipocondría que 17 años despues lo condujo al sepulcro por la triste vía del suicidio.

Aunque habian quedado algunos gefes de importancia como los Rayones, Victoria, Bravo, Guerrero y algunos otros, la guerra se siguió con poca actividad porque les faltaba un centro que los vivificara. En vano quisieron reponer el gobierno nombrando la junta de Jaujilla; pero las tropas reales que los perseguian en todas direcciones, les impidieron llevar á cabo este proyecto. Mina que vino el año de 1817, y por un poco de tiempo animó la revolucion é hizo concebir algunas esperanzas, fué preso y fusilado, Terán y otros se indultaron, el Lic. Rayon cayó prisionero, lo mismo que Dn. Nicolás Bravo; y casi todos los insurgentes fueron desapareciendo de la escena; de modo que para el año de 1820 todo estaba pacificado, á excepcion del sur en que permanecía la única partida de independientes al mando de D. Vicente Guerrero.

La guerra, en efecto, casi estaba concluida; pero las ideas de independenciam y libertad se habian propagado de una manera asombrosa. En 1808 solamente haber dicho: "La Soberanía reside en el Pueblo," costó la vida al Lic. Verdad, y doce años despues, todos decian la misma cosa y ya no se mataba á nadie por ello. La Constitucion Española del año de 12, puesta en práctica por el gobierno colonial, y la de Apatzingan por los insurgentes

habian cambiado las ideas y comenzaban á engendrar el espíritu republicano.

Repuesto Fernando VII en el trono, derogó la constitucion que habia jurado guardar y hacer guardar, restableció el absolutismo y persiguió de muerte á los constitucionalistas, estableciendo para exterminarlos las Juntas Apostólicas. Los constitucionales para contrarrestar la tiranía del Rey, establecieron las juntas secretas, es decir, la masonería, con lo que la España quedó dividida en los dos partidos de constitucionalistas y absolutistas, es decir, liberales y conservadores. En México se formaron estos mismos partidos, aunque no habia ni juntas Apostólicas ni secretas, sino que simplemente se dejó de usar la constitucion y se volvió á poner en práctica el gobierno absoluto de los vireyes.

Entre tanto el Rey habia destinado 20,000 hombres para que vinieran á pacificar las colonias Españolas de América; pero estas tropas, instigadas por las juntas secretas, se pronunciaron en Cabezas de San Juan, cerca de Cádiz, retrocedieron sobre Madrid é hicieron al Rey jurar segunda vez la constitucion, y mandarla poner en práctica en toda la monarquía.

La noticia de estos sucesos hizo una terrible sensacion en México, los independientes veian una coyuntura favorable para hacer de una vez la emancipacion, los absolutistas tem-

blaban al pensar en la constitucion, los realistas constitucionales no hallaban á cual de los dos partidos agregarse aunque estaban mas dispuestos á unirse con los independientes, y los buenos católicos disgustados por los decretos de las Córtes contra los frailes mendicantes, se inclinaban tambien á la independencia.

El Dr. Monteagudo, jefe de los absolutistas, comenzó á reunir en la Profesa á sus correligionarios, para deliberar el modo de impedir que se estableciera la constitucion. Iturbide, tenido por absolutista porque rezaba el rosario todos los días: se confesaba todos los sábados, comulgaba todos los domingos, y hacia una vida cenobítica, fué convidado por Monteagudo para concurrir á las juntas de la Profesa. Al mismo tiempo el virey Apodaca deseaba acabar con la partida de Guerrero para completar la pacificacion del país. Los absolutistas recomendaron al virey que empleara para esta campaña al coronel Iturbide. Lo empleó en efecto, dándole una buena fuerza para aquella empresa. Considerando Iturbide el estado en que estaba la nacion y que el número de los independientes era inmenso y que aún los españoles disgustados por los sucesos de la península se le unirían si se les garantizaban su vida é intereses, se resolvió á proclamar la independencia; pero queria hacerlo él solo sin

cooperadores, por lo que se resolvió á destruir primero á Guerrero, para lo que se dirigió al sur con mas de 2,000 hombres bien equipados; mas en cuatro ataques que le dieron los independientes, sufrió cuatro derrotas terribles, por lo que le pareció mejor entrar en relaciones y acomodamientos con Guerrero, como lo hizo, valiéndose de una carta de introduccion que le dió el Licenciado Bustamante. Reunidas las divisiones de Iturbide y Guerrero, proclamaron la independencia en Iguala el 24 de Febrero de 1821, y marcharon á interponerse entre México y Veracruz, porque en este puerto habia desembarcado el nuevo virey Don Juan O'Donojú, que venia á reemplazar á Don Juan Ruiz de Apodaca. En Córdoba hicieron un tratado Iturbide y O'Donojú, en el que se declaraba la independencia de México bajo el cetro de Fernando VII; si éste queria venir y si no que mandara otro príncipe de la Sangre; y si ni aun esto queria, quedaba la nacion libre para nombrar al que ella quisiera. Marcharon todos á México y llegaron el 27 de Setiembre del mismo, nombró Iturbide una junta de notables, la cual levantó al siguiente dia la Acta de Independencia que á la letra copiamos:

ACTA

DE

INDEPENDENCIA.

“La nacion mexicana, que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresion en que ha vivido.

Los heróicos esfuerzos de sus hijos han sido coronados, y está consumada la empresa eternamente memorable que un génio superior á toda admiracion y elogio, amor y gloria á su patria, principió en Iguala, prosiguió y llevó al cabo arrollando obstáculos casi insuperables.

Restituida, pues, esta parte del Setentrion al ejercicio de cuantos derechos le concedió el Autor de la naturaleza y reconocen por innegables y sagrados las naciones cultas de la tierra, en libertad de constituirse del modo

que más convenga á su felicidad y con representantes que puedan manifestar su voluntad y sus designios; comienza á hacer uso de tan preciosos dones y declara solemnemente por medio de la junta suprema del imperio *que es nacion soberana é independiente de la antigua España*, con quien en lo sucesivo no mantendrá otra union que la de una amistad estrecha en los términos que prescribieren los tratados: que establecerá relaciones amistosas con las demas potencias, ejecutando respecto de ellas cuantos actos puedan y están en posesion de ejecutar las otras naciones soberanas: que vá á constituirse con arreglo á las bases que en el plan de Iguala y tratados de Córdoba estableció sabiamente el primer jefe del ejército imperial de las Tres Garantías; y en fin, que sostendrá á todo trance y con el sacrificio de los haberes y vidas de sus individuos (si fuere necesario) esta solemne declaracion hecha en la capital del imperio á 28 de Setiembre de 1821, primero de la independencia mexicana.—*Agustin de Iturbide*.—*Antonio, Obispo de la Puebla*.—*Juan O'Donojú*.—*Manuel de la Bárcena*.—*Matías Monteagudo*.—*Isidro Yañez*.—*Licenciado Juan Francisco Azcárate*.—*Juan José Espinosa de los Monteros*.—*José María Fagoaga*.—*José Miguel Guridi y Alcocer*.—*El Marqués de Salvatierra*.—*El Conde de Casa Heras Soto*.—*Juan Bautista Lobo*.—*Fran-*

cisco Manuel Sanchez de Tagle.—*Antonio de la Gama y Córdoba*.—*José Manuel Sartorio*.—*Manuel Velazquez de Leon*.—*Manuel Montes Argüelles*.—*Manuel de la Sotarriva*.—*El Marqués de San Juan de Rayas*.—*José Ignacio García Illueca*.—*José María Bustamante*.—*José María Cervantes y Velazco*.—*Juan Cervantes y Padilla*.—*José Manuel Velazquez de la Cadena*.—*Juan de Orbego-so*.—*Nicolás Campero*.—*El Conde de Jala y de Regla*.—*José María de Echeveste y Valdivieso*.—*Manuel Martínez Mansilla*.—*Juan Bautista Raz y Guzman*.—*José María de Jáuregui*.—*José Rafael Suarez Pereda*.—*Anastasio Bustamante*.—*Isidro Ignacio de Icaza*.—*Juan José Espinosa de los Monteros, vocal secretario*.”

Tal fué el modo inesperado y asombroso con que se hizo la Independencia de México, poniendo fin á la desastrosa y terrible guerra que habia durado once años justos, y en la cual se habian sacrificado doscientas mil víctimas en las aras de la Patria. Hidalgo y Allende la iniciaron, Morelos y Rayon la sostuvieron, é Iturbide y Guerrero la terminaron. Gracias á los heroicos esfuerzos de estos generosos caudillos, y de los millares que los secundaron, hoy tenemos patria. Lo que ahora nos importa es aprovecharnos de los beneficios inmensos que la independencia nos

trajo, sostenerla con todas nuestras fuerzas, sin permitir que se pierda tan inestimable tesoro; y, haciendo abstraccion de los defectos de los hombres que nos hicieron libres, agradecérselos con todo nuestro corazon, procurando ser tan buenos y cabales patriotas como lo fueron ellos.

Monterey, Setiembre 15 de 1884.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

APENDICE

QUE DEBE AGREGARSE AL TOMO PRIMERO.

No habiendo colocado las tres piezas que siguen en el lugar que les correspondia en el tomo primero; y no pudiendo insertarse en otra parte de la obra, nos ha parecido conveniente ponerlas en este apéndice.

HIMNO

COMPUESTO PARA CANTARSE EN EL EXÁMEN
DE MÚSICA Y GIMNÁSTICA,
QUE SE VERIFICÓ EN EL COLEGIO CIVIL
EN AGOSTO DE 1861.

CORO.

*Gloria y honor al génio soberano
Que al mundo dió la música sonora,
Y á la hija de Esculapio bienhechora,
Que ilesa nos conserva la salud.*

VOZ 1ª

¡Oh música divina, voz del cielo,
Que endulzas con tu grata melodía
Y mágicos torrentes de armonía
Las penas del herido corazon,

En el agosto sacrosanto templo
 vivificas con místico sonido
 El himno de dolor del afligido,
 Y acompañas su férvida oración.

Gloria, etc.

VOZ 2ª

¡Alto númen de Alcides invencible;
 Tú en el débil superas la natura,
 Tú le das el valor y la bravura
 La astusia, perfeccion y agilidad!
 Y le procuras afanoso y sábio,
 ¡Oh inapreciable y grande beneficio!
 Con saludable y útil ejercicio,
 Fuerza en el cuerpo, en la alma la salud:

Gloria, etc.

VOZ 3ª

Muro de bronce fueron estas artes
 En Esparta, Corinto y en Atenas,
 Y en Roma que del mundo las cadenas
 En su ambicion frenética forjó.
 La música inflamaba los guerreros
 Que eran robustos, fuertes y sufridos;
 Y ligeros, valientes y atrevidos
 Y el mundo sus hazañas admiró:

Gloria, etc.

LA BANDERA NACIONAL MEXICANA.

Los Aztecas fundaron la ciudad de México en 1325, según Clavigero, y desde entonces tomaron por divisa é insignia de su nación una Aguila parada en un nopal. En esto convienen todos nuestros historiadores, pero difieren algun tanto en los motivos que tuvieron para hacerlo. Los escritores indígenas dicen, que su Dios Huitzilopochtli les mandó poner su ciudad en donde hallaran una Aguila sobre un nopal: el Lic. Veytia dice, que los sacerdotes intimaron esta órden al pueblo, diciendo que así se los habia mandado su Dios: el Obispo de Puebla Don Juan de Palafox dice: "En tiempo de la gentilidad se tiene por constante que el dominio señaló á los indios este sitio con el tunal, águila y culebra, que hoy se conserva entre las armas de esta ciudad y suelen ponerse por timbre de su escudo:" y finalmente el Padre Clavigero, que aunque jesuita era ménos crédulo que los indios y que el Venerable Palafox, dice: "Después de haber vivido (los indios) dos años en Itztacalco, pasaron finalmente á aquel sitio del lago donde debian fundar su ciudad. Hallaron allí un nopal, ó sea tuna ú opuncia, nacida en una piedra, y sobre aquella planta una águila: por esto dieron á aquel país y des-

pues á su ciudad el nombre de Tenohtitlan. Dicen todos ó casi todos los historiadores de México que aquellas eran precisamente las señas dadas por el oráculo para la fundacion de la ciudad: sobre lo cual añaden otros sucesos fuera del órden de la naturaleza, que yo omito por parecerme fabulosos, ó inciertos á lo ménos.”

En los primeros tiempos acostumbraban pintar el águila en las armas de México en diferentes actitudes: así es que en la primera estampa de la coleccion mendozina, representando la fundacion de México, está el águila de perfil, parada sobre el pié izquierdo y con el derecho levantado en ademan de coger algo: el Padre Acosta dice que el águila tenia en las uñas un pájaro muy galano: D. Fernando Alvarado Tezozomoc, autor indígena, en su crónica mexicana, describiendo una fiesta, dice: “El buhio, (templete en que estaban los músicos), tenia encima una águila real á lo natural, con una frontalera, ó media luna de corona de rey, azul, y en la una pierna asida comiendo una vívora, que son las armas del Imperio Mexicano.” Este último modo de representarlas fué el que mas prevaleció.

Conquistado México por los españoles cayó el imperio de Moctezuma y con él cayó tambien el águila siendo remplazada como símbolo nacional por las armas del rey de España. Al Ayuntamiento de México dió Carlos V

por armas: “En campo color de agua un castillo dorado con tres puentes, en los dos laterales parados dos leones con las garras sobre el castillo, orlado todo con diez hojas de nopal con sus espinas.”

A pesar de esto y del empeño que tomaron los misioneros y el Obispo Palafox en destruir cuantas figuras, y entre ellas el águila, podian incitar á los indios á la idolatría; el Ayuntamiento de México, las comunidades religiosas, y aún los mismos vireyes, en sus dedicatorias, en las relaciones que publicaban de las fiestas que hacian por el nacimiento de los príncipes, las coronaciones de los reyes, las canonizaciones de los santos, y otras cosas semejantes, solian poner, para simbolizar la ciudad, el águila azteca con las armas nuevas de México, ya puestas en el pecho, ya colgadas del pico, ya puestas á un lado, ó ya colocadas encima. En las medallas que se acuñaron para las juras de Fernando VI, Carlos III, Carlos IV y Fernando VII está en un lado el busto del rey y en el otro la águila mexicana. En la Gaceta que D. Francisco Sahagun de Arévalo comenzó á publicar en México en Enero de 1728, se colocó el águila sobre el nopal comiendo su culebra, y por timbre una corona real. En la portada de las cartas de Hernán Cortes, publicadas en 1770 por el Arzobispo Lorenzana, está el águila az-

teca llevando al pecho el escudo con el castillo y los leones.

En la guía de forasteros, (publicación oficial del vireynato), de 1789 se ve una cosa muy singular, y es que en la portada está arriba una imagen de la Virgen de Guadalupe sostenida por dos ángeles, y abajo una águila parada en el suelo con los dos pies sobre una culebra y llevando sobre el pecho el escudo de armas de México con el castillo y los leones. No parece sino que al Virey Flores, que publicó esta guía, le sucedió lo que á Caifas, que profetizó sin saberlo, pues á mí me parece que bien puede interpretarse esta pintura geroglífica de este modo: El águila azteca está reducida al extremo de no poder ni volar ni aprovecharse de la culebra que tiene entre sus garras, porque el peso incómodo de esa estorbosa tabla que le han colgado al cuello le embaraza é impide sus movimientos naturales; pero ya vendrá muy pronto la Virgen de Guadalupe y con su auxilio podrá arrojar lejos de sí ese ominoso escudo, levantarse del suelo y volar en busca de su lago, sus peñas y su nopal, desde donde volverá á ser, como en los tiempos antiguos, la reina y señora del Anáhuac. En efecto, ¿quién ignora que el benemérito cura Hidalgo proclamó la independencia en el memorable día 16 de Setiembre de 1810, y que en ese mismo día tomó del Santuario de Atotonilco una imagen de la

Virgen de Guadalupe, y poniéndola en una lanza, la hizo reconocer como la enseña de la revolución? En ese mismo día entró á San Miguel el Grande con la Guadalupeana por bandera y los soldados se afanaron en buscar por todas partes estampas de la misma Virgen y las ponían en sus sombreros, de modo que la Virgen de Guadalupe fué también la escarapela de los soldados de la libertad. La misma imagen guió las huestes de Hidalgo en la toma de Granaditas, en la batalla de las Cruces, y en cuantas dieron despues los insurgentes, siendo su grito de guerra: "Viva la Virgen de Guadalupe."

En el año de 1811 la junta de Zitácuaro hizo acuñar monedas y en ellas se ve en el anverso un puente, y sobre él un nopal con el águila encima parada y con las alas extendidas; y en el reverso un trofeo compuesto de un careax, flechas, lanzas, hondas y un arco agarrado por una mano en ademan de disparar una saeta. He aquí ya el águila azteca levantada del suelo, sobre su nopal y sin el pesado escudo de los leones.

Los realistas para contrarrestar el influjo de la Virgen de Guadalupe discurrieron oponerle la de los Remedios, cuya imagen pusieron en sus banderas; y así fué que los españoles tenían por su emblema nacional las armas del rey y por bandera de guerra la Virgen de los Remedios; y los mexicanos tomaron por su

emblema nacional el águila y por bandera de guerra la Guadalupana.

En los once años que duró la guerra de insurreccion, la idea de la independencia se generalizó en todas las clases de la sociedad, de tal manera, que la separacion de México de la antigua España llegó á ser una verdadera necesidad; pues aunque parecia haber cesado la guerra y haberse afianzado el gobierno colonial, el espíritu público estaba ya muy inclinado hácia la emancipacion.

Al mismo tiempo sucedió que 20,000 hombres que tenia Fernando VII destinados á venir á pacificar las Américas españolas no pudieron venir, porque una parte de ellos se pronunció en Cabezas de San Juan por el restablecimiento de la Constitucion de 1812, movimiento que se extendió pronto á toda la España y obligó al rey á jurar la constitucion: con esto ya no se pensó mas en mandar tropas á la América.

El coronel D. Agustin Iturbide, que llegó á conocer bien el estado en que estaban las naciones mexicana y española, pensó, aprovechando las circunstancias, proclamar la independencia de la Patria, aunque él habia sido hasta entónces el realista mas decidido y el enemigo mas acérrimo de los independientes. Para decidirse á separar de la metrópoli esta colonia tuvo que vencer un escrúpulo de conciencia, pues segun dice D. Carlos M^a

Bustamante, Iturbide consultó con su confesor Fr. Ignacio Treviño: “¿Si podia lícitamente dar la libertad á su nacion en las circunstancias en que se hallaba de temer que perdiese la religion y buena moral de sus mayores?” y el confesor le respondió que sí, fundándose en autoridades de teólogos muy respetales. Con esto quedó tranquilo y comenzó á trabajar por la independencia. Con admirable tino y sagacidad redactó un plan tan adecuado á las circunstancias de entónces, que no pudo dejar de producir los mas felices resultados. Fijó en él tres bases cardinales, que fueron: la religion católica sin tolerancia de otra alguna: la independencia, y la union entre españoles y americanos. A estas bases llamó: las tres garantías, porque debian ser la mejor prenda de felicidad de la nacion. Estas tres garantías debian ser sostenidas por un ejército expresamente creado para ese fin. Hé aquí el artículo 16 del plan que remitió Iturbide al virey para el Gobierno que debia instalarse conforme al plan de Iguala: “Se formará un ejército protector que se denominará: de las tres garantías, porque bajo su proteccion toma, lo primero la conservacion de la religion católica, apostólica romana, cooperando por todos los modos que estén á su alcance, para que no haya mezcla alguna de otra secta, y se ataquen oportunamente los enemigos que puedan dañarla: lo segundo

la independencia bajo el sistema manifestado; lo tercero la union íntima de americanos y europeos: pues garantizando bases tan fundamentales de la felicidad de Nueva España, ántes que consentir la infraccion de ellas, sé sacrificará, dando la vida del primero al último de sus individuos." Este plan tanto halagaba á los buenos católicos como á los independientes y á los españoles, por lo que fué bien recibido por todos, y con un paseo militar mas bien que con una campaña, en siete meses quedó hecha la independencia.

Antes ni los españoles ni los independientes habian usado mas banderas que las de un solo color, con sus respectivos emblemas; pero Iturbide dió al ejército trigarante la bandera tricolor para simbolizar en ella las tres garantías. D. José M.^a Roa Bárcena dice: "A estas tres bases ó garantías corresponden los tres colores del pabellón nacional, adoptado poco después, significando el blanco la pureza de la religion, el rojo la nacion española, cuyos hijos debian ser considerados como mexicanos; y el verde la independencia."

Esta bandera tenia los colores horizontales y no tenia pintada ninguna insignia. La soberana junta provisional gubernativa mandó por su decreto de dos de Noviembre de 1821: "Que las armas del imperio, para toda clase de sellos, sean solamente el nopal nacido en una peña que salga de la laguna; y sobre él

parada en el pié izquierdo una águila con corona imperial." Entónces se puso este simbolo en las banderas, sellos, etc., etc.

Derrocado el imperio de Iturbide, la ley de 14 de Abril de 1823 vino á fijar definitivamente nuestro escudo de armas tal como lo usamos hoy, pues esa ley mandó: "Que el escudo sea el águila mexicana parada en el pié izquierdo sobre un nopal, que nazca de una peña entre las aguas de la laguna, y agarrando con el derecho una culebra en actitud de despedazarla con el pico; y que ornén este blason dos ramas, la una de laurel y la otra de encina, conforme al diseño que usaba el Gobierno de los primeros defensores de la independencia. Que en cuanto al pabellón nacional se esté al adoptado hasta aquí, con la única diferencia de colocar el águila sin corona; lo mismo deberá hacerse en el escudo."

La tercera garantía, ó union entre españoles y mexicanos, se habia asegurado en el plan de Iguala y tratado de Córdoba con el establecimiento en México de un imperio, llamando para primer Emperador á Fernando VII, y por su renuncia ó no admision á alguno de sus hermanos ó un sobrino que tenían, y por la renuncia ó no admision de éstos al que las cortes mexicanas designaran. Con esto los españoles y sus adictos estaban quietos con la esperanza de que viniera un Borbon á gobernar; pero luego que se supo que

las Cortes de España y el Rey Fernando habían desaprobado el tratado de Córdoba, y que por consiguiente no vendría de allá ningún príncipe, y que el Congreso de México quedaba en libertad para nombrar al que quisiera, el descontento fué muy grande entre los borbonistas, tanto mas, cuanto que luego comenzó á traslucirse la intencion de Iturbide de ser él primer Emperador de México. Renació con mas fuerza que ántes la antigua antipatía entre gachupines y criollos, que creciendo cada dia mas y mas llegó á producir en 1828 la expulsion de los españoles, y en el año siguiente la invasion del general Barradas en Tampico, para intentar la reconquista. Rota quedó, pues, la union entre españoles y mexicanos, y debieron desde entonces quitar el color rojo de la bandera, pues quedaba enteramente abolida la tercer garantía.

Por los años de 1840 mandó el Gobierno general que los colores de la bandera, que eran horizontales, se pusieran verticales, y así se ejecutó.

En 1859 se dieron las leyes de reforma, estableciéndose en ellas la libertad de conciencia y la tolerancia de cultos: dejó por consiguiente el gobierno de garantizar el ejercicio de la religion católica como única, quedando, por consiguiente, abolida esta otra garantía; y debió por tanto quitarse el color blanco

de la bandera, dejándola reducida al solo verde que simboliza la independenciam, única garantía que ha quedado de las proclamadas en Iguala. Así es que tener en uso todavía la bandera trigarante es un verdadero contrasentido; y debería volverse al uso de la bandera de un solo color. El verde no es muy á propósito para pintar sobre él un nopal; pero podrian usarse banderas blancas ó de otro color que fuera á propósito.

En 1864 que vino el Emperador Maximiliano se le volvió á poner á la águila mexicana la corona imperial, la cual se le quitó cuando fué destruido este segundo imperio y restablecida la República. Este es el último cambio que han sufrido nuestras armas nacionales.

Monterey, Setiembre 15 de 1885.

ALOCUCION

DEL DOCTOR

JOSE ELEUTERIO GONZALEZ,

*Leída al fin de la velada Artístico-Literaria,
que en honra suya fué celebrada en el Teat-
ro del Progreso de la ciudad de Monterey,
la noche del día 19 de Enero de 1884.*

*Sine amicitia vitam esse nullam.
Sin la amistad la vida es nula.
CIC, DE AMIC. 56.*

En esta esplendorosa función, señores, que viene á ser, sin duda, la corona de la muy larga serie de felicitaciones, muestras de afecto, obsequios de todo género, y demostraciones de alegría llevados hasta el último extremo, con que los habitantes del magnánimo Estado de Nuevo-Leon se han esforzado en probar el grande aprecio que hacen de mi humilde persona, por los pequeños servicios que durante medio siglo he podido prestarles; á mí solamente me corresponde tomar la palabra para manifestar lo mucho que agradezco tan altas pruebas de estimacion, y lo muy

—339—

satisfecho que ellas han dejado mi espíritu, por las grandes é insólitas emociones que le han causado. Mas, aunque hacer esta manifestacion sea para mí un deber sagrado é imprescindible, no me será fácil cumplirlo, porque me faltan palabras para expresar mi gratitud; y me faltan tambien para pintar las sensaciones que en esta ocasion he percibido. Empezaré, sin embargo, hacerlo, aunque estoy cierto de que lo haré de una manera bien imperfecta.

No extrañeis que yo no pueda decir con precision que cosa es agradecer, pues ni los mas célebres lexicógrafos han podido hacerlo. Yo, despues de pensarlo mucho, me he fijado en que, agradecer es reconocer y confesar un favor recibido, queriendo y procurando siempre pagarlo de la mejor manera posible. Por tanto, yo reconozco y confieso que de los moradores de Nuevo-Leon, nacionales y extranjeros, he recibido desde que estoy entre ellos, y mucho mas en estos últimos dias, multiplicados y grandes favores, los cuales deseo con toda mi alma retribuir, y procuraré hacerlo por cuantos caminos pueda.

Mas aunque á todos mis amigos tengo mucho que agradecer, aunque á todos, sin distincion, estoy dispuesto á servir de la misma manera, y aunque yo no quiero hacer diferencia alguna entre ellos; sin embargo, la justicia exige que yo, en esta vez, dé un público

testimonio de mi gratitud á los que me han hecho los mayores y mas distinguidos servicios, pues ya que no puedo pagárselos, á lo ménos confesaré los que les debo. ¿Qué retribucion será bastante á pagar los servicios que he recibido de mi querido discípulo el Dr. Juan de Dios Treviño, el cual en Monterey, en México y en Nueva York, me ha servido con tal esmero y fineza como lo habria hecho el hijo mas amante y tierno? ¿Con qué podré pagar á mi antiguo y caro amigo Don Valentin Rivero, que no contento con prodigarme infinitas pruebas de cariño y con darme grandes y eficaces recomendaciones, para cuantas partes las necesité, me dió su mismo hijo para que me acompañara y me sirviera de intérprete? ¿cuánta gratitud no merecen aquellos de mis amigos, que en número como de doscientos fueron hasta Laredo, solamente por verme? ¿Quién podrá pagar á los niños de las escuelas, la buena voluntad con que en todas partes salian á felicitarme? ¿Quién no agradecerá á los pueblos, desde Lampazos hasta Monterey, que corrian en masa á darme la bienvenida? ¿Quién soy yo para que los Ayuntamientos mandaran sus comisionados á ofrecermé sus consideraciones? ¿Quién no se enterneció al ver, en Salinas Victoria, aquella larga fila de niñas hermosísimas, vestidas de blanco y adornadas con bandas tricolores, salirme al encuentro can-

tando, con la música del himno nacional, unos versos compuestos por mí hace mas de veinte años? ¿Cómo podré olvidar jamás los obsequios que recibí en Bustamante de los señores de aquel lugar, siendo uno de ellos su venerable Párroco, que es de mis queridos discípulos? ¿Con qué recompensar podré á los señores empleados de los ferrocarriles Nacional Mexicano y Urbano de Monterey, que, como verémos, hicieron algo mas que felicitarme? ¿Cuánto no debo á los profesores de la Escuela de Medicina y á mis discípulos, que durante mi ausencia no cesaron de hacer votos por mi salud, que celebraron la noticia de ella con una funcion solemne en accion de gracias, y que no han cesado de darme muestras de adhesion? ¿Cómo será posible que pueda yo echar en olvido la suma bondad del Soberano Congreso del Estado, que para honrarme y perpetuar mi nombre, mandó que á la nueva villa erigida en la antigua Hacienda de Ramos, se llamara "Dr. Gonzalez?" ¿Qué corazon podrá dignamente agradecer la generosidad de la Compañía Gonzalez Alonso, que dió en mi obsequio una magnífica funcion teatral y destinó la mitad de sus productos para la obra de beneficencia que yo quisiere? ¿Qué obligaciones tan estrechas de gratitud no me ligan á la Junta Popular, cuya presidencia se dignó admitir el ciudadano Gobernador, la cual se ocupó desde luego en dar

todas las órdenes convenientes para que se me recibiera con honras que ni merezco, ni he merecido jamás, que mandó una felicitacion y un voto de gracias, á nombre del pueblo de Monterey, al insigne Dr. Knapp por el éxito feliz de la operacion que me restituyó la vista; y que promovió y ha llevado á cabo, solamente por honrarme, esta funcion tan lucida como agradable? El que tales muestras de consideracion y aprecio ha recibido, ¿cómo podrá olvidarlas nunca, ni dejar de agradecerlas con todo el alma? Y en vista de todo lo expuesto, ¿qué podré yo hacer para retribuir á mis amigos los nueveleones tantos favores como de ellos he recibido: para retribuirles, digo, no debidamente, sino de alguna manera y en una pequeña parte? Ciertamente que ya muy poco ó nada podré yo hacer para pagar tan inmensa deuda; pero una gratitud eterna para mis amigos abrigo mi corazon; y esto es lo único que puedo ofrecerles, porque la vejez y los achaques que le son inseparables me han de permitir que haga tan poco, que será lo mismo que nada.

Bien ó mal he salido de la primera parte de mi tarea; pero al emprender la segunda, me hallo con que absolutamente me faltan las palabras, porque tratándose de sensaciones es preciso haberlas experimentado para saber como son. Así es que para dar una idea de lo que he sentido, no me queda más recurso,

que hacer una simple relacion de lo que me ha pasado; para que cada uno se lo imagine.

Siempre que mis conciudadanos, mis amigos ó mis discípulos me daban alguna muestra de aprecio, sobre todo si era pública, sentia yo una emocion de espíritu difícil de explicar, pero que me producian un alborozo muy grande. A fuerza de repetirse estas emociones, en mí llegaron á ordinariarse y ya no me alborozaban, sino que infundian en mi alma la persuacion de que las gentes que me conocian, me apreciaban mucho mas de lo que yo podia merecer, por lo que me consideraba cada dia mas obligado á corresponder tanto favor. Así vivia tranquilo y satisfecho dando gracias á la Providencia porque me habia puesto en medio de un pueblo tan benévolo, porque me habia dado muchos y buenos amigos: y porque me habia dado tambien, cosa muy rara, muchos, buenos y agradecidos discípulos. Yo sabia, pues, como ya lo he dicho, que los moradores de Nuevo-Leon me estimaban; pero ni suponía ni me imaginaba que fuera tanto como los últimos sucesos me lo han venido á demostrar.

Afectado, por los progresos de la edad, de cataratas, este accidente me tuvo enteramente ciego mas de un año, cosa que sí me mortificaba porque me impedia ocuparme de la práctica de la medicina y de la enseñanza, que habian sido mis ocupaciones ordinarias,

más me afligia, porque mis amigos todos se afligian conmigo y consideraban mi ceguera como una calamidad pública. Aún en este estado tan triste, el cariño de mis conciudadanos me proporcionaba algunos momentos de satisfaccion: mis discípulos me acompañaban con frecuencia, me leían cuanto queria, me llevaban á visitar sus enfermos y á donde quiera que ellos creían que me sería grato ir. Si salia solo, el primero que me encontraba me daba el brazo para acompañarme; y esto lo hacian no solo mis discípulos, sino cualquier ciudadano; ¡cuántas veces pasando por la puerta de un artesano, éste dejaba la obra que estaba haciendo, corria á darme su auxilio y me acompañaba hasta donde yo queria! ¡Cuántas veces yendo solo por una calle venia corriendo un niño á ofrecerme su tierna mano para guiarme hasta mi casa! Estas cosas que para otros serian insignificantes, para mí eran muy satisfactorias.

La bien merecida fama del Doctor Knapp me hizo emprender un viaje á Nueva York en busca de la luz que faltaba á mis ojos. En esta larga peregrinacion me acompañaron mi discípulo el Dr. Juan de Dios Treviño y el jovencito Juan Rivero, los cuales me asistieron con un afecto y un esmero verdaderamente filiales. En los Estados-Unidos pasaban por mis hijos, lo cual era para mí una nueva satisfaccion.

Llegado á Nueva York y puesto en presencia del célebre Oculista, éste puso su mano sobre mí, abrió mi ojo, y, en un momento indivisible, me encontré con que habia salvado el insondable abismo que separa las tinieblas de la luz. Mi dicha era completa, y en aquel instante pensé que el gozo que inundaba mi alma, la emocion que tenia, y el sentimiento de gratitud que abrigaba mi corazón, habian llegado al último punto de que son capaces en este mundo. ¡Ah! yo ignoraba que á la derecha del Bravo me esperaban sensaciones y afectos mucho mayores y mas difíciles de expresar.

Venia yo de Nueva York contento y tranquilo en union de mis fieles compañeros, bendiciendo á Dios y á la ciencia y habilidad del Dr. Knapp que en mi vejez me habian devuelto con el uso de la vista la alegría de la juventud, cuando he aquí que al atravesar las aguas del Bravo oí repentinamente las sonoras y agradables notas del himno nacional mexicano, y levantando la cara ví la ribera derecha del rio poblada de algunos centenares de personas cuyos rostros eran para mí bien conocidos. Todos, incluso los músicos, eran amigos míos, que abandonando sus hogares se habian lanzado á ochenta leguas de distancia para ir á encontrarme en aquel punto. Yo no sé lo que sentí en aquel momento, mi primer impulso fué postrarme en tierra

y besar el suelo santo de la Patria, pero estaba apoyado en los brazos de mis compañeros de viejo y no pude hacerlo. Entónces marché como empujado por un impulso superior, y me encontré rodeado de mis amigos, que con las mas vivas demostraciones de alegría me felicitaban y se congratulaban conmigo. Un apreciable amigo mio, con voz conmovida y trémula, me dirigió, á nombre del Colegio de Abogados, una sentida y elegantísima alocucion, que yo por el desórden que reinaba en mi alma, apenas pude comprender. De allí, en medio de aquella multitud frenética de alegría fuí llevado á la inmediata Villa de Nuevo Laredo, en donde fuí objeto de todo género de atenciones. Allí me felicitó una comision de Obreros de aquella Villa, allí los Sres. Palacio me ofrecieron su casa por alojamiento, sirviéndonos un espléndido almuerzo, allí pasaron á felicitarme hasta once comisiones mandadas, una por el R. Ayuntamiento de Monterey, otras por las escuelas superiores del Estado, y otras por diferentes corporaciones; y allí los señores empleados del ferrocarril nacional mexicano, me cumplieron tambien y pusieron á mi disposicion un tren expreso para que trajera á mis amigos. Al siguiente dia en las poblaciones de Lampazos, Bustamante, Villaldama, Salinas y San Nicolas de los Garzas, se repitieron las mismas escenas que en Laredo, con la

muy grata y tierna diferencia de que los principales felicitantes eran los niños y niñas de las escuelas, que llenos de entusiasmo me saludaban tremolando sus banderas, dando gritos de alegría y aplaudiendo con sus manecillas.

Llegamos, por fin, á Monterey, la multitud que ocupaba la estacion era inmensa; no me acuerdo haber visto otra reunion tan numerosa. Los señores de la compañía del ferrocarril urbano pusieron á mi disposicion sus wagones para que viniera yo y trajera á los que me acompañaban. La muchedumbre que llenaba las calles desde la Estacion hasta la Catedral era numerosísima, los niños de las escuelas públicas y privadas, á manera de soldados, formaban una valla vistósima que era sin duda el mejor adorno de esta fiesta. Entré en la Catedral, que estaba enteramente llena de gente, y se me recibió con un solemnísimoo "Te-Deum," que es la oracion clásica con que los católicos dan gracias á Dios por los beneficios que reciben. En esa memorable noche y en todo el dia siguiente recibí las felicitaciones de las autoridades, de mis amigos, de las corporaciones, de los presos de la cárcel, y de las comisiones de niños de todas las escuelas que vinieron á poner en mis manos los estandartes que les habian servido el dia anterior para sus formaciones, cuyas prendas conservaré como un recuerdo gratisimo

de esta funcion, que ha sido para mí la mas solemne y agradable de mi vida.

Y en esos tres dias, que forman la época mas señalada y memorable de mi larga existencia. ¿Qué sentí? ¿Qué pensé? Yo creo que cualquiera pudo imaginarlo; pero que yo no puedo decirlo. Un verdadero tumulto de ideas y de sensaciones, que no me dejaba ordenar mis pensamientos ni darme cuenta de lo que me pasaba, una emocion continúa, un alborozo incesante, eso era todo: si estaba despierto era un tronco que nada discurría, y si llegaba á dormir era para ver turbas inmensas de gente y encontrarme rodeado de millares de niños, los unos agitando en el aire sus estandartes tricolores, y los otros palmoteando con entusiasmo.

Pasadas las primeras impresiones y restablecida en mi espíritu la calma, procuré decir lo que habia pasado, y no pude: en mi memoria busqué alguna cosa con que comparar lo que habia sentido, y nada pude hallar. Entónces me acordé que el Rey Profeta cuando quiso pintar los sentimientos de su corazon solamente dijo, que lo habian cercado dolores de muerte, que sus huesos habian sido conturbados, que su alma habia sido derramada como el agua, y otras expresiones de este género, las sensaciones son, por su misma naturaleza, indescriptibles.

Fuí despues á la Villa de Santiago, llevado

por uno de mis mejores amigos, y allí fuí saludado con las mismas muestras de júbilo y las mismas consideraciones que en los pueblos del Norte. De las demas Villas del Estado he recibido cordiales felicitaciones, las he recibido tambien de algunos discípulos y de amigos residentes en lugares lejanos, ya dentro de nuestra República y ya fuera de ella; y aún aquí mismo, en esta hora se celebra en mi obsequio esta lucidísima fiesta. Y todo esto ¿qué significa? ¿á qué se dirige? ¿para qué se hace? Para felicitar, porque recobró la vista, á un pobre viejo, que ha servido poco, y en lo sucesivo servirá ménos. ¡Ah! Mis amigos que son todos los moradores de Nuevo-Leon, en sus manifestaciones de afecto, á fuer de agradecidos, van mucho mas allá de lo que podia y debia esperarse de ellos. Como quiera que sea, yo en esta vez he llegado á conocer la grande estimacion en que me tienen, y no puedo ménos que exclamar: ¡Oh dichosa ceguera que me has hecho ver semejantes demostraciones de aprecio!

Finalmente echando una mirada sobre cuanto me ha pasado, desde que comencé á cegar hasta este momento, puedo decir: que siempre he recibido muestras de simpatía y estimacion: que hice largos viajes acompañado y servido no por gentes mercenarias, sino por amigos muy fieles que me prodigaron cuidados muy exquisitos: que desde México has-

ta Nueva York en mis profesores solo hallé verdaderos hermanos, que con el mayor desinterés y benevolencia pusieron á mi servicio su ciencia y su destreza: que en todas partes gocé de todas las comodidades de la vida, gracias á las recomendaciones y órdenes de mis amigos: y que al volver con el uso de mi vista se han prodigado todo género de manifestaciones de cariño, y se me ha proporcionado toda especie de satisfacciones. De todo esto naturalmente se deduce: que la felicidad y bienestar del hombre, no estriba ni en las riquezas ni en los honores, sino en tener muchos y buenos amigos; y que, por el contrario, el egoísta, que encerrado en sí mismo, sin relaciones amistosas con nadie, carga con el desprecio de cuantos le conocen, indefectiblemente debe pasar una existencia inútil é infelicísima. Por eso dijo, con tanta razón como verdad, el grande orador romano: "*Nula es la vida si le falta la amistad.*"

ERRATAS MAS NOTABLES.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
14	18	contemplad	comparad
26	22	precioso	precisa
48	14	del	al
51	11	todos	tantos
68	1	nos	los
71	6	Arfion	Amfion
75	26	ciosos	cisos
78	9	digna en	digna de
111	10	siguientes	simientes
121	27	encuentra	encuentre
124	13	aceptar	acertar
125	14	cuando	cuanto
128	15	acerca	acarrea
130	22	fueron mas	fueron los mas
131	1	pasadas	las pasadas
"	8	comenzar	comenzaron

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
132	22	Goruña	Coruña
138	28	Emanueliz	Emanuelis
152	5	gerolíficos	geroglíficos
"	15	adoptable	adaptable
155	21	América	China
169	4	Canck	Can-ck
172	15	muriendo	murieron
174	30	Magarens	Magarens
"	1	habito	hábito
"	17	interesantemente	intrínsecamente
181	5	QUNTIT.	QUSNTIL.
182	1	onoe	once
188	19	necesita	necesitaba
202	13	como lo	como la
205	7	dirigerlas	digerirlas
"	20	bo	do
212	23	estudio	estadio
214	9 y 10	brevedad	verdad
227	16	premetiéndole	prometiédole
245	15	atraidores	traidores
243	3	ayaguas	Ayaguas
"	4	garzas	Garzas
"	13	Chorrera	Chorreada
"	28	ayaguas y los garzas	[Ayaguas y los Garzas]
249	6	Cañadaverde	Cañada Verde
254	19	que Nuevo-Leon	(que á Nuevo-Leon)
256	11	basto	basta

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
"	13	bierne	bierna
"	31	que al	que la
257	25	atonino	atónito
258	6	ex-	en-
276	20	no tenían	aunque no tenían
289	31	Progreso	Congreso
312	7	Payon	Rayon

INDICE.

Prólogo de "La India".....	5
Discurso leído en la distribución de premios de 1861.....	11
Himno cantado en la distribución de premios de 1862.....	33
Discurso de premios del año de 1862. La Sabiduría. Oda leída en el año de 1862.....	36
Discurso pronunciado en 1863.....	48
Informe leído en 1867.....	55
Informe leído en el año de 1868.....	80
Alocucion á los alumnos del Colegio en el año de 1868.....	90
Discurso de premios del año de 1869.	94
Discurso de premios del año de 1870.	104
Discurso de premios del año de 1871.	121
	144

